Guerreros de Alavna

N.M. Browne

Uroboros Juvenil

Premio Lancashire Mejor Novela Juvenil 2001

GUERREROS DE ALAVNA

N. M. Browne

Título Original: ***Warriors of Alavna***

© N.M. Browne 2001

© Traducción: Miriam Huertas Arcos 2009

© Ilustración de Portada: Diego Gisbert Llorens

Primera Edición Digital: 2015

Grupo AJEC - Ficcionbooks

ISBN: 978-84-96013-42-1

ÍNDICE

I Invocación del Velo del Guerrero

II La chica pelirroja

III En el campamento de menhires

IV El Piel de Oso

V Juntos de nuevo

VI El dragón del bosque

VII Cazadores de cabezas

VIII El grito

IX El hermano de un cadáver

X Alavna

XI Craigwen

XII El Gran Salón

XIII Guerreros de Craigwen

XIV Magia poderosa

XV Cambios

XVI Política

XVII Nombramiento de guerrero

XVIII La joven guerrera

XIX El bardo en las almenas

XX La petición del Rey Cadal

XXI El don del druida

XXII ¡Traicionados!

XXIII Rhonwen

XXIV Pistas Veladas

XXV Un Buen Plan

XXVI Fuerza y Debilidad

XXVII No por completo

XXVIII La Batalla de Craigwen

XXIX Despedidas

EPÍLOGO

I

Invocación del Velo del Guerrero

Dan observó horrorizado cómo una niebla amarilla absorbía a Úrsula. La llamó pero no se detuvo y se vio obligado a seguirla.

Era evidente que no se trataba de una niebla en el sentido estricto de la palabra. Dan podía percibir formas en movimiento a través de ella, aunque eran figuras distorsionadas, como si mirara a través de un cristal esmerilado o de aguas onduladas. Estaba preocupado, no podía ver a Úrsula. Dio un paso hacia delante y sintió la asombrosa solidez de una niebla oleaginosa y más fría que el hielo que lo envolvía. Dan se adentró y la niebla lo rodeó, una masa de gotitas pringosas que lo sostenían como a una mosca en una telaraña. No era una niebla corriente. Inconscientemente cerró los ojos para protegérselos y dio una zancada aparatosa. Forcejeó hacia delante y la niebla, que se aferraba a él y oponía resistencia a sus movimientos, lo liberó escuchándose un *pum* casi inaudible en otro lugar. Ni rastro de Úrsula, y él allí, en un pantano a medio secar. El día era cálido y tuvo que entrecerrar los ojos por la claridad. Sólo se escuchaba el canto de los pájaros. Sólo los erizados matorrales de hierbas salvajes se movían a causa de la brisa. Miró hacia atrás. La amarillenta niebla le impedía divisar el campo helado que acababa de dejar tras sus pies. ¿Dónde estaba Úrsula? Se había ido malhumorada y aunque hubiera echado a correr, sólo había partido unos instantes antes que él. ¿Por qué no podía verla?

Recordó mentalmente la conversación que habían mantenido. No había pretendido enojarla. Los habían puesto juntos en la excursión para el estudio histórico de Hastings[1]. La señorita Smith, una profesora ya mayor que debía estar a punto de jubilarse, pensaba que si ponía a una niña con un niño, las niñas evitarían que los niños se metieran en problemas. Como Úrsula se codeaba con los demás niños desplazados de la clase, nunca antes había hablado con ella. En la

cabeza de Dan todos los niños se clasificaban por grupos: niñas feuchas, niños regordetes, fracasados… entre otros. Úrsula era uno de esos especímenes: una niña de quince años enorme, de más de un metro ochenta de altura y que tenía de ancho lo que tenía de alto. Era de complexión robusta, rayando la obesidad. Ancha de hombros y largas extremidades, ocultaba su corpulencia bajo camisetas holgadas y pantalones anchos, ropa que no le favorecía nada. Le sacaba una cabeza al resto de sus compañeros: un cilindro macizo vestido con una sudadera negra y tez pálida. Tenía el pelo rubio y fino, y aunque lo llevaba corto por los laterales y la parte de atrás, escondía sus fríos ojos azul grisáceo tras un largo flequillo. Su rostro imperturbable era casi adusto. Era una chica que rara vez hablaba. Cuando Dan le había planteado algunas preguntas mientras le había estado contando su régimen de entrenamiento, Úrsula apenas las había respondido y no había hecho ningún comentario. La conversación había adquirido un carácter monótono, casi carente de sentido, para pasar el rato. Dan había realizado una prueba de selección para el club de fútbol local y era corredor del condado. Había estado fanfarroneando un tanto desganado y le había sugerido que probara el entrenamiento con pesas. No había insinuado nada con ello pero Úrsula había echado a correr. La niebla había descendido mientras él estaba hablando. De hecho estaba a punto de comentarle cómo ésta había aparecido de repente. Al sur, todo seguía igual; al norte, lo único que podía ver era esa extraña masa amarillenta. Úrsula había echado a correr hacia el norte y ahí era donde había ido a parar... salvo que no estaba. El pantano no era muy extenso pero Úrsula, que llevaba un anorak rojo muy llamativo, no estaba allí.

No se le pasaba por la cabeza volver sin Úrsula, así como tampoco había dudado en ir tras ella. Quizás si Úrsula hubiera corrido muy rápido, podría estar detrás de la pequeña colina que se alzaba a su derecha, aunque para ello habría tenido que ser una magnífica velocista. Dan echó a correr, aunque con mucho cuidado, ya que el terreno era irregular y estaba empantanado, condiciones propicias para romperse un tobillo. Todo era muy raro: aquí el cielo era azul y hacía calor. Se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura. Hacía un día precioso, así, de repente.

A Úrsula no le parecía tan precioso. Se había alejado de Dan porque no tenía el ánimo como para aguantar más bromas sobre su peso y su altura. Normalmente sabía sobrellevarlo bien, pero había sido un mal día. Esa misma mañana había recibido una carta de su padre comunicándole que la visita que habían planeado para ese fin

de semana no era conveniente para ella, ya que su nuevo bebé estaba enfermo. La noticia había desencadenado el ataque de histeria habitual de su madre y la misma respuesta estoica de siempre de Úrsula. A veces desearía que dejara ya de fingir que la quería. En realidad, Dan no tenía culpa de nada, a pesar de que hubiera disfrutado escuchándole y hubiera presumido un poco como cuando lo hace delante de las niñas de un tamaño normal. En verdad era todo: los gemelos Richard riéndose como tontos en la parada del autobús y algún necio desconocido preguntándole qué tiempo hacía por ahí arriba. Todo. La niebla apareció entonces por sorpresa. Úrsula no le había estado prestando mucha atención a los alrededores, sin embargo no pudo ignorar la niebla. El color era amarillento, como el de una niebla tóxica o el humo del caldero de una bruja. Se pegaba a su cuerpo como si de una red muy fina se tratara, un frío velo cuyo grasiento roce helaba hasta los huesos de la médula espinal. Cerró los ojos como si se sumergiera debajo del agua y con paso firme la atravesó. Quería quitársela de encima, sentía la cara resbaladiza y la sola sensación le daba ganas de vomitar. No era la típica niebla, no era nada natural. El pánico comenzó a invadir a Úrsula. Una vez, siendo un bebé, se había quedado atrapada en un hueco bajo el cobertizo que tenía su padre, y ahora sentía que ese mismo miedo se iba apoderando de ella. De repente, atravesó la niebla bruscamente y apareció en otro lugar. Escuchó un *pum* como cuando se desentaponan los oídos al producirse un cambio de altitud en un avión. Le temblaba todo el cuerpo y se sentía mareada. Sentía que todo era extraño. Abrió los ojos. Todo *era* extraño.

Úrsula se encontraba en medio de un círculo de piedras, rodeada de gente. Habría unos seis hombres y una mujer, ataviados con vestimentas antiguas: capas, petos y extraños peinados. Le costaba asimilarlo, estaba desconcertada. Todos excepto la mujer iban armados y todas las espadas la apuntaban. No podía ser real. Su mente se rebelaba contra lo que tenía delante de sus propios ojos. No deseaba estar allí. ¡Eso no era lo que solía ocurrir cuando se hacía un viaje de estudios! Úrsula no era una cobarde. A diferencia de su corazón, que bombeaba a una velocidad espeluznante, su cerebro simplemente no aceptaba lo que sus ojos veían. Úrsula estaba allí de pie, un poco más erguida de lo normal, y cuadró sus imponentes hombros. Intentando controlar los temblores, adoptó su mirada de «si te metes conmigo, lo lamentarás», perfeccionada en las paradas de autobuses y en las colas del comedor durante años. Todos la miraban y Úrsula les devolvía la mirada. Los niños a menudo retrocedían cuando los miraba así, pero no aquellos hombres. No había ninguno que no tuviera los fríos y endurecidos ojos de un psicópata.

—¡Dios mío! —se dijo para sí a modo de plegaria.

La mujer echó la cabeza atrás y aulló. El sonido erizó hasta el último pelo de la nuca de Úrsula, provocándole un escalofrío. Nunca habría imaginado que una garganta humana pudiera producir un sonido así. Los hombres parecían estar molestos, e incluso se percató de que uno o dos de ellos apretaban con más fuerza sus espadas. La mujer comenzó a salmodiar. Era como la melodía de los monjes y, a diferencia del aullido sobrenatural, la voz que manaba de la garganta de la mujer era grave y melódica. Retumbó en los menhires de alrededor hasta que el aire pareció vibrar al compás. Era maravilloso, aunque tremendamente extraño. Úrsula sintió un cosquilleo por su cuerpo, e incluso su corazón pareció disminuir el ritmo de sus latidos para acompasarlo al salmo de aquella mujer. Era más que música: las notas poseían tal energía que provocaban algo en el aire, como la serenidad previa al estallido de una tormenta, aunque la atmósfera en sí se notaba cargada de energía. El aire traqueteaba a medida que la mujer alzaba los brazos; entonces, un escalofrío se apoderó de Úrsula, como una pequeña descarga eléctrica en el pellejo de los suyos. ¿Qué estaba pasando? Úrsula agudizó el oído para escuchar las palabras de la mujer pero no lograba reconocer la lengua en la que hablaba.

La voz de la mujer se hacía cada vez más insistente, el ritmo se aceleraba cada vez más así como el tono se hacía más elevado. Entonces la mujer miró a Úrsula. La miraba fijamente. Los ojos de la mujer eran de un extraordinario color verde esmeralda, intenso e inquisitivo. Eran más aterradores que las espadas que sostenían aquellos hombres. Pero Úrsula estaba acostumbrada a estar asustada y pretender no estarlo. No dejaría que esa mujer la intimidara dejando entrever su miedo. Úrsula, implacable, la desafió con la mirada más dura que pudo. La mujer soltó una pequeña exclamación de sorpresa y se desplomó en el suelo con un agraciado y dramático desvanecimiento del que Úrsula se sintió orgullosa.

El ritual, si eso era lo que era, había finalizado. Con la pérdida de conocimiento de una mujer desvanecida, el aire por fin se descargó, casi como si alguien hubiera encontrado un interruptor y hubiera desactivado la corriente. Se oyó un ruido, un sonido que Úrsula llegó a sentir más que escuchar, una especie de implosión casi imperceptible para su oído. Dos hombres musitaron entre ellos y señalaron hacia el lugar de donde provenía el ruido. Úrsula, girándose para seguir la

dirección en la que miraban aquellos hombres, estuvo casi segura de lo que vio entonces. La niebla había desaparecido. No quedaba ni una gota de ella. Tampoco había nada raro a la vista. Detrás de las piedras, el terreno era llano y pantanoso, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. No había nada raro en ello salvo que no guardaba ninguna relación con el lugar en el que Úrsula debía estar. Ni rastro de Dan ni de ninguno de sus compañeros de clase, tampoco del aparcamiento donde el autobús debía estar aparcado. No había nada excepto el pantano y los menhires; nadie salvo aquellos hombres que aún blandían sus espadas.

II

La chica pelirroja

Dan podía pasarse todo el día corriendo y eso fue lo que hizo, aunque sin encontrar rastro alguno de Úrsula, por lo que comenzó a impacientarse. Estaba convencido de que si Úrsula le hubiera sacado cierta ventaja, ya la habría encontrado. Dan era el chico más rápido de la escuela, e incluso a nivel nacional, y lo único que sabía era que las piernas de Úrsula no podían ser tan ágiles como las suyas. Tenía sed. Se paró un momento y se agachó para recuperar el aliento. Su reloj se había parado, señalaba las dos de la tarde. Debido a la naturaleza dorada de la luz vespertina, daba la impresión de ser más tarde de lo que era. Debían regresar al autobús a las cuatro y media como muy tarde. Quizás Úrsula había regresado directamente, quizás la había perdido en la niebla. Resultaba frustrante, pero tendría que contarle a la señorita Smith que la había perdido. Le aterraba sólo pensarlo. Si Úrsula no había llegado aún al autobús, para reírse de él, tendrían que organizar equipos de búsqueda. Odiaba dejar las cosas a medias, pero lo que estaba haciendo no servía para nada.

Había dejado una lata de coca-cola en su mochila. Volvería para bebérsela, buscaría a la señorita Smith y haría todo lo que tuviera que hacer. Como era de esperar, tampoco había acabado el trabajo sobre Hastings y se metería en problemas también por eso. Tenía que admitir que había disfrutado de la carrera en ese aire tan puro, limpio y silencioso, interrumpido únicamente por el canto de los pájaros. Debía haber recorrido una gran distancia desde el punto de partida porque ni siquiera se escuchaba el lejano bullicio del tráfico.

Dan dio la vuelta y comenzó el retorno. La niebla debía haberse disipado porque no podía ver ni una pizca de ese matiz ambarino en el aire límpido. Estaba completamente seguro de que había retrocedido hasta el punto de partida pero no veía el árbol donde había dejado la mochila. El terreno estaba completamente desolado. Se había perdido.

Dan había leído en algún sitio que en Gran Bretaña no se podían

recorrer más de ocho kilómetros en cualquier dirección sin llegar a algún lugar habitado. Ése sería su plan: continuaría corriendo hasta encontrar algún sitio donde hubiera un teléfono y llamaría al colegio para comunicarles lo que había ocurrido. Se metería en problemas, era inevitable. Estaba, incluso, más preocupado por todo este lío que por regresar a casa demasiado tarde y que no hubiera nadie que acostara a su hermana Lizzie. El turno de trabajo de su padre comenzaba a las seis y no siempre se acordaba de pedirle a su vecina, la señora Ainley, que le echara un vistazo a la pequeña. La frase preferida de papá era «Lo siento, se me olvidó, ¿de acuerdo?».

Mientras continuara corriendo, se sentiría bien. Hostigado por la inquietud, aceleró el paso. No tenía sentido haberse perdido, como tampoco que Úrsula hubiera desaparecido, y le molestaba no encontrar una explicación satisfactoria para ninguno de los dos hechos. El terreno cambiaba a medida que avanzaba. El pantano daba paso a un bosque. Sin embargo, no había visto ninguno en la zona histórica de Hastings. Correr era más complicado ahora que no había ningún camino delimitado. No sabía cómo, pero estaba completamente perdido.

Llegó finalmente a un claro donde había una tosca cabaña. Era pequeña y no tenía ventanas; parecía más bien una choza. La puerta no tenía pomo y estaba entreabierta. La empujó suavemente.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —su voz resonó grave en el interior.

El crujido de la puerta le sobresaltó. Dos pájaros, sobresaltados, alzaron el vuelo elevándose al cielo abierto. Resultaba difícil ver en la penumbra pero observó que la cabaña no era una leñera, como se había imaginado en un primer momento. Había un lar ennegrecido en medio de aquel pequeño habitáculo que conformaba la cabaña. No había ninguna chimenea pero el aire estaba impregnado de un fuerte olor a leña quemada. Ollas y cestas llenaban las estanterías de las paredes. No había nada más. Quizás era la guarida de algunos niños del lugar. Fuera lo que fuera para lo que se utilizara, a Dan no le servía para nada: no tenía teléfono. Echó un vistazo fuera para comprobar que no había nadie, fue entonces cuando la vio.

Estaba tendida boca abajo, sobre el suelo. Llevaba un sayo y un manto de tela escocesa de colores llamativos. Una larga melena caoba que se esparcía sobre sus hombros conformaba un abanico de oro

cobrizo que contrastaba con el color de la tierra. Sus pies desnudos estaban sucios. La joven yacía sobre un charco de barro. Sin embargo, algo le decía que aquel charco no era de barro sino de sangre. Supo que estaba muerta.

Movido por la ética, se vio en la obligación de acercarse. Cabía la posibilidad de que la joven aún respirara. No pudo resistirse a retirar el cabello para verle el rostro y buscarle el pulso en el cuello. El cuerpo estaba frío. Estaba muerta, y por lo que podía observar, la habían asesinado. Dan espantó las moscas que ya habían comenzado a merodear por encima del cadáver con la mano.

Había leído miles de novelas policíacas y visto miles de asesinatos por la televisión, pero no por ello se sentía capacitado para afrontar aquella situación. Estaba temblando de manera incontrolable. ¿Y si el asesino aún andaba por ahí? ¿Y si tenía a Úrsula? Una parte de él deseaba salir corriendo de allí, pero a la otra parte, la mayor parte de su ser, le picaba una morbosa curiosidad. Sus principios morales le decían que era su deber intentar identificarla para poder notificarlo a la policía. Tendría que facilitarles detalles suficientes para que no creyeran que se lo había inventado todo, como si fuera posible que alguien pudiera inventarse algo así.

Sin embargo, no era el primer cadáver que veía. Había visto a su madre después de que las enfermeras la adecentaran un poco. A su abuela le había molestado que viera a su madre, pero su padre había insistido en que lo hiciera, en que tenía que darse cuenta de que aquello era verdad y que tenía que ver que todo lo que hacía que su madre fuera su madre había desaparecido, que así lo entendería. Dan la había visto, pero sin llegar a comprender nada, ni ahora ni en aquel momento. Tampoco estaba seguro de que su padre lo hubiera comprendido. Fuera como fuera, ya había visto una mujer muerta antes y podía hacerlo de nuevo. Además, al ser una extraña, debería ser más fácil que la primera vez. Se obligó a sí mismo a retirar la preciosa melena. La niña tendría aproximadamente la edad de su hermana, diez u once años. La imponente mirada fija de unos ojos marrones completamente abiertos le impactó. La boca también la tenía abierta. El miedo se había apoderado de ella. Dan dejó que el cabello se deslizara entre sus dedos y echó a correr hacía los arbustos. El cuerpo se le descompuso, tal y como había leído acerca de las personas en ese tipo de situaciones. Sin embargo, en aquellos libros no se explicaba nada de cómo afrontar la reacción del organismo ni de tan escalofriante ultraje. Alguien con una mente retorcida había

matado a aquella niña. Se limpió la boca con un pañuelo que llevaba en el bolsillo, aunque no podía hacer nada para quitarse ese amargo sabor. Acababa de ver una niña destrozada y parecía como si ya, desde ese momento, nada volviera a ser igual. El mundo era un lugar más lóbrego y deprimente. Tenía frío. Se desató la cazadora de la cintura y, entre temblores, cubrió cuidadosamente el cuerpo de la niña. Era como si eso fuera lo único que pudiera hacer.

Imaginaba que el asesino no andaría cerca pero miró alrededor en busca de un arma por si fuese necesario. Los cuchillos no eran una buena opción, en caso de lucha podían volverse en contra de uno mismo. Te pueden expulsar del colegio sólo por llevar un cuchillo. Sin embargo, un cuchillo era mejor que nada, así que volvió a la cabaña. Quería lavarse las manos, desprenderse de la atrocidad que había presenciado fuera pero no veía ningún grifo por ningún lado. Dejó la puerta entreabierta para que entrara la luz y echó un vistazo. Necesitaba un arma y una pista sobre el porqué del asesinato de aquella niña. ¿Qué habría sucedido para que una niña apareciera muerta en medio de un bosque a miles de kilómetros de distancia de todas partes? ¿Habría estado viviendo allí como una fugitiva? La única pieza de mobiliario que había en la habitación, además de las estanterías, era un baúl de madera tallada que, incluso para los ignorantes ojos de Dan, parecía demasiado valioso como para encontrarlo en una cabaña. «Birlado seguro», pensó Dan. Cubriéndose la mano con la manga de la sudadera del uniforme para no dejar ninguna huella, levantó con sumo cuidado la tapa del baúl. El interior olía a Navidad, a alguna hierba acre. «*¿Será clavo?*». Agudizó la vista para ver lo que había en el interior. Al ver que estaba lleno de trapos viejos, se llevó una gran desilusión; esperaba encontrar el móvil del asesinato. Rebuscó en el baúl para ver si encontraba algo más y, en el fondo, palpó un objeto sólido envuelto en una tela. Pesaba mucho y superaba la largura de un rifle. Lo sacó a la luz y fue desenvolviendo con mucho cuidado las capas que lo cubrían. Retiró con sumo cuidado la última capa, una tela gruesa impregnada de una fétida sustancia grasienta, sin saber qué era aquel objeto ni lo que lo cubría. Una espada. Nunca se lo habría imaginado.

La empuñadura era impresionante, parecía que estuviera hecha de oro y plata trabajados conjuntamente sobre un elaborado diseño de nudos y lazos. Los dibujos eran tan enrevesados que la desconcertada mente de Dan no podía entenderlos. La hoja de la espada era muy larga y de doble filo, y parecía estar afilada como un cuchillo de cocina. Incluso si estuviera desafilada, el mero peso de la espada la

convertiría en un temible garrote. No sabía qué hacer. Estaba seguro de que la habían robado de algún museo. Tenía la vaga impresión de que robar una propiedad también era un delito, pero la espada era un arma y él necesitaba una. Le preocupaban las huellas, no quería borrar las que pudiera haber en la empuñadura, pero si la espada iba a servirle en beneficio propio, no tendría más remedio que empuñarla. La escalofriante imagen de la niña asesinada le atormentaba la cabeza. Tenía miedo de que siempre lo hiciera. Ya estaba metido en problemas, pero estaba vivo y quería seguir estándolo. Cogería la espada para defenderse y se la entregaría a la policía tan pronto como pudiera.

Limpió con mucho cuidado la grasa que había en la espada con uno de los trapos del baúl. Al elevar la espada para examinarla, un brillante resplandor plateado recorrió la hoja. Pesaba mucho y estaba pensada para un hombre alto y vigoroso. Era obvio que no era una espada forjada para un sofisticado combate de esgrima. A pesar de su belleza, Dan no dejaba de pensar en el increíble poder destructor de aquel arma. La hoja había sido forjada para descuartizar la carne atravesando el hueso, como un cuchillo de carnicero, sin ir más lejos, que era a lo que la espada le recordaba. ¡Qué idea más macabra! «Brillante Asesina». El nombre le vino de repente a la cabeza. Los héroes siempre otorgaban un nombre a sus espadas, aunque él no era ningún héroe. En tan nefastas circunstancias, no era muy apropiado comportarse como un niño pequeño jugando a ser un héroe y ponerle un nombre a una espada, pero el caso era que el nombre ya le había sido otorgado. Lo había pensado y ya no había vuelta atrás, la llamaría «Brillante Asesina».

Aunque pudiera hallar el modo de caminar sin tropezarse con ella, la espada era demasiado grande como para llevarla enganchada a la cadera. Una vez había visto en una película que el protagonista llevaba una gran espada a la espalda. Tendría que apañárselas para encontrar alguna cuerda con que atársela y colgársela del hombro. Además, así podría distribuir el peso de la espada, que era bastante considerable. Dan era un experto corredor y sabía que con el más leve peso uno se debilita al recorrer cierta distancia. Para su sorpresa, encontró por casualidad lo que estaba buscando. En una de las estanterías reposaban los restos de un arnés de cuero que habían sido colocados con esmero. Parecían los arreos de un caballo por la consistencia con la que estaban hechos. Es bastante difícil atarse algo a la espalda uno mismo pero, esforzándose y haciendo nudos con precisión, Dan consiguió engancharse la espada en diagonal entre sus

hombros. La empuñadura estaba a la altura de su omóplato izquierdo. Si contorsionaba un poco el cuerpo, podía alcanzar la empuñadura por encima de su cabeza y empuñarla fácilmente, aunque deseaba desde lo más profundo de su corazón no tener que utilizarla. La sujeción era bastante incómoda pero no podía ajustarla más fuerte. Incluso antes de comenzar a moverse sabía que acabaría magullándose la espalda. De todos modos, a pesar de la incomodidad, del hecho de haberla robado y de su ignorancia en cuanto a su manejo, sentía que la espada le proporcionaba seguridad. Otra cosa que tampoco tenía sentido.

Echó a andar, pero esta vez con más cuidado, aunque intranquilo. Evitó correr, a pesar de que fuera lo que realmente quería, porque sabía que haría demasiado ruido. Le preocupaba el hecho de no tener experiencia alguna en moverse sigilosamente; si el asesino andaba por ahí, él era una presa fácil.

No había recorrido ni diez metros cuando sintió con toda seguridad que alguien le estaba siguiendo, alguien que no se estaba esforzando demasiado en no hacerse notar. Sin pensárselo dos veces, echó a correr golpeando la espada contra sus huesos al tiempo que pisoteaba sin piedad las ramitas caídas. Al ritmo de los desesperados latidos de su corazón, esquivó las ramas de los árboles y saltó por encima de las piedras. Resonaba en sus oídos el bullir de la sangre. Inevitablemente, el arnés casero que había confeccionado le dejó tirado. Los nudos se rompieron y la espada se desprendió. Al tiempo que caía, un fuerte golpe en la espalda hizo que se inclinara hacia delante y perdiera el equilibrio. Cayó aparatosamente de bruces al suelo, donde saboreó tierra, sangre y sal, fruto de la sequedad de su boca. Aunque le sangraba la nariz, se levantó con gran dificultad, agarró como pudo la espada y se giró para enfrentarse a su justo castigo. Allí estaba el perro más grande que había visto en su vida.

No se parecía a ninguno de los perros de los que había oído hablar, era una mezcla entre un lobo y un setter irlandés. La enorme cabeza del animal, que le llegaba a Dan por el hombro, dejaba entrever unos dientes aterradores que le servían como arma de defensa personal. Un gruñido ensordecedor manó de entre sus dientes desde la garganta.

Dan dudaba que pudiera alcanzar al perro antes de que él alcanzara su cuello. El animal debía pesar más que él y disponía de todas las armas que necesitaba en sus fauces. Dan sintió cómo las

gotas de sudor recorrían su rostro. Intentó controlar su tembleque con la esperanza de que el perro no pudiera sentir el miedo, aunque el animal no apartaba la vista de la gigantesca espada.

Tenía que tomar una decisión. Podía intentar correr hacia la espada y cogerla, pero probablemente cuatro patas se interpondrían en su camino y se vería incapacitado tanto para correr como para luchar. O podía abalanzarse sobre ella esperando tener la suerte de alcanzarla e indicarle el camino a casa, el pecho de aquel monstruoso perro. No estaba completamente seguro de poder hacerlo, de modo que esperaría a que el perro se le lanzara encima. Se la jugaría: apostaría por ser lo suficientemente rápido como para esquivar el ataque. Sin embargo, al final no optó por ninguna de las dos opciones. El perro estaba herido, se acababa de dar cuenta. La sangre seca cubría una de sus patas traseras y tenía un corte profundo en el cuello. Quizás el perro pertenecía a la niña, quizás pensó que Dan estaba robando la espada. Después de todo, la *estaba* robando, aunque para entregársela a la policía.

Como un regalo de Dios, Dan encontró un rincón de paz en su interior, en algún lugar, la cara opuesta del miedo. Era un refugio al que normalmente sólo accedía cuando jugaba al fútbol o cuando corría. Era un lugar donde el mundo aminoraba la marcha, un lugar que le permitía tener más tiempo para esquivar una entrada, controlar un pase o disparar a portería. Era un lugar en calma, de apacible seguridad. Fue allí donde encontró la solución. Dejó la espada en el suelo y esperó: uno, dos, tres latidos del corazón. El perro cesó de gruñir, avanzó, olfateó la espada y gimió, un gemido más bien lastimero para ser un perro de ese tamaño. Dan pudo observar desde su retiro de paz que a pesar de su impresionante tamaño, el perro era aún joven, de enormes patas y una cabeza desproporcionadamente grande. Dan se inclinó hacia delante con sumo cuidado. Estaba en perfectas condiciones como para echar a correr en cualquier momento. Ya no temblaba y su voz era tranquila y desapasionada cuando susurró bajito: «Todo irá bien, muchacho. No te haré daño».

El perro parecía un muelle comprimido o una pistola amartillada, precavido y dispuesto para lo que fuera. Dan le dio unas palmaditas en la cabeza mientras continuaba emitiendo sonidos tranquilizadores. El perro no se tranquilizó pero tampoco hizo ningún movimiento de ataque. Era obvio que le habían agredido brutalmente, el corte que tenía en el cuello era bastante profundo. La respiración, procedente del abdomen, era fuerte y jadeante. Debía de haber estado a punto de

retorcerse del dolor. Dan deseaba tener algo de agua para compartirla con él, para demostrarle que no quería hacerle ningún daño. No tenía nada salvo su más cándida voz y su más sosegada actitud.

—¿La niña que han matado era tu dueña? ¡Pobrecito! No tengo nada para darte. Eres un perro precioso, ¿a que sí? El perro más bonito que haya visto nunca.

Era verdad. Dan siempre había querido un perro pero era completamente imposible. Nunca antes había visto un perro como ése, flaco pero musculoso y con unos ojos inteligentes. Lo único que podía hacer era admirarlo. Aún podía acabar con su vida pero realmente era un perro magnifico. No podría haberlo embestido con la despiadada espada a sangre fría. La espada, ése era el problema. Necesitaba cogerla sin que el perro, aún en guardia y dispuesto a atacar, se sintiera amenazado. Al fin y al cabo había tenido suerte, el perro toleraba sus caricias y su voz, pero sólo eso.

De repente el perro comenzó a gruñir, como si le estuviera advirtiendo de algo, y se agazapó en el suelo. Agachó las orejas y dispuso su cuerpo en una posición más rígida incluso que la de antes, con toda una amalgama de músculos preparados para luchar o para huir. Era evidente que había oído algo. Dan cesó su canturreo susurrante y se tiró al suelo, escondiendo la cabeza para intentar pasar lo más desapercibido posible.

Oyó voces en la distancia, dos voces varoniles. No llegaba a escuchar lo que hablaban. El perro, sin gruñir, dejó al descubierto su dentadura. Dan tenía buena intuición y confió en la del perro. Peligro. Dan se quedó inmóvil.

Se había tendido sobre una parte del bosque bastante densa. Fue entonces cuando le chocó lo verde que estaba el bosque para lo avanzado que estaba el otoño. Si no hacía ningún movimiento, sería muy difícil que lo descubrieran. La empuñadura de la espada yacía a su lado, de modo que la agarró con mucho cuidado para que el perro no pusiera objeciones. La fría sensación del metal de la empuñadura mezclado con el sudor de la palma de su mano le hizo sentirse más fuerte. Las voces se escuchaban ahora más cerca. Sin duda eran dos hombres que hablaban en voz baja y que se movían con mucha cautela. Agudizó el oído para intentar adivinar lo que decían. No parecía que fuera inglés, la entonación era errónea. ¿Sería tal vez

italiano? Ahora los podía escuchar con toda claridad, aunque no se atrevía a levantar la cabeza para verlos. El perro permaneció completamente inmóvil a pesar de que Dan podía apreciar su hostilidad hacia aquellos dos individuos que se aproximaban. El animal temblaba de miedo, lo que a Dan no le servía de consuelo. Había abandonado su refugio de serena seguridad y estaba muy asustado. Ahora podía escuchar perfectamente las voces de aquellos hombres, se dirigían directamente hacia él. Por fin reconoció la lengua. Nunca la había oído de boca de nadie salvo en clase. Estaban hablando en latín.

III

En el campamento de menhires

Uno de aquellos hombres se aproximó hasta Úrsula dando grandes zancadas. Había envainado la espada mientras avanzaba, pese a lo cual Úrsula no se sintió nada a salvo. El hombre era grande y musculoso, y a cada paso que daba resultaba más amenazador. Úrsula se mantuvo firme y luchó por que no hubiera modo alguno de que el miedo se reflejara en sus ojos, ya que eso no ayudaría en absoluto. Era una experta en miradas imperturbables, incomodaba a la gente y las invitaba a dejarla en paz.

El hombre comenzó a hablar, Úrsula lo escuchó atentamente pero no entendió nada. El hombre lo intentó de nuevo. No hablaba en inglés y estaba segura de que tampoco era alemán ni francés.

—¿No habla inglés? —le preguntó, complaciéndose al ver que el tono de su voz permanecía constante y desabrido.

—Sé... algo... —respondió en apariencia amigablemente a pesar de que fuera difícil descifrarlo por la expresión de su rostro.

—¿Por qué me estáis amenazando? —preguntó molestándose por que pudiera parecer un tanto irascible.

—Rhonwen te invocó a través del Velo. ¿Tú eres un guerrero? Los guerreros son peligrosos—. Se encogió de hombros con total naturalidad. Su inglés se podía comprender perfectamente pero el problema era que no sabía de qué le estaba hablando—. ¿Dónde están tus armas? —le preguntó muy sosegado, aunque su voz fuera tan cortante como su espada. Fue entonces el turno de Úrsula de encogerse de hombros—. Mis hombres pueden... registrar... ¿Tú quieres?

Dos de aquellos hombres estaban atendiendo a la mujer que se había desvanecido. Los tres hombres restantes, que no dejaban de blandir sus espadas, observaban el intercambio de palabras con un desconfiado interés. Úrsula no quería que la registraran, y mucho menos, que lo hicieran aquellos matones vestidos con ropas antiguas.

Se quitó el anorak con claros movimientos intencionados mientras mantenía la mirada fija en el rostro de aquel hombre. El anorak tenía mil bolsillos y si para aquel tipo el pase del autobús y un boli podían considerarse armas, podía cogerlas. Vació los bolsillos de los pantalones del uniforme: dos caramelos, treinta peniques y un pañuelo de papel arrugado; y los tiró al suelo con desdén.

—No llevo ningún arma.

Mientras registraba los bolsillos del anorak de Úrsula, parecía que aquel hombre confirmara lo que le acababa de decir encogiéndose de hombros nuevamente.

—Rhonwen no buena en la caza de guerreros. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

A Úrsula no le sorprendió la pregunta. Estaba acostumbrada a que la gente la confundiera con un muchacho, y últimamente, ella misma se lo buscaba: llevaba siempre el pelo muy corto y pantalones y camisetas anchas.

—Casi dieciséis —respondió sin inmutarse.

—Estás demasiado gordo y eres demasiado viejo como para instruirte. ¿Sabes cabalgar?

Úrsula imaginó que no se refería a montar en burro en el pueblo malagueño de Mijas, así que negó con la cabeza.

—Bien, Regalo de la Diosa, debes beber de la Copa de la Pertenencia. Esperemos que la Diosa sepa más de ti de lo que yo sé. Ahora estás con nosotros.

Aquel hombre indicó a los demás que envainaran las espadas, se dio media vuelta y se alejó sin darle la oportunidad de rebatirle. Úrsula sentía como le hervía la sangre. No estaba *con* nadie. Quería saber dónde estaba y qué estaba ocurriendo. Sabía que estaba más lejos de donde debería estar y exigía una explicación.

—¡Eh, tú! —gritó a conciencia y de mala manera. No era el modo más adecuado para dirigirse a un hombre armado e, incluso mientras lo decía, ella misma se sorprendió por su imprudencia. Todo cambió de repente: todos empuñaron de nuevo las espadas y sus miradas desvelaron sus intenciones. El líder se giró lentamente, del mismo modo que un pistolero del Oeste.

—Si quieres permanecer con vida, no vuelvas a dirigirte a mí de esa manera.

Cualquier muestra de simpatía había desaparecido de sus ojos, unos ojos tan fríos como el mar invernal. Úrsula habría querido huir y esconderse debajo de una piedra, pero un impulso la obligó a responder, un impulso que sin duda podría haber sido autodestructivo.

—Quiero saber qué está pasando. ¿Quiénes sois? ¿De qué va todo esto? Necesito volver para coger el autobús.

A pesar de que el hombre la mirara fijamente e inexpresivo, a Úrsula le pareció que las intenciones de matarla era menores que minutos antes.

—No hay tiempo para eso. No podemos quedarnos aquí más tiempo—. Su cara continuaba siendo inexpresiva pero el tono de su voz era apremiante. Sin embargo, le respondió—. Soy el Príncipe Macsen, perteneciente a un linaje que me llevaría días explicarte. Estás aquí, no puedes coger tu... autobús. Me temo que no puedes regresar al lugar del que provengas, sea cual sea. Después del ritual, alguien te lo explicará. Ven — le indicó que lo siguiera. Aunque parecía cansado, Úrsula no creía que le estuviera mintiendo. No sabía lo que quería decir con eso de no regresar. ¿Quería decir que no le permitiría hacerlo?

Aquel hombre no se parecía a ningún otro que Úrsula hubiera visto antes. No parecería estar fuera de lugar en una fiesta de disfraces

aunque, debido a su físico y a su tamaño, lo excluirían de todas partes salvo de una producción de Hollywood o quizás de un estadio de fútbol americano. Era bastantes centímetros más alto que ella, debería medir al menos unos dos metros. Se movía con el mismo equilibrio innato que Dan, aunque algo le decía que no era futbolista. Tenía el pelo largo, recogido en una trenza que le caía por la espalda, y un bigote, el más grandioso que hubiera visto en su vida, que ocultaba casi por completo la parte inferior de su cara. Era de un color oro cobrizo pálido y era tan largo que sobresalía por debajo de la barbilla. Llevaba un manto de tela escocesa en rojo y verde bastante pesado que le cubría los hombros, y debajo una túnica larga, unos pantalones también de tela escocesa de color amarillo y verde y unas botas mullidas tipo mocasín. Llevaba un grueso collar de color dorado que rodeaba su cuello como si fuera una serpiente y un anillo enorme enroscado alrededor de su bíceps derecho. Sus desnudos brazos estaban decorados con elaborados tatuajes en espiral alrededor de las muñecas y los antebrazos. Su espada colgaba de una vaina de cuero cuidadosamente trabajado, repujada en oro y plata. Parecía pertenecer a ese lugar: llevaba la espada con la misma naturalidad con la que ella llevaba su mochila del colegio.

Su mente se negaba a darle una explicación coherente a todo lo que le estaba ocurriendo, dejándose llevar por su imaginación. A los ojos de los demás, se esforzó por parecer tranquila y recogió el anorak del suelo donde el hombre lo había dejado. Mientras se lo ataba alrededor de la cintura, siguió al tal «Príncipe Macsen», sobre todo porque no sabía que otra cosa podía hacer.

Los otros hombres habían llevado a la mujer a una tienda a unos metros de los menhires. El «Príncipe Macsen» los siguió y el resto de sus hombres caminaron a tan sólo unos pasos detrás de ella, lo que no le resultaba nada tranquilizador. Ninguno de ellos era tan mastodóntico como su líder pero, por primera vez, Úrsula se sentía físicamente inferior: podía escucharles hablar en una lengua extranjera y la adrenalina le había revuelto el estómago, pero estaba decidida a no mostrar su inquietud.

Tumbaron a la mujer en el interior de la tienda y salieron unos instantes después con un ánfora y una copa. Úrsula tenía la impresión de que la copa era un objeto de oro de inestimable valor con piedras preciosas incrustadas. Tenía que ser falsa; sólo se podían encontrar objetos así en los museos. Todos los hombres se pusieron en cuclillas, incluido Macsen, quien le indicó que debía hacer lo mismo. Úrsula no

podía aguantar así mucho tiempo, carecía de la fuerza necesaria, de modo que se sentó con las piernas cruzadas, como un niño pequeño. Se sentía avergonzada. Había una pequeña hoguera, aunque el calor que desprendía era casi innecesario para un día tan cálido. Un hombre ofreció la copa y el ánfora al «Príncipe», quien suspiró.

—Debería ser Rhonwen la que lo hiciera. Se trata del ritual de una sacerdotisa. Por las venas de Kai corre algo de arcana sangre druida y parte del don que eso implica. Será él quien lo intente y quien ocupe su lugar. Todo saldrá bien. No podemos perder más tiempo, Rhonwen no despertará hasta dentro de varias vigilias.

Macsen dio su consentimiento y el hombre, que pidió a Kai que comenzara el ensalmo, arrojó al fuego unos polvos rojizos que sacó de una pequeña bolsa. A pesar de sus esfuerzos, las palabras que llegaban a los oídos de Úrsula eran ininteligibles. No era inglés, y por mucho sentido que pudiera tener el ensalmo le sonaba a sílabas sin sentido. Al principio no parecía que ocurriera nada en especial, pero a medida que Kai ganaba confianza, su voz tomaba más fuerza. Tan pronto como la sonora voz de barítono entonó las extrañas sílabas al ritmo, Úrsula sintió una descarga de energía eléctrica en el aire. Un escalofrío parecía recorrerle la espalda, un hormigueo por todo el cuerpo. Los polvos se prendieron en ese momento produciendo una humareda amarilla que aturdía los sentidos y que flotaba sobre el suelo a modo de neblina, elevándose de manera gradual hasta la altura de la cabeza. Una vez en el aire, no se dispersaba como lo haría el humo sino que se condensaba como el hielo seco, cada vez más acre y densa. Úrsula se negaba a inhalar aquella sustancia pero no había más aire que respirar. La voz de Kai parecía de repente más distante y resonante, como si estuviera salmodiando desde las profundidades de un pozo. A través del humo, Úrsula podía ver cómo Macsen bebía de la copa de oro y se la ofrecía, pero antes de entregársela, le indicó mediante gestos que bebiera. Algo en su interior le instaba a no beber su contenido, a verterlo en el suelo, pero el humo se dispersó entre sus pensamientos para confundirlos. ¿Qué podría haber de malo en todo eso si el mismo Macsen había bebido de ahí? El humo se adentró hasta su garganta, resecándola e incitándola a beber. Úrsula tomó la pesada copa de las manos de Macsen y, con avidez, le dio un trago antes de pasarla. Le quemó la garganta como si de fuego se tratara, pero no olía a alcohol, sino a miel perfumada. Tenía un sabor raro; sin embargo, antes de que pudiera seguir analizándolo, perdió el conocimiento y su cabeza se desplomó sobre el hombro de Macsen.

Cuando se despertó ya era de noche. Todo era oscuridad a su alrededor. Tenía los pies, las manos y la cintura atados a algo que se movía. Estaba amordazada y tenía frío. Le dolía la cabeza y cuando la movía, le sobrevenía un dolor tan fuerte como el de un martillazo.

Intentó acomodarse. ¿Se había herido alguna otra parte de su cuerpo? Aunque las cuerdas comenzaban a hacerle rozaduras en las muñecas y le dolía la espalda, suponía que no se había lastimado nada más. Estaba amarrada a un caballo. Si giraba la cabeza un poquito, lo suficiente como para que el dolor no la martirizara, su visión periférica le permitía ver siluetas en movimiento tanto por delante como por detrás de ella. Parecía como si estuviera en un convoy de caballos que avanzaba al paso campo a través. Escuchaba respiraciones por todas partes, pero nadie hablaba y los caballos debían de ir caminando por la hierba porque no hacían mucho ruido al avanzar.

—Mi Príncipe —dijo una voz varonil, que probablemente sería la de Kai, casi en susurros, pero resonando con fuerza en el silencio de la noche—. *Cabeza de Jabalí* se está despertando. Tendrá ganas de vomitar.

Al tiempo que el hombre pronunciaba esas palabras, Úrsula sintió unas terribles y cada vez mayores náuseas. Si tuviera que vomitar con la mordaza, seguramente se ahogaría. Unas manos fuertes la desataron y le quitaron la mordaza, y dos hombres la agarraron con fuerza y la llevaron a un lugar apartado del camino por el que marchaban los caballos. Úrsula se encogió y comenzó a sufrir arcadas a la vera del camino hasta que no le quedó nada más por echar. El dolor de cabeza le hizo sollozar y cuando alguien le alcanzó la copa de oro, la apartó con brusquedad.

—¡Bébetelo! Es agua, te vendrá bien —le dijo Macsen.

Úrsula lo olió, parecía agua. Primero se enjuagó la boca y luego se lo bebió por completo. Era agua, que la alivió un poco.

—¿Qué me diste?

—Bebiste la Copa de la Pertenencia, un ritual para los extraños, para los desconocidos, pero salió mal, o por lo menos no salió como esperábamos. Quizás fue Kai, no lo sabe. En una o dos ocasiones, algunos desconocidos como tú perdieron la cordura; por eso es por lo que estabas atada, porque no podíamos arriesgarnos a que sucediera algo así aquí. Estamos en territorio enemigo. ¿Me entiendes?

—¡Claro que te entiendo! No soy idiota. ¿Qué había en la copa? —Las náuseas disminuyeron su respeto hacia los hombres armados. Le asustó su propia imprudencia

—¿Sabes cabalgar? — le preguntó Macsen ignorando la pregunta de Úrsula.

—Ya te dije que no.

—No, me refiero a que si te sientes lo suficientemente bien como para montar un poni. Este no es un lugar seguro para detenerse. Te prometo que Rhonwen u otra persona te explicará todo cuando acampemos. Eres un enigma, desconocido Cabeza de Jabalí. A lo largo de mi vida he bebido muchas veces la Copa de la Pertenencia, que es el modo en que obtenemos….información de aquellos ajenos a nuestra tribu. Nunca antes había obtenido tan poca información de alguien del círculo ni la cabeza me había dolido tanto por el esfuerzo.

Kai, *Cabeza Roja* y otro hombre, Prys, *El Manos Fuertes*, la ayudaron a subir al caballo.

—Puedo arreglármelas, no hace falta que me empujéis, pedazo de brutos —les gruñó. Se sentía débil y desfallecida, aún le dolía la cabeza. Tenía frío, alguien le había puesto el anorak pero no le había abrochado los botones ni subido la cremallera. ¿Habían utilizado algún tipo de droga en la bebida con olor a miel para interrogarla? La leve pero impetuosa y ya familiar sensación de miedo que tenía en la boca del estómago se hizo más persistente. No sabía lo lejos que estaba de casa pero su madre estaría ya desesperada y muy preocupada. Nada tenía sentido.

—Has aprendido bien la lengua de los Combrogi, camarada Cabeza de Jabalí —murmuró Kai en voz baja.

—Haremos una sacerdotisa de ti, Kai —susurró Prys. Kai le golpeó en el antebrazo bruscamente. Ambos parecían mostrar un desconfiado respeto hacia Úrsula. ¿Por qué la llamaban «Cabeza de Jabalí»? ¿Qué querían decir con eso de la lengua de los Combrogi?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que nadie había dicho ni una palabra en inglés desde que se había despertado, que era misteriosamente capaz de hablar y entender esa otra lengua desde que había bebido la Copa de la Pertenencia. ¡Era tan quimérico! Era incluso más factible creer que aún estaba inconsciente o que estaba padeciendo una extraña alucinación. El movimiento desacompasado del poni, el frío y las continuas náuseas eran demasiado insoportables como para no ser verdad. Se abrochó el abrigo con dificultad mientras se concentraba en mantenerse sobre el poni, pues no llevaba ni silla ni estribos y estaba muy lejos del suelo.

IV

El Piel de Oso[2]

Dan hizo grandes esfuerzos por concentrarse para entender aquellas palabras, que no eran sino más motivos por los que preocuparse aparte del miedo que sentía. Era bueno en latín pero no estaba acostumbrado a utilizar la forma hablada. Aquellos dos hombres parecían estar buscando a otras personas pero Dan no reconocía la palabra que utilizaban para describirlos. Tenía la sensación de estar escuchando una dicción más tosca del latín al que estaba habituado. No podía controlar las ganas de levantar la mirada para ver quiénes eran esos hombres pero temía revelar su posición. A pesar de todo, la intriga le podía. ¿Quién podía estar hablando en latín? ¿Por qué lo haría? Las voces se aproximaron y se detuvieron. Dan podía sentir la presencia de sus emisores a sólo dos pasos de dónde él estaba. No se atrevía a mirar, ¿y si tenían una pistola? Cabía la posibilidad de que esos hombres no estuvieran relacionados con la sanguinaria escena de la niña de la cabaña pero tanto el miedo que él sentía como el pánico evidente del perro sugerían lo contrario. Dan estaba seguro de que aquellos hombres debían haberlo descubierto. Uno de ellos emitió una pequeña carcajada burlona. Cuando Dan abrió los ojos, sólo pudo ver la maraña de ramas que tenía enfrente. Escuchó un sonido bronco, sin saber lo que podría ser. El perro replicó de inmediato y, gruñendo desde lo más profundo de su garganta, se abalanzó sobre uno de aquellos hombres con tal fuerza que seguramente lo derribó. Dan levantó la cabeza y se puso de pie. Ante él, sangre y desconcierto; lo único que podía ver era la cabeza del perro que se movía de un lado al otro aferrando algo entre sus poderosas fauces. Un hombre, vestido con una especie de falda escocesa, amenazaba con agredir al perro con un cuchillo alargado. Dan no se había parado a pensar detenidamente lo ocurrido: el perro no le había quitado la vida cuando podía haberlo hecho, sino que le había avisado del peligro que corría. En su corazón, veía al perro como su aliado y de alguna manera, más bien como un acto de voluntad antes que una habilidad, se las compuso para atacar e interponer con fuerza la pesada espada entre el costado expuesto del perro y el cuchillo alargado. Al chocar las dos hojas se escuchó un

sonido metálico cuya resonancia hizo temblar la empuñadura de la espada prestada. Cuando se puso de pie, Dan pudo observar con más claridad lo que estaba sucediendo: el perro tenía a uno de los hombres contra el suelo y lo que tenía entre los dientes era su cuello. ¡El perro era un asesino! Era demasiado tarde para cambiar de parecer, ya se había comprometido a defender al animal. El hombre que tenía delante, de gesto adusto, sabía muy bien cómo manejar un cuchillo a pesar de haberlo utilizado inopinadamente para apuñalar, a modo de espada pequeña. Por alguna razón en especial, también llevaba un gran escudo de protección corporal parecido a los que utilizan los antidisturbios.

Dan, en un momento de pánico y desesperación, intentó utilizar el peso de su espada para evitar el ataque. Entonces, el otro hombre, en una posición aventajada y dispuesto a aprovecharse de ello sin piedad, habló. El miedo debió de mejorar el latín de Dan, porque entendió buena parte de lo que dijo, algo así como: «También acabaré contigo, joven bárbaro, así podrás unirte a la bazofia pelirroja». Aquel hombre del cuchillo alargado, a quien se enfrentaba Dan, era el asesino de la niña.

De repente, Dan experimentó una extraña sensación. El miedo abandonó su cuerpo y los pensamientos, su mente. Encontró su rincón de paz interior pero estaba completamente ensangrentado. La enorme espada que tenía en la mano no pesaba nada; se había convertido en la extensión de su brazo, su brazo en la extensión de su voluntad y su voluntad en la llama que la sed de venganza había encendido. El tiempo se congeló y los movimientos de su adversario se ralentizaron: se abalanzaba enérgicamente con el cuchillo en mano mientras que, a medida que cambiaba el pie de apoyo, movía lentamente su hombro protegido; sin embargo, antes de que pudiera siquiera protegerse, Brillante Asesina se había interpuesto de por medio. Dan arremetió contra él en un acto de violencia y continuó atacando incluso después de haber calmado su sed. No había acabado con su rival, el asesino de la niña; lo había descuartizado. Dan estuvo tan fuera de sí que no conoció la piedad, sólo la existencia de una horrible furia contenida.

Volvió en sí pasadas varias horas. No recordaba nada de lo que había pasado: un paréntesis, un suceso demasiado espeluznante como para enfrentarse a él y que había guardado en lo más recóndito de su

mente. Tanto él como el perro, que le estaba lamiendo la cara, estaban bañados en sangre. Algo terrible había sucedido no hacía mucho en los matorrales. Al menos había dos cuerpos tan salvajemente maltratados que sólo los animales podían haber sido sus agresores. Dan se sentía afortunado de no haberse visto involucrados, ni él ni el perro, en semejante matanza.

Acarició la cabeza del animal, que tenía el pelaje enredado, y quien, a cambio, le devolvió la caricia con el hocico. Estaba enormemente agradecido de que el perro se mostrara tan jovial. Lo llamaría «Braveheart», como la película. Seguro que le sobraba bravura para protegerle.

Dan no sintió compasión alguna por aquellos cuerpos inertes ni tampoco le sorprendió su frialdad. Sentía una vaga necesidad de darse un baño y la imperiosa necesidad de estirar los músculos. Aún tenía la gigantesca espada en la mano, la estaba sujetando como si su vida dependiera de ella. No se paró a pensar por qué la espada y todo él estaban completamente embadurnados de sangre, ni siquiera se lo cuestionó. La dejó caer. Observó entonces que el diseño de la empuñadura se le había quedado marcado en la palma de la mano. Le dolía el brazo, como si hubiera ejercitado músculos que desconocía hasta aquel momento. Se estiró y caminó hacia lo que quedaba de los arbustos destrozados. Limpió la espada con un trapo de lana que se encontraba a cierta distancia de uno de los cadáveres. Tras envolver la espada con mucho cuidado con el trapo, se la llevó al hombro como si fuera un hacha. Había perdido el arnés improvisado horas antes, cuando cayó. Silbó para llamar la atención de Braveheart y, sin echar la vista atrás, se puso en marcha.

Empezaba a caer la noche. Braveheart le adelantó, una sombra negra en un bosque cada vez más oscuro. Podría habérselas apañado con la chaqueta pero, por un momento, no recordaba dónde la había dejado, hasta que se acordó de la niña. Parecía que aquella atrocidad hubiera sucedido días atrás. Su mente había soslayado de inmediato el recuerdo, concentrándose únicamente en el presente. Tenía frío: la ropa mojada comenzaba a quedarse tiesa al secarse y no le proporcionaba mucho abrigo. Si encontrara un riachuelo, podría llegar al pueblo, beber agua y lavarse. No podía dejar de pensar en Lizzie y en Úrsula. Llevaba horas perdido y aún estaba lejos de casa. Mientras

caminaba, se le ocurrió que si corría, entraría en calor. Sin embargo, el terreno era irregular y estaba plagado de obstáculos imperceptibles. Cargaba plácidamente el peso de Brillante Asesina sobre su hombro derecho y cada cierto tiempo se la cambiaba al izquierdo, de modo que la carga había dejado de ser una molestia.

Escuchó agua que manaba a lo lejos y siguió el sonido hasta llegar a un arroyo. Braveheart se lanzó sediento a beber y Dan hizo lo mismo. Se lavó las manos y la cara pero, como el arroyo no era muy profundo y el agua estaba demasiado fría, no pudo limpiar las manchas de sangre de la ropa. Parecía que hacía siglos desde que le asaltara esa preocupación inicial por no dejar huellas dactilares.

Braveheart olfateó el aire y pegó sus orejas contra su cabeza: olía algo. Poco después, Dan creyó escuchar un extraño ruido en la lejanía. Algo había cambiado en su interior desde que tuvieron lugar los acontecimientos sucedidos esa tarde, así que se puso a cubierto y desenvolvió a Brillante Asesina, que estaba desafilada y sucia debido a su intento fallido por limpiarla.

Hubiera deseado que fuera un coche o un camión, pero ni se veían las luces delanteras ni se escuchaba el ruido del motor. Sin embargo, estaba seguro de que algo se aproximaba porque podía escuchar un ruido sordo, como un trueno distante. Fue entonces cuando, por primera vez, puso especial atención en cómo explicaría su lamentable y ensangrentada apariencia y en cómo justificaría la tenencia de una espada antigua. La agarró con fuerza. Empuñarla no era lo más acertado, pero no la ocultaría hasta que estuviera seguro de que no corría ningún peligro. Permaneció cerca de Braveheart, que se erizaba presa de la concentración, con los músculos tensos, preparado para entrar en acción. Debía haber unos siete hombres a caballo, una especie de carro y otros cinco o seis caballos sin jinetes pero cargados con paquetes. Avanzaban en tinieblas y demasiado sigilosos para tan grande caravana. ¿Qué estaba pasando? ¿Cuántos carros y caballos había en Sussex? ¿Por qué no podía encontrarse con alguien normal? Un apacible granjero en un Land-Rover no estaría nada mal. Sólo quería volver a casa. Braveheart, por su parte, estaba tenso, pero no gruñía, así que Dan tomó la decisión de volver a envolver a Brillante Asesina, llevársela al hombro y salir a plena vista. Braveheart siguió sus pasos, mostrándose a la vista del jinete a la cabeza del convoy.

—Hola. Perdone, quisiera llegar a Hastings, ¿podría decirme si es

éste el camino?

Entonces, escuchó la atemorizada voz de Úrsula que gritaba «¡Dan!» y, casi a la vez, vio que un hombre enorme corría hacia él con una espada desenvainada en la mano, una espada diferente a la suya. Aquello era una auténtica locura. Ahora era Úrsula la que estaba en peligro y no dejaría que le hicieran lo mismo que a la niña pelirroja.

No disponía de mucho tiempo para sacar a Brillante Asesina del trapo que la aprisionaba pero sabía que Braveheart no dejaría que el hombre de la espada se le acercara demasiado. Estuvo en lo cierto. Braveheart emitió un gruñido amenazador aunque preventivo, dispuesto a descuartizar la garganta de aquel hombre. Por el ángulo externo del ojo, Dan puedo ver a un segundo hombre, y también a un tercero que se aproximaba por el otro lado. Le costó hacerse con la espada pero al final logró liberarla.

Un hombre estaba hablando, de hecho gritaba, pero Dan no entendía lo que le decía. ¿Por qué nadie hablaba inglés? No se sentía nada capacitado para esquivar el ataque de tres hombres fornidos, pero sostuvo torpemente la pesada y voluminosa espada con temblorosas manos. Escuchó, entonces, el aterrorizado grito de Úrsula, un grito que hizo que Dan se sumergiera en la claridad de su rincón de paz ensangrentado: Dan y Brillante Asesina eran uno solo.

V

Juntos de nuevo

Úrsula forzó la vista luchando contra la oscuridad de la noche. «¡Dan!», pensó que había escuchado a Dan. Sólo podía ser él quien preguntara la dirección para llegar a Hastings en un inglés de lo más correcto. Olvidándose del estricto silencio en que habían estado viajando, Úrsula gritó su nombre lo más fuerte que pudo, pero la sombría noche ahogó su voz.

El Príncipe Macsen, que no quería correr ningún riesgo, ordenó a sus hombres Kai, Prys y Gwyn que, empuñando las armas, rodearan a Dan, como si supusiera una gran amenaza. Era absurdo. Atemorizada por lo que aquellos hombres pudieran hacer a Dan, Úrsula chilló. ¡Tenía tanto miedo de que lo hirieran! De repente, escuchó un grito, y a continuación, el golpe de las espadas centelleando, fieros gritos y alaridos de ira y dolor.

—¡Por favor, Señor, no permitas que muera! —era lo único que le podía pedir. Si Dan estaba aquí, no podía estar muy lejos de casa.

Macsen estaba enfadado. Hablaba en voz baja y aunque Úrsula no escuchaba lo que decía, el tono era perentorio. Los hombres, que habían dejado los caballos a los arbustos a un lado del convoy, desmontaron a la orden de Macsen. El temor corría por las venas de Úrsula. No podía ver a Dan, ¿seguiría aún con vida? Alguien dirigió su caballo hasta el bosque donde el resto del convoy se entretuvo en rodearla, como si fueran a montar un campamento. Encendieron un fuego y, a la parpadeante luz de la hoguera, Úrsula pudo ver a Dan, que parecía estar aturdido. ¡Gracias a Dios! Lo llevaban hacia el fuego con las manos atadas atrás y probablemente la sangre que lo recubría no era la suya porque podía andar. Iba acompañado de un perro enorme, del tamaño de un asno pequeño, que tenía los ojos inyectados en sangre y estaba brutalmente amordazado con una cuerda. ¡Dan estaba vivo! Pero su alivio no duró mucho. La mirada de Dan delataba que no estaba en su sano juicio. Prys, Kay y Gywn lo escoltaban, los

tres ensangrentados y de algún modo avergonzados.

Antes de que Úrsula pudiera acercarse para hablar con Dan, el Príncipe Macsen se había situado delante de ella.

—¿Conoces a este hombre?

—Dan, si, es… otro estudiante. ¿Está herido?—. En la lengua de Macsen no existía ninguna palabra para «compañero de clase».

—No, no está herido —respondió Macsen— pero es un maldito *berserker*, eso es lo que es y han sido necesarios tres hombres para traerlo con vida. Se arriesgó demasiado a que sus días acabaran en el bosque. ¿Por qué no me dijiste que dos de los tuyos atravesasteis el Velo? ¿Hay alguien más?

Los fríos ojos de Macsen buscaron desafiantes los de Úrsula, haciendo que retrocediera. Úrsula entendía las palabras de Macsen pero le hablaban de algo que desconocía. ¿El Velo era la niebla amarilla? ¿Un *berserker* era alguien que estaba loco? Dan nunca le había dado esa impresión, o por lo menos, no más que el resto de los niños de su curso. Úrsula no tenía ni idea de lo que Macsen le estaba diciendo.

—No sé si me siguió, Dan estaba detrás de mí cuando me adentré en la niebla.

—Claro que te siguió. Está aquí, ¿no? —dijo Macsen dando muestras de su enfado.

Úrsula no pudo mantener por más tiempo la ecuanimidad de su tono. Estaba asustada, se sentía desdichada y estaba preocupada por Dan, por su madre y por su propia seguridad. Quería irse a casa.

—¡No me grites! No sé dónde está, no sé lo que estáis haciendo aquí errando en la oscuridad de la noche con vuestras estúpidas espadas e vuestros ineptos caballos. ¡Esto es un rapto! Es un… —Úrsula quería decir «delito judicial» pero no encontraba una palabra que significara eso—. Es un… delito contra la tribu —acabó diciendo

mientras reprimía el deseo incontrolable de llorar.

Después de permanecer en silencio unos minutos, Macsen prosiguió:

—La Copa de la Pertenencia no te ha instruido lo suficiente, Cabeza de Jabalí. No tengo tiempo para solucionar tus lagunas mentales ni para aleccionarte en buenos modales. ¡Es la primera vez que sucede algo así! La Diosa tiene un extraño sentido del humor: le imploramos guerreros y nos envía un crío maleducado y testarudo y a un *berserker* tocado por los dioses. Mi más sincero y profundo deseo es que Rhonwen se despierte pronto o me veré obligado a imponer mano dura para que muestres cierto respeto hacia el Príncipe de las Tribus. Me he controlado todo este tiempo en honor a la Diosa, pero no soy un hombre paciente. Ve con tu hermano pero ten cuidado, aún tiene sed de sangre. Pregúntale dónde consiguió ese magnífico perro de caza y esa espada porque ya las he visto antes, pertenecían a uno de los hombres de mi tribu, Madoc ab Anwen, un hombre al que conocía bien. Si ha arremetido contra alguno de los míos, la Diosa no lo protegerá de mi espada.

Úrsula sintió la rabia y la frustración de Macsen como una fuerza física que lo envolvía, aunque su rostro continuaba siendo imperturbable y su tono moderado. Por una milésima de segundo pensó que veía su manifestación física representada con el halo de una llama anaranjada, hasta que parpadeó y la imagen se desvaneció. Comenzó a sentir de nuevo el dolor de cabeza, un molesto malestar que anulaba sus pensamientos, que perturbaba todos los intentos por entender lo que estaba ocurriendo.

Habiéndose despedido Macsen de ella con un gesto de su mano, se tambaleó hasta llegar junto a Dan, cerca de la hoguera, para sentarse a su lado. Dan era lo único de lo que estaba segura, un punto fijo en un mundo cada vez más extraño. Sin embargo, algo extraño le había sucedido. Tan pronto como se sentó a su lado, la bestia que Dan tenía al otro lado gruñó y la miró con unos ojos que la amenazaban con absoluta violencia. A Úrsula le daban miedo los perros.

—¡Hola! —dijo poniendo su tono más amigable, aunque no lo parecía al no estar acostumbrada a ser simpática con los demás—. Hola Dan, ¡me alegro mucho de verte! —Dan se giró para mirarla, pero al hacerlo, Úrsula sintió más miedo por el modo en que la miró

que por el enfado de Macsen. La miraba pero no la reconocía; tenía los ojos en blanco, inexpresivos. El Dan que creía conocer no miraba a través de unos ojos inertes.

—Déjalo, ya volverá. Por lo menos no es de los que desvarían—. Era Kai y aunque sus palabras fueron bruscas, Úrsula presintió que sólo pretendía ayudar.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes lo que le pasa? —Úrsula se dio cuenta de que sus ojos miraban al hombre que la había drogado con atracción y no le gustó nada. Kai, que estaba pálido y tenía la cara salpicada de sangre, hizo una mueca de dolor y se acomodó cerca del fuego.

—Ni siquiera es muy común en las tribus, pero la Diosa sabe que podemos ser tremendamente salvajes cuando nos lo proponemos—. Kai sonrió, pero la visión no era muy agradable. No era viejo pero muchos de sus dientes estaban partidos y el extremo estriado de una vieja cicatriz le desfiguraba la boca como la amplia sonrisa de una gárgola. A la luz de la hoguera, Kai daba una imagen aterradora. Úrsula no le tenía miedo, a pesar de que debería habérselo suscitado. La había drogado y había atacado a Dan, pero algo en su interior, algo inexplicable, le decía que confiara en él. Kai no tenía intenciones de hacerle daño, pero de nuevo y como todo lo demás, esa confianza no tenía ningún sentido.

—¡Pero, por el Dios Lugh, tu Dan es muy rápido! De haber tenido más maña con la espada, no podría haberlo atrapado, y eso que llevo veinte años siendo guerrero. Hay historias que podría contarte que harían que se te pusieran todos los pelos de punta como el asta de un toro. Una vez conocí a un hombre, un piel de oso, un «*berserker*», el guerrero más temible que haya conocido, ¡y estaba en mi bando! Mirarlo significaba oler la muerte y escuchar su grito de guerra suponía sentir el frío aliento de la muerte en el pescuezo. La furia de ese piel de oso era como la llama que arde lentamente en la madera mojada, pero que cuando se prende, ay Lugh, era como un incendio forestal, inextinguible: la mente en blanco, únicamente sádica furia asesina. Mataría a su mejor amigo sólo con mirarle, no sabía lo que hacía. Decía que era como una niebla roja que descendía y se asentaba, ¡y así era! Un magnífico guerrero en el campo de batalla mientras pudiéramos dirigirle en la dirección correcta; no sentía miedo alguno ni tampoco el dolor… —Kai se giró y miró la hoguera.

Se estaba sujetando el brazo izquierdo y Úrsula pudo ver la sangre que le brotaba de un corte profundo que le atravesaba el pecho y el antebrazo. A la luz de la hoguera, Kai parecía triste. ¿Por qué debería sentir compasión por él? En su lugar, reflexionó sobre lo que Kai le había dicho acerca de Dan; no encajaba con el niño que había conocido en la escuela. Dan era listo, rápido y se mantenía en la periferia de muchos grupos: fumaba con los fumadores, trabajaba con los trabajadores, jugaba al fútbol con los más fuertes y los más deportistas. Parecía que no había razón alguna para esa furia, Dan encajaba en todas partes. Nunca lo había visto turbado ni falto de palabras. Si hubiera sido otro tipo de chica, podría haberse enamorado de él sólo por eso. Nunca le habían llegado comentarios de que se hubiera metido en peleas ni tampoco se lo imaginaba perdiendo la cordura a causa de una furia asesina. Sin embargo, algo debía haber sucedido, porque había sobrevivido a un enfrentamiento contra tres hombres armados. Hubo un crujido detrás de ella y según se giraba para investigar lo que había sido, el dolor de cabeza amenazó con abatirla y distrajo sus pensamientos. Rhonwen apareció entonces al lado de la hoguera y Úrsula sintió un nudo en el estómago. Al igual que una parte de ella confiaba en Kai, esa misma parte apacible e inconsciente no confiaba en Rhonwen. Era su enemiga, no le cabía la menor duda.

Rhonwen no miraba en su dirección, pero Úrsula tenía la sensación de que Rhonwen era la que más se fijaba en ella de todos los que estaban en la hoguera.

—Kai —dijo Rhonwen con una voz que provocó una sensación eléctrica que recorrió a Úrsula de principio a fin—. Deja que te mire ese brazo antes de que te desangres hasta la muerte y apaga el fuego esta misma noche. No podemos permitirnos perder más sangre druida. Ven a la tienda, quiero hablar contigo.

La voz de Rhonwen era hermosa, delicada, seductora y poderosa. Úrsula podía sentir la voluntad de hierro que había detrás de esa aterciopelada voz, de modo que la más leve sugerencia se convertía en una orden irrefutable. Kai, muy servicial, se levantó agarrándose aún el brazo y la siguió alejándose del fuego. Una vez se hubo marchado, Úrsula pudo ver un cerco de sangre donde Kai había estado sentado. El dolor debía de angustiarle muchísimo, a pesar de arreglárselas para no exteriorizarlo. El inexplicable respeto que Úrsula sentía por aquel hombre, tenía ahora una justificación.

—¿Úrsula? —la voz de Dan sonaba débil y desconcertada—. Úrsula, ¿estás bien?

Úrsula se giró para ver a un Dan perplejo pero aparentemente más normal y que la miraba con alivio y preocupación.

—No pretendía ofenderte. Te seguí pero debí perderme en la niebla. ¿Quiénes son estas personas? ¿Te han hecho daño? ¿Sabes dónde estamos?

Parecía que hubiera pasado tanto tiempo desde que se perdiera furiosa entre la niebla ambarina que le llevó un minuto saber a lo que Dan se estaba refiriendo.

—No te preocupes —dijo enseguida, avergonzada—. ¿Estás bien? No parece que estés bien…estás bañado en sangre.

—No recuerdo nada, hay muchos cabos sueltos. Me encontré una espada, una niña muerta y un perro, Braveheart. Es un perro increíble —explicaba con un tono más cálido y un repentino entusiasmo, al tiempo que le daba palmaditas al mostrenco que tenía a su lado —y entonces, llegamos aquí. He debido caerme y haberme golpeado la cabeza o algo porque todo esto no tiene sentido… —miró a Úrsula un tanto aterrorizado —Úrsula, ¿dónde diablos estamos? He corrido kilómetros y kilómetros y no logro encontrar el camino, y tengo que denunciar el asesinato de una niña—. Hizo una pausa y dijo bruscamente: —¿dónde está Brillante Asesina?

—¿Dónde está qué?

—Mi espada, es decir… la espada que encontré y a la que llamé Brillante Asesina.

—Macsen quería hablar contigo de eso.

—¿Macsen?

—Dice llamarse Príncipe Macsen y es el que está al mando. Creo que conoce al hombre a quien le pertenecía.

—No me extraña, no puede haber mucha gente que se tome tanto interés por las espadas antiguas. ¿Por qué van así vestidos?

—No lo sé. Son Combrogi. Supongo que es así como se visten.

—¿Son qué? —Dan no se lo estaba poniendo fácil. Úrsula se sentía avergonzada tanto por su absoluto desconocimiento como por no poder explicarle lo poco que sabía. ¿Cómo podría explicar el conocimiento repentino de una lengua nueva? Estaba en la clase de francés intermedio y de alemán para principiantes, Dan estaba en el grupo avanzado de ambos idiomas e incluso daba latín. A pesar de todo, Úrsula prosiguió con firmeza:

—Combrogi es como las gentes de la tribu se denominan a sí mismas. De lo que no estoy segura es de dónde estamos, ése es el problema. Empiezo a asustarme… mira, pero no te rías, ¿de acuerdo?... Me temo que, de algún modo, hemos podido saltar atrás en el tiempo…Sé que parece una estupidez.

Dan permaneció en silencio y Úrsula dudó incluso que la hubiera escuchado. Creía que Dan había vuelto en sí pero parecía estar muy perturbado.

—Necesito encontrar a Brillante Asesina —dijo Dan como si Úrsula no hubiera hecho el ridículo con esa estúpida teoría. Dan intentó levantarse pero el tener las manos atadas se lo impidió. Braveheart le acarició la mejilla con el hocico, y Kai, que había regresado ya de la tienda de Rhonwen, se había aproximado hasta Dan al primer intento por moverse. No había duda, por la expresión de Kai, de que veía a Dan como un animal salvaje. Quizás eso es lo que era un piel de oso.

La herida sangrante del brazo de Kai había desaparecido. Úrsula volvió a mirar, pero debía estar en el otro brazo. Miró, incrédula, una tercera vez para cerciorarse. Kai se había cambiado de jubón y no tenía indicio alguno de haber estado herido. ¿Era posible que Rhonwen lo hubiera curado? Seguramente no, pero fuese como fuese, ese misterio no le importaba ahora. Rhonwen no estaba muy lejos de Kai y su presencia la incomodaba.

Rhonwen miró a Dan con la misma mirada intensa con la que había mirado a Úrsula, pero Dan no parecía alterarse. La necesidad que tenía por encontrar a Brillante Asesina era su único objetivo en mente. Rhonwen frunció ligeramente el ceño y dijo a Kai en la lengua de los Combrogi:

—Lo mejor sería que hiciéramos el ritual con él también. Debe ser uno de los nuestros, de lo contrario, sería demasiado peligroso. Es probable que aprendamos más de éste si yo dirigiera la ceremonia —dijo señalando a Úrsula con una altiva inclinación de la cabeza.

Fue Dan quien ahora frunció el entrecejo. No entendía nada y no estaba acostumbrado a no entender las cosas. Úrsula, sin embargo, estaba furiosa por el hecho de que hablaran de ella como si no estuviera presente. Esa mujer no haría ningún ritual con ella. Fuera lo que fuera lo que esa mujer tuviera en mente, estaba segura de que no podía ser nada bueno. Dispuesta a imponerse, habló en la lengua de Rhonwen:

—Mi hermano y yo no queremos ninguna ceremonia. Queremos ir a casa y ya nos habéis retenido demasiado tiempo contra nuestra voluntad. Habrá gente que nos esté buscando.

Rhonwen parecía estar sorprendida y enfadada a la vez, mientras que Dan se había quedado boquiabierto.

—Dijiste que la ceremonia había fracasado —dijo Rhonwen cambiando de lengua y acusando a Kai.

—Sí, Princesa, en parte —respondió Kai un tanto incómodo—. Dije que el chico no lo había entendido todo. No entiende nuestras costumbres, como el ritual debería habérselas mostrado, pero ha aprendido nuestra lengua. Eso es todo. Nosotros no obtuvimos nada de él, salvo experimentar lo que es un verdadero dolor de cabeza. No nos permitió conocer sus pensamientos—. Kai se frotó la cabeza por encima de la sien como si aún le doliera y dijo pensando bien sus palabras—: no creo que el fallo resida ni en el ritual ni en el modo en que lo dirigí. El chico tiene algo, no es como los demás. Por eso lo hemos llamado Cabeza de Jabalí: no he conocido nunca una cabeza más dura que oculte todos sus secretos.

Un repentino, acelerado y constante ruido de cascos de caballo acalló lo que Rhonwen estaba a punto de decir, aunque algo le decía a Úrsula que probablemente no sería ningún elogio. Un jinete galopó hasta el campamento y desmontó su caballo con cuidado donde se encontraba Macsen. Sus toscos y breves movimientos delataban de alguna manera una terrible urgencia. Úrsula se percató de que sabía su nombre. Era Caradoc-el-secreto, que habló tan bajo que apenas se le escuchaba en el súbito silencio del campamento en alerta.

La voz de Macsen no era mucho más elevada pero desvelaba un aviso de peligro:

—Nada de fiestas esta noche, partiremos enseguida. Caradoc ha encontrado el cuerpo de la hija de Madoc y ha visto a algunos Cuervos masacrados en el bosque. El peligro está cerca y éste no es el lugar más indicado para convertirse en un campo de batalla, camaradas. ¡En marcha!

Todos los que habían descansado, dado de beber a sus caballos o se habían calentado al calor del fuego estaban listos al instante. Extinguieron el fuego diligentemente y ocultaron todos los vestigios de la breve parada. La pequeña y robusta silueta de Caradoc huyó para confundir el rastro.

—¿Qué está pasando? —Dan no había comprendido lo que Macsen había dicho. La frustración había dejado un tono desesperado en su voz.

Kai se encontró con la mirada del Príncipe Macsen, que se unió a ellos.

—¡Chico! —dijo Macsen en inglés buscando con sus fríos ojos los desconcertados ojos de Dan.

—¿Sí, señor? —respondió agradecido por escuchar palabras que entendía.

—Había una chica en el bosque. ¿La mataste? ¿Conseguiste allí la espada? —la expresión de terror y conmoción de Dan fue suficiente. Dan tragó saliva y miró a Macsen con pávidos ojos.

—Vi a la niña, era pelirroja, pero ya estaba muerta. Yo no la maté.

—Los Cuervos, que en tu lengua son… —Macsen se esforzó por encontrar la palabra— los romanos. Hay dos exploradores romanos muertos en el bosque, ¿los mataste tú?

—No lo sé, no lo recuerdo. No creo que pudiera…

Macsen no se inmutó en absoluto pero Úrsula podía sentir la compasión que el Príncipe sintió por ese niño atemorizado.

—No es el mejor momento para hablar. Te he visto luchar, así que te daré tu espada. No sé lo que Cabeza de Jabalí es capaz de hacer pero será a tu hermano a quien defenderás. No esperes que mis hombres te ayuden, estaremos de matanza. Mantente en la montura si puedes, tendremos que cabalgar. Quienquiera que haya matado a esos dos Cuervos podría habernos matado antes de darnos cuenta siquiera. Y si eran exploradores, habrá más por aquí cerca, por lo que tendremos que cabalgar rápido. ¡Que la Diosa que os trajo os proteja ahora!

Sin más, se marchó y susurró algunas órdenes a sus hombres.

Kai desató a Dan y le dio a Brillante Asesina. Dan la tomó como si fuera lo único que comprendiera; quizás estaba en lo cierto. Cortó con mano firme la tosca mordaza del perro, que se puso a gruñir. El sonido que emitió era el más amenazador que Úrsula hubiera escuchado en su vida. Kai también le ofreció una espada a ella, una espada más delgada que Brillante Asesina pero pesada, y más grande y afilada que el cuchillo de trinchar de su madre, pero eso no le hacía sentirse más tranquila.

—Taranis te protegerá, Cabeza de Jabalí —le susurró Kai dándole unas palmaditas en el hombro a Úrsula y se marchó.

Hubo un gran ajetreo de hombres y caballos. Macsen estaba maniobrando lo que Úrsula supuso que era un carro. Había confusión

por todas partes. Úrsula intentó subirse como pudo al poni, pero como no tenía estribos, Dan tuvo que ayudarle a montar. La espada se interpuso en su camino y Úrsula se asustó. Dan, que parecía más tranquilo, saltó sobre uno de los caballos libres como lo habían hecho Kai y los demás. Úrsula, que envidiaba la habilidad física de Dan, se sintió incómoda y avergonzada, y aunque empuñó la espada torpemente con la mano derecha, temió que accidentalmente le cortara las orejas al caballo.

—No te preocupes Úrsula, yo te protegeré —dijo Dan que parecía haber ganado confianza al recuperar su gran espada. El gigantesco perro parecía feliz de estar al lado de su caballo. Por el tono de su voz, Dan hablaba en serio, aunque Úrsula no podía verle la cara. ¿Qué había transformado a Dan en un *berserker*? ¿La atacaría?

De repente, la luna apareció por entre las nubes, que se abrieron a su alrededor, y su clara luz bañó la tierra. Algo plateado brilló en el bosque, pero ya no había tiempo para echar a correr. Era la cresta de un casco romano, un soldado enemigo. Cuanto más aguzaba la vista, más enemigos iba descubriendo Úrsula; era como contar estrellas en un cielo nublado. Una flecha silbó en su oído e inmediatamente algo o alguien emitió un espeluznante aullido lobezno. Úrsula no supo decir si era Rhonwen o Braveheart. Parecía ser la señal que dio pie a múltiples gritos salvajes y berridos, la cacofonía de una agresión. Los hombres de la tribu salieron de caza dispuestos a matar: atacaron al tiempo que insultaban y arrojaban lanzas al enemigo, ambos en igual medida, como los *hooligans* en una reyerta callejera. El corazón de Úrsula estaba a punto de paralizarse. El enemigo dio un paso al frente saliendo de detrás de los árboles, para plantarles cara. Aunque no estaban organizados como en la formación de la plaza de armas, no había ninguna duda de quiénes eran.

—Ponte detrás de mí. ¡Ya! —exclamó Dan en tensión y con frialdad.

Los romanos eran el enemigo y serían unos cincuenta. Se escuchó entonces el entrechocar de los metales entre el estrépito de los gritos de guerra de los salvajes Combrogi. La batalla acababa de empezar.

VI

El dragón del bosque

Dan se deslizó por el lomo de su caballo y se puso delante de Úrsula acompañado de Braveheart, que gruñía a su lado. Dan no tenía escudo pero aunque lo tuviera, no sabría cómo utilizarlo. Agarró a Brillante Asesina con las dos manos; estaba preparado. A pesar de que el corazón se le aceleraba, se propuso no perder la calma. Los demás Combrogi también parecían haberse desmontado de los caballos y, tan pronto como el enemigo aparecía de entre los árboles del bosque, se abalanzaban sobre ellos vociferando insultos y salvajes gritos de guerra. Dan agudizó la vista para distinguir las enormes y corpulentas figuras de los Combrogi y observó atentamente como si todo aquello se tratara de un juego e intentara aprender las reglas. Sin embargo, parecía que no existía regla alguna para los Combrogi salvo la muerte, fuera cual fuera el modo de conseguirla. Los Combrogi eran todos hombres vigorosos y eran considerablemente más altos que los romanos, incluso sin llevar casco, una corpulencia y una altura superiores que les proporcionaba una ventaja evidente en el combate cuerpo a cuerpo. Además, jugaban sucio en el campo de batalla: no existía ningún código de caballería.

Los Combrogi utilizaban absolutamente todo: los pies, la fuerza bruta, lanzas, espadas, escudos y puntas de flechas. Dan observó cómo un guerrero úrsido atacaba a un romano, cómo proyectaba su extensa lanza en el desprotegido brazo armado de su adversario, haciéndole un tajo en la barriga por debajo de la coraza, y cómo le desmembraba finalmente todo el brazo con la espada antes de recuperar su lanza. Pudo oír el crujido de los huesos, así como el roce del metal con el metal, el metal con la madera, el metal con los huesos y el metal con la carne. Al ocultarse la luna tuvo que agudizar la vista, pero se alegró de no poder ver nada más; tenía suficiente con percibir las oscuras siluetas y los brutales sonidos.

¿Cómo podían los Combrogi salir ahí fuera y empezar a despedazar a unos desconocidos? Aquello le recordaba a un tipo de

locura que a veces brotaba tras los partidos de fútbol. Los Combrogi eran como los *hooligans*, pero con espadas, que se glorificaban en el caos de una batalla campal. ¿Dónde estaría para que aquello pudiera estar sucediendo? ¿Dónde estaba la policía, el ejército británico o quienquiera que pudiera detener a aquellos matones vestidos con extraños ropajes que se peleaban de esa manera? De todas formas, cuando todo aquello acabara, debía de poner a salvo a Úrsula y a Braveheart. La seguridad de ambos dependía ahora de él. No sabía cuándo se había mentalizado de responsabilizarse de Úrsula ni tampoco de Braveheart, pero lo había hecho, y haría todo lo que estuviera en sus manos para que así fuera. Se colocó directamente delante de Úrsula, quien aún estaba a caballo, y le vino un pensamiento a la mente: «Aquí estoy y no me queda otra», que era como se sentía. Sabía que Braveheart estaba preparado, e incluso ansioso por unirse a la lucha, porque podía escuchar su fuerte respiración. Tenía la esperanza de que Braveheart no fuera un perro peligroso para no tener que sacrificarlo cuando lo llevara a casa. Después de todo, Braveheart sólo atacaba en defensa propia.

Dan observó a los Combrogi, observó lo que hacían y le repugnó lo que probablemente él también se vería obligado a hacer si alguien se interponía en su camino. ¿Los romanos y los Combrogi, no eran ambos sus enemigos? Si alguno intentaba atacarle a él o a alguno de sus amigos, entonces sí que lo eran. Aunque se sentía inferior e inepto, agarró con firmeza a Brillante Asesina. Se alegraba de que Braveheart estuviera preparado y ansioso. El peso de la espada y la presencia muscular de Braveheart refrenaron su miedo, de modo que equilibró la espada y aguardó.

Desde su posición a caballo, Úrsula tenía la mejor visión posible de la batalla. La luna se había ocultado de nuevo tras las nubes, por lo que le llevó un momento acostumbrar sus ojos a la oscuridad para poder distinguir las oscuras figuras; sin embargo, no había rastro alguno ni de Rhonwen ni de Macsen. Si Dan estaba situado delante de ella como si se tratara de un esprínter en el taco de salida, sólo Gwyn, Kai, Prys, Rhrodri y Caradoc, los hombres de Macsen, luchaban contra los romanos. Úrsula no podía certificar si eran menos o más de cincuenta hombres, pero ya no importaba nada; eran demasiados y no había ninguna esperanza de que los Combrogi vencieran a las fuerzas superiores. Los gritos salvajes de los hombres de Macsen parecían silbidos en la noche. Quizás también ellos lo pensaban porque ahora el ruido era menor, sólo se escuchaban ligeros gruñidos e insultos, algunas respiraciones fuertes y el amenazante tintineo de las

armaduras romanas cuando el enemigo se movía. También se escuchaban los llantos de los hombres en agonía, hombres que estaban muriendo ante sus propios ojos. Todo aquello parecía imposible: figuras oscuras que gritaban, se retorcían y se desplomaban contra el suelo, aunque todo parecía estar envuelto en una especie de manto de silencio. La noche, la más oscura que Úrsula había visto hasta entonces, lo absorbía todo.

No sabía qué hacer. Vio como Kai atravesaba con la lanza a un romano y cómo levantaba su enorme espada para dejarla caer sobre el cuello de su oponente. La luz de la luna iluminó ligeramente el rostro del bárbaro, un rostro contraído por el esfuerzo y con una macabra mueca de felicidad. A los hombres que la habían cogido prisionera les gustaba matar, y lo hacían bastante bien, o al menos eso parecía. Sin embargo, no importaba cuántos enemigos derribaran porque seguían apareciendo más de entre los árboles. Úrsula vio a Gwyn dirigir su lanza con brutal precisión hacia el rostro desprotegido de un romano y cómo apartaba su cuerpo después con su pesado escudo de madera. Prys manejaba su escudo, del que sobresalían cinco o seis puntas de flecha, como si fuera un gigantesco puerco espín, un arma adicional para desviar el escudo romano y recuperar la lanza. No le quedaba más remedio que mirar aunque en realidad no quisiera ver lo que aquellos hombres se estaban haciendo los unos a los otros.

Los romanos se gritaban entre sí y sus voces vagaban hasta los oídos de Úrsula y se apartaban de la oscuridad. Se estaban dando órdenes, avisos y direcciones como si estuvieran inmersos en una especie de juego de equipo muy complejo. A pesar del derramamiento de sangre impuesto por unos Combrogi enloquecidos en el campo de batalla, los romanos comenzaron a moverse con una calma casi mecánica y se organizaron en formación de combate. Cinco hombres bárbaros, aun con la fuerza de diez, eran incapaces de hostigarles para que olvidaran su disciplina

Las batallas eran un mundo desconocido para Úrsula pero se dio cuenta de que los romanos eran más que guerreros. No podían competir contra los Combrogi en el combate individual, pero ahora se habían transformado en una máquina de matar. Entretanto, Dan murmuraba por debajo de su respiración y Braveheart gruñía. El cuerpo del perro de batalla estaba temblando por la urgente necesidad de unirse al combate, a la espera de una orden que lo desatara, pero Dan continuaba esperando y, de algún modo, también lo hacía Braveheart.

Los Combrogi que estaban en el campo de batalla se daban cuenta poco a poco de que no podían combatir contra aquellos hombres formados en cuña. No había posibilidad alguna para el combate cuerpo a cuerpo, no había nadie contra quien combatir. Tan sólo había una cuña de hombres entrenados que sabían que si se mantenían formados no podían perder. Los Combrogi retrocedieron hasta donde estaban los carros y los caballos. Prys corrió hacia donde estaba Úrsula mientras se limpiaba la sangre y el sudor de los ojos y se lamía los labios resecos. Úrsula casi podía sentir el desprecio de Prys hacia ella por no unirse a la batalla. El aire entre ellos se hacía más frío por su desdén. Prys escupió hacia donde ella estaba y la rebasó. Úrsula también distinguió a Kai y a Gwyn, a ambos les costaba respirar con normalidad, pero por lo que veía, no estaban heridos. Intercambiaron unas cuantas palabras entre gruñidos que Úrsula no pudo escuchar y Kai le dio unas palmaditas a su compañero en la espalda. La oscura sustancia que manchaba sus túnicas no era la sangre de ninguno de los dos.

La retirada situó a los Combrogi en una posición más débil, a la altura de Úrsula y de Dan: los carros y los caballos detrás de ellos, el bosque justo delante, y entre medias cinco filas romanas, hombro con hombro, a la espera de una orden. Puesto que los romanos iban a pie, los Combrogi podrían haberse montado a los caballos y haber huido. Deberían haber aprovechado la oportunidad de escapar, pero no hicieron ni un solo amago. En todo caso, Dan y ella deberían aprovechar y echar a correr ahora, antes de que los romanos avanzaran. Sus captores no les darían caza al tener a miles de romanos pisándoles los talones. Úrsula quería echar a correr, su mente le decía que era una buena idea pero no sabía cómo hacer que el caballo girara. La espeluznante combinación de la incompetencia y el miedo a no poder hacer nada la tenía arraigada al suelo.

Dan no le quitaba los ojos de encima al enemigo. Úrsula no podía ver su cara en la oscuridad, sólo podía sentir la desesperada atención de su concentración. No estaba fuera de sí en aquellos momentos, a menos que su locura fuera la bravura. Úrsula sabía que Dan no huiría, que la defendería pasara lo que pasara. Sabía que eso era lo que había querido decir cuando había dicho que la mantendría a salvo, lo que le daba la extraña sensación de que estaría dispuesto a morir por ella si fuera necesario. No le cabía ninguna duda, a pesar de que supiera que no acababa de caerle muy bien. Tanto valor la sobrecogía. Quería estar al lado de Dan, no detrás de él, y que no tuviera la necesidad de

responsabilizarse de ella. Sin embargo, era cierto que estaba petrificada, no podía moverse. No es que le temblaran las piernas o algo por el estilo, sino que simplemente no se movían. Agarró con fuerza la espada que le habían dado y se preguntó si, llegado el momento, intentaría defenderse o se quedaría inmóvil como ahora, como una muñeca de madera inmóvil a la que despedazar, como si de por sí estuviera ya muerta.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Kai arreglaba su escudo y cómo Gwyn se ajustaba más el manto y limpiaba su espada en la hierba. Se disponían a volver a la lucha. Al colocarse de nuevo las armas daban una idea bastante clara de su intención: se estaban preparando para morir.

Entonces, una pausa, una nueva especie de quietud. Los alterados sentidos de Úrsula sólo escucharon los leves sonidos de los jadeantes guerreros junto con un tintineo y un avance esporádicos del silencioso enemigo. Los cinco hombres salvajes estudiaron fríamente al adversario y los tantearon. Estaba casi todo ya decidido, aunque los hombres de Macsen no se dejarían matar tan fácilmente. Aun estando la derrota cerca, se mostraban desafiantes, orgullosos e insólitamente eficientes: su trabajo consistía en matar y ya habían preparado y comprobado las herramientas con ese fin. El bramido de un grito de guerra tan temible que helaba la sangre los asustó, como también asustó a Úrsula. Un flujo continuado y resonante de maldiciones que prometían enfermedad, pestilencia, destrucción y deshonor hasta la décima generación de aquella manada de romanos se entonaba en el silencio, desatándose el infierno y la esperanza. Se trataba de Macsen, majestuoso e impresionante como un ángel vengador, con el pelo suelto y el llamativo manto ondeando al viento que se adentraba en medio de la cuña romana en una cuadriga tirada por dos enormes y zainos caballos. Sus hombres, que encontraron en él la inspiración, vociferaron gritos de guerra vanagloriándose de los romanos que ya habían aniquilado. Con las lanzas en mano, corrieron detrás de Macsen en dirección a la cuña romana. Era el suicidio más dramático inimaginable, seis contra cuarenta, pero ¿se mantendrían los romanos impasibles ante Macsen? Aquello suponía tener más valor del que creyera que pudiera existir en el universo. Úrsula ni siquiera se atrevía a mirar. De repente, cuando Macsen atacaba con su lanza a la primera línea de una formación de miles de lanzas romanas, el propio bosque pareció retroceder y bramar su desagrado. Úrsula, que pensaba que ya había sido presa del miedo, sintió que esta vez le temblaron las piernas, y que de no haber estado montada a caballo, seguramente se

habría caído al suelo. Braveheart aulló y agachó las orejas presionándolas contra su cabeza. Los romanos, que resultaron no estar tan bien instruidos, se giraron para ver qué era lo que ocasionaba un sonido tan estridente. Varios metros por encima de los árboles resplandecía una llama roja e incandescente que desprendía una luz propia que contrastaba con la oscuridad de la noche. Era un dragón. Sus ojos ardían con una atroz insaciabilidad y algo repulsivo goteaba de sus fauces. Dirigió su enorme cabeza hacia los desventurados romanos y mostró su gigantesca dentadura. Los hombres de mecánicos movimientos, los romanos, empezaron a chillar y a correr por todas partes abandonando la protección de la formación en cuña. Casi a la vez se rompió la primera línea, que se había distraído justo en el momento equivocado. Los caballos avanzaron y los hombres de Macsen que iban justo detrás se aprovecharon completamente de la confusión y la ruptura de las filas. El dragón volvió a rugir. Un sonido parecido al rugido ronco de un león pero más amenazador y propio de los reptiles, resonó en la noche. El lagarto sacudió la lengua con un rápido movimiento y aquellos legionarios que aún no se habían guarecido de aquella monstruosa cabeza, buscaron entonces donde esconderse. Úrsula sintió aquella irritante sensación que había sentido antes, como si el aire estuviera cargado de electricidad estática. Casi podía oír la intensa vibración del sonido, de la transmisión de energía que azotaba sus huesos; fue entonces cuando supo que Rhonwen tenía algo que ver con aquella sensación. Parpadeó a causa de su asombro. Volvió a parpadear. A medida que sus ojos se acostumbraban a la luminosidad del fuego del dragón, Úrsula lo pudo observar con otros ojos: aquello no era más que un juego de títeres, una ilusión de hojas, de tierra y de una niebla luminiscente. No era sino una criatura ficticia, una ilusión que Úrsula sabía que provenía de Rhonwen. Sin embargo, estaba segura de que lo único que veían los legionarios romanos era un dragón. Estaban luchando entre ellos para escapar de aquel lugar; estaban tan cerca y tan amontonados que el pánico acabó en desastre. No tenían ni siquiera espacio para utilizar las lanzas y sus pequeñas espadas carecían del alcance suficiente como para defenderse de los macabros ataques de Macsen y de sus hombres. Los adiestrados caballos del Príncipe Macsen se encabritaron y piafaron mientras Macsen y sus hombres aniquilaban al pavorido enemigo con despiadada efectividad. Incluso Macsen tenía sus dudas acerca del dragón, por lo que recogía los frutos de su sangrienta cosecha lo más alejado posible de sus enormes fauces. Los gritos de los guerreros Combrogi ya no parecían ser un susurro en la noche sino un ataque suicida convertido en masacre.

Por desgracia, muchos de los despavoridos legionarios corrieron

hacia los caballos para alejarse lo más posible del dragón. Úrsula no entendía por qué no habían corrido hacia donde estaban Dan y ella, los ignoraban para coger un caballo y haber escapado, pero la verdad es que no lo hicieron.

Un hombre corrió hacia ellos. Era un joven soldado que temblaba y que parecía tener la mirada perdida; estaba completamente desconcertado por la aparición que había dejado tras de sí. Estaba tan cerca de Úrsula que podía captar el olor a vino picado de su aliento y a carne salada. En otras circunstancias, lo habría encontrado apuesto.

—¡Dejadme pasar! —dijo riendo como un loco mientras hundía su pequeña espada en lo que debería haber sido el estómago de Dan si no fuera porque en ese momento Dan se había echado a un lado y Braveheart se había abalanzado sobre la garganta del legionario. El joven no sobrevivió al ataque. Dan no mostró ningún tipo de sentimiento, simplemente apartó el cuerpo con el pie. Otro hombre, que había visto cómo moría su camarada, contraatacó y su armadura brilló con un reflejo rojo en la reflectante luz del dragón.

—¡Ya te tengo, maldito perro!

Con la lanza preparada, se lanzó a por la pesada y enmarañada masa de Braveheart. Úrsula no vio que Dan se moviera. Los niños del colegio solían elogiar las maniobras de Dan en las interminables conversaciones de después de los partidos, pero ella nunca les había prestado demasiada atención. Sólo le quedaba observar, allí plantada e inmóvil, cómo Dan se movía con increíble velocidad para esquivar la lanza. Cuando Dan amenazó con clavar su ensangrentada espada en la garganta del romano, Úrsula miró hacia otro lado. Sin embargo, aún había más romanos. Los que quedaban parecían impacientes por unirse a la contienda y ninguno parecía querer evadir ni al muchacho ni al perro. Dan y Braveheart casi parecían adquirir un ritmo, como cuando se cava en el jardín o se construye un muro. Para estar loco, Dan era demasiado frío: no parecía esforzarse, no hablaba ni gritaba o amenazaba. Su locura era una de ésas frías y calculadoras, simplemente se dedicaba a matar. Al observar a Dan, el hielo corrió por las venas de Úrsula. A pesar de que Dan la estaba protegiendo, no era eso lo que ella sentía. Quería irse a casa, a un lugar donde no sucediera nada de aquello, donde no se descuartizara a los hombres ni se les desmembrara, donde la sangre no corriera irrefrenable y donde

la muerte no estuviera acechándola tan fríamente con unos juveniles ojos abiertos. Todo era demasiado aterrador como para echarse a llorar y, además, seguía sin poder moverse para salvar su vida. Si milagrosamente algún romano traspasaba la línea de Dan, no sabía si sería capaz de blandir su espada aunque sólo fuera para defenderse. Su mano estaba entumecida al sujetarla, como lo estaban sus rodillas por el esfuerzo de mantenerse a caballo. Sólo quería que todo aquello acabara, y de hecho, así fue. Dan no había dejado a ninguno con vida. Lo único que había quedado era cuerpos inertes por todas partes. ¿Cómo podía un niño matar a diez hombres, a diez soldados armados con lanzas y escudos? No tenía sentido. Dan, impávido, se había desplomado entre los cadáveres. Brillante Asesina había dejado de centellear, ahora embotada y manchada de sangre y de algo incluso peor, yacía en el regazo de Dan, quien tenía la mano apoyada en el cuello de Braveheart. El perro, cansado y con la cabeza completamente empapada en sangre, lamía la cara de su dueño. El dragón se había ido y los únicos hombres que permanecían con vida eran los Combrogi. El suelo estaba plagado de cuerpos, fue entonces cuando Kai comenzó a cantar.

VII

Cazadores de cabezas

La magnífica voz de barítono de Kai temblaba fatigada al cantar. Su rostro estaba inmerso en la melancolía. La ennegrecida sangre ocultaba sus facciones a modo de pintura de camuflaje; sin embargo, cantaba como si él fuera el único ser vivo en el mundo. La canción estaba dedicada a los camaradas muertos en batalla, en un tono bajo, sombrío y conmovedor. Era un lamento en honor a las bellezas terrenales perdidas que los muertos ya nunca más volverían a ver, un lamento dedicado a la pérdida de aquellas almas, bellezas valerosas, que ningún mortal podría ver de nuevo. Era un canto en honor a un valiente enemigo. Úrsula sintió la necesidad de sollozar pero tenía miedo de que si lo hacía, la histeria la dominara. Las lágrimas corrían por el rostro de Prys al unirse a la ceremonia. Úrsula contó rápidamente los guerreros que estaban allí: todos los Combrogi. Las lágrimas eran por los enemigos.

Los demás deambulaban entre los cuerpos. Úrsula no podía ver lo que hacían, ¿no estarían saqueando a los fallecidos, verdad? No, era mucho peor.

Macsen, en su cuadriga, se dirigió hacia donde ella estaba. Incluso en la oscuridad parecía brillar triunfante, un héroe victorioso rebosante de la energía de una victoriosa batalla. En la mano izquierda llevaba, plácidamente agarradas de la cabellera, las cabezas decapitadas de dos legionarios romanos cuya sangre le goteaba en el manto.

—¿Aún con vida, Cabeza de Jabalí? No serviste de mucho ahí fuera, ¿eh? ¿Tu hermano sigue vivo? Vi que es un admirable guerrero —dijo mientras observaba con respeto el montón de cadáveres ensangrentados que yacían a los pies de Dan.

Macsen dio un pequeño salto de la cuadriga, ató las cabezas a las

riendas de los caballos por el pelo y se adelantó para ir a ver cómo estaba Dan. Parecía muy natural, como si estuviera acostumbrado a hacerlo; aunque quizás era lo que siempre hacía. Úrsula se tambaleó en la silla y sintió que el mundo a su alrededor se ennegrecía. Podía sentir el ritmo de su sangre en los oídos y temía desmayarse. No podía ver aquellas cabezas. Cerró los ojos para que cuando los abriera de nuevo, todo estuviera en su sitio. Todo aquel horror sería una pesadilla, nada podía ser real. Pero incluso con los ojos cerrados olía cosas que no se podían encontrar en su mundo, el mundo de las excursiones temáticas, camas seguras, madres y comodidades. Podía oler el pelaje mojado de perros y caballos, la lana húmeda y el miedo. Abrió los ojos y aunque no se desmayó, el mundo estaba tal cual lo había dejado. Macsen estaba acariciando a Braveheart mientras le susurraba palabras cariñosas y le limpiaba el pellejo y la sangre esparcidos por su hocico.

—Debería haber confiado en ti, Giff, mi viejo amigo. No habrías luchado por cualquier hombre. ¡Eres el perro de los dioses! —dijo Macsen que, acto seguido, miró la figura inconsciente y desplomada de Dan—. Es joven, nunca habría imaginado que tuviese fuerza para hacer todo esto —dijo señalando de nuevo los cuerpos esparcidos—. La locura de un piel de oso es ya es una realidad. Siempre había oído decir que podían luchar con la fuerza de diez hombres. Ahora puedo creerlo. Será respetado entre nosotros por lo que ha hecho. En cambio tú, no pensé que fueras un cobarde, Cabeza de Jabalí. Me has decepcionado. Rhonwen no ha encontrado en ti un guerrero que nos sirva; tendré que hablar con ella de ti y del riesgo inútil al que se ha expuesto... —su cara parecía primero desalentadora y unos minutos después, algo más lúcida, de modo que gritó—: ¡Gwyn! Trae agua para Giff, un par de mantos para el Piel de Oso y corma[3]. Está demasiado cansado como para mirar por su propio honor.

Dirigió una fría mirada a Úrsula, que ahora temblaba a causa del miedo y el frío, y se dio media vuelta para unirse a los demás. La luna brillaba de nuevo permitiéndole ver cómo los Combrogi saqueaban alegremente aquellos cuerpos y les arrancaban las cabezas. Por aquel entonces, la melodía de Kai había cambiado; parecía cantar como lo haría un carnicero que silba mientras prepara la carne que va a vender en la carnicería. Era una canción más animada, con un coro enardecedor. Prys y Rhodri cantaban en armonía y aunque Úrsula no podía escuchar todas las palabras, decía algo sobre segar y cosechar las cabezas de los enemigos como si fueran trigo. Era la visión del infierno.

El escalofrío que sacudió el cuerpo de Úrsula parecía indicar el fin de su petrificación. Se las arregló para dejar de asir la espada que le habían prestado y se deslizó torpemente para bajarse del poni que también le habían proporcionado. Mediante movimientos rígidos, intentó mover sus entumecidas piernas. Se habría dejado caer si no fuera por que el miedo a acabar sobre un cadáver hizo que la desesperación ayudara a su equilibrio. Se tambaleó hacia la figura yacente de Dan, que tan sólo estaba a uno o dos pasos de distancia, justo delante de ella. Ni siquiera pensó en el peligro. Braveheart, o Giff, como Macsen lo había llamado, gruñía previsor desde lo más profundo de su garganta. El aviso fue suficiente para que Dan, que reaccionó con los ojos enloquecidos, agarrara de inmediato a Brillante Asesina.

—¡Dan, no! Todo está bien. Soy yo, Úrsula, me conoces del colegio...

Úrsula esperaba que si le recordaba su vida real, una vida alejada de aquella carnicería, podría hacerle volver en sí.

No estaba segura de que Dan hubiera podido oír su entrecortado susurro, pero al menos no la mató, como pensó que haría, a pesar de no bajar la espada. A Úrsula le resultaba difícil equiparar a Dan, el niño del colegio, con Dan, el loco asesino, a pesar de haber sido testigo de la transición. Ahora parecía ser ambos a la vez: sujetaba levemente la espada, que era parte de él, una prolongación de su voluntad, como lo había sido en la batalla, pero hablaba como un niño del colegio.

—¡Estoy muerto de hambre! —exclamó, mirándola con ojos inquietos—. Úrsula, ¿no tendrás una chocolatina, verdad? Te lo compensaré. Tengo tanta hambre que estoy temblando. Me siento como si hubiera estado corriendo todo el día. Además, tengo frío... —Dan no había acabado cuando, de repente, se fijó en el rostro de Úrsula, cuya expresión debía parecer como si estuviera mirando el mismísimo infierno. Dan se había convertido en un motivo de preocupación—. Úrsula, ¿estás bien? Tienes un aspecto horrible.

—¡Ay, Dan! —no pudo evitar sollozar—. Este sitio es espantoso, quiero irme a casa.

No deseaba tener que contarle lo que le había visto hacer. Anhelaba desesperadamente que recobrara la cordura. En lo más profundo de su ser, deseaba que se recuperara, que estuviera a su lado en esa pesadilla para no estar sola.

Dan se acercó para consolarla y fue entonces cuando se dio cuenta de la cantidad de cadáveres que había a su alrededor y que estaba empapado en sangre.

—¿Qué es esta...? —comenzó a preguntar hasta que el recuerdo le cegó la vista. Úrsula supo que esta vez recordaba lo que había hecho —. ¡Dios mío! ¡No es verdad, no puede ser verdad!

Braveheart lamió el rostro angustiado de Dan. La respiración del perro era fétida, olía a carne humana cruda. Dan no lo apartó sino que abrazó su gigantesco cuello con el brazo que tenía libre, como si se tratara de una gran roca en un río de aguas crecidas y se estuviera ahogando. Permaneció con la cabeza oculta en la ijada de Braveheart durante lo que pareció una eternidad. Úrsula no podía ofrecerle ningún consuelo. ¿Cómo podía decirle que no pasaba nada? No era así. ¿Había matado a seis, siete u ocho hombres? No los había contado. Dan tenía quince años, quizás dieciséis y ya era un asesino. Aunque había matado en defensa propia, continuaba siendo un asesino, a menos que fuera un homicidio justificado, ¿o eso sólo se alegaba en las películas americanas? Dan había sido despiadado, temible, cruel y más valiente de lo que Úrsula podía haberse imaginado nunca. Sin embargo, no tenía palabras de consuelo que ofrecerle.

El sonido de los pasos de Gwyn la sacó de su desesperación. Braveheart se puso en tensión al aproximarse. Dan se había levantado en un abrir y cerrar de ojos, con la espada en la mano y la cara más blanca que la luna. Braveheart mostró sus afilados dientes y gruñó suavemente. Gwyn puso las manos a la vista con sumo cuidado. Llevaba una bota de vino y un par de gruesos mantos de lana.

En una parte de su mente por la que nunca había paseado, Dan evaluó a aquel corpulento miembro de la tribu. Estudió sus movimientos y cómo favorecía su lado derecho, una ligera torpeza al andar que revelaba la presencia de una herida reciente. Calculó dónde

debería atacarle y con cuánta fuerza. Ensayó mentalmente los posibles movimientos, teniendo en cuenta la superioridad del viejo oponente en lo que se refería a la fuerza y la altura. Ya había luchado antes contra él, sabía que era tan fuerte como un toro pero que, comparado con él, era lento a la hora de reaccionar. Estaba aturdido por todo lo que recordaba que acababa de hacer, todo lo que había hecho. Era plenamente consciente de lo que había hecho. ¡Cuánto anhelaba poder enmendarlo! Podía sentir una violencia que hasta entonces le había sido desconocida, una violencia que siempre había estado ahí pero que había controlado. Sabía dónde la guardaba y cómo podía liberarla. El rincón de paz de sus días escolares, el don secreto de la concentración total le estaba aguardando. Le amedrentó haberse vuelto loco. Recordó a la niña pelirroja y lo que había acontecido después, el salvaje enfrentamiento contra los hombres de Macsen al escuchar el grito de Úrsula. Lo recordaba todo. La locura estaba allí aguardándole en aquel recodo de tranquilidad. Él lo sabía, lo sentía como una fría necesidad de destrucción. Podría perderse allí siempre que quisiera; sin embargo, sabía que tenía la posibilidad de elegir. No podía volverse loco si elegía no estarlo, ¿no?

El recuerdo de aquellos enfrentamientos le dio una desalentadora confianza, como si esa sensación le atormentara en lo más profundo de su alma. Odiaba la violencia y se había pasado su corta existencia evitando los enfrentamientos. Incluso cuando estaba con sus compañeros miraba hacia otro lado en los momentos más problemáticos. Y ahora, allí, se había convertido en un psicópata asesino de tan sólo quince años. ¿Cómo podía ser verdad? ¿Cómo podría mirar a su hermana Lizzie a la cara?

Gwyn debió haber sentido la seguridad que Dan tenía en sí mismo porque las gotas de sudor se concentraron en su frente al encontrarse con su mirada. Gwyn lo miraba fijamente pero Úrsula podía sentir su miedo, que hacía que el aire a su alrededor pareciera oleaginoso. Gwyn no le tenía miedo a nada y no quería que un niño que no pesaba ni la mitad que él le intimidara. Úrsula, que también pudo percibir aquella sensación, se vio en la obligación de acabar con aquel silencio. Al hablar en inglés, Gwyn le dedicó una mirada de desconfianza.

—Dan, éste es Gwyn, uno de los hombres de Macsen. Te trae corma y un manto. Has luchado en su bando.

Algo en la mente de Dan le decía que no había luchado en el

bando de nadie y que recordaba perfectamente el enfrentamiento que ya había tenido con Gwyn; sin embargo, a medida que recuperaba la consciencia de su nuevo yo, comenzó a temblar. Un manto calentito le vendría muy bien. Nunca había probado el corma pero, de por sí, tomarlo le parecía una buena idea. El cansancio le sobrecogió y casi se le fallaron las piernas. La idea del volver a ese rincón de enloquecimiento le pareció repelente y remota, de modo que bajó la espada para permitir que Gwyn se acercara.

—¡Ey, toma! —Dan puso la empuñadura dorada y sudada de Brillante Asesina en las manos de Úrsula, que se resistían a cogerla—. Dile que hablas en mi nombre y sácanos de aquí, Úrsula. Ahora no puedo ayudarte.

Dan habló casi ahogándose a causa de un agotamiento que lo aislaba del mundo, del remordimiento e incluso de toda responsabilidad. Esa noche Dan no podía ayudarla.

Se arropó con los mantos de lana que le habían ofrecido, cogió el odre y se sentó a unos cuantos pasos de los cadáveres, apoyándose en la espalda de Braveheart. Gwyn se echó agua en la ahuecada palma de la mano. El animal, viendo que aquel hombre no suponía ninguna amenazada para Dan, bebió sediento a lengüetazos antes de rodear a Dan para protegerlo. Dan le dio un buen trago al dulce y caliente corma y se adormeció.

Para algunos, todo iba perfectamente bien. ¿Pero cómo pensaba Dan que ella podría sacarlos de aquella situación? Deberían escaparse, pero era imposible. Úrsula empezó a tener más frío y a sentirse más cansada y desdichada, más de lo que nunca lo había estado. El suelo estaba húmedo. Con mucho cuidado, Úrsula se movió hasta donde estaban Dan y Braveheart, que soltó un ladrido. No pensaba que pudiera atacar a una amiga de Dan, pero aquello era un riesgo que tenía que correr. El gigantesco perro abrió un ojo, pero permitió que se sentara cerca de su compañero de clase. Dan se despertó levemente y masculló algo entre dientes sobre un manto. Dan le lanzó el holgado extremo de su manto y se recostó para echarse a dormir. Casi conscientemente, Úrsula se echó a su lado bajo el manto. Estaba calentito y dejó de temblar. En medio de los profanados cuerpos de los muertos esparcidos en aquel campo de batalla, Dan y Úrsula durmieron bajo unas insólitas estrellas.

VIII

El grito

Un doloroso calambre despertó a Úrsula al amanecer. El manto y su pelo estaban húmedos por el rocío. Se levantó con mucho cuidado para no despertar a Dan. Braveheart gruñó pero, por suerte, no hizo ningún intento por arrebatarle la vida. Todos y cada uno de los detalles describían una escena aterradora, tal y como la recordaba; no obstante, la pila de cadáveres que había sucumbido a la eficiencia del *piel de oso* de Dan había desaparecido y se había transformado en un montón de cabezas decapitadas. Úrsula apartó los ojos de la truculenta visión que los abstraía, como cuando un niño mira un pajarito que se ha estrellado contra la acera. Al moverse, el hombre de la tribu de pelo oscuro, Rhodri, también se movió. ¿Había ordenado Macsen que los vigilaran? Suponía que aún continuaban siendo prisioneros o algo por el estilo. Sin duda, eso sería lo que Macsen habría dispuesto.

Macsen y sus hombres estaban ya despiertos y manos a la obra. Habían dispuesto los caballos y el equipaje en un círculo alrededor de la tienda de piel de Rhonwen. Era una mañana triste y gris y una pequeña hoguera humeaba lúgubremente en la húmeda neblina matinal. Habían retirado los cadáveres del suelo y el fresco túmulo de tierra ennegrecida indicaba lo que Úrsula imaginaba que era una tumba colectiva. La escena era desgarradora. Úrsula deseó entonces poder haber estado más tiempo inmersa en la inconsciencia del sueño. Se masajeó los músculos de la pantorrilla, y a pesar de que el calambre había remitido, aún sentía las descargas en todo el cuerpo y le dolía la cabeza. El olor de la muerte aún impregnaba el aire húmedo.

Cautelosa, se acercó al fuego y se agachó para tumbarse al escaso calor que desprendía. Nadie pareció darse cuenta de su presencia salvo Rhodri, que la observaba con el pretexto de ajustar el fardo de uno de los animales. Se sentía como una delincuente, lo que era paradójico si tenía en cuenta que era la única en el campamento que no había matado a nadie.

Macsen y Rhonwen estaban discutiendo a escasos metros. Rhonwen parecía haber dormido en sábanas de seda, parecía imperturbable ante la batalla o ante las incomodidades de la noche. Fue entonces cuando Úrsula se dio cuenta del embrollo en el que se había metido, y ver a Rhonwen tan perfecta suponía otro motivo más para odiarla. Agudizó el oído para escuchar la conversación que mantenían. Si iba a intentar sacar a Dan y a ella de allí, tendría que aprender todo cuanto le fuera posible.

—Rhonwen, mi querida hermana, te prohibí que te implicaras. No perderé a ninguna otra mujer a manos de los Cuervos, y mucho menos a ti —el tono de Macsen era suplicante en comparación con el de Rhonwen, que era más bien desafiante.

—Si no fuera por mí, sería *tu* cabeza la que no habría visto la luz esta mañana.

—Los Cuervos no cortan cabezas —Macsen rectificó mientras aumentaba su enfado—. Son tan poderosos que ni siquiera temen a los espíritus de nuestros guerreros. No tienen ningún respeto por los misterios sagrados. Deberías saberlo tan bien como yo.

—Sabes perfectamente bien lo que quiero decir. Sin la ilusión que conjuré, tú y tus hombres habríais padecido la gloriosa muerte de un guerrero y no estarías aquí discutiendo conmigo, planeando la batalla de mañana. Me parece que no estás en posición alguna como para rechazar la ayuda que se te ofrece, aunque sea una mujer quien lo haga. Un poco de gratitud no vendría nada mal.

La seductora voz de Rhonwen pasó a ser un estridente y enojado bufido. Úrsula echó un vistazo alrededor y vio que los hombres de Macsen estaban ocupados y no estaban atentos a la conversación. Tenía la sensación de que pocas personas hablaban al Príncipe de esa manera. Por una milésima de segundo pareció como si Macsen estuviera rodeado de un aura de furia intensa que titilaba cual llama, pero que se fue desvaneciendo después. Úrsula se preguntó si el dolor de cabeza le sobrevendría en breves instantes.

—Rhonwen, la sabandija carnosa de Suetonio, ha masacrado a miles de los nuestros —dijo Macsen con firmeza, como si controlara su

enfado del mismo modo que había controlado a sus caballos—. ¿Quién dará hijos a nuestros guerreros si nuestras mujeres mueren en batalla? Necesitamos la ayuda del Rey Cadal, que quiere que seas su esposa imperial viviente. Una esposa imperial muerta no le causará la misma buena impresión y lo necesitamos de nuestro lado, Rhon, especialmente ahora.

—Quieres decir especialmente ahora que has perdido la fe en mi magia. ¿Y qué hay del dragón, eh? ¿Y del Piel del Oso? —respondió Rhonwen, que parecía malhumorada.

—Un niño, Rhonwen, ¿un niño contra cuántos Cuervos? Y luego, Cabeza de Jabalí, que ni es un guerrero ni sé lo que es y parece que tú tampoco lo sabes—. La expresión de Rhonwen le dio toda la razón. Presentía que Cabeza de Jabalí era peligroso, pero no sabía nada más. Macsen prosiguió hablando con una voz más razonable e incluso calmada—. Rhonwen, creo que deberías olvidarte del Velo. El Piel de Oso ha sido el primero que nos ha servido de ayuda, pero no es suficiente. Ha sido un sueño, uno muy valiente, pero no es precisamente el momento para soñar. Necesitamos hombres en el campo de batalla y mujeres en el lecho matrimonial. Debes ir a la Isla Sagrada, donde está Cadal. Le persuadirás para que me preste todos sus guerreros y tú le darás muchos y prósperos hijos por el bien de la tribu. Si lo hicieras, nos ayudarías tanto como Boudicca, la reina de la tribu de los Icenos, lo hizo en su tiempo. Actuarás obedeciendo mis deseos, hermana; pongo mi espada como testigo.

Úrsula se sentía avergonzada por la inutilidad de la que hablaban al referirse a ella pero las palabras de Macsen sobre el lecho matrimonial la sobrecogieron. Por primera vez sintió cierta compasión por Rhonwen al percatarse de que Macsen nunca había oído hablar de la igualdad de oportunidades.

—Y fue por esto por lo que murió nuestro hermano, ¿verdad? —dijo Rhonwen, que parecía desesperada—. De ser así, quienes pueden ejercer la magia de la tierra la malgastarán. ¡Soy lo más parecido que tienes a un druida y no darías órdenes a uno de ellos!

Un grito que perforó la niebla como si fuera una taladradora ahogó la réplica de Macsen. Seguidamente se escuchó otro grito y, a continuación, varios más. Era Dan. Sin dudarlo ni un momento, Úrsula corrió hacia él, horrorizada de lo que pudiera encontrarse. ¿Qué haría

gritar a un piel de oso?

El pánico hizo que Úrsula se apresurara más que los hombres de Macsen, que la seguían blandiendo las espadas. Dan estaba de espaldas a ellos y con el brazo rodeaba el cuello de su gigantesco perro, en busca de apoyo. Estaba mirando la montaña de cabezas que pertenecían a los enemigos derrotados de Macsen y no dejaba de gritar; parecía haberse vuelto loco.

Úrsula se sentía consternada. Dejándose llevar por su propio egoísmo, el primer pensamiento que le vino a la mente fue «¡No permitiré que Dan enloquezca! Necesito que esté bien».

—¡Qué alguien lo derribe! ¡Alertará al enemigo a millas de distancia! —gritó Macsen, que no parecía saber como reaccionar.

Gwyn se adelantó para cumplir la orden de Macsen, pero Úrsula se interpuso en su camino. No llevaba ningún arma, sólo la desesperación y la determinación de que nadie tocaría a Dan.

—¡Déjale en paz! —su voz sonó como el patético chillido de una niña—. ¡No lo toques! —gritó en un tono más serio.

Los gritos de Dan retumbaban en los oídos de Úrsula como puñetazos sordos. Necesitaba detenerle pero no sabía cómo.

—Déjame que le ayude —dijo Rhonwen una vez más con voz sedosa —tengo el don de la cura.

—¡No irás a ningún lado con él!

Rhonwen sonrió y Úrsula sintió imperceptiblemente la leve sensación de su poder. Sintió ese eléctrico hormigueo en sus huesos. Rhonwen le iba a hacer algo a Dan; se introduciría de algún modo en su mente, como ya lo intentaron con ella con la Copa de la Pertenencia. Tenía que protegerlo de esa intrusión: Dan la había salvado y ahora ella debía salvarlo, ¿pero cómo?

Retrocedió hasta donde estaba Dan mientras mantenía la mirada

en Rhonwen. No se atrevía a tocarlo, quizás estuviera tan loco como para matarla con sus propias manos. Desde que lo había visto luchar, lo creía capaz de cualquier proeza, sobrehumana o de cualquier otro tipo. Deseó tener un escudo para ponerlo alrededor de Dan, como el magnífico muro de madera que Prys había utilizado en la batalla. Quizás eso repeliera el poderoso deseo de Rhonwen del mismo modo que Prys repelió las lanzas del enemigo. Úrsula se imaginó el gigantesco escudo. Probablemente era una de las pocas mujeres con la altura y la fuerza necesaria como para sostenerlo y llevar el peso de la madera mediante el enorme tachón de bronce, que casi era un arma en sí. Úrsula carecía de ese escudo, sólo contaba con el deseo ardiente de proteger a Dan, de modo que miró fijamente a Rhonwen con su mirada más aniquiladora.

—¡No te acercarás a él!

Al desvanecerse la sonrisa de Rhonwen, Úrsula sintió que el poder de aquella mujer flaqueaba. Rhonwen parecía desconcertada mientras Dan continuaba gritando.

—¿Y bien? —preguntó Macsen retando a Rhonwen con la mirada para que demostrase su poder.

—Ay, Dan, cálmate, por favor. ¡Me será imposible evitar que te maten si Macsen lo ordena! —Úrsula susurró aquellas palabras sin pensar que Dan pudiera escucharlas, pero de repente e inexplicablemente, Dan cesó de gritar.

Rhonwen se atribuyó el mérito inmediatamente y aceptó con otra fastidiosa sonrisa de satisfacción la aquiescencia de Macsen. Úrsula estaba completamente segura de que Rhonwen no había hecho nada. De algún modo, su poder había muerto mucho antes de alcanzar a Dan. La pálida cara de Rhonwen estaba empapada en sudor, pero más se sorprendió Úrsula al notar que su cuerpo también estaba pegajoso por el suyo. Le dolía tanto la cabeza que apenas se atrevía a moverla, pero Dan había cesado de gritar y nadie le había hecho ningún daño. Antes de que pudiera disfrutar la satisfacción del alivio, Macsen habló:

—Gwyn dice que El Piel de Oso te dio su espada. ¿Eres su Señor?

Macsen la miró inquisitorio. Úrsula sabía que de su respuesta dependían factores importantes, pero no sabía cuáles.

Era muy consciente de la hostilidad que aquellos hombres sentían hacia ella. Pensaban que era un cobarde o algo peor por no haberse involucrado en el baño de sangre de la batalla. Úrsula pensó rápidamente y dedujo que aquellos hombres podrían matarla si pensaban que era un joven inútil, pero que si era imprescindible para Dan, se mostrarían más proclives a dejarla con vida. No sabía lo que podía significar ser el Señor de Dan pero tenía que ser mejor que ser una difunta compañera de clase.

Todos los ojos estaban puestos en ella.

—Sí, digamos que es algo así. Hablo en su nombre.

Macsen asintió con la cabeza.

—Debería someterse al ritual, Macsen. ¿Cómo podemos estar seguros de que El Piel de Oso se quedará con nosotros si no se lo hacemos? —intervino Rhonwen con voz algo temblorosa cuando se vio con la oportunidad de hacerlo.

Úrsula sabía que Rhonwen estaba apesadumbrada por el trágico fracaso de su poder. Siempre que veía a esa mujer, el dolor de cabeza se apoderaba de ella, subiéndole la presión en el cráneo.

—No creo que los Cuervos lo acepten con los brazos abiertos, Princesa Rhonwen, no mientras de su brida cuelguen esas magníficas cabelleras sujetas con una abrazadera —dijo Kai donairoso, a pesar de que aún blandía la espada, dudoso del próximo movimiento de Dan.

—Confiaría más en tu opinión, Kai, si no hubieras fracasado en la correcta realización del ritual con Cabeza de Jabalí —dijo Rhonwen dirigiéndole una mirada amenazadora—. Cabeza de Jabalí y El Piel de Oso son más ajenos a este lugar de lo que piensas. Aquellos a los que llamo a través del Velo atraviesan dos mundos y sin el ritual, no nos pueden conocer ni tampoco a nuestras costumbres. No saben nada de nuestras creencias, de nuestros sueños. ¿Por qué deberían luchar de nuestro lado si no forman parte de nuestra tribu?

Kai parecía avergonzado. Rhonwen nunca cesaría de recordarle que no habían obtenido nada de Úrsula, que no se imbuyera de los valores de los Combrogi en el ritual. Rhonwen no era una mujer de las que perdonaban.

A Úrsula le traía sin cuidado la relación que tuvieran Rhonwen y Kai, ni siquiera se había dado cuenta de la afrenta. No se encontraba muy bien. Sus huesos sabían perfectamente lo que había de verdad en lo que Rhonwen había dicho acerca de atravesar dos mundos. En algún lugar de su conciencia siempre lo había creído así, quizás desde el momento en que había respirado ese extraño aire. No sabía si debía decírselo a Dan, si es que no lo había escuchado por sí mismo. Sintió algo así como una desesperanza que la recorrió de arriba abajo. La situación en la que se encontraban era desesperanzadora, ¿cómo podría entonces llevarlos de vuelta a casa? El desconcierto la distrajo un momento de lo que estaba sucediendo a su alrededor hasta que se dio cuenta de que Rhonwen continuaba hablando.

—...debemos llevarlo a la tienda, donde oficiaré la ceremonia.

Gwyn se dirigió de nuevo hacia Dan.

—¡No! —todos sus sentidos se rebelaron contra la idea de la Copa de la Pertenencia. El recuerdo de la angustia y del desagradable regusto en su boca tras beber de la Copa endureció su decisión. No sabía exactamente lo que ocurría en el ritual pero estaba segura de que consistía en una especie de intrusión en la mente, un intercambio de pensamientos de los participantes, y sabía que la cordura de Dan era demasiado frágil como para arriesgarse.

—¡No permitiré que El Piel de Oso se someta al ritual! —dijo Úrsula.

—No lo permitirás, ¿pero quién...? —Otra de las dramáticas apariciones de Caradoc impidió que Rhonwen finalizara la pregunta. Estaba desaliñado y sin aliento y no perdió el tiempo con formalidades.

—Mi Príncipe, tal y como pensamos, uno de los Cuervos huyó con

uno de nuestros ponis y se dirige directamente a Deva. Aunque el Cuervo no nos hubiera reconocido, alguien reconocerá el tipo de caballo tan pronto como amanezca, de modo que la legión saldrá para Craigwen en unos días.

Macsen pareció flaquear un poco al escuchar aquellas nuevas y respondió ligeramente exhausto:

—Es bueno saberlo, Caradoc. Por Lugh que no debería haber venido a este lugar. Suetonio no necesita que le recordemos que aún vivimos sin haber podido conquistarnos. Saldrá con toda la legión en nuestra busca ahora mismo y en cuestión de unos días habrá transformado esta refriega en una auténtica sublevación del pueblo Combrogi. Sólo necesitaba una excusa y ahora obtendrá todo el apoyo que precisaba para aplastarnos—. Su suspiro iba más allá del mero agotamiento—. Deberíamos habernos quedado en Craigwen. Los sueños de Rhonwen sólo nos han traído dos críos y, si venir hasta aquí no hubiera sido ya de por sí arriesgado, nunca debería haber traído nuestros ponis. Fue una auténtica tontería, pero no se me ocurrió nada mejor para tan largo y duro viaje.

Macsen parecía afligido. Úrsula no lograba entender lo que iba mal, pero si eso lo mantenía distraído de Dan, no le preocupaba demasiado. Con mucho cuidado, tocó la mano de Dan, quien no mostró ningún signo de reconocimiento pero tampoco de nerviosismo. No se había movido desde que había dejado de gritar. Úrsula intentó ver su cara, pero la había ocultado de nuevo en el cuello de Braveheart, que inmóvil le brindaba el bienestar que necesitaba, como si pudiera entenderle. Aunque deseara que Dan estuviera bien, no podía hacer nada por él en aquel momento.

Las noticias parecían haber preocupado a todos los Combrogi y Macsen pareció perder casi el equilibrio.

—Ahora es demasiado tarde para lamentarse. Lo hecho, hecho está—. Hizo una pausa, enmudecido por un repentino pensamiento, pero una sonrisa seca alegró momentáneamente su semblante—. Los Cuervos conocerán el miedo si nuestro extraviado legionario dice la verdad. Debería preocuparles que hayamos sido siete contra cincuenta. Lo que necesitaríamos nosotros ahora sería unos mil hombres más, y en ese caso, podríamos liberar toda la isla de estas alas negras.

Úrsula se dio cuenta entonces de la certeza de todo aquello. Si era capaz de olvidar el terror de la batalla y pensar en ello objetivamente, había sido una victoria abrumadora a favor de los Combrogi.

—Si la legión marcha ahora para Craigwen, estaremos acabados —dijo Rhonwen muy calmada, olvidando por completo su orgullo herido—. No estamos preparados para resistir el asedio al que nos someterían. Suetonio intentará sitiarnos.

—Tampoco es tan desesperanzador —respondió Macsen poco convincente—. Sin duda, estaría más contento si alejara a las mujeres y a los niños. Las negociaciones con el Rey Cadal están ya en proceso, aunque no dará su conformidad si no obtiene a Rhonwen y la mayoría de mi oro —prosiguió Macsen, mientras le echaba una mirada significativa a su hermana—. No tenemos suficientes hombres y los preparativos para resistir el asedio están a medias, pero la situación no es del todo desesperanzada. Sé de algunas personas capaces de frenar el avance de la legión durante un tiempo para evitar así que os pisen los talones. Kai, regresarás a Craigwen y te ocuparás de los preparativos necesarios. Ya se les ha dado aviso a los Carvetos, los Ordovicos, los Novantas y los Damnonios. Nos han prometido que nos mandarán a sus hombres para instruirnos todos juntos y aprender algo de las tácticas de los Cuervos. Hane lleva estudiándolos durante años y ha luchado de su lado una o dos veces cuando era joven para conocerlos mejor. Si hay alguien capaz de forjar una fuerza combativa con la unión de las tribus, ése es él. ¡Es necesario un dragón para desconcentrarlos! Puedo retrasarlos, mantenerlos ocupados de alguna manera en el sur hasta el invierno. Quizás el mal tiempo puede ser nuestro aliado y podamos disponer de algún tiempo para prepararnos. A los Cuervos les encanta asediar al enemigo, y si la mitad de las historias que he escuchado son ciertas deberemos tener trucos muy buenos en la manga para alejarlos de nuestros pescuezos.

—¿Qué hay del Rey Lud y los Brigantes? Pensé que… —intervino Kai, que parecía preocupado.

—Kai, los necesitamos pero Lud es como su madre, de tal palo tal astilla. Nos costará convencerlo. Hagamos de esta noche y de la de mañana lo necesario para sobrevivir a la próxima y a la siguiente. Intentaré recuperarlo por Lughnasadh[4] o fracasar este Samhain —suspiró Macsen.

—Comeremos y seguiremos con nuestro camino. Descansa un rato, Caradoc. Siento no poder ofrecerte la digna celebración de una victoria. Vosotros, todos vosotros, sois los mejores. Os merecéis cinco días de festejos por lo que hicisteis anoche.

Macsen retrocedió con paso cansino hasta la hoguera y se giró para clavar una penetrante mirada en Úrsula.

—Cabeza de Jabalí, veo que no estás lleno de valentía y me incomodas. Mereces una vigilancia constante. No nos traigas ningún mal y se satisfarán tus necesidades. Fíjate en tu hermano. La vida de un piel de oso suele ser breve y cruel —Macsen extendió la mano sobre el hombro de Úrsula en un sorprendente gesto de camaradería —. Ven, come cerca del fuego. Tienes un largo camino por recorrer.

Úrsula pareció sentir el peso de la mano de Macsen aun después de haberla retirado.

IX

El hermano de un cadáver

Úrsula intentó encontrar una razón provisional a una situación que empeoraría más aún. Estaba muy preocupada por Dan y se las arregló para llevarlo hasta la hoguera e incluso le obligó a que tomara alguna de esas pastas secas que hacían los Combrogi, aunque la carne ni la probó. A ella tampoco le daba mucha confianza la carne, hasta que Macsen dijo de pasada que era un conejo que había atrapado Rhodri mientras vigilaba a Cabeza de Jabalí y a El Piel de Oso. Hambrienta e incluso agradecida, se la comió. Dan no actuó de igual modo y la miró con sus enloquecidos ojos sin llegar a reconocerla por completo. Permanecía callado pero acariciaba la cabeza de Braveheart continuamente, lo que no auguraba nada bueno.

Cuando no se preocupaba por Dan, Úrsula se preocupaba por su madre, que pensaría que su hija estaba muerta. Su madre siempre había parecido muy frágil, incluso cuando su padre las abandonó. Ahora estaba sola, después de casi tres años, haciéndose por fin a la idea de que no volvería. Su madre la quería y Úrsula la quería a ella con un fanatismo que rozaba la obligación. ¿Cómo se las arreglaría su madre sin ella? ¿Y cómo se sentiría la pobre señorita Smith habiendo perdido a dos alumnos que estaban a su cuidado? ¿La despedirían?

Se quedó al calor del fuego, cerca de Dan, mordiéndose las uñas al tiempo que los hombres a su alrededor hacían planes. Ninguno de ellos solicitó su ayuda.

Rhonwen y Macsen habían sostenido otra conversación, que parecía haber acabado en la promesa de matrimonio de Rhonwen con el Rey Cadal, quienquiera que fuera, una vez que ayudara a Macsen en su misión de causar problemas a la legión. Hubo largas discusiones sobre a quién de los esclavizados Combrogi en Deva se le podría confiar el arriesgarlo todo para proporcionar a Kai tiempo para organizar Craigwen. Caradoc habló apasionadamente de cómo cualquiera de los de su tribu, los Silures de tez aceitunada, estaría

dispuesto a morir por ver una derrota de los Cuervos. Por desgracia, por lo que sabían, no había ninguno en Deva. Kai quería cabalgar personalmente hasta Deva e intentar asesinar a Suetonio en su cama mientras Macsen dirigía el grupo de vuelta a Craigwen. No obstante, el Príncipe pasó largas horas persuadiendo a Kai de que su valentía le serviría más en Craigwen y que era imposible que Suetonio, como Gobernador Cuervo de toda la provincia, estuviera en Deva, que estaría más al sur. Mucho más se debatió acerca de Craigwen y, finalmente, Úrsula dedujo que se trataba del nombre del castillo fortaleza de Macsen en el norte. Macsen estaba completamente seguro de que él era el único cualificado para adentrarse en los territorios ocupados y ocasionar el caos. Nadie discutió su decisión y la charla acabó convirtiéndose en el plan: ¡qué mejor que incendiar Deva o comenzar una sublevación de esclavos para distraer a la legión de su marcha hacia Craigwen! Nada tenía sentido y, como parecía que nada podía llevar a Úrsula de vuelta a casa, toda aquella conversación le traía sin cuidado. Estaba relativamente agradecida por la inminente partida de Rhonwen, si no la de Macsen; además, el desagrado visceral que sentía hacia ella parecía ser mutuo.

Se despertó de su letargo sólo para evitar que Kai atara las cabezas de los hombres que Dan había matado a la brida de su caballo y Kai se molestó. Aparentemente, aquello inhibía el honor que le habían concedido a Dan. Era obvio que coger esas cabezas era muy importante para Kai, que le explicó que los fantasmas de aquellos romanos le servirían a Dan en la vida después de la muerte y le ayudarían en el campo de batalla. Dejar las cabezas con sus cuerpos supondría arriesgar su retribución en la otra vida, si no antes. Úrsula intentó que el espanto no la hiciera retroceder. Desde pequeña le habían inculcado el respeto hacia las creencias de los demás; sin embargo, pensó que Kai estaba potencialmente más desequilibrado que Dan, pues creía fehacientemente en el poder de los espíritus de los muertos. Lo único que Úrsula quería más que nada en el mundo era que acabara todo aquello, quería irse a casa. Se sentía incapaz de expresar la intensidad de su repulsión cuando le llegó el momento de llevar las cabezas decapitadas con ella. Intentó convencer a Kai de que en su país no era costumbre decapitar a los muertos, pero fue más fácil persuadirlo de que Dan probablemente comenzaría a gritar de nuevo si veía la cabeza de otro romano separada del legionario, lo que Kai no deseaba que se repitiera.

Los Combrogi montaban a pelo y al montar Úrsula su caballo, lo hizo con la misma gracia que un saco de cemento sin la silla de

montar. Llevaba a Brillante Asesina a la espalda, junto con la espada que Macsen le había dado y que aún no había utilizado. La única buena noticia era, sin embargo, que se le había ido el dolor de cabeza, aunque simplemente era una molestia menos de la que preocuparse.

Kai había dudado si permitir que Úrsula cabalgara al lado de Dan. Era obvio que tenía miedo de que pudieran intentar escapar, pero le convenció la apaciguada afirmación de Úrsula de que no sabía a dónde escapar y que por el momento Dan parecía ser normal. El irritante equilibrio natural de Dan le permitía aparentemente mantenerse a caballo sin esfuerzo. No parecía estar mucho más loco que herido ya que continuaba entristecido y reservado, aunque no parecía tener la mirada tan perdida como antes. Braveheart, que no era mucho más pequeño que el poni de Dan, caminaba al lado del caballo.

Finalmente, Dan habló y el susto, mezclado con la torpeza de sus posaderas, fue casi suficiente para hacerla caer.

—Entonces, ¿dónde estamos?

—¡Dan! ¿Estás bien? —le preguntó Úrsula mientras giraba la cabeza hacia atrás todo lo que podía sin llegar a perder su precaria estabilidad. Por lo que podía observar, Dan no parecía echar espuma por la boca ni dar indicios de una dramática locura. Era sorprendente la serenidad del rostro y de la voz de Dan.

—Supongo que sí. Siento lo de los gritos. Aquellas cabezas... yo... hicieron que me diera cuenta de lo que había hecho. ¡Fue tan cruel! Fue como despertarse de una pesadilla y darse cuenta de la especie de monstruo que uno es. ¡Me encarcelarán cuando vuelva a casa! ¡No podré cuidar a Lizzie y crecerá creyendo que soy un psicópata asesino! ¿Qué pasará con mi padre y todo lo demás? ¿Quién protegerá a Lizzie? No pude evitarlo, pero a pesar de todo, creo que ahora estoy bien.

No había mucho que decir, no era el momento adecuado para explicarle que pensaba que nunca volverían a casa, pero Dan tenía derecho a saberlo.

—Dan, he descubierto algo —comenzó a decir mientras buscaba

el modo más suave de contarle que estaban perdidos en otro mundo—pero me temo que no son buenas noticias. Rhonwen dijo...

—Rhonwen, la mujer. ¿Luchaste contra ella? Cuando estaba inmerso en... Bueno, cuando estaba gritando, yo sabía que estaba gritando, pero no era yo. Era como si estuviera en otro lugar. Vi cómo se acercaba a mí mientras me tendía las manos como para ayudarme, pero su mirada... era como si quisiera comerme o algo así. Sé que parece una tontería, pero tú estabas allí y tenías este enorme escudo que sujetabas delante de mí, impidiendo que se acercara más. Estaba enfurecida, quería acercarse, pero tú la detuviste. Te escuché decir muy fuerte «Dan, cálmate, por favor. ¡Me será imposible evitar que te maten si Macsen lo ordena!», como si gritaras en el interior de mi cabeza. Entonces abandoné ese lugar y pude dejar de gritar. Pensé que era un sueño pero era más real que eso, era tan real como esto, pero diferente.

Úrsula se tambaleó en el poni. ¿Cómo sabía que había pensado en ese escudo? ¿Podían sus pensamientos haber incapacitado el poder de Rhonwen? No parecía factible, pero entonces, ¿qué posibilidad existía en que Rhonwen pudiera haberlos traído a través de una densa niebla hasta otro mundo? Una vez más, se había quedado sin palabras.

—No sé lo que ocurrió. Quería ayudarte, pero no sabía cómo, o al menos, no pensé que lo hice—. Durante un minuto reinó el silencio, salvo por los ruidos de los demás hombres, sus caballos e incluso el jadeo de Braveheart. Úrsula intentó encontrar la lógica a lo que Dan había vivido pero le fue imposible, y decidió que aquélla era la menor de sus preocupaciones. Quizás los pensamientos adquirían más poder en este lugar—. Dan, no creo que sigamos en la Tierra, es decir, estamos en un mundo que se le parece, pero, o hemos ido atrás en el tiempo o estamos en otro lugar. Rhonwen dijo que nos había traído de otro mundo a través del Velo, ya sabes, esa niebla amarilla. No lo sé pero creo que es cierto, ¡esto no se parece nada a casa! El aire parece diferente y esa ilusión del dragón que hizo Rhonwen es una especie de magia y...

Dan permaneció un minuto en silencio. Úrsula dejó de divagar e intentó observarlo por el ángulo externo del ojo. ¿Y si Dan no era el único ocasionalmente loco por aquí?

—¿Te acuerdas que en séptimo hicimos algo sobre la Britania

romana con la señorita Enright? —preguntó Dan al final.

—Sí, ¿y? ¿Escuchaste lo que te dije? Estamos en otro mundo, ¿por qué me preguntas por la señorita Enright?

—La señorita Enright nos habló de los celtas, el pueblo que los romanos invadieron. Eran salvajes, guerreros y tenían una reina celta, Boudicca, que luchó contra los romanos y casi los venció. Resistieron la invasión, pero entonces los romanos consiguieron más tropas o algo así. Las tribus celtas comenzaron a luchar entre ellos posicionando a los romanos en una situación de ventaja. La señorita Enright dijo que los romanos hablaban de los celtas como si fueran unos salvajes, pero que en realidad tenían una cultura muy avanzada, que tenían druidas y magníficas preseas y alhajas. Bien, pienso que los Combrogi son los antiguos celtas. Ahora bien, o estamos los dos locos o nos hemos visto implicados en una nueva pero horrible recreación histórica o hemos vuelto atrás en el tiempo. Si pienso que estoy loco, quizás pueda olvidarlo todo porque nada aquí tiene sentido, así que, olvidémoslo —tragó saliva y su voz se convirtió en poco más que un susurro. Dan no estaba convencido de que estuviera loco—. Aquellas cabezas eran reales, Úrsula, no era ningún truco. Es verdad que maté a aquellas personas. Tampoco hemos visto ninguna lata de coca-cola ni luz eléctrica, por lo que creo que hemos viajado atrás en el tiempo, aunque no sé cómo.

Parecía más creíble cuando lo decía Dan, él era más racional que ella. Claro que aquello no explicaba lo de la magia, pero era posible que en otro tiempo existiera la magia, después de todo la idea de lo mágico, o incluso su realidad, permanecía en el tiempo del que ellos provenían. La idea se originaría en algún lugar, ¿y por qué no de un tiempo en el que la magia fue real?

Su especulación se vio interrumpida por un leve gruñido de Braveheart. Kai, que cabalgaba por delante de ella, se detuvo de inmediato y retrocedió enseguida para susurrar a Úrsula:

—Shhh, el perro ha oído algo. Puede que alguien nos venga siguiendo. Desmontad despacio de vuestros caballos e id hacia aquellas rocas de allí —dijo Kai, señalando unas rocas que había cerca del camino—. Coged vuestras espadas y preparaos —hizo una señal fugaz con la mano al aire y, de inmediato, el resto del grupo comenzó a hacer los preparativos necesarios para la resistencia.

En unos segundos, las lanzas, espadas y escudos estaban preparados, de modo que al pequeño convoy no le llevó demasiado tiempo estar completamente armado y a punto. Dan dudó en coger a Brillante Asesina, pero al final lo hizo, aunque cauteloso. Braveheart, que aún escuchaba atentamente, meneaba la cola anhelando la batalla.

Úrsula, muy disciplinada, se dirigió al refugio que proporcionaban las rocas y suplicó que por favor no hubiera más muertes.

Nadie hacía ni el menor ruido. El canto de un pájaro y el zumbido de algunos insectos se escuchaban por alguna parte, pero los hombres y los animales allí presentes guardaban un silencio casi sobrenatural. Dan estaba sudando, Úrsula podía olerlo. Los dos se acurrucaron el uno junto al otro con Braveheart detrás de la roca. Dan aún llevaba la camisa manchada de sangre bajo uno de los mantos que Macsen le había dado. Parecía y olía como los borrachos que dormían debajo del puente del ferrocarril que había al lado de casa. Úrsula estaba segura de que ella también debía apestar y le hubiese gustado haberse limpiado los dientes.

Alguien se aproximaba e, inmediatamente, Kai dio una orden que hizo que los hombres se prepararan para la emboscada. Entonces, Braveheart se alzó sobre sus patas y echó a correr hacia el extraño que se acercaba. Dan hizo el intento de detenerlo pero fue demasiado tarde. Kai, con la espada en la mano y maldiciendo lo ocurrido, salió detrás del perro, siguiéndoles Dan casi con la misma rapidez.

—¡No, Dan, no lo hagas! —gritó Úrsula, pero Dan desapareció. El factor sorpresa había fallado, de modo que los hombres Combrogi salieron de su escondite detrás de las rocas para ver cómo Braveheart se lanzaba sobre la figura de un niño que dirigía un enorme caballo. A lomos del caballo había también un cuerpo que iba dejando un rastro de sangre tan claro que apuntaba como una flecha el paradero de los Combrogi. La rabia y el miedo afloraron en el rostro de Kai al temer que un espía los hubiera estado siguiendo. Blandía la espada y, dada su práctica, de un golpe podría haber seccionado la cabeza del niño de su cuerpo. El gruñido de aviso que manó de la garganta de Braveheart, que ahora mostraba su mandíbula, debía haber advertido a Kai que estaba dispuesto a arrancarle el pescuezo. Una lanza, la de Gwyn,

apuntaba al pecho de Braveheart. Sin embargo, nadie hizo ningún movimiento.

El niño no podría tener más de ocho años y estaba sucio y harapiento, aunque no más de lo que pudiera estarlo Úrsula. Llevaba una lanza que agarró dispuesto a defenderse, aunque llevaba escrito en su atemorizado rostro que no tenía muchas posibilidades. ¿Seguro que Kai no sería capaz de matar a un niño? Dan no quiso averiguarlo y se interpuso entre Kai y el niño con el resplandor de Brillante Asesina.

—¡Dile que lo mataré si lo toca!

Úrsula apenas necesitaba traducirlo ya que las intenciones de Dan eran claras por sí solas. Kai dio un paso atrás para alejarse del alcance de la espada, que Úrsula vio brillar de nuevo. Dan debía haberla limpiado después de la batalla, pensó Úrsula sin que eso viniera al caso.

—¿Quién eres? —preguntó Kai sin bajar el arma aunque parecía no estar dispuesto a luchar contra Dan. El niño, que se estremeció al ponerle Dan la mano sobre su hombro, parecía estar demasiado asustado como para hablar. Dan le mostró una sonrisa alentadora, transmitiéndole parte de su confianza. Finalmente, el niño se relajó en parte.

—Soy Bryn ab Madoc, de la tribu de los Coritanos. Éste es mi padre, lo mataron cuando masacraba a varios Cuervos que nos tendieron una emboscada. Llegaron ayer y mataron a mi hermana Gwynfa, cuando mi padre y yo estábamos fuera. Estábamos buscando al Príncipe Macsen, que era amigo de mi padre. Giff me conoce porque era el perro de batalla de mi padre. Pensé que él también había muerto —dijo con voz firme mientras las lágrimas inundaban sus ojos.

Kai lo miró atentamente y fue entonces cuando Bryn se dio cuenta de que Brillante Asesina resplandecía en la mano de Dan y se apartó de él.

—¡Ésa es la espada de mi padre!

—Dan, ¿dónde conseguiste la espada? —preguntó Úrsula con voz áspera.

—Ya te lo dije, la encontré en una choza en el bosque. Había una niña pelirroja muerta fuera de la cabaña —respondió Dan, mientras hacía una pausa al abordarlo de nuevo el recuerdo y tragó saliva.

—La cogí para defenderme en caso de que los asesinos estuvieran aún cerca y Braveheart me encontró allí.

Úrsula tradujo sus palabras y cuando mencionó a la niña pelirroja se vino abajo la compostura de Bryn. Kai recapacitó y acabó creyendo al niño en eso de que era uno de los suyos.

—Este hombre es merecedor de la espada de tu padre, Bryn ab Madoc. Ha matado a muchos Cuervos y vengado la muerte de tu hermana con ríos de sangre. Enterraremos a tu padre por ti. Puedes viajar bajo nuestra protección si lo deseas—. Bryn aceptó a la vez que perdía la batalla por contener las lágrimas. Dan, que no había entendido nada de lo que se había dicho, comprendió todo lo que necesitaba. Rodeó al chico con el brazo y éste se puso de inmediato de rodillas. El torrente de palabras que Bryn murmuró fue tan rápido que Úrsula no fue capaz de seguirlo, de modo que se encogió de hombros ante la mirada inquisidora de Dan.

—Se ha encomendado a tu hombre, a El Piel de Oso, a través de un juramento de sangre por el que le debe lealtad —explicó Kai—. Le sugiero que lo acepte. Si es quien dice ser, que no lo dudo, no tiene a nadie; ya casi no queda ningún Coritano en libertad. Ya no pertenece a su tribu, no le queda nada. Será un honorable… —Kai utilizó una palabra que Úrsula sólo pudo traducir con el significado de sirviente o escudero—. El chico cree que El Piel de Oso le salvó la vida al haberle protegido ahora mismo y que vengó la muerte de su hermana, por lo que daría su vida por él.

Úrsula hizo todo lo posible por transmitírselo a Dan, lo que como era de suponer, le atemorizó. Sin embargo, aceptó el juramento con un evidente desagrado.

—¿Dan… quiero decir, El Piel de Oso, tiene que hacer algo más?

—Sólo la muerte romperá el juramento de sangre. Bryn ya lo ha jurado y no es necesario nada más.

«*Fantástico*», pensó Úrsula, «*en dos días Dan ha adquirido una espada, un perro, un sirviente y una reputación por la que sospecho que otros habrían muerto literalmente*». Todo lo que ella había adquirido era una excelente colección de magulladuras. Si éste era un mundo nuevo, parecía que ellos estaban destinados a conservar el estatus del viejo: el niño prodigio y la perdedora. Todo aquel resentimiento suavizó el hecho de que Kai, de quien pensaba que le gustaba, habría asesinado a un niño de ocho años sin ningún problema.

X

Alavna

Úrsula se sorprendió del esfuerzo que le llevó a Kai enterrar al padre de Bryn con honor. Pensaba que los Combrogi estaban acostumbrados a la muerte, ya que parecían ocasionarla con bastante regularidad.

Algunos hombres ayudaron a levantar el cuerpo ensangrentado del caballo y lo llevaron a un riachuelo que estaba cerca. Aquel hombre debía de haber muerto por las heridas justo antes de que lograra alcanzar a los Combrogi, porque Gwyn dijo que aún no estaba frío y que el agarrotamiento de la muerte aún no había congelado sus extremidades. Mientras Kai lavaba cuidadosamente el cuerpo, Caradoc desapareció para borrar las huellas que Bryn había dejado. Los demás cavaron una fosa profunda cerca de donde el riachuelo se ensanchaba para formar un pequeño lago, próximo a algunos árboles. Kai explicó a Bryn que aquélla sería tierra sagrada amada por los dioses, un lugar precioso y tranquilo situado cerca de un bosque y de un lago, como los lugares sagrados de los druidas. Kai vistió al cadáver con las mejores galas que pudo encontrar en los paquetes que llevaba como equipaje, mientras quemaban la ropa del fallecido. Kai enganchó su broche en el delicado manto verde de lana que encontró para el fallecido, mientras que los demás hombres ofrecían algo de valor. Gwyn le dio una espada; Prys, el escudo que le sobraba; Rhodri, un anillo y Caradoc, un torque[5] fino. Kai insinuó que el fallecido podría necesitar su espada, pero Úrsula ni siquiera se lo sugirió a Dan. En su lugar, ofreció ella la espada que le habían prestado mientras que Dan ofrecía su reloj, que tenía la correa de plata y que parecía bueno, pero que por alguna razón había dejado de funcionar.

Los cuatro dejaron sus enormes escudos ovalados en el suelo y los sujetaron con una cuerda gruesa para crear un féretro donde colocar el cuerpo. Gwyn, Rhodri, Prys y Caradoc hicieron de portadores del féretro. Bryn ayudó a los hombres a cubrir el cuerpo con tierra mientras Kai cantaba las proezas que conocía del fallecido, su valor y

su buena disposición para abrazar la muerte por su gente. Enterraron también las cabezas decapitadas, aunque arrojaron una o dos al estanque como ofrenda. Úrsula estaba tremendamente agradecida de deshacerse de ellas, ya que el calor del día hacía que el hedor fuera insoportable.

La celebración del funeral reconfortó a Bryn, en particular por las cabezas, porque los espíritus de los Cuervos fallecidos servirían a su padre en la otra vida. Estaba seguro de que su padre había matado casi a tantos hombres como cabezas allí había. Sus ojos brillaban orgullosos al ver a su padre tan bien acompañado en su nueva vida. Braveheart aulló una sola vez, cuando el primer montón de tierra cayó sobre el cuerpo de su amo, y después pareció quedarse contento. Se situó al lado de Dan y de Bryn. No resultaba muy extraño ver a Dan acompañado de Bryn, ya que allá donde iba Dan, Bryn lo seguía codo con codo. Aquellos hombres no trataban a Bryn como a un niño, ni tampoco él se comportaba como tal. Era una persona más bien seria y comedida. En este mundo cruel parecía que no había lugar para la infancia.

Una vez finalizó el entierro, prosiguieron el viaje apesadumbrados. Dan estaba pensativo y distraído. Úrsula, que tenía miedo de que la distracción le condujera a algo peor, intentó enseñarle el idioma. No sabía por dónde empezar: conocía la lengua de los Combrogi tan bien como la suya propia pero no tenía listas de verbos ni declinaciones que ofrecerle. Al final, fue Dan el que acabó haciendo las preguntas y Úrsula quien las contestaba. Dan se concentró en escuchar la conversación que los demás sostenían a su alrededor e intentó hablar con Bryn. Así mantuvo su mente alejada de pensamientos oscuros mientras hacía sorprendentes progresos.

Con su típica autoconfianza, se propuso hablar únicamente en el nuevo idioma, a menos que necesitara ayuda. En ese caso, sería Úrsula la que se la proporcionaría. No era la primera vez que Úrsula hacía algo así, ya lo había intentado con un amigo. Decidieron hablar únicamente en francés, pero se vieron obligados a abandonar pasados diez minutos, cuando se agotaron los temas del tiempo, los nombres y los cumpleaños. Como era de esperar, Dan no tuvo esa dificultad y, en las ocasiones en las que se atascaba, Úrsula sólo tenía que pensar en una palabra que Dan conociera. Aquella sensación era muy extraña y le había ocurrido más de una vez. ¿Acaso Dan estaba desarrollando la habilidad de leerle la mente? Sólo pensarlo le daba escalofríos.

Viajaron durante varias noches, Úrsula perdió la cuenta. Todos los días era lo mismo: cabalgar día y noche salvo para dar de beber a los caballos, atender a las llamadas de la naturaleza y, por supuesto, para comer. Úrsula estaba acostumbrada a «comer para sentirse bien», pero allí, cuando más necesitaba sentirse bien, menor era su interés por comer. Había comida en abundancia, pero el sabor era asqueroso y comían lo mismo todos los días. Con la primera luz del día, Rhodri, que en teoría era el mejor cocinero del campamento, colocaba un enorme caldero de hierro sobre el fuego y preparaba unas gachas saladas de harina de avena y otras semillas. Sin azúcar o miel que las endulzara, ni leche o nata que mejorara el sabor, sólo el hambre permitía comérselas. Era como comer pegamento denso y salado. A mediodía comían galletas de avena seca y carne reseca salada. Cuando la oscuridad no permitía seguir cabalgando, Rhodri preparaba un caldo de tubérculos y cebada. Sólo bebían corma o agua del riachuelo, mientras que Úrsula se pasaba el día soñando con una taza de té caliente y una barrita de chocolate. La cinturilla de los pantalones parecía que empezaba a quedársele suelta.

Por la noche, los hombres se turnaban para contar historias o cantar canciones cuando no tenían guardia. Dan, Bryn y Úrsula no estaban capacitados para hacer la guardia, de modo que gozaban de más horas de sueño durante la mayor parte de la noche. A Úrsula le dolía su magullado cuerpo de tanto cabalgar y de tanto caerse en el sólido suelo. No era una amazona por naturaleza.

Dormía unas diez horas cada noche, con Braveheart próximo a su cabeza, Bryn a sus pies y Dan tendido a su lado. Macsen le había otorgado a Rhonwen la única tienda de la que disponían.

Las canciones que los Combrogi cantaban alrededor del fuego hablaban casi todas de guerras y celebraciones, de dioses, héroes o antepasados, o incluso de las tres cosas. Para Úrsula, cabalgar era tan agotador que se quedaba dormida con las canciones de fondo. Quizás por eso las canciones irrumpían en sus sueños, que a menudo eran violentos y sangrientos. A veces soñaba con Macsen y con Rhonwen, cuyos ojos verdes parecían perseguirla con absoluta malevolencia. Soñaba mucho con el Velo, con la niebla amarilla la asfixiaba o con que la atravesaba para llegar a mares o desiertos. La mayoría de las noches, de un modo u otro, soñaba con una infinita variedad de

formas en las que podía morir, pero ninguna de ellas agradable.

A pesar de tener esos sueños, Úrsula ya no estaba tan asustada como cuando había atravesado el Velo. Cabalgaba sin la inminente sensación de peligro que había estado atormentando todo su cuerpo con una marea interior de adrenalina. Los hombres, aunque cautelosos, también parecían estar más relajados. Caradoc aún continuaba explorando el camino por delante de ellos y luego borraba las huellas de los Combrogi a su paso. Cabalgaba tan lejos y tan rápido que tenía que cambiar de poni varias veces al día, aunque él pareciera infatigable.

Evitaban el paso por las ciudades continuando el viaje campo a través. Avanzaban por antiguos caminos de listones de madera para atravesar pantanos y ciénagas a través de bosques, colinas y ricas tierras agrícolas. Era primavera, pensó Úrsula, aunque la naturaleza nunca le había interesado. Podía sentir la energía de la nueva vida aflorando en la tierra. Parecía que la energía viajara por su columna vertebral, como la savia en pleno recorrido, y la llenaba de emociones salvajes. Su corazón palpitaba al compás. Se sentía más viva de lo que nunca lo estuvo en casa, más despierta. Estaba fascinada por las vistas y los olores de la tierra y la belleza de todo aquello. Si tan sólo supiera que su madre estaba bien y pudiera cambiarse de ropa interior, sería feliz.

El aprendizaje de Dan de la lengua de los Combrogi había progresado tanto que podía mantener conversaciones bastante complejas. Sin embargo, Úrsula no estaba tan encantada por sus progresos. Decía cosas muy provocadoras, a pleno pulmón, como si ya no le preocupara su seguridad. Estaba preocupado por estar en el bando equivocado.

—Pensé que los romanos eran los buenos, los que trajeron la civilización, la ley y la justicia. Lo único que he visto en los Combrogi son sus ansias de matar.

Bryn se puso rojo de ira. Úrsula imaginó que alguna norma o costumbre prohibía contradecir a su señor. Dan no tenía ningún derecho para hablar de las ansias de matar de los demás, aunque tuviera razón. Allí estaba ella, entre unos Combrogi que la habían drogado, la habían atado a un caballo, la habían amenazado y que habían acabado prácticamente con todos los romanos civilizados que

se encontraban a su paso y a los que después decapitaban. Úrsula se dirigió al niño:

—Bryn ab Madoc, Kai te habría matado. Matar a un niño es un mal horrible allí de donde yo provengo. Nos resulta muy difícil creer que los Combrogi no son malos si serían capaces de hacer algo así.

Bryn, completamente colorado y enojado, parecía querer atravesar a Úrsula con la lanza. Braveheart, que no acababa de confiar en ella, gruñó al sentir las ansias de Bryn. Como pidiendo permiso para hablar, Bryn miró a Dan, lo que no hizo sino irritar más aún a Úrsula.

—No soy un niño, soy el sirviente de Dan. Si papá estuviera vivo, le habría servido y habría aprendido a guerrear como un hombre. Sé lo suficiente como para matarte ahora mismo, Cabeza de Jabalí. Con lo grande que eres… y no eres un guerrero—. Bryn apuntó con su lanza al rostro de Úrsula, quien exteriorizó su miedo con una arcada, como si tuviera ganas de vomitar.

—Es suficiente Bryn. Úrsula… quiero decir, Cabeza de Jabalí, es mi… —Dan intentaba buscar alguna palabra, hasta que recordó la socorrida descripción de Úrsula— hermano. Le debes un respeto a mi hermana, quiero decir, a mi hermano—. Bryn se rió por el error, con todo el entusiasmo de un niño de ocho años y bajó la lanza. Fuera hombre o niño, su sentido del humor era exactamente lo que Úrsula esperaba de un niño de esa edad. Cuando ella tenía la edad de Bryn, su madre ni siquiera le habría permitido coger un cuchillo del cajón de la cocina. Úrsula le brindó una mirada previsora a Dan. Fuera lo que fuera lo que la reina Boudicca hubiera hecho, Úrsula sospechaba que, al igual que Macsen, aquellos hombres querían mantener a sus mujeres lo más alejadas posible del campo de batalla, dándoles descendencia. Los conocimientos de historia que recordaba eran suficientes como para saber que el parto era mucho más arriesgado antes de los avances de la medicina moderna. No había mucho de lo que Úrsula pudiera estar segura en aquel mundo, salvo de una cosa, que allí se haría pasar por un chico.

—¡Lo siento! —murmuró Dan en inglés. Úrsula no le escuchó, se avecinaban problemas.

Por encima de la hilera de árboles pudieron ver una nube de humo negro en el cielo. El inequívoco hedor a carne quemada flotaba en el aire hasta donde ellos estaban.

Gwyn, con el rostro pálido y los ojos oscurecidos por la rabia contenida, se aproximó hasta Dan.

—Allí está el pueblo de Alavna. Se supone que debemos detenernos allí a por provisiones. Es algo que Kai querrá que veáis, desconocidos—. Entonces, le susurró «Defensor de los Cuervos». Úrsula sabía que era un insulto lleno de odio. Le clavó la empuñadura de su espada en las costillas con todas sus fuerzas, y lo desafió con la mirada a contraatacar. Dan, sin embargo, hizo una mueca de dolor, aunque su rostro se mantuvo impasible. Úrsula empezó a sentirse mal; algo malo estaba a punto de ocurrir. ¿Los matarían por ser supuestos traidores debido a la ingeniosa bocaza de Dan? Estaba temblando, sabía lo que significaba aquel hedor y no tenía estómago para soportar lo que pudiera ver. Probablemente dos cadáveres más pasarían desapercibidos en aquella pira. Al menos esperaba que aquellos hombres no permitieran que Bryn presenciara aquel infierno, tan sólo era un niño y a los niños hay que protegerlos. Se aferró con fuerza a ese pensamiento, de lo contrario ella también sería un bárbaro más, un pensamiento que la acompañó en el camino hasta los vestigios de la ciudad.

Nadie había podido proteger a los niños en aquel lugar, aunque nadie dudaba que muchos lo habían intentado valerosamente.

En la vida hay cosas demasiado horribles para ser vistas y demasiado espantosas para recordarlas pero que, sin embargo, quedarán siempre grabadas en la memoria. Lo que había ocurrido en aquella ciudad era una de ellas. Era imposible reconocer los cuerpos, muchos de ellos estaban carbonizados y los Cuervos no habían mostrado ningún tipo de compasión por nadie: bebés, niños, mujeres embarazadas y ancianos. La tortura también había hecho acto de presencia. Prys dijo que lo habían hecho por mera diversión y como mensaje para los demás Combrogi. Actos de ese tipo también se conocían en el tiempo de Úrsula. Lo llamaban limpieza étnica y, hasta aquel momento, Úrsula no supo lo que aquellas palabras querían decir. Le era imposible pensar que algún día podría borrar aquella imagen de su memoria. En el muro de piedra caliza de uno de los pocos edificios en pie, escrito en garabatos, se leía «Legio II», la

segunda legión. Incluso los civilizados romanos hacían graffitis con sangre.

Dan lloraba abiertamente, al igual que todos los Combrogi.

—¿Qué precio tiene ahora las leyes y la justicia de los Cuervos? —preguntó Gwyn, pero el sollozo que se le atragantó ahogó su sonrisa burlona. Úrsula, sin embargo, no podía llorar. Intentaba proteger a Bryn y que dejara de ver aquella masacre, pero había visto a su padre y a su hermana muertos. Éste era su mundo y ella no podía evitarlo.

Todos ayudaron a enterrar a los muertos. Tuvieron que hacer una fosa común, no había tiempo para más. Corrían el riesgo constante de que la legión regresara, ya que probablemente sabían que los hombres de Macsen pasarían por Alavna.

En la fosa, cuando Kai hubo dicho y cantado todo lo que pudo dadas las circunstancias, Dan sorprendió de nuevo a Úrsula al arrodillarse a los pies de Kai.

—Siento haber hablado como lo hice en el camino. Hace cuatro noches maté a los Cuervos porque no podía hacer nada más. Mátame ahora si lo deseas, pero te juro que mataré a todos los Cuervos que pueda por lo que hoy han hecho en este lugar. Por esto, por la hermana de Bryn, la niña pelirroja, y por su padre Madoc. ¡Esto es abominable!

Kai y los demás parecían tan asombrados como Úrsula. Dan aún no conocía la lengua de los Combrogi por completo y cuando utilizó la palabra «abominable», utilizó la palabra más fuerte que conocía. La visión de aquel genocidio era una auténtica aberración, pero eso era lo que habían presenciado.

Kai se limpió la cara con su manto. Todos parecían igual de afectados: caras ennegrecidas por el hollín y rasgadas por el sudor.

—Los juramentos que ligan al alma con alguna obligación son palabras mayores. Eres un desconocido para nosotros, más desconocido que cualquier otro al que Rhonwen haya llamado a través del Velo. Eres un Piel de Oso y matarás porque ésa es tu naturaleza.

No tienes otra elección. Todos los que estamos aquí, estamos obligados a matar por lo que acabamos de ver. Debemos llevar el nombre de Alavna siempre con nosotros y cada uno vengará esta masacre tan… —vaciló un instante en pronunciar una palabra tan inmunda— «abominable».

Todos los guerreros cogieron sus espadas y uno a uno las fueron clavando en la tierra del tumulto funerario. Kai fue el primero:

—Soy Kai Alavna ab Owain y juro por mi nombre que vengaré esta masacre.

Bryn fue el siguiente. Parecía muy pequeño al lado de Kai pero era indomable. No tenía ninguna espada pero clavó desafiante su lanza en el suelo.

—Soy Bryn Alavna ab Madoc y juro por mi nombre que vengaré esta masacre y el asesinato de mi familia.

Dan y Úrsula fueron los últimos. Dan clavó a Brillante Asesina con todas sus fuerzas en la profunda tierra.

—Soy Daniel Alavna ab George y juro por mi nombre que vengaré esta masacre.

Úrsula no tenía ninguna espada ni ninguna lanza que clavar en el suelo. Se arrodilló en la húmeda tierra y besó el suelo. No sabía que más hacer. ¿Sería capaz de matar a alguien? ¿Debería hacerlo incluso por esto? Aquí sólo había una respuesta.

—Soy Úrsula Alavna ab Helen y juro por mi nombre que vengaré esta masacre—. Seguía siendo hija de su madre a pesar de que los mundos estuvieran separados. El juramento le pesaba enormemente, se había comprometido. Ahora era una Combrogi.

XI

Craigwen

Se pusieron rápidamente en marcha; ansiaban poner kilómetros de por medio respecto a los exploradores de la legión, aunque sabían que por muy lejos que viajaran, nunca dejarían Alavna.

No hubo ningún incidente durante el viaje, aunque todos tenían los nervios tan a flor de piel que un simple aleteo de pájaros al pasar cerca de un nido o el chasquido de una rama al pisarla provocaba una gran agitación. Dan intentaba concienzudamente no pensar en Alavna, ni en el pequeño cuerpo de una niña de la edad de Lizzie. Intentaba animar a Úrsula para que hablaran porque necesitaba distraerse. Como nadie le mandaba callar, imaginaba que estaban lo suficientemente alejados de los exploradores enemigos como para estar razonablemente a salvo.

—Estás muy callada.

—Bueno, éstas son las primeras palabras que salen de tu boca desde que dejamos Alavna.

—¿Estás bien? —Dan sabía que era una pregunta estúpida.

—La verdad es que no. ¿Y tú? —Dan negó con la cabeza—. Desde que estamos aquí me siento rara. ¿Tú no?

—Úrsula, desde que llegamos no he sido otra cosa que un loco.

—Lo siento, no pretendía decir… —Úrsula parecía avergonzada.

—Está bien. Intento no pensar en ello—. Las palabras de Kai: «eres un Piel de oso y matarás porque ésa es tu naturaleza. No tienes

otra elección» resonaban en su cabeza. Él no era una máquina y sí tenía elección, y ahora mismo elegía no pensar en ello—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, me siento como enganchada a este mundo, como si estuviera conectada. Siento más las cosas. No sé si es la copa de la que bebí, el Velo o la misma tierra, pero yo… bueno, es como decirte que estoy bastante convencida de que justo a la vuelta de la esquina hay montones de hombres esperando para asaltarnos.

La habitual cara inexpresiva de Úrsula estaba contraída por la vergüenza. No le gustaba hacer el ridículo y ahora sentía que lo estaba haciendo.

—No, yo no me siento así —dijo Dan lentamente— incluso me siento más desconectado de lo normal; yo…

Tan pronto como giraron, hubo un chillido y un escalofriante grito de guerra de los Combrogi. Tres hombres armados saltaron sobre Kai y Gwyn, los jinetes a la cabeza que también tenían las armas preparadas. A Dan se le encogió el corazón, no quería regresar a ese rincón de nuevo, no deseaba ese absorbente ritmo liberador que le incitaba a matar. Esta vez haría su elección: no iría a ese lugar siempre y cuando no tocaran ni a Úrsula, ni a Bryn ni a Braveheart. Sin embargo, ya tenía la espada, que encajaba automáticamente, en la mano. Se colocó delante de Úrsula y Bryn y, por primera vez, hubiera deseado tener un escudo y saber cómo utilizarlo. Empezaba a sentir cómo se alejaba y se desconectaba; era como si acelerara y pasara de la primera a la quinta marcha directamente porque todo sucedía cada vez más rápido y más fácil. Empezó a sentir el inicio de una terrible calma.

—¡Dan, todo está bien! Son los hombres de Macsen —la voz de Úrsula rompió la calma y lo trajo de nuevo a la realidad—. Empezaba a sucederte, ¿verdad? —Dan asintió. El sudor le recorría la frente—. Ni siquiera estabas enfadado, ¿no? —y volvió a obtener la misma respuesta. Entonces recordó algo y, en lo que parecía haber sido una eternidad, Dan rebuscó en la memoria.

—¡Úrsula! Los hombres estaban allí, como tú dijiste.

—Dan, estoy asustada. Creo que me está pasando algo. Estoy cambiando pero no sólo por Alavna. Es como lo que te ocurre a ti con tu piel de oso pero diferente.

Dan no llegaba a entender por completo lo que quería decir pero la angustia de Úrsula era evidente. Dan se inclinó y le cogió la mano.

—¡Dan! Soy un hombre, ¿recuerdas? ¡No me cojas de la mano!— La indignación de Úrsula fue incluso graciosa, se parecía a la niña del colegio que le había gustado. Dan sonrió, pero no Úrsula—. Me ayudarás, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes… —dijo dando muestras de exasperación— a hacer toda esta pantomima de ser un chico.

—¿Y lo de orinar de pie? —Úrsula se echó a reír—. Te lo prometo.

—¡No! ¡Nada de promesas! —le irrumpió Úrsula, pero ya era demasiado tarde: el aire estaba cargado con el augurio de la promesa. Aunque Dan no pronunció el juramento, sí lo había pensado. Úrsula podía sentir cómo los unía la promesa. La magia era tan real como el poder que había conjurado al dragón de Rhonwen, pero menos visible. Pobre Dan, estaba obligado por su naturaleza a ser un piel de oso, a cumplir su juramento de Alavna y a rendir lealtad a Úrsula. No le quedaba mucha libertad de la que disfrutar, pero Dan era incapaz de darse cuenta. Le preocupaba estar tan segura de que los juramentos los ataban a ese mundo. Aquélla era otra prueba de que aquel lugar la estaba transformando sutilmente. Dejó a un lado sus preocupaciones al ver que los acontecimientos se desarrollaban rápidamente. La gente se acercaba, nuevas personas que traían nuevos peligros. Tenía que concentrarse.

Kai estaba dando órdenes. Durante el viaje, Dan y Úrsula habían aprendido las señas manuales de batalla de los Combrogi. Dan se desmontó sin soltar la espada y resistió el impulso de ayudar a Úrsula. Se tomaba en serio sus compromisos y la observó con imparcialidad. ¿Podía hacerse pasar por un chico? Sin embargo, la pregunta iba más allá. ¿Podía ser humana en ese momento? No había nada en sus ropas

o en su rostro que no estuviera cubierto de hollín, mugre, lodo y sangre. Caminaron conjuntamente hacia Kai y su nuevo camarada, uno de los tres hombres que los habían atacado. Bryn y Braveheart los seguían a uno o dos pasos.

—Soy un hombre, soy un guerrero. Puedo hacerlo —susurró Úrsula entre dientes. Era diez centímetros más alta que Dan y de constitución más fuerte. Como si fuera una actriz, pareció ser incluso más grande y más corpulenta al pronunciar aquellas palabras. Había perdido peso durante el viaje, lo suficiente como para que se le marcaran los angulosos rasgos faciales. Era un rostro armonioso, más fino de lo que cabría esperar. Quizás algún día, si dejaba de fruncir el ceño, de rechinar los dientes y de cubrir su rostro con sangre y mugre, sería preciosa. No obstante, en aquel momento sí parecía un chico, uno extremadamente agresivo. Úrsula era, además, muy buena en adoptar una mirada agresiva.

Se situaron frente al camarada de Kai. Dan no tenía ningún miedo y sostenía a Brillante Asesina como si fuera parte de su brazo, habiendo olvidado por completo que la tenía agarrada.

Kai miró a Dan y Úrsula le susurró alarmada en inglés.

—Baja la espada o nos matarás —Dan, muy servicial, bajó el arma.

—Finn, estos son los hombres que Rhonwen trajo a través del Velo. Éste es Finn, el guardián del castillo—. Kai presentó a Dan y a Úrsula como si mostrara orgulloso su preciado ganado. Debía de estar viéndolos con otros ojos porque ambos parecían demasiado agotados como para impresionar a nadie.

—Habéis hecho un viaje de cuatro noches por capricho de una princesa para traer a dos… niños. ¿Eso es todo lo que obtuvo de sus sueños y de la imagen de un gran ejército a través del Velo en Cenn Croech? —preguntó aquel hombre, Finn, aparentemente con desprecio. Kai ignoró el tono despectivo y le respondió a la pregunta.

—La Princesa Rhonwen invocó a estos dos a través del Velo cerca de Cenn Croech. Éste es Úrsula Alavna ab Helen, conocido como Cabeza de Jabalí. Tiene valor aunque carece de habilidad con las

armas. Enterró a los hijos de Alavna con sus propias manos y besó la tierra de su tumba. Yo, Kai Alavna ab Owain, respondo por él.

El resto de los miembros del convoy fueron concentrándose a su alrededor.

—Éste es Daniel Alavna ab Geroge, conocido como El Piel de Oso. Ha matado a más Cuervos de los que he contado y podría matar a un ejército si alguien le enseñara cómo sujetar la espada correctamente. Enterró a los hijos de Alavna y clavó su espada profundamente en el suelo de su tumba. Yo, Kai Alavna ab Owain, respondo por él.

Finn parecía realmente sorprendido. Después, para su más evidente sorpresa, cada uno de sus compañeros de viaje fueron respondiendo por Úrsula y Dan. Debía ser algo serio, una especie de adopción. Bryn se lo explicó a Dan mientras Kai y los demás hablaban de lo ocurrido en Alavna. Si hacían algo mal o herían a la tribu de alguna manera, sus compañeros asumirían sus responsabilidades. Si alguien los mataba o los hería, sus compañeros los vengarían.

Úrsula desconocía el significado completo de las palabras de Kai pero aún temblaba al escucharlos hablar. No necesitaba saber lo que aquellas palabras significaban exactamente, podía sentir la condensación de todas las promesas en el aire.

Caminaron hasta ponerse a la vista de toda la fortaleza, que se alzaba en un acantilado sobre el mar refulgente. Atravesaron el verdoso claro de un valle, ensombrecido por dos empinadas colinas que se elevaban a ambos lados. Las noticias volaron y unas cien personas se aproximaron, bien para observarlos boquiabiertos o bien para dar la bienvenida a Kai. Alguien se llevó los ponis mientras la gente se congregaba a su alrededor formando un círculo, aunque el ceño fruncido de Kai ponía distancia de por medio entre el convoy y los hombres de la fortaleza. A pesar de que nadie se atrevía a acercarse, las francas miradas de toda aquella gente hicieron que Úrsula se sintiera como si la estuvieran exhibiendo en el zoo. Dan podía escuchar el rechinar de los dientes de Úrsula a medida que comenzaban la empinada subida hacia las puertas de la fortaleza.

Construida mayormente en piedra, la fortaleza no era exactamente un castillo de estilo románico, con elevadas torretas y

torres cilíndricas. Era mucho más simple que todo eso: tenía muros curvos, sólidos y elevados que cercaban otros edificios en su interior. Estaba rodeada por un anillo de fosos profundos, cavado en la piedra y colmado de puntiagudas estacas. Lo más significativo de la fortaleza era el acantilado que lo coronaba, tan empinado que Dan casi tuvo que utilizar sus manos y sus pies para escalarlo. Debería sentirse a salvo entre aquellos muros pero el ánimo se le vino abajo, los ocupantes de la fortaleza no parecían mucho menos hostiles que los Cuervos.

XII

El Gran Salón

Finn estaba muy orgulloso de la fortaleza de Macsen. La había construido un ingeniero romano que había preferido cambiar de bando antes de que lo tildaran de ladrón.

Para su desgracia, era un ladrón empedernido y había acabado sus días atravesado por una lanza Combrogi antes de finalizar la fortaleza. Había sido un ingeniero innovador, un auténtico genio, pero como nunca se confió plenamente en él, Macsen se había asegurado de que sus propios hombres hicieran leves alteraciones en los planos. Aparentemente, el resultado era una magnífica fusión de la destreza combrogi y de la ingeniosidad romana. A Dan no le importaban los detalles arquitectónicos, sólo quería deshacerse de la peste a muerte que desprendía su ropa y su cabello. Anhelaba un poco de paz.

Atravesaron las puertas principales y les llevaron a través de un patio pavimentado hasta el gran salón, que era más bien una achaparrada basílica romana dentro de la circunferencia amurallada. En el interior de la muralla había también otros edificios de piedra y madera cuyas funciones Dan sólo podía conjeturar. Con un movimiento de asentimiento que Finn hizo con la cabeza, los sirvientes dirigieron a los viajeros hasta uno de ellos, una innovación del ingeniero romano: unos baños públicos de estilo romano.

A Dan normalmente no le molestaba estar sucio. Su madre se había preocupado mucho por su higiene cuando vivía, sin que Dan llegara a entender el porqué. Sin embargo, ahora estaba más desesperado por darse un baño de agua caliente que en cualquier otro momento de su vida. Fue entonces cuando Úrsula miró a Dan horrorizada. No atravesaría aquella puerta, se quedaría en el patio sin saber qué hacer. Dan se dio cuenta entonces de que probablemente todo el mundo se desnudaría en los baños públicos. ¿Cómo saldrían de ésta? Uno de los sirvientes ya estaba ayudando a Kai a desvestirse. Tenía el torso descubierto aunque adornado con tatuajes azules de un

complejo diseño de hojas entrelazadas. Tenía una gran musculatura. Dan se preguntó entonces cómo se las había apañado para luchar contra un hombre como Kai y, según recordaba, haberle herido. De repente, cayó en la cuenta de que mirar fijamente al pecho de otro hombre quizás no era un signo de buena educación y apartó rápidamente la vista.

—Kai —comenzó a decir Dan— mi señor Cabeza de Jabalí no está acostumbrado a… —¿A qué? No estaba inspirado y comenzó de nuevo —. En mi mundo, normalmente no…

Kai lo miró con una sonrisa.

—A los desconocidos que trajo Rhonwen en otras ocasiones les asustaba desnudar sus cuerpos en compañía de otros hombres—. Kai se rió a carcajadas y los demás se unieron a él. Kai suavizó su puntualización con una gentil palmada en la espalda que hubiera derrumbado a Dan de no haberse preparado para recibirla. Suponía que aquellos hombres que habían prometido responder por él tenían derecho a burlarse. Sólo Gwyn parecía desdeñoso. Dan esbozó entonces una sonrisa forzada.

—Hay una sala privada que podéis utilizar para vuestro propio interés —Kai le guiñó un ojo—. ¡Pero un sirviente os atenderá!

Prys comenzó a cantar una canción vulgar e indecente. Aquello era como el espíritu general de un vestuario tras un partido de rugby. A Dan le habría encantado quedarse, pero por el bien de Úrsula, siguió al sirviente. El alivio que se dibujó en su rostro y en su sonrisa cuando Dan le comentó que había un baño privado, la transfiguró. Sin duda, Úrsula podría estar preciosa si estuviera aseada y sonriera más a menudo.

Se turnaron para bañarse y Úrsula rechazó los cuidados del sirviente, aunque tuvo el aplomo para pedir gasas para vendarse una herida en el pecho que diría haber recibido en el camino. Dan se preocupó, no recordaba que la hubieran herido, hasta que se dio cuenta de que necesitaría vendarse el pecho si quería parecer realmente un hombre. Les trajeron ropas limpias y delicadas para

vestirse. Dan se sintió como un idiota vestido con pantalones de rombos azules y amarillos, una túnica de un azul vivo y un manto de tela escocesa azul y verde. También le ofrecieron una vaina de cuero refinado para Brillante Asesina. La espada era un poco demasiado grande para él, incluso dentro de una vaina adecuada. Limpio y aseado, Dan parecía incluso más joven. El sirviente le había traído un peto de cuero crudo para ponérselo encima de la túnica, pero era excesivamente grande y entorpecía sus movimientos. Se lo dio a Úrsula, que iba vestida de rojos y naranjas. Parecía nerviosa pero lo aceptó agradecida. Se habría cubierto por completo con una armadura si pudiera. A ella le habían prestado una espada delgada para remplazar la que le había ofrecido a Kai para el entierro de Madoc y un torque de oro, que significaba que su estatus de señor de El Piel de Oso era digno de ella, a pesar de que nadie estuviera muy seguro del estatus de los desconocidos. A los ojos de Dan, Úrsula daba miedo, pero a ella le gustaba. Le preocupaba que sus movimientos fueran demasiado femeninos, aunque para Dan eso no suponía ningún problema. Úrsula se fijó cuidadosamente en el modo de caminar de Dan pero le resultaba muy difícil imitar sus arrogantes contoneos al andar y le parecían poco naturales.

—Bueno, entonces intenta caminar como Kai. Es más o menos de tu altura —Úrsula se concentró en dibujar a Kai en su mente: echó los hombros hacia atrás, sacó pecho e intentó copiar el balanceo de sus enormes antebrazos y sus sólidas piernas—. ¡Fantástico! —Dan nunca se habría imaginado que Úrsula pudiera ser tan buena actriz.

En sólo unos instantes, Úrsula aparentaba ser más grande y más masculina.

—No sé si puedo hacerlo.

—Lo hiciste durante el viaje. ¿Cuál es la diferencia ahora? —Dan no pensaba que fuera tan difícil. Solo tuvo una metedura de pata, pero después Dan empezó a creer que Úrsula era un chico de verdad—. Es como si nunca antes hubieras sido una niñita.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con brusquedad mientras que, con un gélido parpadeo de unos repentinamente fríos ojos azules, le miraba frunciendo el ceño.

Dan conocía lo suficiente a Úrsula como para saber que necesitaban un cambio de tema urgente.

—Espera un momento. No creo que el talabarte esté bien ajustado —. Úrsula permitió que se lo ajustara. Un sirviente, que tosió cortésmente, había entrado para llevarlos en presencia de Finn. Dan esperó que no hubiera visto a Úrsula practicar los andares. Úrsula y Dan lo siguieron y atravesaron el patio hasta el Gran Salón. El ceño fruncido de Úrsula se había acrecentado a proporciones nebulosas. Dan, que podía escuchar el rechinar de los dientes de Úrsula, deseaba que su compañera no se retrajera cuando se asustaba. Vestido con aquellas extravagantes ropas y sin la perversa comodidad de su loca personalidad como piel de oso, Dan también estaba nervioso. Buscó su rincón de locura apaciguada, sólo para comprobar que aún estaba allí. Si estaba, no lograba encontrarlo. Antes de que el pánico lo acobardara por completo, Braveheart fue hacia él, seguido de Bryn que, aseado y vestido con prendas preciosas, prosiguió con toda la dignidad de su nuevo rango como escudero. Miró las delicadas prendas de Dan lleno de orgullo y satisfacción. Dan no quería decepcionarle, de modo que con una mano sobre la cabeza de Braveheart y la otra en la empuñadura de Brillante Asesina, siguió al sirviente hasta el interior.

El Gran Salón era una gran habitación alargada con un techo de viguetas y una serie de pequeñas ventanas elevadas. Los últimos rayos del sol vespertino apenas iluminaban la sala, pero se suplía la carencia con una serie de antorchas fijadas a la pared por asideros de bronce delicadamente trabajados. La sala estaba invadida por una profusión de color, ruido y olor, no todos desagradables, y estaba adornada con telas ricamente decoradas y cambiantes diseños caleidoscópicos en el suelo. Parecía el plató cinematográfico de una corte desconocida. La sala estaba llena de hombres y mujeres lujosamente vestidos y que lucían pesadas joyas de oro. Todos hablaban o gesticulaban al unísono, como si fuera una fiesta multitudinaria. Sin embargo, era una fiesta que auguraba complicaciones. Una carga eléctrica invadía el ambiente, una sensación que casi se fundía con el miedo. El esplendor y la rareza de todo aquello sobrecogieron a Dan. Úrsula parecía estar muy intranquila, aunque se animó al ver el número de mujeres que había tan altas como ella. Tampoco allí tener el cabello rubio pálido como el suyo era algo insólito. Dan advirtió las dudas de Úrsula sobre si hacía lo correcto adoptando el papel de hombre. Quizás no era tan malo vivir como mujer. No había duda de que los sirvientes que se movían entre la multitud con copas romanas de vino y corma trataban

a las mujeres con el mismo respeto con que se dirigían a los hombres. La soberbia de sus modales y la seguridad en sus conversaciones indicaban que su posición no era inferior en ningún aspecto.

La sala adolecía también de excesivo mobiliario, apenas había muebles. A una señal, que Dan no observó, los congregados se agacharon y se sentaron en el suelo sobre pieles y alfombras. Continuaron con su animada cháchara sin parar para tomar el aliento. Había un sofá bajo de piel con el respaldo hacia atrás y las patas muy cortas. Era el único mobiliario de la sala. Finn indicó que Kai tomara allí asiento. Como era el segundo al mando, se le concedió prioridad por encima del guardián del castillo mientras Macsen estaba fuera hostigando a la legión. Aseado, perfumado y vestido con delicadas prendas, Kai parecía un auténtico caudillo bárbaro. Llevaba un peto que brillaba como la plata, si es que no estaba hecho de ese metal. Su pelo rojo, peinado y untado con aceite, le caía por la espalda en dos trenzas complejas, y su largo bigote le llegaba hasta la barbilla, mientras que tenía el resto de la cara recién afeitada. Habló claramente y bien de lo acontecido en el camino, del éxito de Rhonwen en Craigwen al levantar el Velo y de la suma de dos guerreros al ejército Combrogi. Sin embargo, se centró en los planes de Macsen para vencer a los Cuervos en Craigwen y en la necesidad de que las mujeres y los niños partieran hacia Irlanda. El Rey Cadal había convenido con Finn que se les atendería bajo las condiciones normales.

Hubo una pausa y un susurro general de preocupación. Muchos de los hombres y mujeres congregados intercambiaron algunas miradas. Dan observó como un joven guerrero rozaba ligeramente la mano de una niña pelirroja tan alta como Úrsula. Incluso dentro de los muros de piedra de Craigwen, sus vidas estaban en peligro. Todos los presentes parecían preocupados. Kai prosiguió:

—No pensemos que los Cuervos no son más que un pájaro salvaje que ha hurgado en las contiendas de nuestros pueblos durante demasiado tiempo. Se han crecido a costa de nuestros errores del pasado, pero lo que tienen de gordo no lo tienen de tontos. El Príncipe Macsen ha estudiado sus costumbres. Lucharemos. Podemos ganar, pero debemos estar preparados para lo que pueda venir, para la muerte de muchos de los que estamos aquí antes de ganar la batalla. No cabe duda de que la legión nos asediará. Lucharemos mejor sabiendo que nuestras mujeres y niños están a salvo. Mujeres de los Combrogi, vosotras sois nuestra esperanza. Si fracasamos, ¿qué

esperanza de futuro nos queda si no es de vuestros fuertes úteros y vuestros orgullosos corazones? Será vuestro deber conservar nuestras costumbres y nuestro honor a salvo en la Isla Sagrada hasta el día en que los Combrogi puedan caminar en libertad por la Isla de los Poderosos.

Kai volvió a hacer una pausa y se encontró ante la mirada de los congregados. Dan fue consciente por primera vez de que la supervivencia de todo un pueblo estaba en peligro. La presencia de los desconocidos parecía insignificante comparada con la vida de aquel pueblo. Consideró entonces que los nervios que había sentido al principio, habían sido pura vanidad.

Finn habló en el silencio propiciado por las gratas palabras de Kai:

—El Rey Cadal enviará mañana sus barcos justo después del alba. La Princesa Rhonwen se unirá al resto de las mujeres en cuanto regrese. El Príncipe Macsen desea que todos nuestros guerreros entrenen juntos bajo la instrucción de Hane. Si nuestras viejas técnicas bélicas no pueden acabar con los Cuervos, aprenderemos otras nuevas. ¿Acaso lo que pueden hacer los Cuervos, no lo pueden hacer los Combrogi mucho mejor? Olvidemos la guerra por esta noche y divirtámonos.

Dio unas palmadas, y los sirvientes que llevaban pequeñas mesas de madera se apresuraron en proveer a los congregados de comida y vino para dar comienzo a la celebración. Prys guió a Úrsula, Bryn y Dan hasta sus compañeros de Alavna para que se sentaran con ellos. Todo el mundo empezó a hablar y a reír de nuevo, aunque a los ojos de Dan era como si se cruzara la delgada línea entre la risa y el llanto, una desesperada búsqueda de humor. A pesar de todo, los Combrogi sabían cómo celebrar fiesta: comamos, bebamos y divirtámonos hasta mañana, que quizás pasado estemos todos muertos.

XIII

Guerreros de Craigwen

El apacible rincón de sangre y locura de Dan continuaba en paradero desconocido. A pesar de haber bebido varios vasos de corma, Dan era incapaz de conciliar el sueño. Todos se habían echado a dormir donde habían estado celebrando la fiesta aunque muchos hombres y mujeres habían estado yendo durante toda la noche a otros lugares para despedirse.

Dan continuó buscando en su mente el lugar donde pensaba que podía haber guardado la locura. Se preocupaba tanto como lo había hecho por el hueco de su dentadura al caérsele un diente en un encontronazo en el rugby. Aún tenía el hueco, pero no así la locura. No es que quisiera volverse loco, pero le preocupaba en gran medida el poder encontrarse inherentemente en ese estado de ansiedad sin su protección. ¿Era así cómo se sentía Úrsula? Para su sorpresa, se dio cuenta de que tampoco le gustaba dormir en un espacio cerrado. El olor de tantas personas, a pesar de que hubiesen frecuentado continuamente los baños públicos, le molestaba. Olía a grasa y a alcohol picado. Allí dentro, incluso el olor distintivo del pelaje mojado de Braveheart le fastidiaba, lo que nunca le había ocurrido en el exterior. Con mucho cuidado, Dan desenredó su manto del de sus compañeros.

—¿Sales fuera? —le preguntó Úrsula que le cogió la mano en la oscuridad.

Los hombres que estaban a su alrededor apenas podían sentir nada debido al alcohol. Eran los hombres sin mujeres que habían bebido cerveza y corma hasta perder el conocimiento y que sólo se movían para eructar o hacer cosas peores. Sin embargo, no parecían darse cuenta de los torpes intentos de Dan y de Úrsula por abandonar la sala. Una vez fuera, en la clara y estrellada noche, Úrsula habló:

—Soñé que anoche veía a Rhonwen. Macsen y ella estaban en una ciudad, aparentemente una ciudad romana. Rhonwen originó un incendio por mera diversión para ayudar a Macsen. Debía de formar parte del plan de Macsen, ya sabes, para presionar a los Cuervos y que no pudieran salir inmediatamente hacia Craigwen. Bueno, el incendio comenzó siendo una ilusión, como el dragón, pero Rhonwen perdió el control. No sé cómo pero pude sentir lo que ocurrió. El poder se le fue de las manos y el fuego se hizo real. Pude ver a Rhonwen boquiabierta y con los ojos desorbitados mientras pedía auxilio. En el sueño sabía lo que yo debía hacer para sofocarlo pero no lo conseguí. Fue horrible, Rhonwen tenía la cara completamente quemada. Creo que Macsen apagó el fuego, pero no estoy segura. Creo que nunca olvidaré la cara de Rhonwen. Dan, ¿crees que puedo soñar cosas reales como si fuera una clarividente o algo por estilo? Estoy segura de que era real.

Dan quiso rodearla con el brazo, pero sabía que habría centinelas vigilándoles.

—Estoy seguro de que era un sueño. Probablemente bebiste demasiado corma.

—¡Qué va! Está asqueroso. Pedí que el sirviente me trajera agua porque estaba demasiado dulce. Estoy segura de que debe picar los dientes —dijo mientras pensaba lo sorprendente que resultaba el que todas las personas que había conocido tuvieran una dentadura perfecta y que apenas algunos superaran los cuarenta años de edad.

—Bueno —prosiguió Dan— antes no lo eras.

—Y supongo que tú siempre has sido un *berserker*, ¿no?

—*Touché*, pero quizás tampoco vuelva a serlo. La locura que antes podía sentir ha desaparecido.

Úrsula lo miró con dificultad. La luz de la luna iluminaba lo suficiente como para que se vieran el uno al otro con claridad. Úrsula lo miraba como si su cabeza fuera transparente y pudiera ver en su interior.

—Confía en mí, aún eres un *berserker*, aún tienes tu locura.

Úrsula no estaba bromeando. Dan no dudaba de su palabra, y por alguna extraña razón, le reconfortaba. Sin embargo, tampoco creía que Úrsula se hubiera convertido en una clarividente, aunque confiaba en su instinto. Se sentía aliviado, aunque agotado.

—Úrsula, sólo fue un mal sueño. Volvamos dentro, todos se despertarán al amanecer. ¿Quién sabe lo que nos ordenarán hacer?

*

Se les solicitó ayuda para llevar miles de paquetes y bolsas de piel llenas de cosas a los barcos que esperaban atracados. La bahía era poco profunda y los marineros irlandeses habían llegado a la orilla en pequeñas barcas de mimbre recubiertas con pieles cosidas por fuera. El lugar no era el más propicio para desembarcar; las rocas que rodeaban la bahía eran peligrosas y rompían las olas para formar extrañas mareas y remolinos. Las mareas vivas eran turbulentas y las barcas arribaban a tierra surfeando las blancas olas. Parecían frágiles embarcaciones para tan preciado cargamento. La carga de las embarcaciones se realizó con mucho cuidado y, antes de que todo y todos estuvieran a bordo, ya era mediodía. Las mujeres consolaban a los llorosos niños describiéndoles el heroico viaje en el que estaban a punto de embarcarse, pero a medida que iban subiendo a bordo, no había nadie que no pareciera estar tenso o preocupado. Dan quiso que Bryn también se uniera a ellos, pero la sugerencia le suscitó tal indignación que Dan se retractó. No quería que la hombría fuera un tema de discusión entre ambos pero tampoco quería, llegado el momento de la batalla, que la responsabilidad de la vida de Bryn recayera en sus manos. Parecía, como en muchos otros aspectos, que no tenía otra opción.

Cuando todas las mujeres, niños, bolsas, un enorme cofre de oro como fianza e incluso algunos animales domésticos pequeños estuvieron todos puestos a salvo a bordo de la pequeña flota, los guerreros se alinearon en la orilla y golpearon los escudos con sus espadas. Era un gesto desafiante aunque triste. Los celtas no estaban

acostumbrados a llorar y muchos de aquellos hombres tenían los ojos llorosos mientras despedían a los niños. Dan se preguntó si Úrsula se arrepentía de su elección. Ahora no le quedaba más remedio que desempeñar el papel de guerrero y, cuando llegara la batalla, empuñar una espada como todos los demás.

La fortaleza parecía abandonada desde la partida de las mujeres y los niños. La calidez y la bienvenida con que habían sido acogidos en aquel lugar habían desaparecido con el éxodo de las mujeres. Craigwen parecía ahora un cuartel. Úrsula y Dan no serían los únicos desconocidos que recibiría Craigwen. Desde el regreso de Kai, cerca de unos cincuenta hombres más habían respondido a la llamada de Macsen y habían llegado con sus séquitos para entrenarse bajo la instrucción de Hane. Dan y Úrsula se sintieron algo perdidos, pero Bryn, que conocía instintivamente los protocolos de la fortaleza, se las arregló para llevarles comida e informarles acerca de los recién llegados. Les era más bien irrelevante, aunque agradecieron la comida. No fue hasta bien entrada la tarde cuando Kai fue en su busca.

—¡Ay! Cabeza de Jabalí y Piel de Oso. Por lo que veo habéis encontrado algo para comer. He hablado con Hane y hemos acordado que sería aconsejable que entrenarais con los «hombres de Macsen», los hombres de otros pueblos a los que Macsen ha invitado para que aprendan las técnicas romanas instruidas por Hane. Os resultará duro, normalmente nuestros muchachos empiezan a la edad de Bryn, pero vosotros tendréis que aprender todo lo que podáis. Sin embargo, los mejores hombres no han llegado aún y Macsen está decepcionado. Me temo que ningún guerrero Combrogi que se precie admitirá que tenga algo que aprender —suspiró profundamente—. De cualquier modo, los hombres de Alavna entrenarán junto con los hombres de nuestro pueblo, quienes obedecerán a Macsen tanto si les gusta como si no, y vosotros aprenderéis a manejar esas espadas vuestras correctamente —. Dan tenía la ligera impresión de que Kai trataba de cuidar de ellos, pero parecía avergonzado y evitaba mirarlos directamente a los ojos —. Seré claro. No todos los hombres que han llegado son excelentes guerreros, hay más de un alborotador entre ellos. Os resultará difícil. Si la Copa de la Pertenencia os hubiera permitido conocer nuestras costumbres, quizás os habría resultado más fácil pero no fue así. Sois demasiado viejos para ser guerreros de sangre. A algunos de los jóvenes guerreros les molesta la reputación de El Piel de Oso. Saben que tú, Cabeza de Jabalí, no luchaste a nuestro lado contra los Cuervos y no te lo pondrán nada fácil. Dormiréis con los demás en los barracones. Os ayudaré si vuestra vida corre peligro, pero lo demás,

deberéis afrontarlo vosotros mismos lo mejor que podáis—. Entonces, Kai miró a Úrsula—. Cabeza de Jabalí, pienso que tu hermano te escucha incluso cuando se convierte en El Piel de Oso. Evita que mate a nuestros aliados si puedes. No confío en ellos, os puedo nombrar a algunos cuyos pescuezos servirían más para decorar postes que para mantenerlos sobre los hombros pero estamos obligados a cumplir con los lazos de hospitalidad que nos unen. No quisiera deshonrar a Macsen derramando sangre Combrogi dentro de estas murallas. Tenemos que reunirnos en el patio, que la diosa os proteja. Me temo que necesitaréis su más dulce bendición —dijo Kai con una amplia sonrisa, aunque su expresión daba claras muestras de preocupación.

No les llevó mucho tiempo averiguar el porqué. Seis guerreros habían viajado durante ocho noches completas para traer a Úrsula y a Dan hasta Craigwen. Nadie pensaba que se lo merecieran y todos se propusieron confirmarlo. Allí estaba Hane. Era la personificación de todos los clichés del mezquino sargento instructor de toda la historia cinematográfica, salvo que era real e incluso más corpulento que Kai.

No podía decirse que Úrsula estuviera en forma. Todos los hombres allí presentes, a pesar de la opinión que Kai tuviera de ellos, se habían entrenado como guerreros desde los ocho años. Quizás no habían ido al gimnasio para tonificarse pero una dieta saludable y un ejercicio constante equivalían al fortalecimiento de todos y cada uno de aquellos músculos. La gran mayoría eran considerablemente altos. No fue muy difícil identificar a los alborotadores de los que Kai había hablado tan gentilmente, aunque de manera poco elegante. El mayor de todos resultó ser el más pequeño, Huw, el primo del Príncipe.

Úrsula había evitado asistir a todas las clases de educación física que había podido durante los últimos cuatro años. Probablemente tenía un sobrepeso de entre seis y doce kilos, por encima incluso la típica gordura infantil de una niña de su edad. Aquello no iba a ser nada fácil. Úrsula apretó los dientes y se centró en lo que tenía que hacer, que era ignorar las constantes burlas que hacían los hombres que había a su alrededor. Tuvo que ignorar el dolor y obligar a su cuerpo a que obedeciera su resentida voluntad. Sin embargo, fracasó en todos los ejercicios y tiró la espada del entrenamiento al suelo en intervalos regulares de tiempo, fracasando incluso en el intento de hacer una sola flexión.

—¡Vamos, desconocido! Enséñame lo que sabes. La mula de mi

madre tiene más equilibrio que tú. Si fueras el mejor, por Lugh, me alegra no tener que enfrentarme a todos los demás.

Era igual que el colegio pero peor. Esta vez los atacantes podían matarla con la misma facilidad que a un conejo al que le rompen el pescuezo para echarlo a la cazuela. Huw era realmente cruel; estaba furioso porque su padre lo hacía entrenar mucho más y su odio tenía que salir por algún lado. Con un instinto infalible por el más débil del grupo, eligió una interminable intimidación como vía de escape y a Úrsula como objetivo. Úrsula escuchó los insultos que Huw había susurrado durante ese primer día. Durante la primera hora de entrenamiento ya añoraba desesperadamente su casa. Si simplemente el deseo pudiera levantar el Velo, Úrsula lo habría hecho. Tras la segunda hora, comenzó a apartar el dolor físico de la mente. En la tercera hora, cuando ya estaba bañada en sudor -incluso el sudoroso cuerpo de Hane comenzaba a brillar-. Los brazos de Úrsula parecían pertenecer a otra persona salvo por el dolor que la abatía, que era definitivamente suyo. Blandía la espada por encima de la cabeza y estaba contando hasta cincuenta mientras saltaba, brincaba y daba las vueltas que se le exigía. Ignoró a los hombres que la rodeaban, excepto a Hane, que era quien daba las órdenes, y se concentró en hacer únicamente lo que le pedía. El agotamiento parecía reducir su resistencia natural al poder que había sentido desde que atravesara la densa niebla. Sintió un hormigueo en la columna vertebral que le recorrió toda la espalda hasta sacudirle la cabeza:

—¡Dame fuerzas! —rogaba Úrsula—. ¡No me dejes caer ni llorar! ¡No permitas que me venga abajo!

Las burlas habían cesado ligeramente al tener Hane a todo el mundo practicando ejercicios que incluso para los Combrogi eran innovadores. Úrsula se detuvo y encontró un poco más de fuerza, un poco más de energía para saltar como las ranas. Quizás había sido su imaginación, pero así era y no le importaba. Algo la mantenía en pie, algo la mantenía en movimiento. No quería dar ni a Hane, ni a Huw ni a ninguno de aquellos hombres más motivos de burla después de lo que ya había soportado.

Dan encontró el primer día de entrenamiento algo más llevadero que Úrsula. Se encontraba en forma pero sólo a nivel de un niño escolar del siglo veintiuno. Para el nivel de los Combrogi, aún tenía un largo camino por delante. Los ejercicios no eran tan desconocidos para

él como lo eran para Úrsula, pero la batalla ejercitaba otros músculos diferentes a los que se ejercitaban en el fútbol. La fuerza de la parte superior del cuerpo de Dan era lamentable. Ahora se verificaba que el poder de la locura había sido una condición *sine qua non* para que siempre hubiera podido empuñar a Brillante Asesina durante tanto tiempo en la batalla. La estupefacción se apoderó de él durante la mayor parte del primer día de entrenamiento: se sorprendió de que los demás, excepto Úrsula, estuvieran más en forma que él; de que los antiguos celtas incluso hacían flexiones y de que la aproximación que tenía del control humano sobre Brillante Asesina era erróneo. Los Combrogi no asían las espadas con toda la mano. Hane tuvo que enseñarle varias veces el modo de hacerlo hasta que la sujetó correctamente. Esa nueva y correcta sujeción de la espada hizo que de inmediato mejorara el control sobre ella, al igual que su efectividad al girarla alrededor de su cabeza, al saltar por encima de ella o al hacer cualquier maniobra que Hane ordenara. No se lamentó cuando acabó el primer día de entrenamiento a pesar de tener que ir a rastras hasta los barracones para dormir.

Los barracones eran tema aparte. No eran sino una enorme habitación de madera con ventanas abiertas sin cristales y cubiertas con postigos de madera. Había una hoguera en el centro de la habitación que humeaba toda la noche haciendo que el aire se condensara debido al humo que desprendía la madera acre. El suelo estaba sucio. Los hombres dormían con sus mantos sobre camastros de madera, organizados en dos filas a cada lado de la habitación. Había corriente, había humedad y apestaba. La única luz que brillaba era la que emanaba del fuego. Para Úrsula no había razones para quejarse: los Combrogi utilizaban piedras para la edificación y un sistema de calefacción bajo el suelo que gozaba de popularidad entre los romanos en el Gran Salón. Al acabar el día estaba demasiado cansada como para quejarse.

Habría preferido dormir como lo había hecho durante el viaje, tan cerca de Dan, Braveheart y Bryn como para compartir su calor y sentir el bienestar de otro ser vivo unido por la soledad de un mundo desconocido. En su lugar, durmió en el camastro, cerca de Dan. Más de una vez se encontró excrementos en la cama, e incluso una vez el cuerpo muerto despellejado de un conejo. Úrsula no era de ésas de las que se quejaban e intentó que Dan no viera lo que estaba pasando. Ya era demasiado horrible ser una marginada en su propio mundo como para sumar al oprobio el que estuviera demostrando que también lo era en este mundo. Dan aún tenía a Braveheart y dormía abrazado al

enorme cuello del perro. Úrsula estaba encantada de que Braveheart no durmiera con los demás perros cerca de los establos. Prys había dicho que su insólito tamaño dificultaba que los demás lo aceptaran. Úrsula lo comprendía perfectamente e hizo enormes esfuerzos para ofrecerle su amistad, pero fue en vano, era sin duda el perro de Dan. Bryn, que ayudaba a su señor a vestirse y normalmente cuidaba de él, dormía al otro lado de Dan. Úrsula intentaba por todos los medios que aquello no la afectara.

Comía la comida que se ofrecía en el Salón y bebía cerveza aguada, que estaba asquerosa pero que saciaba su sed. Por la noche, dormía casi igual que los que agonizan en el lecho de muerte. Tras la primera noche, no creyó ser capaz de levantarse y poder moverse a la mañana siguiente. Desde luego, que no tenía otra opción. Por lo menos ya no tenía sueños precognitivos o al menos no recordaba ninguno. En vez de eso, soñaba que yacía acurrucada en la propia tierra, que se amoldaba perfectamente a su dolorido cuerpo como si se tratara de una cama cubierta con el plumón más suave y que le ofrecía un calor y un bienestar reconstituyentes.

XIV

Magia poderosa

Hacia el tercer día los propios Combrogi se rebelaron, y no por las condiciones de vida. Úrsula se había dado cuenta de que los barracones seguían el modelo de la mayoría de las casas del poblado. Los Combrogi se rebelaron por el modo y el tipo de entrenamiento de Hane pero la lealtad de aquellos hombres hacia Macsen los obligaba a sufrir. Macsen pensaba que la técnica Combrogi tradicional de la lluvia de piedras y puntas de flechas sobre el enemigo para luego abalanzarse en masa y entablar un combate cuerpo a cuerpo no daba resultado contra una fuerza ofensiva tan bien aleccionada como la romana. Macsen quería que sus hombres lucharan como un ejército, que lucharan como sus enemigos. Sin embargo, Hane iba más allá, actuando afanosamente como el enemigo e insultándoles a cada momento.

—Un soldado cuervo podría matarte estando a diez pasos de distancia y ensartarte como a un cochinillo si cometes ese error continuamente —comentaba Hane—. Sube el escudo, hombre, ¿no sabes el significado de la palabra «arriba»? No es donde caerás cuando se destruyan las almenas.

A Gwyn le resultó realmente difícil tolerar ese comentario. Se consideraba el mejor guerrero de Macsen. Supuestamente, le había salvado la vida al Príncipe en el campo de batalla y sería el primero en luchar contra el enemigo en caso de que fuera necesario el combate cuerpo a cuerpo. No obstante, Úrsula y Dan no se habían percatado de aquella condición.

Tras el primer día y teniendo por delante mucho más que aprender que aquellos guerreros, Dan consideró las exigencias físicas de Hane agotadoras aunque relativamente sencillas. Se esforzó en concentrarse e incluso Hane lo elogió. Además, su facilidad e indudable destreza no despertaban la burla de los demás hombres. A Úrsula todo le resultaba más difícil, pero a medida que aumentaba su

fuerza, también mejoraba su habilidad. Le pusieron a Dan como pareja, quien fue muy paciente con ella. Nadie más, salvo los camaradas de Alavna, la miraba a menos que fuera para hacer que se cayera o para darle un golpe en la zona posterior de las rodillas con la parte plana de la hoja de las espadas.

Justo después de que Hane fuera especialmente mordaz con el juego de pies de Gwyn, éste explotó:

—¡Este entrenamiento es típico de los Cuervos y nos estamos rebajando al recurrir a sus técnicas!

Hane no era tonto y necesitaba enseñar a Macsen algún resultado tangible de sus métodos de entrenamiento o dejaría de disfrutar del apoyo del Príncipe, y sin el apoyo de Macsen, los guerreros a los que humillaba con tanto entusiasmo lo descuartizarían miembro a miembro. Hane, con una triste y maléfica sonrisa, dijo con voz suave:

—Gwyn, si dudas de mis métodos, te mostraré cuál es el punto exacto de tu vulnerabilidad. Si no trabajas como un equipo, incluso el más débil soldado enemigo te dominaría si atacas por separado. Te lo demostraré con los desconocidos.

Úrsula sintió que enrojecía y no necesitó ninguna clarividencia para saber que aquello acabaría mal. Dan ni siquiera quería encontrarse con la mirada de Gwyn.

Gwyn caminó arrogante hacia ellos habiendo cambiado la espada de madera por la suya propia. Dan empuñó a Brillante Asesina, que siempre tenía a escasos metros de distancia. Úrsula también cogió su arma pero sudaba tanto que se le escurría de la mano, y el corazón se le aceleró porque sabía lo que Gwyn iba a hacer. Gwyn conocía a Dan más que Hane: había observado cómo se transformaba en *berserker* durante la batalla para defender a Úrsula del dragón y había visto cómo se preparaba para defender a Bryn de camino a Alavna. Gwyn lo conocía perfectamente. Úrsula, sin embargo, no estaba tan segura de que Hane supiera que Dan era un auténtico piel de oso, que no era sólo un apodo como los tantos otros de los que colmaban la fortaleza.

Úrsula sabía que Gwyn envidiaba la reputación de Dan y quería demostrar que aún seguía siendo el campeón de Macsen, incluso al

combatir contra un *berserker*. Todo lo que tenía que hacer era amenazar a Úrsula; sabía que el principal desencadenante de la locura de Dan era la seguridad de sus amigos.

Quienquiera que ganara, no sería una prueba de la eficacia de las técnicas en equipo contra las gloriosas individualidades de un simple combate, y para Gwyn, esto no era más que un simple combate y si además ponía en evidencia a Hane, mucho mejor.

Úrsula sabía que la estrategia de Gwyn funcionaría y cuando miró a Dan, pudo observar su locura: allí retorcido como una serpiente, dispuesto a atacar. ¿Podía refrenar su locura como Kai pensaba? Úrsula no estaba tan segura de poder hacerlo.

Aunque nadie en la tierra pudiera convencer a los Combrogi de cambiar las largas y afiladas espadas que siempre habían utilizado por los pequeños gladius[6] para apuñalar, Hane había insistido en que actuaran como un equipo en defensa para protegerse unos a otros. Tan pronto como uno se acordara de brindar espacio a un compañero para introducir la espada o arrojar la lanza, ya estaría más protegido del arma enemiga de lo habitual. Las filas combrogi nunca lograrían ser ni tan firmes ni tan fuertes como las de los romanos. Aunque los Combrogi necesitaban mucho más espacio para combatir, ya era un paso más hacia en nueva dirección. Mientras Úrsula adoptaba la postura defensiva protegiendo el lado derecho de Dan, Gwyn se posicionaba frente a ellos con una sonrisa irritante en el rostro.

—Si intentas atacar al hombre que está que está a tu derecha, observa cómo su compañero puede bloquearte y lanzar su propio ataque —gritó Hane, ajeno a lo que estaba a punto de suceder.

Como era de suponer, Gwyn ignoró tanto a Hane como a Dan y lanzó un ataque directo contra Úrsula, que por suerte bloqueó la primera estocada. Cuando Úrsula escuchó el gruñido de Braveheart de fondo, vio un segundo ataque por el lado desprotegido y... de repente, allí estaba Dan, que había interpuesto su escudo. Úrsula se cubrió detrás de Dan ya que su escudo sólo lograría interferir en la libertad de movimiento de Dan. Hane gritaba que se detuvieran, que el ejercicio no debía hacerse de esa manera, pero los Combrogi lo ignoraban de la misma manera que lo hacía Gwyn y se chillaban unos a otros mientras hacían sus apuestas.

Úrsula no sabía por quién apostar. Gwyn era más alto, más vigoroso y experimentado mientras que Dan era más rápido, aunque distaba de ser tan fuerte. Úrsula deseaba que la fuerza se apoderara de su brazo derecho y sintiera el extraño hormigueo que siempre había acompañado el uso de la magia de Rhonwen, pero no sabía si serviría de algo.

Lo más destacable era la rapidez de Dan. Cuando se transformaba en *berserker*, Dan desconocía el miedo y no se preocupaba de pensar en ninguna estrategia defensiva, aparte de que el tiempo pareciera ir más despacio para él. Los movimientos de Gwyn eran rápidos y estudiados, pero cuando Dan luchaba, parecía como si entre el razonamiento y la acción no existiese el tiempo. Gwyn alzó la espada para asestar un golpe fulminante en el hombro desprotegido de Dan. Gwyn utilizó el escudo para proteger el lado que exponía al contrario. En su intento de asestar el golpe, Dan se cambió la espada a la mano izquierda y la hundió en el brazo alzado de Gwyn. Si Brillante Asesina hubiera tenido una razón, Dan lo habría descuartizado. Cuanto más hundía la espada, más debilitante era la hendidura. Gwyn dejó caer la espada y bajó la guardia. En el tiempo que le llevó a Úrsula exhalar el aire que llevaba dentro, Dan tenía a Brillante Asesina en el cuello de Gwyn. Los gritos de los guerreros allí reunidos se acallaron de repente, a la espera de ver qué ocurriría.

—¡No! Es Gwyn de Alavna y no lo matarás —gritó Úrsula con voz alta y firme, de modo que Dan la escuchara. La fría irradiación de seguridad se borró de los ojos de Dan, quien pareció recuperar la cordura—. Baja a Brillante Asesina— dijo Úrsula en voz baja pero autoritaria, consiguiendo que Dan hiciera lo que le ordenaba. Luchó contra el impulso de abrazar a Dan, que le había salvado la vida de nuevo. Gwyn no habría vacilado ni un momento en herirla gravemente para demostrar su superioridad, y aunque no pensaba que la habría matado en el acto, herirla podría venir a ser lo mismo en un mundo sin antibióticos.

Hane intentó por todos los medios hacerse con el control, pero su voz sonaba temblorosa. Había subestimado a Gwyn y Dan considerablemente. Había supuesto, en vano, que Gwyn atacaría ciñéndose estrictamente a sus indicaciones y que Úrsula y Dan desviaran el ataque limpiamente; no se imaginó aquel nefasto encuentro.

—Haremos como si esta falta de disciplina nunca hubiera sucedido. Lo dejaremos ahora mismo y continuaremos cuando golpee el gong.

Gwyn, en cuyos ojos ardía una poderosa sensación, se levantó y se inclinó fríamente hacia donde se encontraba Dan. Úrsula sólo deseaba que no fuera odio lo que ardía en sus ojos.

—¿Estás bien? — preguntó Úrsula a Dan en voz baja.

—Me convertí en *berserker*, ¿verdad? ¿Maté a alguien?

Úrsula tenía la firme aunque improvisada convicción de que Dan debería afrontar su naturaleza de piel de oso. Quizás había visto demasiados programas diurnos de entrevistas sobre «aprender a olvidarse a uno mismo» y «enfrentarse a su lado oscuro», pero sin una razón aparente, no estaba preparada para dejar que Dan sucumbiera a una amnesia voluntaria.

—Sabes lo que has hecho, Dan, recapacita —le dijo, aunque Dan frunció el ceño.

—Herí a Gwyn por debajo del brazo que sujetaba la espada, por tener el escudo en el sitio equivocado. Me cambié la espada de brazo; soy ambidiestro cuando juego al tenis y supuse que con la espada sería algo parecido. Luego me impediste que lo matara, tu voz resonó en mi mente con el mismo efecto de una barra al rojo que deshace el hielo. Hice lo que me pediste. No sé cómo pude escucharte, pero era lo único que escuchaba.

—Te transformaste en piel de oso en un momento —le explicaba Úrsula mientras cambiaba el tema de conversación. ¿Le había leído Dan la mente o era ella la que podía contactar con la de Dan?

—Cada vez sucede más rápido, como si metiera directamente la quinta marcha de un coche. Y, Úrsula, tenías razón, la locura no había desaparecido —las emociones que Dan sentía hacia su locura ahora era incluso más dudosas, aunque por lo menos, esa enajenación los mantenía con vida—. Gracias por impedir que matara a Gwyn y gracias por evitar que él me matara a mí —dijo Dan, y los dos

muchachos se sonrieron.

—Úrsula, ¿intentaste ayudarme de alguna manera?

—No, no me interpuse en tu camino porque pensé que...

—No, quiero decir, y sé que parece una tontería pero, ¿intentaste hacer algo de…, de magia?

Úrsula se sonrojó y respondió:

—Pensé que... bueno, quería ayudar y como Gwyn es más grande que tú y..., intenté mandarte fuerza. Sé que parece demasiado fantástico e imposible que yo pudiera...

Dan la hizo enmudecer al enseñarle a Brillante Asesina: las huellas de sus dedos se habían moldeado en el metal, como si la empuñadura estuviera hecha de arcilla aguada.

—No le pongas tanto empeño la próxima vez, ¿eh? — bromeó Dan.

Úrsula se quedó helada. Todo aquello realmente había ocurrido. Algo raro estaba sucediendo allí y, a menos que estuviera lo suficientemente loca y que pudiera imaginar aquel extraordinario escenario, Úrsula podía hacer magia.

XV

Cambios

Los hombres ahora trataban a Dan con más respeto, como uno más entre ellos, no como un muchacho prometedor. En cuanto a Úrsula, la trataban con absoluta cautela y parecía desagradarles más que antes. Úrsula tenía la habilidad especial de no caerle muy bien a la gente, pero al ser el individuo que daba órdenes al hombre que había vencido al campeón de Macsen, gozaba de un cierto estatus. Sin embargo, cesaron de dejarle los «regalos» sobre su cama y Huw mantuvo las distancias. No hace falta decir que a Úrsula le molestaba todo aquello y que no quería vivir a costa de la gloria de Dan.

Hane no tuvo que soportar más retos y, aunque la humillación de Gwyn no fuera culpa de Hane, ni tampoco realmente de Dan, Hane estaba relacionado de alguna manera con ella. Los hombres aprendieron lo que tenía que enseñarles e incluso llegaron a reconocer paulatinamente la existencia de algunas ventajas en las nuevas tácticas.

*

Pasaba el tiempo y la fiesta estival de la cosecha de Lughnasadh ya se había celebrado. Macsen seguía sin aparecer, como tampoco aparecía la legión. Al menos eso era una buena señal, era lo que se comentaba. Kai y Finn parecían saber lo que estaba sucediendo. Había rumores de una gran deflagración en los cuarteles del ejército en Deva que había destruido media ciudad. Cientos de esclavos, sospechosos de estar involucrados, habían sido descuartizados. También se rumoreaba que Rhonwen y el Rey Donicca, el tío de Macsen, habían resultado

heridos en el incendio. Úrsula no quería escuchar los rumores para que no se confirmaran sus sospechas. Tampoco quería tener esos poderes de precognición. Sólo tenía fuerzas para su lucha diaria por la supervivencia. Era una batalla constante contra el agotamiento y su torpeza física.

Debido a la fiesta, les habían suspendido un día de entrenamiento y los pocos sirvientes que quedaban se las apañaron para organizar la celebración.

Las gentes de los pueblos más alejados de la región se acercaron a la fiesta, en especial granjeros que ofrecían grano y carne a cambio de protección y que se refugiarían dentro de los muros de la fortaleza cuando llegara la legión. En su momento, Úrsula no se había percatado, pero las mujeres y los niños de toda la región se habían ido con el Rey Cadal. Sin sus mujeres, aquellos hombres no paraban de emborracharse, cantar y bailar. A medida que la noche se alcoholizaba, las canciones eran más sentimentales, lo que hacía que Úrsula añorara su hogar. Aparte de eso, pocos cambios habían acontecido en la rutina diaria de entrenar, comer, dormir y entrenar. Kai se cercioraba de que tuvieran las vestimentas adecuadas para cada ocasión. Utilizaban frecuentemente los baños pero nadie comentaba nada cuando Úrsula optaba por bañarse sola, y aunque solían comentar muchas cosas, al menos no lo hacían delante de Úrsula o de Dan.

Úrsula soñaba a menudo con el Velo, que lograba alzarlo y que Dan y ella lo atravesaban, pero nunca volvían a su mundo ni a su tiempo y siempre llegaban a lugares en los que se prolongaban unas guerras interminables. Se despertaba de esos sueños entre sollozos cada dos o tres noches, pero si los demás hombres la habían escuchado, ninguno había dicho nada. No solía pensar en muchas cosas salvo en casa y en descansar, y por supuesto, en la magia. Sentía que todos los días la magia se hacía cada vez más fuerte y cómo los poderes recorrían su cuerpo hasta llegar al brazo con el que manejaba la espada. Era una buena idea que estuviera utilizando tanta energía, aunque temía que pudiera explotar por la presión que aumentaba en su interior. Sentía una especie de temblor en cada una de sus terminaciones nerviosas, como si fuera una especie de tormenta eléctrica interna reprimida. La magia aumentaba sus sentidos: los sonidos eran más agudos, la vista más precisa, cada hebra de la lana de su manto le parecía única y bien diferenciada. Las emociones de los demás llenaban el aire de los colores de esas sensaciones. Como la

mera sensación le daba miedo, aprendió a ignorarla, e incluso empezaba a temer su variedad de locura: la vana ilusión de que tenía poderes. Una parte de su ser no podía, no lograba aceptar la magia que latía en su interior, de modo que se refugiaba en el entrenamiento, hasta que incluso los hombres percibieron su apasionado tesón por superarse a sí misma. Úrsula se estaba fortaleciendo día a día y sentía tener nervios de acero y férreos puños. Se deleitaba en su aspecto, ya que el cuerpo fofo se estaba transformando en una máquina en funcionamiento bien engrasada. Si estar en forma le hace a uno sentirse así, se arrepentía de no haberlo probado nunca antes. También mejoró aspectos como la velocidad y la coordinación, y resultó ser un muelle de energía que contenía las fuerzas que manaban a su alrededor y en su interior. Sabía que Dan estaba orgulloso de ella, se le veía lleno de orgullo cuando la miraba. Se estaba convirtiendo en una magnífica guerrera y, aunque pareciera extraño, tenía talento. A diferencia de Dan, que se convertía en su propia espada cuando entraba en combate, Úrsula era fría y calculadora. Primero observaba y comparaba lo que los demás hacían y luego los imitaba. Carecía de los instintos de Dan, pero aprendía rápido.

Debía de ser finales del mes de octubre cuando Kai se le acercó en el patio. Kai y los demás hombres de Alavna, habían dejado que Dan y Úrsula se las arreglaran solos, sin su constante supervisión. Úrsula sabía que Kai no quería complicarle más las cosas de lo que ya lo estaban. El estatus social era muy importante para los Combrogi: el estatus de Kai era superior al de Úrsula, que tenía un estatus muy bajo por ser un desconocido y no ser siquiera un guerrero. Si Kai hubiera mostrado algún tipo de interés por ella, lo demás guerreros le guardarían rencor a Cabeza de Jabalí. Estaba contenta de verlo y le resultó sorprendente pensar en él como un amigo. Kai se dirigió a ella con tono informal y Úrsula procuró mostrarle más respeto del que nunca antes le había mostrado en el viaje.

—He recibido noticias del Príncipe Macsen y de la Princesa Rhonwen. Estarán aquí para la festividad de Samhain, cuando caigan las primeras hojas de los árboles. Necesitas saber algunas cosas: el tío de Macsen, el Rey Donicca, ha fallecido. Los Cuervos lo cogieron prisionero hace dos años y Macsen ha estado gobernando sus tierras. El padre de Macsen, el padre de Huw y el Rey Donicca eran hermanos. Por tradición, la madre del Rey, la Reina Usca, es la que elige al nuevo líder, la Reina Usca, de entre todos sus nietos. Huw es uno de los aspirantes—. Kai hizo una pausa para ver la reacción de Úrsula, quien

intentó por todos los medios mostrarse impasible, y muy diplomático, prosiguió diciendo— he observado que Huw no es uno de tus compañeros de borrachera preferidos—. Kai sabía más de lo que a Úrsula le habría gustado acerca de la manía persecutoria que Huw había mostrado antes hacia ella; y aunque notó que enrojecía, no quería que Kai creyera que iba de víctima—. Mira, Cabeza de Jabalí, elija a quien elija Usca, la disputa está asegurada. Vendrá desde Irlanda antes de lo previsto y Huw intentará impresionarla haciendo una de las suyas. No creo que se atreva conmigo o con ninguno de los hombres más cercanos de Macsen. Tampoco tengo una buena opinión de él, pero sé que no es tonto. No creo que se atreva a luchar contra El Piel de Oso, pero quizás te busque a ti, Cabeza de Jabalí. He venido a decírtelo, así que guárdate las espaldas, y si te reta, no lo mates, no podemos arriesgarnos a que las tribus se dividan ahora.

—Pero yo ... —comenzó a decir Úrsula.

—Te he observado, Cabeza de Jabalí, y algo ha cambiado. Rhonwen eligió mejor de lo que pensaba: tienes el corazón y el hígado de un guerrero. Confía en mí. Por mis venas corre sangre druida y veo más allá de lo que puedas imaginar. Podrías ganar a Huw y a la mayoría de los «hombres de Macsen». Recuerda que las tribus no nos enviaron a los mejores, sino a los alborotadores de los que querían deshacerse. Debiéramos desear que nos envíen más y mejores guerreros antes de que seamos el objetivo principal de la segunda legión. Mantén esa cabeza tuya de jabalí serena y haz todo lo que puedas por no matarlo, si la lucha llega a tal extremo.

Kai la miró tan convincentemente que Úrsula se cuestionó que supiera lo de la magia y especuló una vez más acerca de lo que había sucedido en el rito de la Copa de la Pertenencia. Había confiado en él desde aquel momento; había surgido una conexión entre ellos. A pesar de su brutalidad, aún confiaba en él, y sabía que estaba preocupado, se le notaba claramente. Úrsula tendría en cuenta su advertencia y no podía evitar sentirse orgullosa de que Kai la considerara un guerrero; sería algo que se llevaría de vuelta a casa, si es que alguna vez regresaba.

Úrsula le contó a Dan lo que Kai le había dicho.

—Creo que tiene razón. Eres cada vez más buena y estás más fuerte. ¿Has hecho magia? —le preguntó, mirando de manera

significativa la empuñadura deformada de Brillante Asesina. No se había molestado en arreglarla puesto que ahora se ajustaba a la perfección, como si la hubieran hecho a la medida de su mano, aunque el molde le dificultaba el manejo de la espada con la mano izquierda.

—No sé. Debería ser fuerte, al fin y al cabo soy muy grande. Quizás en casa no quería estar fuerte, ya sabes, las chicas no... ¡y yo qué sé, Dan! Nunca he considerado una ventaja el hecho de ser grande... supongo que sólo quería ser otra persona.

Dan, pensativo, permaneció en silencio un momento.

—Úrsula, a ver, en la escuela, el problema no era que fueras alta, sino el modo en que mirabas a la gente, como si no te interesaran. Los chicos te tenían miedo. Creo que pensaban que eras una engreída, pero yo no, es decir, siempre pensé que ser tan grande y tan diferente era muy duro y que no debían acosarte por eso. Ser alto es genial y ...

Dan prefirió parar porque temía la respuesta de Úrsula, que aún continuaba siendo una persona con la que resultaba muy difícil hablar de temas como ése. Sin embargo, Úrsula consideró la sinceridad de Dan y el deseo que sentía de reconfortarla. Siempre era tan honesto y todo lo hacía con la mejor intención del mundo. En verdad que no quería llorar, aunque sentía aflorar las lágrimas.

—Gracias, Dan —respondió muy calmada, a pesar de que luchaba por controlar sus emociones. Odiaba las críticas, hacían que se encerrara en sí misma y rechazara tanto al crítico como a la crítica. Sabía que Dan no pretendía herirla. Nunca antes nadie se había arriesgado tanto por protegerla, y él se preocupaba por ella. Era un factor a tener en cuenta, lo que hacía que su crítica fuera más tolerable. ¿Habría habido otras ocasiones en las que los chicos hubieran intentado ofrecerle su amistad con un consejo y ella los hubiera rechazado? A la sazón, pensó en su padre, que siempre la estaba protegiendo con sus consejos. Era una lástima que no hubiera estado a su lado el tiempo suficiente como para ayudarla a aceptarlo. Entonces, volvió a sentir una furia que le era familiar, no lo necesitaba, ni a él ni su amor; podía sobrevivir sin nada de eso, de modo que apartó esos pensamientos tan desagradables de su mente—. Deberíamos volver, el entrenamiento empezará dentro de un minuto —. Úrsula titubeó. Quería agradecer a Dan de alguna manera la

embarazosa amabilidad que le había mostrado, pero la amabilidad no era su mejor virtud—. Dan, ¿recuerdas cuando decidiste prometer que cuidarías de mí y yo no quería que lo hicieras? La razón no era otra sino que aquí los juramentos están estrechamente ligados a un tipo de magia que condiciona los destinos. Estamos vinculados a Kai y a los demás por Alavna y estamos vinculados a este sitio por esa promesa. No sé por qué lo sé, pero es como cuando supe que aún continuabas siendo un piel de oso. Sé que es así y quiero prometerte algo: yo también lucharé por ti, Dan. Has demostrado ser un buen amigo. No sé cómo lo haré, pero intentaré encontrar el modo de volver a casa.

Dan le devolvió una sonrisa tímida, aunque encantadora. Tras haber comprobado que nadie los observaba, besó sutilmente a Úrsula en la mejilla. El gesto la cogió por sorpresa y dio un paso atrás, al mismo tiempo que Dan retrocedió, presa del miedo.

—¡Úrsula, tienes barba!

Úrsula se tocó la mejilla y comprobó que Dan tenía razón. Se miró el antebrazo y se dio cuenta de que, al no haber espejos en los barracones, no se había preocupado por su apariencia desde hacía meses, y ahora que lo pensaba, ninguna niña de quince años tenía un antebrazo como el suyo.

—¡Dan! ¿Qué me está pasando?

Dan la miró, incómodo por la situación y Úrsula comprendió que hacía mucho tiempo que él tampoco se fijaba en ella.

—No lo sé. Los dos nos hemos fortalecido con tanto entrenamiento y tanta comida. Nunca he comido tanta carne como aquí—. En verdad que Dan se había desarrollado, ahora casi pesaba lo que ella. El roce contra el suelo ya no era una amenaza para Brillante Asesina, que ahora colgaba en la funda. La flacucha complexión de corredor se había robustecido por el laborioso ejercicio del entrenamiento para la batalla.

Aun así, Úrsula podía ver en su mirada la perplejidad con la que ahora la observaba.

—Parezco un hombre, ¿verdad?

—Úrsula, intentas parecerte a un hombre.

—No es lo que pretendo ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Bueno, vale, si no te conociera y no supiera que te vendaste...eh, pensaría que eres un chico, bueno, un hombre, un hombre fuerte y en buena condición física.

Úrsula apenas le estaba escuchando. ¿Cuándo había dejado de vendarse el pecho?

XVI

Política

Llegada la noche, la noticia de la muerte del Rey Donicca ya era conocida por todos. Los guerreros hablaban de él con cariño. Huw y otros hombres discrepaban y pensaban que el que hubiera decidido ser esclavo de la influencia de los Cuervos era perverso y poco viril. Por el contrario, afirmaban ostentosamente que preferirían cortarse el pescuezo antes que limpiarle el culo al enemigo. Prys habló en defensa del difunto rey. Sus palabras, y no las de Huw, se ganaron la confianza de Úrsula, a quien le pareció más bien desleal la descortesía con la que Huw había hablado del hermano de su padre. Prys fue muy claro y dijo:

—Huw, no te mereces ni un pedazo de las uñas de los pies de ese hombre. Sabía perfectamente que podía perjudicar mucho más al enemigo estando con vida y en territorio enemigo que muerto y en alguna solitaria montaña. ¿Cómo crees que Macsen ha logrado mantener alejada a la legión de Craigwen todo este tiempo? El viejo rey tenía varios trucos en la manga y puedes apostar que muchos de ellos se los enseñó a Macsen.

A pesar del insulto, Huw no intentó atacar a Prys. A Úrsula le había parecido excesivo el que le hubiera culpado por aquella apreciación. Prys tenía la apariencia de un oso y luchaba como tal. Los demás observaron cautelosos la situación y sacaron sus propias conclusiones. Prys debía estar muy seguro de que Huw no sería elegido Rey para hablar de él con tanta indiferencia. O eso, o no le preocupaba. Úrsula supuso que sería lo segundo, puesto que Prys era uno de los hombres de Macsen. Todo lo que concernía a la elección del nuevo rey eran meras especulaciones, aunque algunas esperanzas estaban puestas en Huw como el nuevo heredero.

Los preparativos para la nueva celebración ya estaban en marcha. Representantes de todas las tribus involucradas en el intento de Macsen por crear una alianza de pueblos vendrían a escuchar la

decisión de la Reina Usca, la venerable abuela de Macsen. Se había refugiado en Irlanda con las demás mujeres, y el Rey Cadal pensaba traerla de vuelta a Craigwen cuando regresara Macsen. De ese modo, Cadal podría deliberar las tácticas con Macsen y tomar la esposa que le había prometido, Rhonwen. Los hombres afirmaban que cabía la posibilidad de celebrar una coronación y una boda al mismo tiempo. Lo decían con toda naturalidad y Úrsula vaticinó que sería porque ninguno estaba seguro de que hubiera Combrogis suficientes como para celebrar ese tipo de ceremonias la próxima primavera. Aquellos hombres sentían que el fin de su mundo estaba cerca y les obsesionaba la eventualidad de una posible derrota. Úrsula podía sentirlo; no era exactamente miedo, era algo más profundo. Todos ellos lucharían hasta derramar la última gota de sangre de sus venas para salvar su mundo, para salvaguardar la continuidad de los Combrogi, pero todos ellos sabían que quizás aquello no fuera suficiente.

De repente, Úrsula se preguntó qué pasaría si Huw salía elegido rey. Le inquietaba también el recuerdo de la cara de Rhonwen en sus sueños. Había deducido de la conversación de aquellos hombres, que Macsen en verdad había incendiado gran parte de Deva para obligar a la legión a permanecer allí durante el invierno. Así, el Príncipe les había obligado a reconstruir los barracones derruidos y se había cerciorado de que existiera una desconcertante preocupación ante la posibilidad de que los esclavos estuvieran organizando una revuelta para que la aristocracia local exigiera que la legión permaneciera allí para protegerlos. Así, mientras tanto, la legión estaba ocupada en erradicar cualquier signo de insurrección entre la población de esclavos combrogi. Los hombres de Craigwen se preocupaban por esos esclavos; Huw no era el único que pensaba que prefería morir antes que servir al enemigo. Parecía que Macsen y Rhonwen habían logrado retrasar la marcha de la legión hacia Craigwen, pero si el sueño de Úrsula revelaba la verdad, al menos Rhonwen había tenido que pagar un precio. Úrsula recordó la mirada aterrorizada de aquellos ojos verdes al ver que el fuego la envolvía. Era incapaz de olvidar que Rhonwen se había dado cuenta de que la magia se le había escapado de las manos y no podía controlarla. Era incapaz de olvidar el rostro cicatrizado de Rhonwen. Si el sueño había sido real, ¿se casaría aún Cadal con Rhonwen? Las llamas habían arruinado la belleza de Rhonwen. ¿Qué ocurriría con la alianza, con todas esas mujeres y niños, si Cadal no se casaba con ella? A Úrsula le habría gustado comentarlo con Dan, pero trataba de evitarlo continuamente, porque siempre que lo miraba, la incomodidad se reflejaba en sus ojos.

Úrsula se veía a sí misma tal y como Dan la miraba desde entonces. ¡Había sido tan acertado desconocer su apariencia! ¡Qué descanso haberse sentido liberada de la tiranía de su propia imagen! No quería ni imaginarse en lo que se estaba convirtiendo. Se había estado observando cuidadosamente en los baños, entonces se había dado cuenta de que ciertamente estaba más musculosa. Había perdido peso, lo que había disminuido el tamaño de su pecho. A pesar de todo, seguía siendo una mujer, aunque una muy fuerte. Las piernas y los brazos, que al fin y al cabo era lo que podía observar con facilidad sin necesidad de un espejo, se parecían más a los de Kai que a los suyos propiamente dichos. Úrsula lloró en la intimidad que le ofrecían los baños. Durante años había deseado perder peso, y ahora que lo había conseguido, parecía incluso mucho menos atractiva que antes. No tendría por qué importarle; después de todo, intentaba parecer un hombre. Sin embargo, sí que le importaba: ahora más que antes, se había convertido en un monstruo.

Craigwen no era precisamente un lugar idóneo para la autocompasión. De hecho, Úrsula no tenía tiempo libre ni para pensar, ya que Hane había doblado los esfuerzos en enseñarles los métodos romanos de combate al conocer la noticia del regreso de Macsen.

El Rey Cadal llegó a Craigwen con la Reina Usca, la primera persona realmente anciana que Úrsula había visto hasta entonces. No parecía que fuera tan ignorante como para elegir a Huw o a cualquiera de los otros primos que precedían a Macsen, pero quién sabía lo que sucedería. Lo que una vez había sido un cuerpo esbelto, la artritis lo había arqueado ahora. Tenía la cara llena de arrugas, pero sus ojos eran perspicaces y de un verde casi de la misma intensidad que los de Rhonwen. Úrsula sintió el poder que había en ellos y se mantuvo distante. Durante los días sucesivos, no cesaron las llegadas de los guerreros más respetados de otras tribus, que venían con motivo del consejo de guerra que se celebraría con el nuevo líder, quienquiera que fuera. Eran tan diferentes de los «hombres de Macsen» como pudiera imaginarse. Úrsula compadeció entonces a Hane; si tuviera que entrenar a hombres como aquellos en vez de a tipos como Huw, habría formado una magnífica fuerza de combate.

La apariencia de los Combrogi visitantes era espectacular: torques de oro decoraban sus cuellos, brazos y espadas; incluso las bridas de los caballos llevaban ricos adornos en oro. Sus vestimentas estaban confeccionadas con telas de primera calidad y sus armaduras estaban hechas de plata pulida y piel elaboradamente repujada. Aunque

algunos llevaban sombreros de ala y otros cuernos al estilo vikingo, la mayoría tenía los largos bigotes que gozaban de popularidad entre la guardia de Macsen. El cuartel estaba abarrotado de invitados y a pesar de la inminencia del invierno y la casi segura certeza del sitio de Craigwen, Finn sacrificó tantas reses y ovejas como fueron necesarias. Los cocineros prepararon tantas galletas de avena como para alimentar a un ejército y abrieron varios barriles de cerveza, corma y costoso vino de importación para los guerreros. A los Combrogi les encantaban los excesos y ésta sería la celebración del velatorio del rey fallecido, de la investidura del nuevo rey, del concilio de guerra y de la festividad de Samhain, el día en que los Combrogi creían que los muertos caminaban entre los vivos de nuevo.

Por primera vez, Dan y Úrsula escucharon el talento de un auténtico bardo. En la festividad de Lughnasadh, las canciones que se cantaron fueron de un nivel mucho más bajo. El trato con el que se dirigían al bardo irlandés del Rey Cadal gozaba de tanto respeto como el honor que se le mostraba a la reina. En cuanto tocó las primeras notas en su arpa peregrina, Úrsula supo el porqué. De alguna manera, la música era como la magia. Con sus hábiles dedos y bajo la influencia de su cautivadora voz, las cosas cambiaban. No sólo dibujaba elaboradas imágenes a través de las palabras y la música, sino que, de hecho, mezclaba los colores de las auras de la habitación que pasaban de una emoción a otra, tejiendo hilos de sentimientos en su audiencia. Quizás sólo él, Kai y Úrsula sabían lo que el bardo hacía, pero todos los demás sentían los efectos. Llenaba de alegría a los que estaban entristecidos y tranquilizaba a los ruidosos: convirtió a Huw en un ser magnánimo y al arisco de Gwyn en un vivaracho. Sabía lo que era Dan y prefirió mantenerse alejado de él, un detalle que Úrsula le agradeció. El bardo intercambió una mirada con Úrsula y le hizo una señal de reconocimiento, y en su honor, hizo una virtuosa demostración de su manejo musical. Jugaba con su público igual de bien que el modo en el tocaba el arpa, pero ellos ni siquiera lo sospechaban. Era fascinante, aunque sin duda alarmante. Úrsula sabía que Kai la estaba observando atentamente pero ella se mantuvo impasible. Estaba completamente segura de que Kai tenía ligeras sospechas acerca de su magia.

Macsen llegó unas cuantas noches después, y como había prometido cuando dejó a Kai y a los demás en el camino, volvía para la festividad de Samhain. Su llegada reconfortaba a Úrsula en cierto

modo. Macsen, pálido por el cansancio, estaba sucio por el polvo del camino y tenía un corte profundo en el brazo que estaba sanando. Él también había pagado el precio del éxito de su misión. Úrsula se retiró de la fiesta de bienvenida, podía sentir el dolor en el aire, un lamento silencioso que hacía que le rechinaran los dientes: alguien estaba sufriendo y deseaba que no fuera Macsen. Entonces vio pasar fugazmente a Rhonwen. Úrsula no quería encontrarse con ella. El manto de la princesa estaba sucio del viaje, pero aún llevaba el magnífico broche de oro con el que se lo sujetaba. Montaba con la misma elegancia de siempre, con una hermosa larga melena negra que le caía por la espalda. Durante los meses siguientes a su desfiguración, había utilizado una máscara de plata para ocultar su rostro cicatrizado. Tras esa lisa superficie unos ojos verdes brillaban peligrosamente. La máscara le cubría todo el rostro, desde el inicio de la línea del cabello hasta la barbilla, y emulaba perfectamente su fría belleza. Era una réplica esculpida de sus facciones, sólo los dos orificios nasales elegantemente arqueados y las dos aberturas inclinadas hacia arriba para los ojos rompían la estética de tan suave superficie. El efecto era tremendamente inquietante. A Úrsula ya no le cabía ninguna duda de que su sueño había sido real. Hasta aquel momento había fingido que pudiera tratarse de falsos rumores, pero ahora sabía que detrás de esa máscara se hallaba la aniquilación de la belleza de Rhonwen, terriblemente desfigurada por las llamas. Ése era el dolor que se sentía en el ambiente, el dolor de Rhonwen que crecía por momentos. Era como si alguien estuviera chillándole en la oreja. Vio que Kai se estremecía y que el bardo palidecía. Parecía como si nada pudiera aplacar tanto sufrimiento, pero afortunadamente Rhonwen decidió suavizarlo como pudo, acallándolo hasta convertirlo en un susurro. Todos los hombres parecían desconcertados al ver aparecer a Rhonwen. Los rumores acerca de las graves lesiones que padecía se habían expandido tan rápido como las llamas que la habían herido. Aquellos hombres eran realistas y sus miras estaban puestas en la supervivencia. Un único pensamiento los mantenía unidos, como Rhonwen ya debería saber. ¿Qué sería de la alianza con Cadal?

Cadal fue a recibirla en persona. Rhonwen había escuchado cómo los hombres hablaban de él en tono desdeñoso, como si se tratara de alguien en quien no se pudiera confiar y que estuviera más interesado en las riquezas que en el honor. Sin embargo, había que decir en su favor que no se estremeció al ver la máscara de plata. Cadal se arrodilló a los pies de Rhonwen y recitó las palabras típicas de la pedida de matrimonio. Todo el castillo esperaba anhelante la contestación, pero la lengua de plata de Rhonwen permaneció en silencio. La princesa sólo se limitó a asentir gentilmente con la cabeza.

Entonces Finn se encargó de llevar a Cadal a un compartimento para proceder a la audiencia privada que tendría con Macsen.

No había ninguna mujer en el castillo que pudiera atender a Rhonwen y la Reina Usca sólo se había traído a una sirvienta. En consecuencia, Kai habló primero con Dan y pidió cortésmente después a Bryn que ayudara a la princesa. No era lo que a Bryn le hubiese gustado hacer, pero tampoco podía negarse a lo que Kai le pedía, ya que actuaba bajo los deseos de Macsen.

Úrsula había olvidado los dolores de cabeza que la habían atormentado desde que había atravesado el Velo y parecía que siempre sobrevenían cuando Rhonwen estaba cerca. Era como si la presencia de la magia de la princesa perturbara sus pensamientos y presionara su cabeza. Con su vuelta, regresaron también los dolores de cabeza. Esas migrañas y el terrible conocimiento del dolor de Rhonwen pusieron a Úrsula de mal humor.

Tampoco ayudaba nada el hecho de que nadie más pareciera darse cuenta, o al menos hablaba de ello. Tanto el bardo como Kai parecían estar tensos y Úrsula se preguntaba si su aparente sensibilidad hacia la magia también implicaba cierta sensibilidad hacia esa terrible proyección de dolor. No se atrevía a preguntar ni tampoco estaba segura de que quisiera que alguien más supiera que pensaba que era capaz de escuchar gritos insonoros. Se pondría en duda que su cordura estuviera del todo bien. Era una de esas otras tantas ocasiones en las que deseaba estar en casa, a salvo con su madre. ¡Estaba tan cansada del dolor y del miedo, de la difícil e implacable naturaleza de la vida combrogi! Tampoco estaba de humor como para ocuparse de Huw cuando se dispuso a dar el paso.

—¡Eh, Cabeza de Jabalí! ¿Estás buscando a tu pequeño piel de oso? Sois muy amiguitos, ¿no? —dijo Huw, que estaba rodeado de su círculo de adláteres, muchos más desde la muerte del rey—. No eres tan imponente sin tu loco domesticado que te defienda, ¿verdad, Cabeza de Jabalí?

Úrsula pensó que quizás intentaba irritarla, pero era tan grande la furia generalizada que sentía que el hecho de que estuviera buscándola no le importaba demasiado. Quizás un buen enfrentamiento podría aclararle la cabeza y si no lo hacía, sabía que al menos sería casi tan positivo callar a Huw por las buenas como

librarse de ese dolor de cabeza. El infalible instinto de lucha de los guerreros alertó a todos los hombres de la tensión que se sentía en el aire. Úrsula supo, entonces, que estaban a punto de hacer sus apuestas.

—¿Quieres probar suerte? —le retó Úrsula alzándose por encima de Huw, a la vez que sentía la fuerza que le transmitía la tierra y que recorría sus venas. Huw sería realmente tonto si probaba suerte, pero los Combrogi carecían de reglas contra el hecho de ser un inepto. Quizás Kai estaba equivocado y Huw era realmente estúpido.

Cabía la posibilidad de que Huw no la hubiera observado con atención últimamente, ya que ahora había hecho una pausa para considerarla un digno oponente, palidecía visiblemente. Era cierto que sólo llevaba unos meses, y no años, de entrenamiento pero el cuerpo fuerte y tonificado al que se enfrentaba Huw no se correspondía con los hechos. Cabeza de Jabalí había resultado ser el guerrero más incompetente que Huw había visto en su vida. Había visto sirvientes con un talento natural mucho mejor. Úrsula soportó calmada la provocación y las demás cosas que Huw había hecho, ya que pensaba que Cabeza de Jabalí era un cobarde. El chaval que ahora miraba a Huw ya no parecía un cobarde y mucho menos un muchacho; era un guerrero que se enfrentaba a su oponente con una expresión tan imperturbable e inquebrantable como una roca. Huw había cometido un error, pero ya era demasiado tarde para retirarse sin caer en desprestigio.

A pesar de que Huw desenvainó la espada, Úrsula no tuvo miedo. Pero si alguien en el colegio la hubiera amenazado con un cuchillo, habría temblado como un flan sin saber qué hacer. Una espada no es más que un enorme cuchillo alargado, tan afilado que sería la envidia de todo carnicero. Úrsula no se sorprendió de no tener miedo ni tampoco de desenfundar la espada con tanta facilidad aceptando el reto. Una parte de ella ansiaba enfrentarse a un hombre, pero la otra estaba aterrorizada por haber aceptado tan espontáneamente un signo de violencia que cualquier otra persona civilizada habría rechazado. Quizás había dejado de ser una persona civilizada, quizás tantos meses de entrenamiento y todo lo que había visto desde que había atravesado el Velo, la habían insensibilizado.

Huw comenzó a bailar a su alrededor cubriéndose y haciendo amagos de ataque. Úrsula lo miraba fríamente, y como no tenía

escudo, tenía una cosa menos de la que preocuparse. Huw estaba tan nervioso que Úrsula podía sentir su miedo, tan intenso como el halo de luz alrededor de su cuerpo. Entonces, recordó la conversación que había mantenido con Kai; le había pedido que no matara a Huw si la retaba a un combate. Intentaría cumplir su palabra pero entonces recapacitó fríamente que lo que había estado aprendiendo en los últimos meses había sido el arte de matar. Resultaba realmente difícil limitar el número de heridas cuando uno blandía una hoja de metal afilada de un metro de longitud. Aquello ya no era un enfrentamiento como el de los entrenamientos, y si Úrsula sólo quería que aquello acabara en la humillación de Huw, debería evitar que su espada lo hiriera. Entonces, ella misma se sorprendió de lo que hizo: cuando Huw se le acercaba moviéndose de un lado al otro, le puso la zancadilla y, en el suelo, mientras intentaba ponerse en pie, le dio un puñetazo en la mandíbula. Había visto hacer ese movimiento en algunas películas antiguas y se sorprendió del efecto que producía. Le dolía la mano del impacto, pero el tiempo de ejecución había sido perfecto: había transmitido toda su fuerza en aquel puñetazo y lo había dejado sin conocimiento.

—Sus maneras no son muy correctas para ser un niño de sangre real. Ha tenido suerte de que no quisiera acabar con él —dijo Úrsula a sabiendas, ya que no existía peor insulto para un guerrero combrogi que el que se refirieran a él con el calificativo de «niño».

La respiración de Úrsula se había calmado aunque aún estaba sorprendida de lo que había hecho. Por su mente había pasado la alternativa premeditada de matar a Huw; había barajado incluso un pensamiento tan atroz como ése. Afortunadamente no fue ése el desenlace, pero sabía que habría sido muy factible haber acabado con él. Eso era lo que había conseguido con tanto esfuerzo: aprender el arte de matar. Aquello la mantendría despierta toda la noche y, por primera vez, comprendió lo que había logrado el entrenamiento de Hane. Ahora ella, al igual que Dan, era una asesina en potencia, algo de lo que nunca podría sentirse orgullosa.

Para su sorpresa, más de uno de los «hombres de Macsen» la felicitó dándole palmadas en la espalda como signo de aprobación, ya que Huw no gozaba de una gran popularidad. Úrsula, entonces, tropezó con la mirada de Kai, que le brindó una sonrisa. Si nombraban rey a Huw, probablemente Úrsula tendría que abandonar Craigwen de inmediato, pero en el caso de que así fuera, no estaría sola.

XVII

Nombramiento de guerrero

La reacción de Dan al conocer el enfrentamiento entre Úrsula y Huw no fue como ella había esperado. Aunque Dan se alegraba de que no hubiera acabado en tragedia, le molestaba no haber estado allí para protegerla.

—Ahora soy una chica fuerte —se quejó Úrsula en un inglés muy resentido.

—¡Shhh! ¡No digas eso! ¿Quieres que te manden a Irlanda con Rhonwen?

El dolor de cabeza de Úrsula no había disminuido y aún podía sentir el dolor de Rhonwen, un dolor leve como un dolor de muelas que puede soportarse, pero no quería pensar en ella.

—Mi sueño era real, como te dije —comentó Úrsula, que había olvidado ya su enfado—. Un fuego mágico quemó su rostro, pero no sé cómo ocurrió. Cuando lo del dragón, parecía un dragón, pero era irreal.

—A mí me pareció bastante real—. Dan no estaba seguro de dónde quería llegar Úrsula. Le incomodaba que hablara de magia y sueños. En un mundo tan extraño como aquél, sólo podía confiar en una Úrsula «normal», por eso continuamente se negaba a pensar que nunca más lo sería.

La llegada de Kai y Gwyn, ambos elegantemente vestidos con sus mejores y más ostentosas galas de batalla, interrumpió la conversación. Se habían lavado el pelo con cal para que sobresaliera de sus cabezas como si estuviera esculpido en mármol. Dan y Úrsula adoptaron automáticamente una mirada de disposición inmediata que

Kai aprobó.

—Los dos habéis aprendido correctamente las lecciones de Hane y es él el que nos aconseja que la tribu os acepte como guerreros. Sois los primeros desconocidos que sobreviven tanto tiempo y que han demostrado ser respetados. Esperamos que brindéis lealtad a Macsen; ahora mismo la Reina Usca está deliberándolo.

Tanto Dan como Úrsula parecían y estaban realmente desconcertados. Llevaban con los Combrogi el tiempo suficiente como para reconocer el porqué de aquel honor y sentirse abrumados por ello. Ser nombrado guerrero allí, gracias a sus esfuerzos, era como recibir un Oscar o un Premio Nobel de la Paz. Los guerreros nacían, se educaban y entrenaban desde la infancia pero no se formaban a partir de desconocidos de quince años. Úrsula habló en primer lugar:

—Kai, por supuesto, ¡es todo un honor para nosotros! Estamos orgullosos de que pienses que somos dignos de tal honor, pero ¿y si es Huw el elegido?

—No os preocupéis. No todos los reyes viven para gobernar. La Reina Usca hará su elección, pero por lo general es el pueblo el que decide. Id a los baños y aseaos. Bryn os traerá los aceites para el cuerpo y unas prendas para la ocasión. Cuando se anuncie el futuro rey, deberéis mostraros desnudos ante él y Rhodri os tatuará con los símbolos sagrados de nuestra tribu. Mi sirviente os vendrá a buscar cuando os estemos esperando.

Úrsula dejó de escuchar a Kai desde el momento en que dijo «desnudos» y se le ruborizó todo el rostro. Aquello sería una pesadilla: tendría que mostrarse desnuda ante cientos de hombres y en vez de aceptarla como guerrero, la rechazarían y la ubicarían en otro lugar apartada de Dan, Kai, Bryn y Braveheart, en un lugar cuyas reglas desconocería y donde no serviría para nada todo lo que había aprendido con tanto esfuerzo. Tragó saliva para evitar que se le saltaran las lágrimas, y aunque Kai pudo ver que las lágrimas inundaban sus ojos, debió pensar que eran de orgullo. Dan, sin embargo, no se atrevió a mirarla hasta que Kai se hubo marchado.

—¡Dios, son unos bárbaros! Matarán a Huw si lo creen conveniente en un abrir y cerrar de ojos. ¿Qué estamos haciendo aquí?

¿Por qué nos alegramos tanto de ser guerreros?

—Dan, ahora mismo no me interesa la ética de Kai. He de mostrarme desnuda ante Macsen, o peor, ante Huw. ¿Qué voy a hacer?

—Oh, entiendo —respondió Dan, pálido—. ¿Y no podrías decir que te da una vergüenza increíble? Funcionó con los baños y, de hecho, nunca has tenido que bañarte con los demás porque saben que nuestras costumbres son distintas a las suyas. ¿Y si dijéramos que desnudarse delante de cientos de guerreros o algo así es el máximo acto de deshonor en nuestra cultura?

Aquello podría funcionar y Úrsula notó que volvía a respirar con normalidad.

—Dan, no quiero ir a Irlanda. ¿Cómo podremos volver a casa si estoy tan lejos de ti? No quiero ser la mujer de nadie, ni tener bebés ni nada de eso. Tengo miedo, Dan.

Dan la miró, no soportaba verla tan preocupada.

—Úrsula, aunque tengas que mostrarte desnuda, has demostrado ser un guerrero. No tienen suficientes hombres por lo que probablemente no te dejarán marchar. No eres un Combrogi, no lo eres—. Úrsula pudo ver en la mente de Dan la posibilidad de que cientos de guerreros alejados de sus mujeres supieran que Úrsula era del sexo opuesto. Ahora fue Dan el que se ruborizó.

—Tendrás que matar a varios de ellos para que te dejen tranquila.

—No creo que Macsen se arriesgue a perder más hombres, así que supongo que me enviará lejos de aquí.

—No te preocupes por eso, nos las apañaremos. Ya pensaré en algo.

Se dirigieron apesadumbrados a los baños mientras el Gran Salón se llenaba de guerreros impacientes por escuchar el fallo de la Reina.

Bryn, que estaba impaciente por contarles que había visto la cara de Rhonwen sin la máscara, se reunió con ellos en honor a la ceremonia. Úrsula acalló sus palabras y le pidió que le dijera qué tenía que hacer con el aceite y le explicara todo lo imprescindible del ritual. Úrsula se bañó muy a su pesar, se untó el aceite por el cuerpo y se vistió ella sola. Hacía tiempo que Bryn había dejado de ofrecerle su ayuda. De repente, se escuchó un gran clamor que procedía del Gran Salón: la Reina Usca había tomado una decisión. La Reina no era nada tonta, había elegido rey a Macsen, por lo que sería ante él ante a quien se tendría que mostrarse desnuda. Sería horrible y terriblemente embarazoso. Deseaba regresar a casa desesperadamente y ni siquiera podía imaginarse la humillación por la que estaba a punto de pasar. No tenía escapatoria. Cuando los fue a buscar el sirviente de Kai, Úrsula hizo de tripas corazón para reunirse con ellos. Sin embargo, tenía pensado ya un plan. Debía sentirse orgullosa por haberse involucrado en un juego de hombres y por haber ganado según los parámetros varoniles: era un guerrero y no dejaría que nadie la hundiera porque había demostrado ser como cualquier otro hombre. ¿Qué más daba que fuera una mujer?

Dan la miró preocupado, Úrsula nunca había parecido ser tan varonil como ahora. Macsen, Huw y los demás se asombraron del cambio: Úrsula lucía un rostro tan frío como el granito y un cabello rubio limpio y apartado de la cara, de modo que nada obstaculizara sus definidos rasgos faciales. Se había transformado en un apuesto hombre, con unos pómulos elevados, una mandíbula firme y unos penetrantes ojos verdes. Se le habían fortalecido los músculos de un modo impensable durante los meses que habían estado con los Combrogi. ¿Cabría la posibilidad de que siempre hubiera tenido esos músculos? ¿Habrían estado ocultos bajo una capa de grasa? No parecía que aquello fuera posible, aunque los dos habían sufrido algunos cambios en aquel mundo.

Úrsula y Dan caminaron el uno al lado del otro hasta llegar al fondo del Gran Salón, donde ahora Macsen y la Reina Usca ocupaban el diván. Rhonwen, Cadal, Kai, Rhodri y Hane estaban arrodillados muy próximos a ellos, y enfrente, el resto de los Combrogi estaban sentados en la típica posición del loto. Dan y Úrsula se sentían y parecían realmente interesantes al caminar erguidos ante aquella masa de personas sentadas en el suelo. Toda la sala tenía los ojos puestos en ellos, eran los desconocidos que eran capaces de luchar como los guerreros Combrogi: Cabeza de Jabalí y El Piel de Oso. Bryn había intentado por todos los medios contener a Braveheart, pero no tuvo

fuerzas suficientes, por lo que las carcajadas inundaron la sala al ver al gigantesco perro irrumpir libremente en el salón para colocarse entre los desconocidos. La lealtad del perro combrogi del fallecido Madoc sólo realzaba el estatus de los nuevos guerreros. Todo el mundo estaba de acuerdo en que esta vez la elección de Rhonwen había sido la correcta, y si eran únicamente dos, eso era mejor que nada. Habían demostrado que podían sobrevivir en territorio combrogi y que incluso podían mejorar, si bien habían accedido a someterse a las normas de las tribus.

El recorrido hasta Macsen entre ese mar de personas parecía interminable, hasta que Kai les pidió que se arrodillaran.

Macsen impresionaba con tan majestuosas prendas, incluso las elaboradas volutas resplandecían en su peto de piel, e incluso allí sentado, a Dan le parecía imponente.

—Bienvenidos seáis El Piel de Oso y Cabeza de Jabalí —dijo Macsen casi entre susurros y con unos ojos que transmitían mucha tranquilidad, para dirigirse después muy diplomáticamente a los congregados: —Es todo un honor para mí que el primer evento oficial como rey sea proceder al juramento de estos dos desconocidos que tan bien han servido a los Combrogi desde que la Princesa Rhonwen los invocara a través del Velo del Guerrero. Permitámosles ahora que muestren su disposición para servir como guerreros, con la vestimenta tradicional del guerrero.

Un nuevo clamor resonó en la sala, ya que tiempo atrás solo los tatuajes cubrían los cuerpos desnudos de todas las tribus en el campo de batalla, aunque se podía decir que aquella costumbre casi había desaparecido, porque los tatuajes no servían de mucho a la hora de luchar contra unos legionarios cuervos armados con armas y armaduras. Dos sirvientes ayudaron a Úrsula y a Dan a desvestirse. Era bastante incómodo, incluso para Dan, que se sentía como si le estuvieran exponiendo en una vitrina: en cueros ante tanta gente tan bien vestida. Dan se sentía muy cohibido, muy lejos de ser un guerrero, mientras que Úrsula se quedó inmóvil como una roca. Estaba mucho más inmersa en sí misma de lo que Dan lo estaba cuando se encontraba en medio de su fase de piel de oso. Dan le lanzó una mirada de preocupación pero ella no le correspondió, y en el momento de la verdad, Dan se puso tenso. Ninguno de los dos intentó salir de aquella ceremonia y, llegado el momento, ya nada se podía

hacer. Dan aguardó y contuvo la respiración anticipándose al grito de sorpresa de Macsen, pero no fue así.

Cuando Rhodri se adelantó para pintar en los musculosos antebrazos de Úrsula la retorcida serpiente de la tribu, Dan la miró con cierta incredulidad. La persona que se encontraba a su lado era mucho más varonil que él mismo, si no era más hombre que él. Dan no sabía qué pensar. La frialdad y la impasibilidad se mostraban en el rostro de Úrsula, dando la impresión de estar ausente.

—¡Alto! —ordenó Rhonwen —ése no es un hombre.

—¡A mí me lo parece! —respondió la Reina Usca riéndose entre dientes.

Macsen miró desconcertado a Rhonwen, mientras que Úrsula miraba fríamente a Rhonwen.

—¿Qué quieres decir? Kai, temo que mi hermana no se encuentra bien —dijo Macsen en voz baja.

—¡Es una ilusión! —gritó Rhonwen histérica mientras señalaba con el dedo tembloroso a Úrsula—. ¡Ésa persona de ahí no es un hombre!

Los hombres que habían entrenado con Úrsula se rieron de Rhonwen. El sirviente giró a Úrsula para mostrarla a los guerreros congregados y que juzgaran por ellos mismos. Hubo un pataleo general y golpes de lanzas para corroborar la masculinidad de Cabeza de Jabalí. Varios hombres hicieron ciertos comentarios vulgares sobre la experiencia de Rhonwen con los hombres, pero Macsen los acalló con una mirada amenazadora.

Rhonwen se levantó y, con unos ojos verdes que brillaban detrás de esa máscara impasible, dijo:

—Soy una sacerdotisa de la nueva magia y no me equivoco cuando digo que se trata de una ilusión—. Si la princesa intentaba demostrarlo, no estaba surtiendo ningún efecto.

Úrsula mantenía la apariencia muscular masculina, sin dejarse intimidar por la acusación de Rhonwen. ¿Sería consciente de ello? No parecía haber en ella en ningún aspecto extraño y Dan no sabía qué hacer. ¿Había sido Úrsula un chico incluso en el colegio? Reflexionó, pero estaba seguro de que era una chica en su mundo, pero ¿y aquí? Aquí no estaba seguro de nada, y de hecho, recordó la confusión que le había sobrevenido al descubrir la barbeja que Úrsula tenía en la cara cuando la besó.

La sala estaba confusa, y aunque por respeto a Macsen las risas no eran excesivas, aún resonaban algunos golpes de lanzas y algunos chistes entre los guerreros. El corma iba y venía y los guerreros tenían ganas de fiesta. Los Combrogi mostraban respeto por sus tradiciones, pero la acusación de Rhonwen era demasiado injuriosa como para tomarla en serio. Kai masculló a Rhonwen que se sentara, y el bardo, que estaba sentado cerca de ellos, se puso las manos en las orejas mientras hacía muecas horribles. Kai parecía estar incómodo y Rhonwen parecía decidida a demostrar lo que no debería ser revelado, así que alzó los brazos como si fuera a invocar su poderosa magia pero, de repente, se giró y salió corriendo de la sala.

El silencio se abatió entre los congregados y Macsen tomó el control de la situación.

—Estamos aquí reunidos para ratificar el juramento de Úrsula Alavna ab Helen, conocido como Cabeza de Jabalí, y de Daniel Alavna ab George, El Piel de Oso. ¿Los aceptáis como guerreros de nuestro pueblo?

Hubo un rotundo clamor de aceptación, pero ahora, una vez más, Úrsula y Dan estaban obligados a una batalla que no era la suya.

XVIII

La joven guerrera

Dan se armó de valor para no afligirse cuando Macsen ordenó la realización de los tatuajes en la piel desnuda de los nuevos guerreros. No quería ni imaginar lo que su padre diría al ver la decoración estética corporal combrogi cuando regresara a casa. Por el ángulo externo del ojo vio a Rhodri, el artista tribal, que comprobaba que la cabeza de una endiablada aguja estuviera lista para realizar su trabajo. Se adelantó para comenzar a tatuar el antebrazo de Cabeza de Jabalí, y cuando su mano lo rozó, Úrsula gritó y se cayó hacia atrás soltando maldiciones por su boca.

—¡Por Lugh! ¡Su cuerpo arde en llamas! —gritó Rhodri asustado, y cuando alzó la mano para mostrársela a Macsen, tenía las yemas de los dedos llenas de verdugones, los dedos completamente quemados.

Olía a carne chamuscada pero Úrsula no parecía haberse dado cuenta, aún permanecía inmóvil e inexpresiva como una piedra. Dan, que seguía a su lado, percibió entonces el calor que emanaba del cuerpo de Úrsula. ¿Y ahora qué pasaba?

—¡No lo toquéis! —dijo el bardo mientras se colocaba al lado de Macsen—. Escuché por ahí que esto sucedería; es una especie de fiebre y quemará a todo aquel que se acerque a él. Llevadle donde haga frío, es lo único que se puede hacer.

El bardo habló en voz baja para no cundiera el pánico en el Salón. Sólo unos pocos seguían prestando atención al ritual, ya que no se trataba de un espectáculo sino del largo y lento trabajo de un artífice. La mayoría de los hombres estaban ya ocupados con la bebida, mientras que el Rey Cadal y la Reina Usca estaban inmersos en una distendida conversación, por lo que Macsen hizo una breve señal de aquiescencia.

—En mi habitación hay más luz, Rhodri. Acabaremos allí el trabajo —dijo Macsen con voz alta y clara. La sala respondió con algunos silbidos ante un acto tan poco habitual, pero todos los congregados se lo tomaron a bien.

Sin embargo, el problema ahora era sacar a Cabeza de Jabalí de allí, puesto que Úrsula era incapaz de reaccionar.

—¡Úrsula! —gritó Dan, pero nada, ni siquiera un parpadeo indicó que lo hubiera escuchado.

—Monta un espectáculo para vestirte e intenta que pasemos inadvertidos —murmuró Kai a Dan, a quien le había entregado sigilosamente sus prendas. Entonces, Kai desenvainó su espada y a Dan le dio tal brinco el corazón que ya tenía la mano en la empuñadura de Brillante Asesina—. ¡Tranquilo, Piel de Oso! No quiero hacerle daño, pero tampoco soy tan estúpido como para tocarlo con mis propias manos.

Kai golpeó ligeramente a Úrsula con la hoja de la espada pero el calor que se transmitía a través del arma le sorprendió, y entre maldiciones, envolvió la empuñadura en el manto de Cabeza de Jabalí. Úrsula respondió moviéndose hacia delante, pero por desgracia y para que una posible defensa fuera más eficaz, sólo había una entrada para acceder al Gran Salón, y estaba justo al otro lado. Macsen y el bardo se pusieron de acuerdo para ponerse en marcha: Macsen siguió al bardo, que había cogido su pequeña arpa de la espalda y había comenzado a cantar una balada popular dedicada a un heroico antepasado de la familia de Macsen. Kai intentó que Cabeza de Jabalí les siguiera, y aunque consiguió que caminara a regañadientes, tenía la misma mirada perdida que la de los sonámbulos. Braveheart, Bryn y Rhodri completaban la procesión. Mientras, Dan realizaba un número muy complicado para vestirse en un intento desesperado por encubrir las intenciones de Kai y evitar el desconcierto entre los congregados. Se sentía ridículo pero al menos les ayudó a sacarles del abarrotado Salón. Nunca antes el gélido silencio del patio había sido tan bien recibido, y allí, en la oscuridad, un fuego incandescente resplandecía alrededor de Úrsula. Al salir, Dan se puso a temblar, probablemente por el impacto.

—Bardo, Kai, ¿qué está pasando? —preguntó desconcertado Macsen—. ¿Qué le ha llevado a mi hermana a actuar así? ¿Qué le

ocurre a Cabeza de Jabalí? Necesito que Rhonwen consolide la alianza con Cadal. No tengo tiempo para algo así, ¡sea lo que sea!

—Ha habido un enfrentamiento —respondió el bardo con su suave voz— este joven guerrero es en verdad una muchacha y una poderosa hechicera, más poderosa incluso que Rhonwen. La Princesa intentó revelar la ilusión pero no lo logró porque en realidad no lo es, estamos ante la conversión de esta mujer en un hombre. Sólo ella podrá deshacer lo que ha hecho, una sorprendente y poderosa proeza. Rhonwen intentó entrar en la mente de este ser, al que hicisteis bien en llamar Cabeza de Jabalí, y ahora que lo único que le queda es la magia, no puede soportar que una niña, una desconocida, sea más fuerte que ella—. El bardo hizo una pausa y Kai asintió con la cabeza para corroborar lo que había dicho.

—El bardo dice la verdad y creo que tiene razón. Yo no lo habría dicho mejor. A veces… siento la magia. Lo que vemos aquí no es ninguna ilusión: Cabeza de Jabalí es un hombre, pero no por naturaleza sino por voluntad propia.

—Era una chica en mi mundo —confirmó Dan— Kai, Úrsula te imitó. Intentó parecerse a ti para que no la enviaran con las demás mujeres. Tenía miedo y no quería ser ni la mujer ni la madre de nadie.

—Creo que me sobreestima —respondió Kai sonriendo mientras miraba el cuerpo escultural y medio desnudo de Úrsula.

Macsen parecía pensativo, no daba muestra alguna de sorpresa y finalmente habló:

—Si la joven tiene el don de hacer que las cosas cambien realmente, no sólo que lo parezca, nos servirá mucho más como hechicera de lo que nos serviría como guerrero. Se trata de un poder muy difícil de controlar como Rhonwen puede confirmaros. ¿Y la calentura? ¿También se debe a la magia? Haced todo lo que podáis por esta joven guerrera, yo he de volver al Salón. Estamos en un punto importantísimo para nuestros planes: he de convencer a los líderes de las distintas tribus de que nuestra única esperanza es unir nuestras fuerzas contra los Cuervos. ¿Hay noticias de Lud de los Brigantes? —Macsen suspiró cuando Kai negó con la cabeza en respuesta y prosiguió— necesitamos a la tribu de los Brigantes, son los que más

guerreros poseen y los que mejor conocen el método de lucha de los Cuervos.

—Deberían unirse, a menudo han luchado por sus propios intereses —respondió Kai muy tajante.

Macsen echó una mirada de advertencia y se dirigió al Salón. Mientras, la joven guerrera permanecía allí, desnuda e inmóvil donde Kai la había dejado. Dan estaba tiritando. Hacía frío y debía ser noviembre, aunque los Combrogi no lo llamaban así. La bruma que envolvía Craigwen en esa época del año la hacía parecer más fría aún. Afortunadamente, el resplandor incandescente alrededor del cuerpo de Úrsula comenzaba a perder intensidad.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Dan.

—¿Lo dices por la calentura? —respondió el bardo fuera de sí—. Ah, no es nada. Superó su propia magia, eso es todo. Transformó su naturaleza y resistió el intento de Rhonwen de coaccionarla. A veces los druidas lo experimentan, pero tranquilo, que no le está causando ningún mal. Lo que a mí me preocupa es el impacto, el que no sepa dónde está y que no haya hablado.

—¿Podemos llevarle…em, llevarla dentro? —dijo Kai preocupado, tras haberle puesto el manto por encima cuando el resplandor incandescente desapareció alrededor de su piel—. No podemos permitir que muera por congelación, y esta noche será muy fría —explicaba sin dirigirse a nadie en particular. El bardo ratificó sus palabras y Kai dirigió a Úrsula, aún sin ganas de cooperar, hasta la cámara de Macsen.

Dan quería cogerla y zarandearla, intentar al menos que regresara de allá donde estuviera. Úrsula lo había sacado de su locura y él debía encontrar el modo de hacer lo mismo por ella. No podía perderla como había perdido a su madre, por quien no pudo hacer nada porque era muy pequeño. Tampoco podía proteger ya a Lizzie, pero ahora tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos por salvar a Úrsula. Pobre Úrsula, sabía que estaba perdida y desconocía lo que había hecho.

Dan se desplomó sobre un camastro colmado de pieles, la cama

de Macsen.

—¿Sabes de alguien que haya sufrido un impacto así? —preguntó Dan.

—Sucedió algo parecido una o dos veces con otros desconocidos después de tomar la Copa de la Pertenencia —dijo Kai muy alterado—. Eran incapaces de aceptar que estaban en un lugar al que no pertenecían, por lo que reaccionaban así y por lo general morían a las pocas noches. Como no comían ni bebían nada, no podíamos hacer nada por ellos. No me gustaría que Cabeza de Jabalí pasara por lo mismo.

El bardo se había vuelto a colocar el arpa en la espalda nada más salir del Salón, la llevaba colgada como los demás llevaban sus escudos. Entonces, mientras la desataba, dijo:

—Quizás pueda llegar hasta ella. Tengo mi propia magia, y ella ya la reconoció antes.

Así, comenzó a tocar. A Dan le resultaba ligeramente familiar el tono de la canción, y a pesar de que era incapaz de identificarlo, logró aliviarle la tensión que tenía en el cuello, en los hombros y en todo su cuerpo. Entonces, sintió cómo la música le llegaba hasta el corazón, incitándole a llorar. Sería incapaz de arreglárselas en ese mundo sin Úrsula, ella era el tornillo de su locura. Atravesó la pequeña habitación hasta donde estaba Úrsula y comenzó a susurrarle al oído mientras le sujetaba la férrea mano.

—Tranquila, Úrsula, todo saldrá bien. Vuelve, por favor, te necesito aquí conmigo. Recuerda que hiciste un juramento, que lucharías por mí y que me llevarías a casa. Una promesa en este mundo, te une a él, tú me lo dijiste—. Dan sintió un espasmo en la mano de Úrsula. Mientras, la música continuaba con su ritmo hipnótico, moviéndose por todas partes con la misma complejidad de un dibujo celta, un dibujo esculpido con notas musicales, un mandala que forzaba que sus pensamientos se adaptaran a ese diseño y que le conducía a ese otro lugar al que no quería ir. Le estaba llevando hasta ese frío rincón y no podía frenar la caída—. ¡Úrsula!

—¡Dan! —gritó Úrsula mientras le cogía por los hombros con sus

fuertes manos y lo zarandeaba—. ¡Ni se te ocurra convertirte en un piel de oso!

Dan casi lloró por haber vuelto en sí, Úrsula lo conocía bien. Y ella ya estaba perfectamente bien también. La música ya había cesado cuando Dan se sacudió sin ayuda de nadie. Kai miraba a Úrsula dando claras muestras de su alivio y le preguntó:

—¿Estás bien, Cabeza de Jabalí?

—Sí, aunque antes no lo estaba. Ha sido horrible —respondió Úrsula asustada—. Estaba en ese frío y oscuro lugar pero como Dan se estaba convirtiendo en un piel de oso, me llamó—. Úrsula hizo una pausa, temblando entre suspiros, y prosiguió—. Tiempo atrás le prometí que lucharía por él, que le ayudaría a luchar contra la locura cuando se apoderara de él sin que él quisiera. Entonces, cuando recordé la promesa, la oscuridad desapareció y yo regresé, de vuelta a aquí. Creo que estoy bien, aunque tengo frío.

Rhodri le ofreció un cuerno de corma caliente para que lo bebiera, y por primera vez, Úrsula agradeció ese dulzor, como también agradeció el calor de la cama. Kai, calmado, habló con el bardo, Rhodri y Bryn de que ninguno contaría a nadie nada de lo que le había ocurrido a Cabeza de Jabalí. Ninguno dijo nada, nadie rebatió las palabras de Kai, y todos se alejaron.

—Úrsula, lo saben —dijo Dan, sobrecogido y aliviado al ver que había dejado de ser una estatua, al sentarse a su lado.

—¿Qué saben?

—Que te transformaste en un hombre.

—Ah, eso —respondió Úrsula muy tranquila como si aquel hallazgo no la hubiera llevado a un estado casi catatónico—. Sufrí una especie de shock —dijo con una leve sonrisa— no tenía ni idea de que pudiera hacer algo así, y lo que es peor, ni siquiera sabía que lo había hecho. Rhonwen intentó descubrirme pero le fue imposible, así que supongo que no le haría mucha gracia. Por cierto, ¿dónde está? Se me ha ido el dolor de cabeza, ¿es que se ha ido?

—Se fue corriendo, pero Úrsula, ¿podrías convertirte de nuevo en una niña? —le preguntó Dan preocupado.

—¿Por qué? —respondió Úrsula desanimada.

—Bueno, me gustaría… —continuó Dan algo desconcertado.

—Me gustaría darme un baño y relajarme un minuto. ¿Lo sabe Macsen? —a lo que Dan respondió afirmando con la cabeza—. ¿Y no va a mandarme a Irlanda?

—Si eres más fuerte que Rhonwen, el Rey no te apartará de él. Su familia ha pagado caro el poder de la nueva magia y quiere participar en su uso, por lo que encontrará el modo de recurrir a ti y a tu magia —intervino Kai interrumpiendo la conversación.

Úrsula aceptó cansada las palabras de Kai con un asentimiento de cabeza, aunque Dan estaba seguro de que no sabía de lo que Kai estaba hablando. Úrsula, convertida en un Adonis, se levantó y caminó arrastrando los pies. Se envolvió con toda naturalidad en las prendas que le habían ofrecido para el ritual y se dirigió, sola, a los baños.

—¿Qué quisiste decir con eso de que «había pagado caro el poder de la nueva magia»? —preguntó Dan.

—Piel de Oso —dijo entre suspiros Kai— no estoy acostumbrado a las mujeres que se transforman en hombres y que casi mueren en el intento. Voy a sentarme aquí tranquilamente con mi copa porque a menudo suceden cosas extrañas en Samhain, pero hacía tiempo que no veía algo así—. Kai notó la preocupación en el rostro de Dan y añadió — no te preocupes. No creo que lo que le ocurrió a Lovernios, el hermano de Macsen, tenga algo que ver con Úrsula, pero pregúntale al bardo. Yo sólo sé que cuando los Cuervos mataron a la mayoría de los druidas, hubo un intento de realizar el ritual más poderoso imaginable. Lovernios era uno de los implicados, pero Macsen se negará a hablarte de eso.

Úrsula regresó en ese momento y ambos la miraron en silencio:

parecía una persona completamente diferente cuando abandonó los baños.

—¿Qué? —preguntó avergonzada al ver que la miraban con tanta atención. Casi había desaparecido toda su magnífica musculatura aunque aún parecía muy corpulenta para ser una mujer. Las facciones angulosas de su rostro continuaban siendo muy pronunciadas y seguía teniendo la misma mandíbula y los mismos pómulos; sin embargo, su rostro se había suavizado, parecía distinta, parecía más guapa. El cuerpo que escondía la blanca túnica del ritual era claramente el de una mujer. Ahora eran Kai y Dan a los que les podía la vergüenza.

—Debería traerte algo más de ropa, Úrsula —dijo Kai mientras se levantaba resultándole algo incómodo pronunciar el nombre de «Úrsula» habiéndola llamado siempre Cabeza de Jabalí.

—Kai, sigo siendo Cabeza de Jabalí, ahora puedo volver a convertirme en un hombre, si me resulta más conveniente. Sé lo que hice para que funcionara, simplemente lo deseé. Necesitaba desesperadamente ser fuerte y convertirme en un auténtico guerrero, puedo volver a desearlo si es lo que quieres. Ahora puedo desear miles de cosas.

Úrsula cerró los ojos y se transformó en una excepcional y hermosa muchacha pelirroja ante los ojos de Dan y Kai, con una larga melena que le caía hasta los hombros. La cara seguía siendo la de Úrsula, aunque más rellenita, y la expresión de sus verdes ojos era maléfica. Dan estaba asombrado, pero Kai parecía realmente incómodo. Sin embargo, cuando Dan recuperó la serenidad, un pensamiento le vino repentinamente a la mente.

—Úrsula, ¿tú no tenías los ojos azules?

—Así es, y aún los son.

Dan se dio cuenta mientras miraba los ojos verdes esmeraldinos de Úrsula, del mismo extraño color que los de Rhonwen, que no merecía la pena discutir con ella.

XIX

El bardo en las almenas

Dan fue a buscar al bardo para agradecerle toda su ayuda por rescatar a Úrsula. Tenía sus ligeras sospechas de que lo había manipulado muy hábilmente para que se transformara en un piel de oso. El bardo se había dado cuenta de que, de algún modo, Úrsula respondería a la llamada de auxilio de Dan aunque no respondiera a la suya misma. Era realmente extraño. El rostro de Úrsula decía tan poco que a veces Dan incluso dudaba si alguna vez le había caído bien, pero era la lealtad que con tanta fuerza ella le había profesado lo que había bastado para salvarla.

Dan necesitaba apartarse de Úrsula, cada una de sus transformaciones le desconcertaba cada vez más: probaba diversas apariencias femeninas que a Kai parecían divertirle. Parecía ser incapaz de hacerse físicamente más pequeña pero sabía a la perfección cómo cambiar radicalmente de forma. A Dan le resultaba verdaderamente difícil reconocer a su colega Úrsula tras los tan variados disfraces de mujer con los que la estaba viendo, y tampoco le gustaban las sensaciones que aquellas visiones despertaban en él.

Dan no quería sentir esas cosas por Úrsula, aunque quizás sí que lo quería. Estaba confundido, pues se había acostumbrado a confiar en Cabeza de Jabalí, su pareja de entrenamiento, su amigo. La verdad es que no se había preocupado mucho por el sexo de Cabeza de Jabalí, no le había importado demasiado, pero ahora, al ver que sí que importaba, estaba realmente desconcertado.

Mientras, en el Salón, Macsen escuchaba los juramentos de alianza de los líderes de las diferentes tribus. Los cuernos, llenos de bebida, aún circulaban entre los congregados pero se observaba que la diversión se había suavizado considerablemente. Detrás de Macsen, Gwyn y Prys actuaban como sus guardaespaldas, mientras que al otro lado de la sala, el bardo tocaba el arpa en soledad. Rhonwen, sin embargo, seguía sin dar señales de vida, a pesar de que Cadal

continuaba sentado al lado de la Reina Usca en el diván de Macsen. A medida que Dan se abría camino para llegar hasta donde estaba el bardo, varios guerreros le saludaron y le dieron la bienvenida.

—Eres El Piel de Oso, ¿verdad? Me han dicho que eres un magnífico guerrero. Uno de estos días tendrás que enfrentarte aquí contra mi campeón —decía uno de los guerreros.

—Piel de Oso, acércate y bebe con nosotros. Ahora que eres un guerrero, tendrás que aprender a beber como tal —decía otro de ellos.

—Ah, nuestro manso demente. Bien hecho, Piel de Oso. ¡Nos alegra tenerte entre nosotros!

—¿Cómo? ¿Aún no te han tatuado? ¿En qué estará pensando el imbécil de Rhodri? Te has ganado esos tatuajes, así que asegúrate de que te los haga. Las antiguas usanzas aún tienen algo de valor.

A Dan le reconfortó tan cálida bienvenida: los entrecanos guerreros más antiguos lo recibían como si fuera el excelente sobrino que jamás tuvieron. Rhodri y Caradoc se sentían muy contentos por el nuevo estatus de Dan, como si realmente fuera su propio hermano. Todos estaban orgullosos de él, era una sensación increíble. Por fin, tras muchas y cálidas palmadas en la espalda y apretones en el brazo, Dan logró llegar hasta el bardo, aunque se sentía bastante abrumado. Hacía tiempo que su familia, bueno, su padre, no lo elogiaba tanto, y si no fuera por el atormentado sentimiento que tenía cuando pensaba en su hermana Lizzie, que estaría añorando a su hermano y a quien él había abandonado, le habría encantado quedarse con estos bárbaros que estaban acostumbrados a una vida difícil. Los Combrogi sabían que la muerte les estaba esperando, que no andaba lejos, podía estar detrás del toque de una espada. Por eso vivían cada segundo de sus vidas al máximo y las emociones no eran para nada superficiales: actuaban según ellas.

El bardo alzó la mirada y le miró con expectación.

—Vine para darte las gracias por haberme devuelto a Úrsula. Estoy en deuda contigo, ¿serviría mi espada para saldarla? —dijo Dan siguiendo el modo en el que se decían allí las cosas, pero el bardo le respondió haciendo un gesto de amonestación con la mano.

—Ya has hecho demasiados juramentos, Daniel. No es bueno que tan sólo puedas ser libre cuando la locura se apodera de ti, de modo que no quiero ningún juramento tuyo. Ya te has sometido al único juramento importante para los Combrogi. Yo no soy como Úrsula, yo tan sólo puedo realizar sencillos trucos de magia y sólo puedo ver aquello que veo. Existe un vínculo muy grande entre vosotros. Los dos juntos seríais capaces de salvarnos, ya que entre los dos tenéis algo, algo que quizás pueda salvarnos, pero siempre y cuando esteis juntos. Úrsula ha sabido dominar la magia de su propio cuerpo, algo que ni siquiera pueden conseguir los druidas. Ha llegado el momento de que intente cambiar el mundo —respondió el bardo.

Dan ya había empezado a confiar en sus instintos y ahora le decían que confiara en el bardo, a pesar de que no tuviera ni idea de lo que le estaba hablando.

—Me gustaría saber algo más…de esa magia. ¿Puede hacerle algún daño a Úrsula? Kai dijo que esa magia ya había costado caro. También dijo algo del hermano de Macsen, Lovernios, ¿puede ser?

—No me gusta hablar de los druidas fallecidos en una noche como ésta —dijo el bardo, cuyos ojos se oscurecieron al escuchar aquel nombre. Ahora debo irme, he de cantar para la Reina Usca. Nos encontraremos en las almenas cuando haya acabado.

Dan confirmó el encuentro con un gesto de la cabeza, a pesar de que algo en el tono de las palabras del bardo le asustó. ¿En verdad los muertos caminaban entre los vivos en Samhain?— Allí no veremos…— respondió Dan haciendo una pausa. En un mundo en el que los nombres eran tan importantes, le resultaba poco cortés dirigirse hacia él meramente como «bardo»—. Perdona, pero no sé tu nombre.

—Me llaman Taliesin. Hablamos luego.

El bardo continuó su tarea y Dan supo que debía retirarse. Aquel nombre le recordaba a algo, pero quizás había escuchado a Kai o a alguno de los otros hablar de él.

Hacía frío en las almenas y todo parecía muy misterioso. Dan

había preferido alejarse de la zona de la fortaleza que daba al mar. Las grandes olas de un mar otoñal rompían con fuerza contra las rocas de Craigwen, y en la oscuridad, las crestas blancas de las olas creaban figuras fantasmales en la penumbra de la noche. Dan deseó entonces que no fuera la noche de Samhain.

—¿Daniel?

—Estoy aquí, en la muralla.

—Hay una gran presencia de sombras esta noche.

—¿Puedes verlas?

—Claro, ¿tú no? —Dan lo negó la cabeza, dando gracias por no poder compartir lo que él veía.

—Querías saber algo sobre el Príncipe druida Lovernios, el hermano de Macsen, ¿no es así?

—Sí. No, bueno, no sé. Sólo quería saber algo más sobre la magia. ¿Puede causarle algún daño a Úrsula?

—Amigo mío, todo el mundo está en peligro, ésa es la condición humana —dijo Taliesin, que hizo una pausa como si pretendiera reunir todas sus fuerzas—. Son pocos los que conocen lo que le ocurrió a Lovernios porque es un secreto que no queremos que sepan los Cuervos, ya que es nuestra única esperanza para la victoria de la última batalla. Sólo el tiempo nos dirá si estamos en lo cierto. ¿Qué sabes de los druidas?

—Eran magos y sacerdotes, ¿no?

—Estás casi en lo cierto —respondió Taliesin mientras abría uno de sus brazos para abarcar toda la escena: las almenas al cielo abierto y la espectacular panorámica de un mar embravecido—. Todo el mundo sabe que esto, que todo esto, es sólo un mundo entre otros muchos. Los mundos se interconectan en algunos lugares y los muros que los separan son muy delgados. El mundo de los vivos y el de los

muertos se entrelazan esta noche, como podrías observar si creyeras un poco en estas cosas. Los druidas hallaron algunos caminos entre esos mundos, de hecho, Rhonwen habla de la existencia de un velo entre los mundos. Sin embargo, los druidas hablaban de puentes. El mundo de los dioses y de los espíritus de los árboles y de los lagos de estas tierras atraviesa y recorre este mundo y, aquellos que aprendieron cómo hacerlo pueden atravesar los puentes que existen entre esos dos mundos. Todos los puentes que conocían los druidas eran puentes de peaje, es decir, que se podían atravesar sólo si se pagaba. Los druidas pagaban con sangre, aunque raramente era la suya, y con otras cosas, como con oro en algunas ocasiones. En las arboledas sagradas había puentes así y, si se pagaba el peaje correctamente, se podía atravesar el puente o permitir que los espíritus lo atravesaran, llegaran hasta este mundo y actuaran según la voluntad del druida.

Afortunadamente, la noche era tan cerrada que el bardo no podía ver que el rostro de Dan expresaba una total incomprensión hacia todo lo que estaba escuchando.

—Claro que si el pago era un sacrificio, debía de celebrarse correctamente. Sólo hay setecientas incisiones sagradas, que varían de acuerdo con la edad y el sexo de la víctima —continuó el bardo.

—¿Es que los druidas sacrificaban personas? —preguntó horrorizado Dan, atento a todo lo que el bardo decía.

—Por supuesto —respondió el bardo extrañado ante la sorpresa de Dan —la sangre es el incentivo principal de la magia de los druidas. A los Cuervos les desagradaba el poder que ejercían los druidas, ya que sus palabras eran la ley, y Macsen no habría tenido tantos problemas para crear una alianza entre las tribus si hubiera tenido consigo druidas suficientes. Incluso los guerreros obedecían la palabra del druida puesto que tenía poder tanto en el mundo de los muertos como en el de los vivos.

Dan se dio cuenta de que tenía la boca seca mientras reflexionaba sobre el hecho de que los Combrogi practicaran sacrificios humanos. No estaba seguro de si quería saber más acerca de todo aquello, ya que estaba temblando y no sólo por el frío precisamente, pero aun así, preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con Macsen y con su hermano?

—Los Cuervos destruyeron todos los lugares sagrados, Mona an Llyn Cerrig Bach y las arboledas sagradas, y mataron en masa a los druidas. Se llevaron todo el oro y en unos meses acabaron con siglos y siglos de sabiduría. No conozco gran cosa de los misterios de los druidas, pero sé que el hermano del Príncipe Macsen, el Príncipe druida, era la última esperanza.

—¿Qué quieres decir?

—Debes saber que los motivos que trajeron a los Cuervos hasta aquí fueron el afán de conquista y las riquezas. Si no nos oponíamos y pagábamos los tributos que nos exigían, no nos harían daño, pero como temían a los druidas porque gozaban de poder y riquezas, buscaron y compraron aliados donde pudieron. Nuestros amigos los Brigantes han servido al rey durante años, de modo que los Cuervos combatieron contra aquellos a los que no pudieron comprar: los Silures y Ordovicos. La Reina Boudicca de la tribu de los Icenos y los Trinovantes casi los derrotaron, pero entonces, tras saquear nuestro lugar más sagrado, Mona, los Cuervos mataron a ochenta mil personas, entre los que había hombres, mujeres y niños, en un lugar al que ellos llaman Mancetter. Además, las cosechas fueron escasas, porque sólo algunas se salvaron y fue poco lo que se cosechó, por lo que muchos de los nuestros murieron de inanición. En verdad que fueron tiempos de penuria y desesperación. Macsen era demasiado joven como para combatir y tuvo la suerte de mantenerse apartado de tanto sufrimiento, pero el recuerdo aún vive en su memoria. En verdad, todos lo recordamos: aquellos que huyeron a Irlanda, los pocos druidas que aún viven pero son demasiado viejos para hacer algo… Lovernios se ocultó en Irlanda, pero a medida que la situación se complicaba, ideó un plan para salvarnos. Yo no debí haberme involucrado, pero era joven, demasiado joven para ser un druida y para desatender las reglas de los rituales. Así, ayudé al Príncipe Lovernios para que llegara hasta esta isla. Muchas personas, cuyos nombres no puedo desvelar, murieron en el intento para que consiguiéramos llegar hasta Lindow —continuó con la voz quebrada por la emoción—. Los Cuervos se estaban dedicando a matar a cualquiera que perteneciera a las tribus insurrectas, ya fueran guerreros, chavales o todo aquel que pudiera haber tocado la mano de un druida. Mientras, nosotros elegimos un lugar sagrado, apenas conocido, lo más alejado posible del territorio ocupado pero lo suficientemente próximo a los antiguos caminos. Tenía que ser

Beltaine, un día de poder sagrado, y habíamos preparado pasteles de agallas de roble, de los cuales sólo habíamos quemado una. Ése era el antiguo símbolo del elegido, es decir, aquel que eligiera el de la agalla quemada sería sacrificado.

Taliesin se detuvo y ambos pudieron advertir que el aire ahora era más frío.

—Incluso lo recuerdan los espíritus de nuestros fallecidos, que nos están escuchando— prosiguió Taliesin mientras miraba a algo que Dan no podía ver y le dedicaba una lánguida sonrisa—. Fue un acto de valentía. Macsen tiene algo de la grandeza de su hermano—. Entonces, los ojos del bardo brillaron a causa de unas lágrimas que Dan pudo apreciar en la tenue claridad de la luna.

De repente la noche se había calmado, como si todo Craigwen, incluidas las mareas y los acantilados iluminados por la luna, esperaran escuchar el relato de Taliesin.

—Tenía que ser Lovernios —prosiguió el bardo— porque era el mejor de los Combrogi. Era físicamente perfecto y se había instruido según las técnicas druidas, tenía mucho talento y por sus venas corría sangre real; de modo que, se ofreció con mucho gusto. Lo sacrificaron de acuerdo con las exigencias de la ceremonia más sagrada. No puedo decirte cómo fue el sacrificio, está relacionado con los misterios que mencioné y, de todas formas, tampoco acierto a recordarlo. Fue un sacrificio muy largo y doloroso, pero de la garganta de Lovernios nunca emanó un grito de dolor. Cuando finalizó la ceremonia, tendimos su cuerpo inerte en el lago sagrado como ofrenda para los dioses. Todos los que participamos en el sacrificio nos dispersamos y esperamos la respuesta de los dioses, pero no ocurrió nada. Los Cuervos endurecieron su poder con más refuerzos y desde aquel momento vinieron en nuestra caza como si fuéramos animales. Ahora, si no estamos esclavizados y no nos enrolamos para combatir del lado de los Cuervos en otras tierras, nos matan a menos que supliquemos lealtad al emperador y reneguemos de nuestros dioses. Entonces, oí hablar de Alavna y de que vosotros estabais aquí, pero eso ya lo sabes, no hace falta que te lo diga.

Toda esa historia parecía muy verídica, Dan conocía los castigos de los Cuervos.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Dan.

—Nada, esperamos a que los dioses de estas tierras nos respondieran a tan sagrado sacrificio, pero no nos escucharon, no se revelaron para expulsar a los Cuervos de la Isla Sagrada. La desesperación ha ocupado los corazones de los Combrogi hasta ahora —. El bardo tuvo que hacer una pausa porque las lágrimas le impedían hablar—. Dan, lo siento, pero no puedo continuar hablando de este tipo de cosas en una noche como ésta; tengo a los espíritus de muchos de los nuestros a mi alrededor. Ve con Úrsula y evita por todos los medios que salga de la cámara de Macsen hasta que no amanezca, no me gustaría que viera lo que yo estoy viendo hoy: tanta tristeza, tantos esfuerzos desperdiciados. Te prometo que hablaremos de esto más tarde.

Taliesin cogió el arpa, y mientras Dan se giraba para marcharse, pudo escuchar las quejumbrosas cuerdas del instrumento. Dan seguía sin entender la historia del bardo, no sabía qué tenía que ver todo aquello con Úrsula. Sin embargo, no perdió el tiempo con especulaciones y se apresuró en llegar a la cámara de Macsen y a la cálida claridad del fuego. Sólo pensar que los fantasmas invisibles de los Combrogi fallecidos deambulaban por allí esa noche le puso los pelos de punta en la nuca; y con un rápido movimiento, agarró con fuerza a Brillante Asesina. ¿Cómo podría defenderse de un muerto?

XX

La petición del Rey Cadal

Dan no tuvo que defenderse de los muertos ya que regresó a la cámara de Macsen sin incidentes, y a su vuelta Úrsula continuaba durmiendo en el camastro del Príncipe. Kai, que estaba haciendo la guardia, le ofreció un vaso caliente de corma aguado que Dan agradeció. Los dos bebieron de sus respectivos vasos en amigable silencio.

—Nuestro Cabeza de Jabalí es una caja de sorpresas —dijo Kai por fin. Dan miró entonces la figura durmiente de Úrsula y le fue imposible adivinar en ella algún indicio del guerrero, de Cabeza de Jabalí.

—Lucha bastante bien —respondió Dan intencionadamente para que Kai supiera que Úrsula se merecía ese respeto incluso como mujer pero, una vez más, había malinterpretado a los Combrogi.

—Las mujeres Combrogi han sido siempre magníficas luchadoras. Es el valor lo que lleva a la victoria, no la fuerza bruta. A todos nos entristece que nuestras mujeres no puedan luchar con nosotros en estos momentos. A los hombres nos motiva luchar por nuestras tierras cuando tenemos a nuestras mujeres a nuestro lado. Tras la matanza de Mancetter, en la que murieron tantos Combrogi, el Rey Donicca dictaminó que por lo menos protegería a nuestras mujeres. La decisión es muy acertada, pero si voy a morir en el campo de batalla, preferiría al menos pasar la última noche en la tierra en los brazos de mi mujer antes que pasarla solo. Ella diría lo mismo si pudieras preguntárselo —. Dan no supo hasta entonces que Kai tenía una mujer. Parecía triste pero, haciendo un gran esfuerzo por animarse, cambió de tema —. Mira a tu pequeña Cabeza de Jabalí. Si adopta la costumbre de transformarse como lo ha hecho esta noche, tendrás que enfrentarte a muchos más hombres. La sangre Combrogi es lo suficientemente caliente como para causarle problemas porque, además, Úrsula cuenta con una sagacidad distinta a la que una mujer debería tener.

Dan temía que Kai estuviera en lo cierto. Ser guapa era una novedad para Úrsula, y en verdad podía serlo gracias al reciente descubrimiento de su poder.

Sin embargo, la brusca entrada de Macsen puso fin a su conversación.

—No sabemos nada de Rhonwen y Lud de los Brigantes aún no ha llegado. Les necesitamos a los dos. Quizás Rhonwen haya acudido directamente a él, me lo comentó en el camino. Llegaron hasta nosotros ciertos rumores de que Lud pretendía romper la promesa que me hizo de respaldarnos. Le resultaría demasiado fácil seguir los pasos de la traicionera arpía de su madre, Cartimandua, para apoyar a la carroña —dijo Macsen soltando todo su odio. Entonces, señalando la pacífica figura de Úrsula preguntó:— ¿Y qué he de hacer con ella? No estoy seguro de que pueda protegerla aquí. Los rumores acerca de lo que Cabeza de Jabalí es pronto saldrán a la superficie. ¿Cómo es que Rhonwen no se dio cuenta del poder que tenía Úrsula? ¿Tú lo sabías? Podríamos haber hecho mucho con el poder que tiene.

—Vislumbré algo en la Copa —respondió Kai, que parecía bastante serio—. Nunca nadie se había resistido tanto al intercambio, pero no, aunque desconfiaba de ella, no lograba averiguar el porqué. Mis disculpas, Macsen, no pensé que pudiera ser algo así.

—Ya no hay nada que hacer, Kai —dijo Macsen haciendo un gesto de impaciencia con la mano—. No debería seguir desperdiciando mi tiempo con esto, pero no podía ocultaros nuestra situación. Si Rhonwen no acepta casarse con Cadal y rompe su palabra, estamos en un aprieto. No creo que Cadal vaya a romper su parte del trato, a pesar de la desgracia de Rhonwen. Cadal es mejor hombre de lo que pensaba, aunque puede que esté jugando a un juego que no acabo de comprender; pero sin el apoyo de los Brigantes… estamos perdidos. La legión se ha estado entrenando duro y, aunque todo el mundo sabe lo que está en juego, será el fin de nuestras tribus si nos vencen. Los Cuervos conocen algunas artimañas para vencer el lugar que hayan sitiado. He aprendido mucho en las pasadas lunas y no creo que podamos soportarlo. Es más, no estoy seguro de que las tribus hayan entendido lo que esto supone, tanta consternación.

La tensión y la fatiga se reflejaban en el rostro cansado de Macsen, mientras que sus palabras revelaban una alterada firmeza. Le era imposible encontrar la calma. Con una sola zancada de sus alargadas piernas, Macsen se aproximó hasta Úrsula.

—Me da lástima despertarla. Es muy joven, ¿no creéis? Quizás si Cadal tomara la mano de una hechicera en vez la de una princesa sacerdotisa…

La mirada de horror de Dan se reflejó levemente en el rostro de Kai al escuchar la sugerencia de Macsen.

—No, tenéis razón —prosiguió Macsen tras emitir un suspiro—. Cadal no aceptaría y ella nos será de más ayuda si aprende a tiempo algo más sobre la magia.

A Dan no le gustó el modo en el que Macsen hablaba de Úrsula, como si tan sólo existiera para su propia conveniencia. Era el mismo modo en el que a veces su padre hablaba de él o de Lizzie. Entonces, comenzó a sentir cómo la gélida furia se apoderaba de él. Sin embargo, luchó contra ella ya que aquel no era el momento adecuado.

—Príncipe Macsen —dijo Dan con mucha dificultad mientras sentía derretirse al poder de la fría locura— Úrsula ya te ha jurado su lealtad, pero ella es su propio hombre—. ¿O en verdad era mujer lo que quería decir? Los pensamientos empezaban a congelarse en su mente—. Se merece un respeto.

El bardo, que había entrado justo después de Macsen, le salvó de aquella situación. A pesar de que la frialdad iba aumentando en su interior, Dan pudo observar que algo había cambiado. Taliesin había dejado atrás la melancolía de las almenas y había vuelto al trabajo. Su aterciopelada voz interrumpió la caída precipitada de Dan a su refugio asesino.

—Mi Señor, Rey Macsen, el Rey Cadal me ha pedido que os suplique que encontréis a la Princesa Rhonwen. Le preocupa su seguridad y desea emprender la vuelta con su prometida y la Reina Usca con la próxima marea alta. En esta época del año el mar puede mostrar su cara más tempestuosa y, según mi experiencia, es probable

que suframos tempestades inminentes. Lo único que le llevó a surcar los mares en una época tan peligrosa como ésta fue la urgente necesidad de celebrar tu entronización e investidura como rey —dijo el bardo tan decorosamente que sus palabras parecían haber sido más corteses de lo que debían.

—Sí, por supuesto que sí —respondió Macsen mientras buscaba visiblemente algunas palabras gentiles que no acertaba a encontrar. Dan se percató de la presión a la que se veía sometido Macsen, una presión que debía haber entendido igual de bien el perspicaz bardo de Cadal—. Nos complace la premura del Rey Cadal por acompañar a mi querida abuela a través de las tormentosas aguas de esta estación. Buscaré de inmediato a la Princesa Rhonwen, aunque si fue en busca del Rey Lud de los Brigantes, me llevará más tiempo encontrarla. El Rey Cadal ha de recordar que la misión de Rhonwen es ayudarnos a derrotar a los Cuervos. La causa es noble y Rhonwen no le teme a nada a la hora de cumplir su servicio. Rhonwen es honorable, aceptó el matrimonio y no faltará a su palabra de corresponderle.

El bardo hizo una reverencia y se marchó dedicándole una rauda mirada de preocupación a Dan, cuyo cuerpo no dejaba de temblar debido a lo poco que le faltaba para entrar en contacto con su locura. Macsen, que parecía no ser consciente, o por lo menos parecía indiferente, al estado en que se encontraba Dan, se dirigió a Kai de repente. Sin embargo, parecía como si le faltara el tiempo o la fuerza para hablar, ya que sólo podía emitir sonidos en un ritmo lento y entrecortado.

—Preparad a la joven, partiremos la próxima vigilia. Vendrá conmigo. Gwyn, Huw y Prys conformarán la guardia de honor. No me atrevo a dejar a Huw por aquí. ¡Quién sabe la de imprudencias que podría cometer entre los aliados más renuentes! No es el mejor momento para abandonar Craigwen pero he de intentar complacer a Cadal, nuestras mujeres y niños dependen de su buena voluntad. Kai, viejo amigo, necesito que permanezcas aquí para ultimar los preparativos. Además, aún no te he contado lo peor. Acabo de saber que los Cuervos ya están de camino, que Suetonio lo ha ordenado. Tiene más interés en liquidarnos que en preservar la seguridad de Deva. Alcanzarán Craigwen antes de la llegada el invierno, por lo que sólo tenemos unas semanas en vez de unos meses para prepararnos. Si nuestros hombres no están demasiado embriagados, deberíamos celebrar un consejo de guerra antes de mi partida. ¡Ay, Kai! ¡Es demasiado pronto y somos tan pocos! No estoy seguro de que

podamos sobrevivir a la batalla.

En el rostro de Macsen se vislumbraba una creciente sensación de angustia. Kai le puso la mano en el hombro para reconfortarle.

—Todos los hombres aquí reunidos lucharán, Macsen, con todo lo que tengan a su disposición. No puedes pedirnos más que de lo que gustosos te ofreceremos y ha de ser suficiente —respondió Kai. Macsen, que hizo un gesto de afirmación con la cabeza y agarró la mano que Kai le había brindado, salió de la habitación. Dan tuvo entonces la fuerte sensación de que Macsen había olvidado que él estaba allí, aunque no así Kai.

—No confío en dejar a Huw ni con el Rey ni con Cabeza de Jabalí y, en lo que respecta al Rey Lud de los Brigantes —en ese momento de lo más profundo de la garganta de Kai emanó un sonido irrisorio— él sólo ha respaldado sus propios intereses y sólo nos ayudaría si estuviéramos seguros de que derrotaremos a los Cuervos, pero las probabilidades no son tan favorecedoras. Huw cuenta con muchos aliados en el campamento de los Brigantes, por lo que no perdería nada intentado ganarse su confianza, ya que aquí no goza de ningún respeto. Un joven guerrero que acompañe al séquito real puede encontrar la oportunidad de servir al Rey, sobre todo si tiene a un experto rastreador como Bryn o Braveheart. Te prepararé mi caballo de batalla y me aseguraré de que el vigía te permita salir. Por lo demás, Bryn sabrá que hacer —dijo Kai con la mirada fija—. Esto me huele mal, no sé a qué está jugando Rhonwen. Es el peor momento para que Macsen abandone Craigwen, los hombres lo necesitan aquí —Kai observó la mirada incierta con la que Dan contemplaba el cuerpo inmóvil de la durmiente Úrsula—. No te preocupes, me aseguraré de que Úrsula abandone Craigwen como Cabeza de Jabalí. Cuando sepa que Huw será su compañero durante el viaje, no hará falta convencerla.

—Taliesin dijo que Úrsula debería permanecer aquí hasta el alba por ser Samhain.

—Entonces es que al bardo también le ha embrujado la noche, ¿no? No te preocupes, Macsen no la necesitará antes de que salga el sol, tiene mucho que hacer.

Dan no acababa de comprender la preocupación de Kai por el Rey, ¿acaso se le escapaba algo? ¿Qué era exactamente lo que Kai esperaba que ocurriera? ¿Una traición? Kai estaba ocupado ahora dando a los sirvientes las instrucciones necesarias, de modo que Dan abandonó la cámara de Macsen para organizar todo con Bryn. Nunca antes se le habían quedado tantas preguntas sin contestar en el aire.

XXI

El don del druida

Ya había caído la tarde para cuando Úrsula, Huw, Prys, Gwyn y Macsen emprendieron su marcha desde Craigwen. Rhonwen, sin embargo, se había llevado consigo dos caballos pero ningún sirviente la acompañaba. Macsen estaba encolerizado por la insensatez de su hermana y se esforzó en vano por ocultar la furia que sentía al que iba a ser su futuro marido, en un momento en el que el deseo más ferviente era que Cadal valorara la valentía y la firmeza en una prometida.

El consejo de guerra que Macsen había mandado fue bastante breve y en él se les daba órdenes a todos los Combrogi de ir a la fortaleza y de prepararse para el asedio.

Como Kai bien había predicho, no hubo que insistir demasiado para que Úrsula adoptara la forma musculosa de Cabeza de Jabalí. Sin embargo, en esta transformación su musculatura era incluso mayor, por lo que tuvo muchas dificultades para colocarse el peto de piel. Desistió sin embargo de dejarse el bigote del guerrero porque no parecería verosímil. Aquellos que no conocieran el poder que tenía no creerían que a Cabeza de Jabalí le hubiera salido bigote en una noche.

Cuando Dan vio salir a Úrsula de Craigwen, tuvo un mal presentimiento. No quería pasar más tiempo en campo abierto. Viajaría en soledad con la compañía de Bryn y Braveheart y se sentía tanto responsable de los dos como incapaz de proteger ni a sus acompañantes ni a Úrsula de cualquier posible peligro. La creciente facilidad con la que se convertía en un piel de oso también le preocupaba, pero se montó en el mejor caballo de Kai. Con el corazón destrozado, salió a escondidas de la fortaleza sin ningún problema porque tal y como Kai le había prometido, había avisado al vigía.

Debido al empinado acantilado natural sobre el que estaba

construida Craigwen, resultó dificultoso salir de allí por la inclinada pendiente. Dan se cayó una o dos veces del caballo y se magulló las rodillas, obteniendo la consecuente burla de Bryn. Se podía decir que Bryn se había criado en una silla de montar, ya que no había manera de hacerle caer de su poni. La misión de Dan como guerrero no había comenzado de manera muy prometedora.

Había alguien esperando a los pies de la pendiente. Al escuchar el relincho de un caballo, Dan echó mano a su espada. Braveheart estiró las orejas hacia atrás paralelas a su cabeza y olfateó el aire. ¿Realmente el enemigo se habría aproximado tanto? ¿Se arriesgaría un explorador cuervo a cabalgar a plena luz del día y ser avistado desde la fortaleza? Dan ordenó a Bryn que se pusiera detrás de él, aunque el entusiasmo del joven era bastante evidente. Bryn no le tenía miedo a nada, estaba con El Piel de Oso. Estaba tan inquieto como la cría de un animal y lo único que conseguía su euforia era que Dan fuera plenamente consciente de sus responsabilidades.

Dan desmontó del caballo, y habiendo dado las riendas al servicial Bryn, se adelantó hasta donde estaba el hombre a caballo. Nunca antes se había enfrentado a un hombre a caballo, por lo que una parte de su cerebro estaba calculando los ángulos y las longitudes de los ataques con la espada. Dan siempre hacía esos cálculos, incluso cuando descansaba, quizás porque cuando luchaba no podía pensar conscientemente en ello. Su subconsciente siempre pensaba en posibles tácticas.

El hombre, que no era muy alto, llevaba un manto oscuro, por lo que resultaba difícil saber de qué armas disponía. Dan, que decidió hacerse con el control de la situación, preguntó:

—¿Quién anda ahí? —ése era el reto Combrogi, que traducido literalmente venía a decir algo así como «¿Quién osa plantarse a las puertas de mis tierras?»

—No hace falta que ataques, Daniel Piel de Oso. Soy el bardo, Taliesin. Kai pensó que no te vendría mal algo de compañía.

Dan confiaba en el bardo. Después de la conversación que habían tenido en las almenas, se sentía más unido a él, aunque también sentía que Kai le había contagiado sus preocupaciones. Si Kai estaba

equivocado en cuanto a la honradez del bardo, Taliesin no habría vacilado entonces en utilizar una lanza tan larga como él para atravesarle el estómago, pero no fue así.

—¿Por qué Kai no me dijo nada?

—Kai confía en los dos, Daniel. Te dijo que hablaras conmigo, ¿no es verdad? No tienes nada que temer conmigo, soy un hombre del Rey Cadal. Si alguien debiera ayudar a encontrar a Rhonwen, ése debería ser yo. Rhonwen forma parte del trato de Cadal, que quiere que el linaje de su prometida corra por la sangre de sus hijos. La magia de Rhonwen es un don que Cadal quiere conceder a sus hijos. No estoy en contra de Macsen, si es capaz de derrotar a los Cuervos, todos viviremos para ver un nuevo amanecer.

A Dan no le importaba viajar con la compañía de un hombre más. No sabía si el bardo sabría luchar, pero al menos habría otro adulto entre ellos. Dan se había dado perfecta cuenta de cuándo había atravesado la barrera entre la infancia y la madurez, y no fue sino el día en que encontró a la hermana de Bryn. Temía la llegada de otro momento así, otro momento como Alavna, y no quería encontrarse solo, salvo por la presencia de Bryn y Braveheart, cuando sucediera.

—«Ok», como dicen en mi país. Viajaremos juntos, pero en el caso de que haya alguna lucha, mantente fuera de mi alcance. Sé que lo sabes, pero es que soy un auténtico piel de oso. Aún no he matado a ningún camarada, pero podría suceden en cualquier momento.

—Sé lo que eres, Daniel —dijo el bardo, que había hecho un gesto con la cabeza para indicar su conformidad—. Puedo ayudarte si quieres. Deberías estar agradecido por haberme encontrado. Sólo quedamos unos pocos, los Cuervos no saben distinguir a un bardo de un druida y han acabado con la mayoría de los de mi condición.

Dan le ordenó a Bryn que se acercara hasta él y montó el caballo.

—Nunca me dijiste qué tiene que ver toda esa historia de Lovernios con la magia de Úrsula.

—Intenté contártelo. Algunos de nosotros pensamos que el poder

de Rhonwen es un regalo de los dioses. Quizás lo compró con la sangre de Lovernios o quizás se le otorgó como resultado del auto-ofrecimiento de su hermano. Ése es el debate teológico que mantienen los druidas ancianos de Irlanda. En realidad, nada de eso importa ya; lo que importa es el don. Cuando los druidas supieron que Rhonwen había alzado el Velo, me mandaron para persuadir a Cadal para que ayudara a Macsen y pudiera investigar lo que ocurría. Cadal se comprometió a ayudar, ya que si sus hijos heredan la magia, se convertirá el líder más importante de toda Irlanda. Ninguno de nosotros quiere creer que nuestro Príncipe druida se sacrificó en vano.

—¿Entonces qué?

—Rhonwen cuenta con un gran poder pero no creo que pueda salvarnos; sin embargo, trajo a Úrsula y creo que con tu ayuda, ella podrá conseguirlo.

—¿Pero cómo? —preguntó Dan, y viendo que el bardo no contestaba, prosiguió— ¿Entonces cómo es que Úrsula tiene el don? ¿Cómo sabes que es el mismo que el de Rhonwen?

—Es complicado de explicar —respondió el bardo entre suspiros —. Simplemente lo sé, al igual que lo sabe Kai también. Kai nunca ha sido un druida pero lo han sido muchos en su familia. Kai goza en cierto modo de la sensibilidad de un druida. El poder de Úrsula es igual que el de Rhonwen pero más fuerte. Es la nueva magia y quiero creer que proviene de la muerte de los druidas.

Dan se mantuvo callado. Todo aquello parecía absolutamente imposible. Ya se había obligado a creer en la autenticidad del poder de Úrsula cuando la había visto desnuda en el Gran Salón, pero creer en esto le resultaba verdaderamente difícil. Aquello iba en contra de todo lo que hasta ahora creían en cuanto al funcionamiento del universo. Pero la magia de Úrsula era tan inmediata y tan innegable… Le enfurecía toda esa historia y prefería no pensar en ello.

Continuaron la marcha, pero siempre manteniendo la distancia respecto al séquito real para no llamar su atención. Bryn, a pesar de su juventud, era un experto rastreador aunque Macsen en ningún momento se hubiera molestado en ocultar su rastro. Caminaron durante las horas diurnas y hablaron poco, Dan estaba inmerso en sus

propios pensamientos. Al caer la noche acamparon a cierta distancia de Macsen. Desde donde estaban podían divisar el humo de la fogata del campamento del rey. Ellos, sin embargo, acamparon en una acequia seca sin el calor de una hoguera. Dan agradeció el calor de su gigantesco perro una vez más, a pesar de que no era el modo más adecuado para pasar la noche.

—¿Quieres que te cante una canción para tranquilizarte, Piel de Oso? —le susurró Taliesin por encima de la cabeza de Bryn.

—No necesito ninguna canción —refunfuñó Dan— necesito respuestas. He estado pensando… ¿Cómo puede salvar el poder de Úrsula a los Combrogi? No veo por qué el que haya cambiado de forma suponga que pueda salvar a todo el mundo. No logro entender lo que quieres decir y quizás es porque tienes algo en mente. ¿Qué es lo que quieres que haga Úrsula con su poder?

Una larga pausa fue la respuesta a su pregunta, como si Taliesin estuviera considerando la posible reacción de Dan. Entonces, Dan se dio cuenta de que representaba un gran peligro para el bardo, quien sabía la facilidad con la que se convertía en piel de oso al amenazar a Úrsula. Incluso estuvo a punto de transformarse cuando Macsen no había hablado de ella con el respeto que se merecía. Sin embargo, Dan no quería matar al bardo. Aunque la pausa se alargó unos minutos, Taliesin se decidió a hablar aunque su voz era poco más que un susurro.

—Úrsula tiene que encontrar el puente entre los mundos, alzar el «Velo del Guerrero» y, o bien permitir que lo atravesemos, o bien traer algo más, algo que pueda luchar de nuestro lado.

—¿Algo más que simplemente Úrsula y yo?

—Eres imprescindible, como bien sabes, pero tenerte a ti solo no es suficiente. Miles como tú servirían de gran ayuda.

—¿Y es peligroso?

—Rhonwen sobrevivió al ritual, pero sí, creo que puede ser muy peligroso.

—Te agradezco tanta honestidad.

—Es lo menos que podía hacer.

El peligro ya había pasado, Dan no se había transformado en un piel de oso. Aquella era una buena señal. Entonces, el bardo bostezó y poco después el silencio de la noche se vio interrumpido por su respiración constante.

Ni el bardo ni Dan habían acordado nada, pero Dan dio por entendido que sería él quien haría la primera vigilia. No le importaba, de todas formas no podía conciliar el sueño, así que volvió a analizar mentalmente todo lo que Taliesin le había contado sobre la magia y los druidas. La oscura sombra de la creencia druida le helaba el corazón. Dan estaba obligado a cumplir los juramentos en los que creía, a favor de unas personas que no sólo decapitaban a sus enemigos sino que también practicaban sacrificios humanos. Además, Dan estaba seguro de que querían utilizar el poder de Úrsula corriendo muchos riesgos. ¿Eran los celtas en realidad buenas personas? Dan recordó entonces Alavna y la hermosa hermana de Bryn. Para bien o para mal, estaba en el bando contra los Cuervos, quienes debían ser más infames. De no ser así, ¿cómo podría vivir consigo mismo?

XXII

¡Traicionados!

Úrsula no podía dormir. El poder de la tierra se apoderaba de ella de manera incontrolable, como si con su vida completara algún circuito eléctrico. Quería cabalgar toda la noche, sabía que Rhonwen estaba cerca porque le dolía la cabeza. Podía sentir vagamente el dolor continuo de Rhonwen y la presencia de algo más, una sensación parecida al miedo.

Macsen insistió en que los caballos debían descansar. Úrsula podía percibir el agotamiento del rey y la desesperación que le recorría por todo el cuerpo. Los nervios, la energía y la fuerza de voluntad lo empujaban a seguir adelante, mientras que el sentido común le inducía a descansar. Macsen se tumbó cerca de Úrsula, al calor del fuego. Mientras dormía, parecía más joven; probablemente no tendría más de veinte años y Úrsula sabía que tenía pocas esperanzas de llegar a cumplir los veintiuno.

Huw se encargó de hacer la primera vigilia. Úrsula no confiaba en él y le sorprendió que Macsen lo hubiera hecho, de modo que fingió dormir. Allí tumbada escuchaba los ruidos de la noche, convencida de que podía oír el susurro de las hojas y los inquietantes movimientos de los caballos. Alguien se acercaba, sabía que aquello no era producto de su imaginación. Aunque la magia le había agudizado el oído, sus tripas confirmaron que estaba en lo cierto. Al sentir que se le retorcían, agarró la espada. Huw estaba a tan sólo dos o tres metros de distancia pero, ¿qué estaba haciendo? ¿Investigaba? No, estaba susurrando algo a alguien. Úrsula contó cuántas personas dormían: Gwyn, Prys y Macsen. ¿Con quién estaría hablando entonces? ¿Consigo mismo? Imposible, Huw no tenía tanta imaginación. Moverse sigilosamente no era su mejor destreza, pero Úrsula se agazapó y lo hizo lo mejor que pudo. La oscuridad se cernía allá donde no alcanzaba la luz del fuego pero, de nuevo, la magia le facilitó el avance. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad una vez que difuminaron las reminiscencias de la claridad del fuego. No quería

despertar a los demás si no había una razón de peso para hacerlo, así que agudizó el oído y se percató de que hablaban en latín. La mayoría de los guerreros hablaban un latín rudimentario. Kai y Macsen lo hablaban muy bien, y como Úrsula había compartido con ellos la Copa de la Pertenencia, también ella lo hablaba.

— …no más de dos semanas de marcha —dijo una voz áspera y gutural que no era la de Huw.

—Vamos tras la pista de la sacerdotisa. ¿La tenéis vosotros? —dijo Huw.

Úrsula reconoció la voz de Huw, pero sólo podía ver una figura oscura y el brillo de algo de metal en el que se reflejaba la luz de la hoguera.

—Lud… confía en él. Se alegra de vivir una vida civilizada a cambio del precio de unos cuantos impuestos… dos días de camino. ¿Y qué hay de Macsen? —dijo aquel hombre cuya voz se veía camuflada por su fuerte acento y la distancia.

—Puedes hacerte con él ahora mismo; sólo lo acompañan un par de sus hombres —dijo fríamente Huw a la voz desconocida.

Úrsula sintió entonces un repentino miedo que la recorrió entera. Macsen estaba completamente dormido e indefenso. ¿Por qué no lo había despertado aún? Se preparó para el combate con la espada en la mano y abrió la boca para vocear un grito de alerta, pero, entonces, sintió un brazo musculoso que la estrangulaba y la frialdad de la hoja de un gladius que se aferraba a la piel de su cuello. Para ser una espada de poco alcance era lo suficientemente larga como para cumplir con su labor. Entonces, se maldijo a sí misma expeditivamente. Había centrado tanto su atención en escuchar a Huw que no escuchó la llegada del explorador cuervo. ¿Y si por su descuido Macsen estuviera a punto de morir?

Úrsula podía sentir en el cuello la respiración acalorada de aquel hombre, que por las características de su brazo, podía decir que era pequeño y enjuto. Todavía no había bajado la espada y dudaba de que su rival pudiera igualarle en fuerza. Podría darle un buen codazo y dejarle sin aliento, aunque al mover el hombro se haría un corte en el

cuello. Hiciera lo que le hiciera, aquel hombre podría desgarrarle el cuello antes de que ella pudiera herirle. ¿Le cortaría el cuello así como así?

Se escuchó entonces el trote y los relinchos de unos caballos. Varios Cuervos se aproximaban al campamento. Un perro ladró en aquel momento, ¿sería Braveheart? Úrsula dio gracias al Dios de ese mundo, ya que Macsen, Gwyn y Prys se despertaron inmediatamente. Dormían con todas las armas encima, y a pesar de que fueran muchos los hombres contra los que tuvieran que combatir, si estaban preparados y armados, quizás sobrevivieran. Afrontarían las probabilidades. La señal de alerta que quería haber dado Úrsula no habría cambiado las estadísticas. Los tres tenían el fuego a sus espaldas, y ¿eran tres contra cuántos? Úrsula era incapaz de averiguarlo, la luz que emanaba de la hoguera la deslumbraba y más allá del fuego todo era oscuridad envuelta en una amenaza desconocida.

De repente, Huw apareció ante Úrsula. Él estaba de pie mientras que Úrsula continuaba agazapada. Entonces, Huw la golpeó violentamente en las costillas a patadas. Unos afilados colmillos colmaban la sonrisa de Huw y en su voz Úrsula pudo percibir el placer que sentía cuando habló a quien la había atacado.

—No lo mates, quiero que éste acabe suplicando —dijo Huw.

El hombre, entre carcajadas, retiró la espada de la garganta de Úrsula. Sin embargo, ése sería el último ruido que haría. Úrsula actuó con mucha agilidad: justo cuando su atacante le retiraba el arma del cuello, le dio un codazo con todas sus fuerzas en el plexo solar. Aquel individuo no se esperaba la fuerza de aquel golpe y su espada cayó en vano a su lado. Se quedó atónito y sin respiración, y antes de que pudiera coger la espada de nuevo, Úrsula tuvo tiempo para girarse y coger la suya. Logró ponerse de rodillas, y gracias al espacio del que dispuso, viró fuertemente su espada describiendo una curva antes de clavársela en su cuello desprotegido. No le había dado tiempo suficiente para recuperarse y su cuerpo se desplomó contra el suelo con un corte en el pescuezo. Algo que empapaba toda su cabeza manaba del atroz corte. Estaba demasiado oscuro como para ver, pero seguramente sería sangre. El entrenamiento de Hane había funcionado y Úrsula no se frenó por lo que acababa de hacer, así que blandió de nuevo la espada. Huw la miraba aterrorizado, ya había perdido su

oportunidad: si hubiera intervenido cuando Úrsula atacaba a su oponente, podría haberla matado. El mero pensamiento le recordaba el tacto de la gélida hoja de una espada en su cuello pero Úrsula sabía que no podía haberse enfrentado a dos hombres. Sin embargo, Huw se había abandonado ahora a la merced de Cabeza de Jabalí. Sujetaba la espada lánguidamente, la miró con la mandíbula desencajada y echó a correr. Úrsula vio cómo se alejaba, no iba a malgastar su tiempo en darle caza cuando Macsen podría necesitarla. Inmediatamente se puso de pie y corrió para acompañarle. Una multitud de Cuervos armados estaban atacando al reducido grupo combrogi. Macsen estaba en apuros, como también lo estaban sus guardaespaldas, que se defendían a duras penas para intentar acercarse hasta su rey. Úrsula echó a correr en esa dirección cuando un hombre alto y delgado apareció de entre la maleza para situarse al lado de Macsen. Era Dan, podía distinguir su silueta incluso en la distancia. ¡Se había transformado en un piel de oso! Dan desenfundó una Brillante Asesina que a la luz de la hoguera titilaba como una llama, pero que en manos de Dan se convertía en la llama abrasadora de la muerte, veloz e intermitente como una lengua de fuego. Todos aquellos a los que alcanzaba morían *in situ*. Los cuatro guerreros se desplegaron para formar un círculo alrededor del fuego, un fuego que Úrsula deseó que ardiera con más fuerza para protegerles las espaldas. Era obvio que los Cuervos los superaban en número, pero ahora el enemigo actuaba con más cautela. La presencia de Dan había inclinado la balanza. Braveheart estaba a su lado, defendiendo su costado derecho. Para lo único que servían su mandíbula y su descomunal altura era para animar a los Cuervos a retar el brazo armado de Dan y la fuerza virulenta de Brillante Asesina.

El enemigo no dejó de atacar con la misma temeridad, pero medía sus movimientos e intentaba flaquear a Macsen. A los soldados romanos no les faltaba el valor: se les había ordenado matar al esbelto príncipe y ellos hacían cuanto podían. Morían con respeto aunque sin honor, ya que ninguno llegó a estar tan cerca de Macsen como para derramar su sangre. Úrsula no pensó que no la necesitaran, simplemente no quería ser el punto débil de ese anillo combrogi de tan deslumbrantes armas.

Úrsula ni siquiera advirtió que le volvía a doler la cabeza. Quizás le llevaba doliendo sólo unos minutos y no se había dado cuenta. Rhonwen debía andar cerca. ¿Acaso había escuchado en la conversación que Huw había mantenido con los Cuervos que habían capturado a Rhonwen? No había oído toda la conversación pero el

dolor de cabeza que tenía era prueba más que suficiente. Una parte de ella era consciente de que había matado a un hombre, pero la desenfrenada energía de la magia no le permitiría que se parase a pensar en ello. Úrsula dejó que la magia la dirigiera, alejándose del campo de batalla con un único objetivo en mente: Rhonwen. En sólo unos minutos sus largas piernas pusieron distancia de por medio entre su persona y la batalla a la vera de la hoguera. Ya no alcanzaba a escuchar los golpes de las espadas ni los ladridos de Braveheart. Había llegado ahora su momento y blandió su espada al aire.

—¡Cabeza de Jabalí! —Aparecieron entonces Bryn y el bardo del Rey Cadal—. He escuchado unos ruidos y Dan ha ido a investigar. ¿Está bien? Braveheart ha ido detrás de él. Dan me hizo prometer que me quedaría aquí y que protegería al bardo —explicaba Bryn, con el semblante contraído por la amargura. La mitad de su ser se sentía enfurecido por haberle dejado allí, mientras que la otra mitad temía por la seguridad de Dan.

—Los exploradores romanos nos han seguido la pista. Huw estaba haciendo la vigilia, habló con ellos pero no dio la orden de alerta. Y luego huyó. Creo que Rhonwen puede estar en manos de los Cuervos —. Sorprendentemente, la voz de Úrsula era serena y sosegada.

—¿Y qué hay de El Piel de Oso? —preguntó Bryn con la voz entrecortada por la preocupación.

—Tranquilo, Bryn, no te preocupes. Dan se ha transformado en *berserker* y está acabando con todo lo que se mueve. Espero que los demás no se interpongan en su camino —dijo Úrsula muy segura. La cara de Bryn se relajó al escuchar sus palabras, pero sólo en parte.

—¿Sabes dónde está Rhonwen? —le susurró el bardo dando también muestras de preocupación.

—Creo que puedo encontrarla. Casi puedo sentirla si me concentro y a medida que voy acercándome, el dolor de cabeza empeora.

A pesar de tan extraña afirmación, ninguno hizo ningún comentario.

—Iremos contigo, quizás necesites ayuda.

A Úrsula le hubiera gustado decirles que no, aún le disgustaba la idea de que Bryn se viera involucrado en tanta violencia, aunque era un Combrogi y para los Combrogi parecía que eso fuera la razón de su existencia. Úrsula era incapaz de protegerlo contra algo así, de modo que no le quedó más remedio que aceptar aquiescentemente con la cabeza. Bryn manejó los caballos con gran maestría y el bardo y él desmontaron para hacer el menor ruido posible. En sus movimientos, tanto Bryn como el bardo eran más sigilosos que Úrsula.

Avanzaron más lejos de lo que Úrsula esperaba y aunque el campamento debía estar vigilado, no se encontraron a ningún Cuervo ni tampoco hallaron rastro alguno de Huw. A Úrsula no le sorprendió que Huw fuera un traidor, pero lo que no acababa de comprender era cómo se las había apañado para confabular con todo el mundo en la situación tan delicada que vivían.

Por fin llegaron al campamento romano, situado en un claro rodeado de árboles. Rhonwen chillaba en la mente de Úrsula, quien se tambaleó y casi perdió el equilibrio por el impacto que le causaba la intensidad de los gritos de la princesa.

—Yo también puedo oírlo —dijo el bardo poniéndole la mano sobre el hombro—. Concéntrate en averiguar de dónde procede, no pienses en lo que puede significar.

Úrsula ni siquiera se atrevía a sugerir dejar atrás a Bryn, que era demasiado vulnerable a lanzar un ataque.

—Úrsula, quiero que intentes algo nuevo. ¿Confías en mí? —insistió el bardo. A Úrsula le resultaba muy difícil pensar en cualquier otra cosa que no fuera la angustia de Rhonwen, por lo que se obligó a mirar al bardo y gracias a la nueva visión que le proporcionaba la magia, pudo ver la franqueza en sus ojos. Sí, confiaba en él, tanto como confiaba en Kai—. Sabia elección, no esperaba menos. Quiero que te concentres en que no nos ves ni a Bryn ni a mí. No es ninguna broma, escúchame. Los druidas podían hacerse invisibles y hacer que otras cosas también lo fueran. Estoy seguro de que podrías hacernos invisibles si te concentras y piensas que no nos ves. Cuando lo hayas conseguido y no puedas vernos, iremos a buscar a Rhonwen. Tendrás

que ser el señuelo.

Los gritos habían cesado de repente. Úrsula sintió un hormigueo, como si Rhonwen estuviera utilizando su poder en algún sitio. Pero entonces, los gritos se transformaron en un sollozo desesperado. Parecía que sólo Úrsula y el bardo podían percibir el dolor, ya que Bryn no hizo ningún gesto de haber escuchado nada. Sin embargo, resultaba ligeramente más fácil ignorar el sollozo que los gritos. Se concentró entonces en hacer lo que el bardo le había propuesto, aunque no estaba segura de por qué lo hacía, era algo completamente inverosímil.

No obstante, la empresa resultó ser más fácil de lo que esperaba. Úrsula nunca se había considerado una persona imaginativa pero imaginar que el bardo y que Bryn no estaban allí no fue demasiado difícil. De hecho, convencerse de que se había imaginado que estaban allí no le supuso grandes esfuerzos.

Para los desarrollados sentidos de Úrsula, tan sólo había una ligera onda en el aire, como si hubiera calima allí donde hacía unos instantes había creído ver a Bryn y al bardo. No era muy normal que hubiera calima en la oscuridad del mes de diciembre, pero aquello no representaba una gran amenaza para los Cuervos en comparación con dos intrusos en su campamento. No sabía por qué, pero no confiaba en que los planes del bardo salieran bien.

No había muchos exploradores vigilando el campamento, la mayoría estarían ocupados en el asalto al campamento de Macsen. Había un centinela aburrido tumbado cerca del fuego y otros dos que arrastraban algo por el suelo. Parecía como si fuera un cuerpo humano o una res muerta porque podía incluso oler a carne chamuscada. No muy lejos del fuego había un montón de pelos y harapos. Fuera lo que fuera lo que arrastraban, estaba atado por las manos a la rama de un árbol. Era Rhonwen. Úrsula volvió al lugar donde el bardo debería haber sido un ente visible, aunque ya no lo era.

—Rhonwen está tendida en el suelo y no creo que pueda andar. Vosotros mataréis al vigía y yo lucharé contra los otros dos. Después, quizás podríais montarla en un caballo.

—Los bardos no matamos, Úrsula. Nos está prohibido hacerlo. Por

eso mismo es por lo que siempre hemos tenido un pasaje de tránsito seguro, al menos hasta que llegaron los Cuervos.

—Allá de donde yo provengo, a nadie le está permitido matar, y mucho menos a niñas de quince años —le recriminó furiosa, ella que había traspasado una frontera y se había convertido en un guerrero, que había sentido la muerte en la garganta y que se había defendido. Los escrúpulos del bardo casi parecían una indulgencia. Entonces, la otra Úrsula reapareció. ¿En qué se había convertido que consideraba el acto de matar como algo necesario? ¿En qué estaba pensando? El bardo tenía razón—. No te preocupes, lo haré yo —dijo tras un profundo suspiro—. Vosotros concentraos en sacar a Rhonwen de aquí.

Úrsula se concentró en el poder desenfrenado que corría por su interior. Ahora era Cabeza de Jabalí, un gigantesco guerrero de fuerza sobrehumana. Se imaginó con el pelo encalado como Macsen, a quien podía imaginárselo allí de pie con una cresta a lo punk o la melena de un león petrificado. Úrsula se desvistió casi por completo. El pectoral del hombre en que se iba a convertir sería demasiado ancho para la capacidad del peto de piel que aún llevaba encima. Se dibujó los complicados tatuajes azules que se enredaban a lo largo de sus musculosos brazos y de su pecho. Kai no estaba cerca para censurarle que se pusiera el largo bigote típico de los guerreros. Cogió la lanza de Bryn y elevó su espada al cielo.

—Contaré hasta sesenta y atacaré. Sacad a Rhonwen de ahí y que sea a caballo. Me uniré con vosotros donde dejé a Macsen. ¡En marcha! —No vio ni a Bryn ni al bardo correr hacia donde estaba la fláccida figura, porque era imposible verlos. Respiró profundamente, hinchando el gigantesco torso desnudo. No era un gran plan, pero al menos así podría huir sin que se produjeran más muertes.

Al llegar a sesenta, ululó el grito salvaje de los celtas y fue a la carga. El hombre que dormitada al calor del fuego se puso de pie y echó a correr avisando a sus compatriotas, quienes estaban enterrando algo y habían dejado los escudos en otro sitio. El ataque les había pillado por sorpresa y también ellos echaron a correr. Quizás pensaron que Úrsula era la vanguardia de un magno ataque celta, o que quizás la visión de un gigante celta de ojos desorbitados que les atacaba era ya de por sí aterradora. Fuera lo que fuera, echaron a correr y la decepción se apoderó de Úrsula. La magia era una fuerza peligrosa. Al

utilizarla, sentía que ansiaba que pasara algo, aunque fuera para gastar parte de su desmesurada energía, un poder que le recorría las extremidades y que la mole de Cabeza de Jabalí apenas podía contener.

El dolor de cabeza había desaparecido. Rhonwen se había ido, como también los dos caballos que estaban amarrados. Podría haber montado un tercer caballo, pero en vez de eso, prefirió correr detrás de Bryn y del bardo; pensó que era el único modo en que podría descargar la incontenible agresividad que sentía.

XXIII

Rhonwen

De algún modo, los Combrogi lograron encontrarse de nuevo en el lugar donde se había desarrollado la batalla a la vera de la hoguera. Una montaña ordenada de cabezas cortadas y un hito de piedras confirmaba la victoria combrogi. Gwyn, Macsen, Prys y Dan estaban completamente manchados de sangre, pero sólo una pequeña cantidad parecía ser la suya propia. Dan estaba sentado aunque alejado de los demás, que muy sabiamente se habían mantenido apartados hasta que el arrebato de furia *berserker* se hubo apaciguado.

Rhonwen había perdido la máscara de plata y con ello toda su serenidad, habiéndose cubierto el rostro quemado con su manto. No quería hablar y todo el mundo, incluido Macsen, le otorgaron gentilmente esa privacidad. La llegada de Úrsula fue recibida como una grata sorpresa. Aún mantenía la salvaje apariencia combrogi, lo que implicaba dar ciertas explicaciones tanto a Prys como a Gwyn. Ninguno había creído la acusación de Rhonwen respecto al sexo de Úrsula en la ceremonia de toma de juramentos. Los dos asintieron sabiamente cuando Macsen les explicó que Úrsula era una mujer que había aprendido la facultad de variar de forma, aunque ninguno creyó nada de lo que habían escuchado.

La presencia de Rhonwen trajo consigo el dolor de cabeza y la toma de conciencia de la angustia interior de la princesa, una sensación que Úrsula no lograba combatir.

—Nadie nos vio —dijo el bardo entusiasmado intentando darle ánimos. Estaba completamente seguro de que Úrsula había conseguido hacerles invisibles.

—Nadie miraba —respondió ella secamente. La carrera le había agotado pero no disminuyó la sensación del impaciente poder que bombeaba en sus venas y que hacía que se sintiera salvaje—. ¿Alguien

puede prestarme una túnica?

Dan, que volvió de las estribaciones de su locura al escuchar la voz de Úrsula, encontró una en la alforja de Kai. Bryn, como buen sirviente, había recuperado los caballos antes de reunirse con Dan. La túnica parecía lamentablemente inapropiada para cubrir la impresionante anchura del pecho de Úrsula.

—Está bien, Dan —dijo Úrsula en inglés—. Necesito hablar con Rhonwen y creo que es mejor hacerlo como Úrsula, quiero decir, como mujer.

Para Dan, el increíble Cabeza de Jabalí era la Úrsula que mejor conocía, pero sabía lo que quería decir. Se colocó delante de ella para protegerla de la vista de los demás mientras se transformaba adaptándose a las proporciones de la Úrsula de siempre y se ponía la túnica.

—¿Te han herido? —le preguntó Úrsula que le acarició el brazo discretamente, pero Dan lo negó con la cabeza.

—Los matamos a todos entre los cuatro, eran unos diez o unos quince, no estoy seguro. Tuve la necesidad de alejarme mientras los otros…ya sabes, los decapitaban. Recuperé casi por completo la cordura para cuando acabaron. Fue realmente siniestro. ¿Sabes qué es lo más horrible? Que cuanto más matas, menos piensas en ello. Creo que mi alma está manchada con todo mal que conlleva el matar.

Úrsula asintió con la cabeza. La descripción de Dan era una forma más poética de expresar el sentimiento que ella también había experimentado, pero sabía perfectamente cómo se sentía. La magia le aportaba una gran euforia, un placer en su propia fuerza que distorsionaba sus reacciones habituales. En algún lugar por debajo del revestimiento de la magia, su alma parecía estar considerablemente manchada. Había matado a un hombre que la había amenazado y lo había hecho sin ninguna ceremonia, casi había salido por sí solo. Era una asesina. ¿Servía de algo pensar que aquel hombre la habría matado? Recordó entonces a los romanos que habían capturado a Rhonwen, a los que habían querido descuartizar parte por parte con las poderosas manos de Cabeza de Jabalí.

Úrsula detestaba tener esos pensamientos y agitó la cabeza como para deshacerse ellos, tenía otras cosas en las que pensar.

—Necesito hablar con Rhonwen, existe una especie de conexión entre nosotras. Quizás hable conmigo—. Úrsula no podía evitar sentir compasión por aquella mujer torturada pero, menos desinteresadamente, necesitaba frenar de algún modo la angustia mental de Rhonwen para que no vociferara en su propio cuerpo. El dolor de Rhonwen dificultaba que pudiera concentrarse en cualquier otra cosa—. Supongo que sería mejor que solicitara el permiso a Macsen para hablar con ella. Me pregunto que habrán hecho con la máscara.

—Puedo volver con Bryn y encontrarla, el campamento no está muy lejos de aquí.

—Ahora habrá más soldados. ¿Escapó alguien con vida de la batalla? —preguntó Úrsula, que parecía estar preocupada.

—Creo que todos intentaron hacer con nosotros su camino hacia una gloria heroica —respondió Dan mientras negaba con la cabeza—. Todos probaron suerte atacándonos.

En un mundo en el que todos los soldados estaban locos, aquello parecía tener sentido. Quizás todos compartían la febril necesidad de combatir cuando les bullía la sangre, una especie de consumación del conflicto. Todos los Cuervos podían haber huido en vez de haber corrido hacia donde estaban los Combrogi. No habrían demostrado quizás su valor, pero al menos estarían vivos ahora; sin embargo, habían elegido morir.

Úrsula no podía dedicar ni una pizca de compasión por los Cuervos caídos en el combate; el dolor de Rhonwen hacía que su corazón bombeara de manera más irregular y le urgía la necesidad de hablar con ella.

—Quizás deberías encontrar la máscara —respondió Úrsula vacilante— a lo mejor la máscara sirve de algo. Con un movimiento de cabeza, Dan ratificó las palabras de su amiga y la miró fijamente.

—Te olvidaste de quitarte el bigote —le dijo Dan mientras observaba cómo Úrsula se llevaba las manos a la cara presa del pánico —. ¡Sólo estaba bromeando!

Úrsula se echó a reír, no sabía que aún podía hacerlo. Por lo poco que se podía apreciar en la absoluta oscuridad de la noche, ésa era Úrsula, tal y como debía ser, sin ayuda de ninguna ilusión. La simple visión de Úrsula, la Úrsula que debía ser, fue razón suficiente para despertar las duras miradas de incredulidad y admiración de Prys y Gwyn. ¿Tanto había cambiado? Cuando la vieron por primera vez no llevaba ningún disfraz, sólo tenía un peso excesivo y un enorme anorak rojo que había perdido. En aquel momento no la vieron como una mujer. Sin embargo, Úrsula desechó aquel pensamiento de su cabeza y decidió no preocuparse por cosas tan triviales como ésa cuando había otras muchas que hacer.

Dan hizo las presentaciones con una gran sonrisa en la boca, habiendo desaparecido cualquier indicio de su estado de piel de oso.

—Aquí tenéis a Cabeza de Jabalí como nunca antes la habíais visto. Podéis llamarla Úrsula.

Úrsula no pudo sino sonreír ante tanta confusión, una sonrisa que iluminaba su rostro. Macsen fue el primero en halagarla con un distinguido cumplido.

—Úrsula, eres tan hermosa cuando eres una mujer como heroico cuando eres un guerrero—. Era la primera vez que alguien le decía hermosa. Úrsula volvió a sonreír aunque se preguntaba si se estaría burlando de ella y frunció el ceño.

—Con su permiso, Príncipe, quiero decir, Rey Macsen, ¿podría hablar con su hermana?

Macsen aceptó, aunque la sonrisa se borró de su rostro. Un velo de melancolía ensombreció esa pequeña fiesta. Les habría gustado haber encontrado a Rhonwen en mejores condiciones. Gwyn y Prys pudieron percibir el desvanecimiento de la propuesta de matrimonio con Cadal. Dan le susurró algo a Macsen en el oído y cuando Macsen dio su consentimiento, Dan se reunió con Bryn, Braveheart y Taliesin y se marcharon hacia el campamento de los Cuervos para intentar

recuperar la máscara perdida de Rhonwen.

Rhonwen estaba sentada a unos metros de distancia, envuelta en su manto. No emitía ningún sonido, pero el llanto que resonaba en la cabeza de Úrsula iba en aumento, coaccionando sus pensamientos, dificultando incluso la construcción de una frase. La cabeza le dolía como si le fuera a explotar: el llanto interno de Rhonwen llegaba a su clímax.

—¿Estás bien? —le preguntó Úrsula habiéndole colocado discretamente la mano sobre el hombro. Rhonwen respondió con una respiración entrecortada y habló con voz ronca.

—Me tendieron una emboscada mientras iba camino de ver al Rey Lud. Me ataron y me llevaron al campamento. Me arrancaron la máscara y se burlaron de mí. La mayoría abandonó el campamento salvo aquellos que vigilaban los caballos. Aquellos hombres intentaron… —explicaba Rhonwen con la voz rota. Úrsula le habría dado unos cálidas palmaditas en el hombro, pero esa parte también la tenía quemada—. Uno de ellos intentó… tocarme pero entonces, recurrí a mi poder e invoqué al fuego. Era real, salvaje, como antes—. Rhonwen parecía que hablaba para sí misma—. Esta vez no me importaba si me quemaba. No quería vivir avergonzada, tanta fealdad y… —empezó a sollozar. Era la bienaventurada liberación física de una angustia psicológica. El llanto en la cabeza de Úrsula comenzaba a agonizar, favoreciendo la compasión.

—Tranquila Rhonwen, si me dices cómo, quizás pueda curarte.

Aquella idea no se le había ocurrido hasta entonces. Se acordó de repente de la herida que desapareció del brazo de Kai hacía tiempo atrás, cuando se enfrentó por primera vez contra el Dan, El Piel de Oso. Sin embargo, los sollozos no encontraron alivio, ni siquiera sabía si Rhonwen la había escuchado. Úrsula se sintió muy incómoda, sin saber qué hacer. Quizás habría cambiado su apariencia pero aún le faltaban las palabras idóneas, el tono adecuado para consolar a alguien.

—Dan, El Piel de Oso, ha ido a buscar la máscara de plata, —comenzó a decir tímidamente —yo podría intentar curarte, ya sabes, soy fuerte y…

—Soy una princesa, ¿crees que alguien como tú podría curarme? ¡Tú…tú…! Ni siquiera encuentro las palabras que definan a alguien que es hombre y mujer al mismo tiempo —dijo Rhonwen muy rotunda—. Déjame, ya me curaré yo sola.

La actitud de Rhonwen sorprendió a Úrsula, pero por lo menos ya no había ambigüedades. Rhonwen realmente la odiaba, como siempre había sospechado, pero ella había hecho lo que debía, ya no podía hacer nada más por ella.

Úrsula se dio la vuelta y se marchó en busca del hermano de Rhonwen con la poca dignidad que le quedaba. Se sentía como si hubiera preferido estar de pie y desnuda en el Gran Salón en vez de tener que encontrarse con los ojos inquisitivos de Macsen y de sus hombres.

—La atacaron y carbonizó a uno de ellos. Ahora creo que quiere estar sola.

Úrsula aceptó el cuerno de cerveza que le ofrecieron, agradecida de que no fuera corma; luego regresó al círculo consciente del repentino distanciamiento que acababa de interponer ante ellos.

Cabeza de Jabalí era para ellos un compañero de armas pero, por Lugh, ¿quién era Úrsula? La situación le tentaba a convertirse en Cabeza de Jabalí una vez más pero le faltaban las fuerzas. De repente se sentía cansada y notaba que el pulso electrizante de la magia se había calmado. Era capaz de aterrorizar al enemigo y sin embargo no podía ofrecer consuelo a una mujer en sufrimiento. Detestaba ese sentimiento de impotencia. Entonces, alguien la cubrió con una capa de lana delicada y se quedó dormida.

El desconcierto de un rápido movimiento la despertó: Prys la estaba sacudiendo y podía escuchar un zarandeo de bridas. Por encima de los clamores, la voz de Dan era clara aunque entrecortada.

—Debe de haber unos cincuenta o sesenta, toda una centuria de romanos ha vuelto al campamento. No sé de dónde han salido pero creo que vi a Huw con ellos. Cogí la máscara pero temo que me hayan

visto y me hayan seguido. ¡Tenemos que irnos!

Macsen levantó a Úrsula y la empujó hacia donde estaba su montura. Gwyn estaba arrastrando a una Rhonwen muy poco cooperativa hacia otro de los caballos. Úrsula comprobó rápidamente cómo estaba todo: Bryn y Braveheart estaban bien, el bardo tenía un corte debajo del ojo, que aunque no parecía muy grave, intentaba detener la hemorragia con el manto. En menos de un minuto estaban todos montados a caballo y cabalgando como los dioses del olimpo.

No tardaron mucho en escuchar a sus perseguidores. Úrsula recordó el campamento cuervo tal y como lo había dejado. ¿De verdad que no había suficientes monturas para cincuenta hombres? Por el trote constante y no muy lejano de las pezuñas de los caballos podría decirse que eran unos cincuenta mil. El sonido era aterrador, era como el temblor de un terremoto que retumbaba como si detrás de ellos avanzara la mismísima Diosa.

Mientras, Macsen los dirigía hacia el sur, hacia las tierras de los Brigantes.

—Macsen, Lud lucha del lado de los Cuervos, los pájaros carroñeros; lo escuché en el campamento romano, y Huw trabaja también con ellos. Es cierto, ¡cabalga hacia el otro lado! —dijo Rhonwen que habló por fin con su voz hermosa aunque aún áspera por su sufrimiento.

Macsen agarró las riendas del caballo para dar media vuelta maldiciendo algo entre dientes. Úrsula sabía que lo último que Macsen deseaba era llevar al enemigo hasta la fortaleza combrogi, pero no tenía muchas más opciones: al este se extendía el pantano, al oeste se encontraba el enemigo y al sur, los aliados del enemigo, los Brigantes. Todos estaban agotados y las posibilidades estaban en su contra, de modo que se dirigieron a Craigwen. Por debajo del estruendo de los caballos, Úrsula podía escuchar el agua que burbujeaba a medida que se aproximaban a un riachuelo no muy profundo. Según cabalgaban hacia él, Úrsula tuvo una idea y espoleó su caballo para alcanzar a Macsen.

—¡Macsen! —y su grito resonó por encima del ruido olvidando por completo toda veneración hacia su posición real —voy a intentar

crear una ilusión, como si el río nos tragara. Quizás eso les detenga.

—¡Haz lo que puedas! —gritó mientras buscaba, con la mirada puesta en un paisaje bañado por un grisáceo amanecer, un buen sitio donde pararse y oponer resistencia. Un sitio a cierta altura que les permitiera cobrar ventaja y les sirviera para ganar algunos minutos de separación respecto sus perseguidores. Sin embargo, el terreno no parecía estar muy dispuesto a colaborar con ellos, quizás la propia tierra no estaba de su lado. Úrsula no podía cabalgar y pensar al mismo tiempo: le horrorizaba galopar su caballo y necesitaba concentrase si lo que quería era ayudarles.

—¡Dan! —gritó Úrsula y aunque su voz se perdía en aquel revuelo de sonidos, Dan no tardó en acercarse hasta ella.

—¿Puedo cabalgar contigo? ¡Necesito hacer algo!

Dan no lo dudó ni un momento: cabalgó a su lado y saltó de su caballo al de Úrsula. La empresa no le supuso grandes esfuerzos como tampoco necesitó hace ninguna pausa o pensárselo dos veces. Quizás era el tipo de cosas que uno no podía hacer si las pensaba demasiado. Entre tanta confusión, Úrsula se había montado en el caballo de Kai, un caballo combrogi bien entrenado que cabalgaba más veloz de lo que ella estaba acostumbrada. Sin embargo, la suerte estaba del lado de Úrsula porque a pesar del inesperado exceso de peso, el caballo apenas se tambaleó; ya estaba acostumbrado, los Combrogi hacían este tipo de pericias. Fue a Úrsula a la que le costó un poquito más que a Dan y que al caballo acomodarse a la nueva situación, obligándose a tranquilizarse: se concentró en sentir el pulso de la magia que la recorría con escalofríos espalda arriba. Cabalgaron a través del lecho pedregoso del río, un río que en ese tramo no podía decirse que fuera merecedor de tal nombre pero que Úrsula podría alterar para que así fuera. Las frías gotas de agua que salpicaban al contacto de las pezuñas del caballo le sirvieron de inspiración. Úrsula pensó en las gotas de la lluvia y en el gélido frío del deshielo y se concentró en crear una ilusión a base de agua, grandes torrentes de agua, un río a punto de desbordarse. Podía imaginárselo en su mente, ver cómo burbujeaba y crecía alrededor de ellos. Cuando vio asomar la vanguardia de la centuria de los Cuervos, se concentró en la imagen de un río desbordándose en sus remolinos que una vez había visto en la tele y se imaginó el agua que desbordaba la ribera. Entonces, deseó que se produjera un diluvio.

—¡Cabalga! —escuchó a Prys detrás de ella—. ¡El río se desborda!

Cabalgaron como si sus vidas dependieran de ello, y así era. Cuando Úrsula miró hacia atrás por encima del hombro, vio que el caballo a la cabeza de la centuria romana retrocedía ante la presencia de un torrente de agua blanca que se le presentaba justo enfrente. Les era imposible poder vadearlo rápidamente y, siguiendo sus instintos, todos se alejaron de aquella ilusión, incluida Úrsula, que no podía luchar contra la necesidad de cabalgar como nunca antes lo había hecho para poder escapar a tan traicioneras aguas.

Una vez que estuvieron a salvo, desmontaron exhaustos y jadeantes de los caballos.

—¡Casi nos matas! —gritó Gwyn; parecía enfadado.

—¿Qué quieres decir? Tan sólo era una ilusión que acaba de salvarte la vida —rebatió Úrsula acaloradamente.

—¡Por Lugh, eso no era una ilusión! ¡Estoy empapado y tiritando! —Gwyn no mentía, auténticas gotas de agua chorreaban de su caballo y de sus botas. Estaba temblando. Los Combrogi miraron a Úrsula con vago respeto al haber hecho que el río verdaderamente se desbordara.

—La próxima vez, que no sea tan real, ¿vale? —añadió Dan con una sonrisa.

—Preferiría un aliado que no ahogara a sus amigos —opinó el bardo mientras sacudía su empapado manto.

—¡Panda de cerebros de mosquitos desagradecidos! —gritó Dan muy agresivo—. Agradecedle a Úrsula que estemos vivos cuando hemos estado a punto de dejar de estarlo.

La voz de Rhonwen había recuperado parte de su elegancia

—Crear una ilusión conlleva una sutileza que la desconocida aún

no ha aprendido —dijo Rhonwen con una voz que había recuperado parte de su elegancia. Úrsula tuvo que morderse la lengua. Rhonwen podía ser tan vengativa como quisiera; sin embargo, cualquier otra cosa podía ser más llevadera que aquel horrible lamento psicológico.

XXIV

Pistas Veladas

Macsen no tardó mucho tiempo en contener a sus hombres. Úrsula no tenía ni idea de la magnitud de la riada que había provocado, pero sería sólo cuestión de tiempo que los Cuervos encontraran un acceso seguro por el que atravesar el río y continuar con la persecución.

El rostro de Macsen estaba tan gris como el amanecer; lamentablemente, estaba seguro de que se habían cruzado con la vanguardia de una legión que avanzaba rápidamente. La caballería y la infantería auxiliar no estarían muy lejos y detrás de ellos, vendrían la artillería y el cuerpo de la legión. Todo el poder de Roma estaba tan sólo a unos días de Craigwen.

Úrsula le contó la traición de Huw y lo que había escuchado. Su declaración le recordó la de Rhonwen. Los Brigantes, a las órdenes del Rey Lud, eran claramente una causa perdida. Tendrían que luchar con lo que tenían: lo único que podían hacer era cabalgar veloces como el viento hasta Craigwen y prepararse para la batalla que estaba por llegar.

—A pesar de que tengamos grano para resistir tres meses y agua, no sirve de mucho para aguantar un asedio. No hay nadie que pueda ayudarnos si los Brigantes se han aliado con los Cuervos —dijo Macsen con voz áspera.

—Me cuesta creer que Huw está ahora a medio camino para ver a Lud, habiendo dejado a los Cuervos para que nos aniquilen. Huw conoce la fortaleza mucho más de lo que me gustaría, por lo que tendremos problemas si los amigos del aliado de Huw también son unos traidores. No hay que tener mucho valor para envenenar un pozo —respondió Gwyn con el mismo pesar. Nunca le había gustado Huw, pero sólo la noche anterior había compartido con él un cuerno de cerveza. Si volvía a verlo de nuevo, lo mataría lentamente y guardaría

su cerebro para utilizarlo como cebo en las ratoneras de los establos de la fortaleza.

—Quizás deberíamos irnos con Cadal, si nos permite navegar con él hasta la Isla Sagrada. Podríamos reagruparnos allí y reconstruir una potencia que vuelva a tomar Craigwen. Si mis guerreros se quedan aquí para luchar, lo único que puedo ofrecerles es la muerte.

La habitual voz autoritaria de Macsen no era más que un pensamiento en voz alta. A los ojos de Úrsula, el rey parecía joven y demacrado a la vez; tenía que soportar la carga de una gran responsabilidad: la supervivencia de su pueblo.

—¿De cuántos hombres disponen? —preguntó Dan indeciso, que necesitaba calcular las estadísticas.

—Son unos cinco mil más las tropas auxiliares, quizás otros cuatro mil hombres.

—¿Y cuántos Combrogi? —preguntó Dan aunque en verdad no quería saber la respuesta.

—Si Kai ha hecho su trabajo y ha hecho el llamamiento, tendremos entre tres y cuatro mil hombres, aunque menos de la mitad son guerreros. La otra mitad son ganaderos, sirvientes de las tribus. Morirán tan dignamente como cualquier otro hombre si se lo pido, pero no podemos confiar en que acaben con gran parte del enemigo.

No era una cantidad muy numerosa comparada con la de los Cuervos pero era más de lo que Úrsula podía imaginarse en el interior de los muros de Craigwen.

—Pero, ¿y Cadal? —preguntó Úrsula—. Es un aliado, ¿no?

Hubo un silencio que el bardo rompió al hablar.

—Cadal habrá salido hacia Irlanda en estos momentos. Es un hombre prudente y habrá aprovechado las aguas tranquilas para zarpar—. El bardo hizo una pausa para considerar sus palabras—.

Antes de que nos marcháramos me confió la tarea de encontrar a la Princesa Rhonwen y asegurar que aún mantiene su palabra respecto a la proposición de matrimonio. Cadal precisará mi palabra de que la Princesa Rhonwen tiene la intención de mantener su palabra antes de que él cumpla la suya. Todos estamos vinculados a esta tierra por una maraña de juramentos. Que sea yo testigo del juramento de matrimonio de Rhonwen será, sin duda, la mejor garantía. Será entonces cuando envíe más hombres, pero se quedarán en mar abierto para proteger el lateral de la fortaleza que da la costa, puede que los Cuervos vengan en barco, nunca se sabe.

Resultaba verdaderamente difícil descifrar la expresión del rostro de Rhonwen, ya que Dan le había dado la máscara.

—Puedo darte mi juramento de matrimonio ahora mismo, si eso nos ayudará —dijo Rhonwen que había recuperado gran parte de la compostura y la oratoria que la había caracterizado, a pesar de que le temblara la mano cuando se la daba al bardo.

—Muy bien.

El bardo se ajustó el manto, se peinó la barba rebelde con los dedos y adoptó una postura más formal. Macsen y los demás formaron un pequeño y estrecho círculo alrededor de Rhonwen y el bardo, como testigos de la promesa de Rhonwen. Aquella fue la ceremonia matrimonial más extraña que Úrsula pudiera imaginarse: una multitud de personas mojadas, ensangrentadas y a las que el viaje había ensuciado, una novia oculta tras una máscara de plata y sin novio. Sin embargo, según la ley de las tribus, aquella celebración era vinculante y Rhonwen había mantenido su palabra.

Todo aquello era una pequeña carga que pendía de la espalda de Macsen, quien logró dibujar una sonrisa en su rostro y besó la mejilla de la máscara de plata de su hermana.

—Fertilidad y prosperidad —susurró Macsen sin obtener ninguna respuesta de Rhonwen.

A Úrsula le resultaba imposible imaginar lo que Rhonwen pensaba, pero fuera lo que fuera, a Úrsula no le afectaba. No sentía ningún lamento silencioso en su cabeza, nada que no fuera el habitual

dolor de cabeza que le recordaba que Rhonwen y su antipatía estaban cerca. Inmediatamente, todos se montaron en los caballos, que apenas habían descansado, y cabalgaron veloces hasta Craigwen.

Úrsula no pudo recordar después mucho de lo que ocurrió después durante el viaje. Ahora podía cabalgar tranquilamente, siempre y cuando no tuviera que galopar o hacer algo más difícil. Estaba cansada por el esfuerzo que le había supuesto hacer uso de la magia, pero el poder que había en su interior apenas había disminuido. Le había quedado perfectamente claro que su magia era la única vía de escape para Macsen y sus hombres. Debía haber algo que ella pudiera hacer, aunque tenía que pensar en ello. ¿Podría hacer que la tierra temblara y destruir de algún modo el ejército romano antes de que les dieran alcance? ¿Podría hacerlo y soportar tantas muertes sin remordimientos? Sabía en lo más profundo de su ser que la respuesta se hallaba en el Velo que perseguía sus sueños.

Lo que Macsen necesitaba realmente era tener más hombres. ¿De dónde podría sacar un ejército que combatiera contra la legión romana? La respuesta era obvia aunque imposible. Incluso si ella pudiera alzar el Velo, lo que aún estaba por demostrar, ¿cómo podría hacer que funcionara donde ella quería que ocurriera? Úrsula estuvo dándole vueltas al problema durante el largo camino de vuelta. Le habría preguntado a Rhonwen pero el odio que esa mujer sentía hacia ella contaminaba el aire entre ambas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —preguntó finalmente Úrsula al bardo, quien aunque estaba sumido en sus propios pensamientos, asintió con la cabeza—. ¿Sabes algo del Velo? —Úrsula estaba sin aliento por el paso de la marcha—. ¿Puedes decirme cómo funciona?

—No exactamente, señorita. No conozco a ningún ser vivo que pudiera hacerlo y tengo mis dudas acerca de los muertos.

Úrsula hizo una pausa, sabía que el bardo sabía algo. Después de todo, era un mago a su modo.

—Cuéntame lo que sabes, por favor. No puedo preguntárselo a Rhonwen y necesito saberlo.

Dan había cabalgado hasta alcanzarlos y escuchaba cada palabra con una intensidad casi dolorosa.

—El Velo es sólo el nombre para uno de los lugares donde los muros entre los mundos son muy estrechos —comenzó a explicar el bardo—. Los druidas hacían aparecer por arte de magia lo que ellos consideraban puentes mediante sacrificios de sangre, oraciones, ayunos y rituales muy complicados. No sé si la nueva magia funcionará del mismo modo pero me enseñaron que el fin de un sacrificio es pagar el peaje, que la consumación del ritual radica en la concentración, que el objetivo del ayuno reside en liberar el espíritu y que la finalidad de la oración es la invocación de la fuente de poder que mantiene el universo en su sitio. Son temas sagrados, Úrsula, y hace tan sólo unos años me habrían destripado por habértelo contado, pero en verdad que no sé mucho más. Supongo que será como cualquier magia; confío en que sea tu voluntad la que la dirija y el poder el que lo permita. Tu alma invocará el poder incluso sin que le des un nombre. Eso es todo. Siento no poder decirte nada más.

Dan asintió con la cabeza, como si le pareciera que toda aquella información tuviera su lógica y como si el bardo le hubiera indicado la dirección exacta de vuelta a casa.

—¿Y es muy peligroso?

Fue Rhonwen la que contestó, sin que ninguno supiera que estaba escuchando la conversación.

—Es como dejarse llevar por una tempestad manteniendo el equilibro en el eje de una cuadriga, como nadar en medio de una vorágine. Claro que es peligroso —intervino la princesa nostálgica y ausente, que desdeñosa añadió: —No creo que alguien que teme ser una mujer tenga valor para hacerlo.

Antes de que Dan pudiera devolverle la contestación que tenía en la punta de la lengua, Rhonwen, con la melena morena ondeando como una bandera negra, les había dejado atrás.

—Si es peligroso, no creo que debas hacerlo —le aconsejó Dan

rotundamente.

—No soy quién para decir nada, sólo sé que si tienes dudas y aun así lo intentas, morirás. Son miles las historias de los druidas que no pudieron encontrar el camino de vuelta a casa cuando perdieron su… fe en el poder y en su voluntad —comentó Taliesin, a quien parecía incomodarle la situación—. Nadie puede persuadirte para que lo hagas pero si ése es tu destino, tampoco puedes huir de él—. El bardo, con gran pesar, también les dejó atrás.

—Úrsula, no debes hacerlo —replicó Dan a una Úrsula cuya expresión parecía tan inmutable como una piedra.

—Si no lo hago, todos moriremos, ya escuchaste las predicciones.

—Úrsula, podemos huir a Irlanda.

—Macsen no lo cree así. ¿Qué rey Combrogi permitiría que otro rey y sus mil quinientos guerreros se quedaran en su reino? ¡Qué demonios! Incluso yo sé que no saldría bien, apenas pueden estar cinco de ellos juntos en la misma habitación sin que estalle una pelea por cualquier motivo. No quiero ni pensar el combate que se desataría con mil quinientos hombres o más. No saldría bien, Dan. Macsen se decantará por la lucha, sabes que así será. Todos ellos lo harán para no padecer una vergüenza eterna, son guerreros. Apenas mantienen la cordura cuando la batalla y el honor están en juego.

Dan tenía que admitir que había considerado la remota posibilidad de ir a Irlanda.

—Entonces, ¿con qué finalidad alzarás el Velo?

—Para traer más hombres que luchen del bando de Macsen, ¿para qué sino?

—Ni siquiera entiendo cómo te lo puedes estar planteando, ¿de dónde los sacarás? Además, suponiendo que pudieras conseguirlo, los sacarás de sus hogares y les privarás de sus vidas, como hicieron con nosotros. ¿Qué derecho tienes a hacer algo así?

—¡No la tomes conmigo! —respondió Úrsula—. Sólo busco el modo de seguir con vida y de cumplir las promesas que hice a Alavna, a Macsen y la que te hice a ti. ¿Crees que podremos volver a casa si no aprendo a alzar el Velo? ¿Oíste a Prys cuando dijo que los hombres que nos perseguían pertenecían a la legión que destruyó Alavna? Probablemente algunos de ellos fueran los mismo, los exploradores de la segunda legión.

—No pretendo tomarla contigo, Úrsula, pero el tema del Velo es…

—¿Una locura? Sí, lo es. El mero hecho de estar aquí ya es una locura. El que seas un auténtico *berserker* es una locura; que yo haga magia es una locura; y, sin embargo, nada de todo esto tiene sentido —. El enfado de Úrsula se percibía claramente en el tono de su voz. Respiró profundamente y se tranquilizó—. Creo que puedo alzar el Velo. No he soñado otra cosa desde que llegamos aquí. Creo que podría hacerlo y sé dónde podría conseguir tantos hombres.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas las clases de historia con la señorita Enright en 6º de primaria?

—Sí, claro, fui yo quien te las recordó.

—Sí, vale, ¿te acuerdas del tema ése de las legiones?

—No mucho.

—Seguro que recuerdas lo que comentó por encima de una legión romana que desapareció. Había un libro que hablaba de ellos, era una historia pero no me acuerdo del título. Leímos una parte en clase, pero la cosa es que realmente no había nada que atestiguara lo que les ocurrió.

—La novena legión, llamada Hispánica.

—Exacto, tendría que haber imaginado que recordarías el nombre. Pues bien, ¿y si desaparecieron porque vinieron aquí? ¿Y si vinieron aquí fue porque yo los traje?

—¡Estás loca! Además, eso ocurrió hace unos dos mil años, ¡estarán más que muertos!

—Si estuviéramos en nuestro tiempo lo estarían pero, ¿en qué año estamos ahora?

—No lo sé —respondió Dan frunciendo el ceño— ni siquiera sé que emperador está en el poder. Creo que Boudicca lo fue en algún momento antes del año 70 d. C.

—Era una pregunta retórica, Dan —respondió Úrsula al sacarla de quicio mientras le daba palmaditas en la espalda— no era mi intención que lo adivinaras. Lo que quiero decir es que o nosotros también hemos retrocedido en el tiempo o hemos aterrizado en otro mundo, ¿me entiendes?, por lo que no creo que realmente importe ni el tiempo ni el espacio a la hora de alzar el Velo.

—Entonces, ¿cómo nos trajo Rhonwen hasta aquí? ¿Qué estaba buscando?

—También he estado pensando en eso —replicó Úrsula, que titubeó por primera vez, bajando el tono de su voz—. Creo que en estos momentos el Velo está en sintonía con las batallas. Antes solía soñar que atravesaba la amarillenta niebla del Velo y que llegaba al mar, al desierto o a cualquier otro lugar. Una vez incluso soñé que me quedaba atorada dentro de una roca, fue horrible. Sin embargo, ahora, por lo general, sueño con batallas, todo tipo de batallas. Una era en el espacio; ni siquiera creo que aún haya sucedido. Lo que quiero decir es, bueno, ya sabes a qué me refiero. Nosotros estábamos en Hastings, ¿no? Creo que Rhonwen persiguió su sueño, un sueño con el ejército normando que habría ayudado a Macsen. Incluso los sajones habrían servido de gran ayuda en estas tierras.

—¿Pretendes que crea que se equivocó en el período de tiempo?

—Sí, aunque no por mucho, si lo piensas un poco.

—¡Son más de 900 años!

—Sí, bueno, lo que sea, pero…

—¿Y tú crees que puedes hacerlo mejor?

—Sí, porque sé lo que estoy buscando. Rhonwen buscaba simplemente un ejército, yo busco a la novena legión en … ¿en qué año?

—Creo que hacia el 110 después de Cristo, no estoy seguro, no me acuerdo.

—Es una fecha bastante aproximada.

Dan supo entonces por la mirada de los ojos verdes de Úrsula que no merecía la pena continuar, que tenía la batalla perdida.

—Pero, Úrsula, si hemos vuelto atrás en el tiempo, quizás la novena legión ya esté aquí—. Las palabras de Dan obtuvieron el silencio como respuesta, un momento para sopesar aquella remota posibilidad.

—Dan, no creo que hayamos retrocedido en el tiempo. Éste no es nuestro mundo, no parece que lo sea. Nunca sentí que la magia recorriera mi cuerpo en el nuestro. Y tú, como ya sabes, tampoco eras un *berserker*, ¿o sí? Se supone que he de encontrar a la novena legión y traerla aquí, y sé que soy yo la que se supone que ha de hacerlo—. La obstinación enmascaró el rostro crispado de Úrsula, despertando en Dan la sensación de que estaba más perturbada de lo que él lo hubiera estado nunca y que discutir con ella no llevaba a ninguna parte.

—Prométeme que no te aventurarás a hacerlo tú sola.

—Pareces uno de esos programas infantiles: «Y recordad, niños, no intentéis hacer esto en casa, pedid a un adulto que os ayude»—. Los dos se echaron a reír, no porque tuviera gracia, sino porque

necesitaban suavizar la tensión que había en el ambiente.

Cabalgaron los dos juntos por el valle hasta llegar a los escarpados acantilados que culminaba Craigwen. Se sorprendieron al sentirse como si estuvieran en casa. Sería más tarde cuando Dan se percatara de que Úrsula no le había prometido que no lo intentaría.

XXV

Un Buen Plan

Macsen no perdió el tiempo y convocó un consejo de guerra con Kai y los líderes de las demás tribus. Tal y como Taliesin había anticipado, Cadal había aprovechado que el mar estaba en calma para zarpar, y con él, la imponente abuela de Macsen. El bardo tampoco perdió ni un segundo en enviar mensajes que informaran a Cadal de la confirmación de la promesa de matrimonio de Rhonwen. Puesto que la princesa no había expresado ningún signo de alegría por su matrimonio, Cadal podría haber temido que Rhonwen cambiara de opinión y que su decisión tuviera consecuencias desastrosas para la alianza. Gwyn y Prys registraron la fortaleza de arriba abajo en busca de cualquier prueba que desvelara un posible complot contra el rey. Los métodos que utilizaron no siempre fueron los más diplomáticos e interrogaron a todo aquel que hubiera simpatizado con Huw desde el primer momento. Sin embargo, fueron muy pocos los interrogados y no obtuvieron ninguna información ni encontraron ninguna pista de una posible traición en la fortaleza. Todos los hombres juraron total lealtad a Macsen y eligieron guardas de confianza que vigilaran las reservas de comida, el pozo y el arsenal.

Dan y Úrsula fueron invitados a asistir al consejo de guerra. Macsen rogó a Úrsula que llevara el vestido de sacerdotisa y los largos y holgados trajes que Rhonwen le ofrecía, argumentando que serviría para ganar la confianza de los aliados. Kai, Bryn, Dan y el bardo se vieron obligados a utilizar su persuasión para que Úrsula finalmente aceptara el manto azul y morado oscuro y el vestido rojo intenso que le facilitaban. Le había crecido el pelo durante los meses en los que se había conformado como guerrero, pero se lo aumentó ligeramente utilizando la magia para transformarse. Su pelo, que ahora le llegaba hasta la cintura, pendía como si fuera una cortina de color amarillo pálido imitando el estilo de Rhonwen.

—Pareces una auténtica mujer —dijo Bryn impresionado.

—Soy una mujer, estúpido escudero —respondió ella con una dulce sonrisa ya que sabía que podía confiar en la honestidad propia de un niño de ocho años y que, en realidad, ayudaba.

Sin embargo, no hay nada que facilite las cosas en un consejo de guerra. Los hombres se mostraban adustos y, a pesar de los meticulosos preparativos a los que Úrsula se había sometido, Macsen le brindó una mera mirada rápida y superficial y continuó hablando mientras hacía referencias a un mapa tridimensional hecho de arcilla que tenía delante.

—Mi plan habría sido que los hombres de Lud permanecieran aquí escondidos, en el bosque que domina las cumbres del valle. Podríamos haber esperado a que los Cuervos se asentaran en el valle, que empezaran a construir las máquinas para asediar la fortaleza, que armaran la balista para realizar el asalto por la muralla…, las estrategias que normalmente suelen hacer. Entonces, por la noche casi con toda seguridad, saldríamos del castillo, irrumpiríamos en masa y los atacaríamos por tres flancos. Si contara con más hombres, habría situado también algunas cuadrigas detrás que se ocuparan de una posible retirada.

—Habría servido de gran inspiración al bardo de Cadal para una buena canción —añadió el jefe de los Ordovicos, un hombre fornido, de rostro encarnado y con un bigote hirsuto de color rojo anaranjado —. Pero, ¿cuál es tu plan ahora que Lud se ha unido a la carroña?

Macsen dudó por un momento y fue Rhonwen quien tomó la palabra.

—No veo por qué ha de cambiarse el plan. Alzaré el Velo y traeré refuerzos.

Las incrédulas miradas de todos los hombres allí presentes que ahora estaban puestas en la mujer de la máscara de plata escondían cierta desconfianza.

—¿Y si el plan de la Princesa sólo trae… —el jefe de los Ordovicos dirigió la mirada hacia Úrsula y Dan— más desconocidos?

Antes de que pudiera remediarlo, Dan tenía ya la mano en la empuñadura de su espada pero la rosada mano que Kai le puso en el hombro le contuvo y le tranquilizó.

—Aun así, lucharemos —prosiguió Macsen con voz firme y autoritaria—. Permitiremos que comiencen con el asedio de la fortaleza, pero les complicaremos la vida: les contaminaremos el agua y la comida, provocaremos una epidemia y debilitaremos a las tropas. Correremos rumores acerca del poder de nuestras hechiceras y les mostraremos algunos pequeños trucos con el fin de debilitarles la moral y atemorizarlos. Entonces, atacaremos de noche, mataremos a tantos como podamos y …

—Moriremos —finalizó el líder de los Ordovicos. Hubo entonces un gran silencio. Los guerreros de todos los pueblos se miraron unos a otros y observaron el mapa de arcilla que tenían delante, prolongando el silencio.

—Es un buen plan —unas palabras que se vieron acompañadas de algunos asentimientos de cabeza de entre los presentes.

—¡Brindo por ello! —gritó otro.

Macsen permitió que una sonrisa seca se dibujara en su rostro. Dan volvió a respirar. Había tenido un nudo en la garganta, sabía que los Combrogi tenían más honor que sentido común. Se sentía orgulloso de que aquellas personas tan valientes y obstinadas lo hubieran aceptado.

Los líderes de las tribus y todos los demás comenzaron a beber cantidades descomunales de cerveza, a comer pequeñas reses de ganado y a cantar victorias pasadas durante casi toda la noche. Si tan sólo disponían de unos cuántos días de vida, no los malgastarían durmiendo. El plan de Macsen no requería racionar la comida almacenada y era una pena tirarla o dejarla para el enemigo. Entre una cosa y otra, los guerreros afilaban las espadas hasta conseguir una hoja lo bastante afilada como para seccionar huesos, engrasaban los petos de piel y preparaban los escudos. Muchos de ellos se untaban el cabello con cal y se preparaban para el combate. Caradoc les informó de que las tropas enemigas se estaban agrupando y que alcanzarían las puertas de Craigwen en un día. Los Combrogi habían decorado las

almenas con las cabezas colgadas de los Cuervos que habían matado en la batalla a la vera de hoguera. La cabeza del hombre que había muerto a manos de Úrsula era una de ellas, pero no podía mirarla, se sentía incapaz.

Úrsula sabía lo que tenía que hacer. Se levantó al alba tras una noche de pesadillas que revelaban algunas visiones del Velo. Le habría gustado transformarse en Cabeza de Jabalí ya que esa forma le resultaba más cómoda que la suya propia. Los meses de continuo ejercicio habían alterado su verdadero cuerpo, transformándolo en algo que ella apenas era capaz de reconocer: algo enjuto pero claramente femenino. Su nuevo estado físico le permitía moverse de otra manera pero parecía tener dificultades en encontrar el equilibrio en las extremidades. Había aprendido a luchar como Cabeza de Jabalí y ahora no tenía tiempo para acostumbrarse a Úrsula. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que debía abordar la misión sin ayuda de ninguna ilusión, ya fuera física o mental. Se dio un baño y se untó aceites por el cuerpo, tal y como lo había hecho para la ceremonia de nombramiento como guerrero. Se puso una sencilla túnica de lana y unas calzas de color marrón pálido, ambas prendas masculinas que se asemejaban más a lo que solía llevar en su mundo. Redujo la longitud de su pelo a la que debería tener, una extraña extensión entre largo y corto. Como le caía a la altura de los ojos, se lo sujetó en la parte posterior de la cabeza con un trozo de tela para despejarse el rostro. Finalmente, cogió la espada, un manto y un cuerno de agua proveído de un tapón.

No había comido nada desde que el bardo le hablara del ayuno ni tampoco había cogido ningún caballo. Le hubiera gustado despedirse de Dan o dejarle una nota por lo menos, en caso de que no regresara nunca más, pero los celtas no escribían y no había ninguna herramienta con la que escribir en toda la fortaleza. Sólo esperaba que pudiera comprenderla.

Debido a la alerta de guerra que se había declarado en la fortaleza, Úrsula no tuvo más remedio que intentar el truco que había utilizado con Bryn y el bardo. No pensó que por aquel entonces que hubiera funcionado, pero ahora no le quedaba otra opción que intentarlo una vez más. Deseó no ser visible y lo consiguió. No estaba segura de si sería invisible, pero sólo el hecho de que no pudieran verla era más que suficiente.

Tras una noche de poco descanso, Dan se despertó con el alba. Estaba seguro de que Úrsula no tardaría mucho en intentar alzar el Velo. Como no se atrevía a perderla de vista, pidió a Bryn que hiciera guardia para vigilarla. Bryn, que era mejor rastreador y más silencioso que Dan, la siguió hasta los baños, la vio desaparecer y regresó para contarle a Dan lo sucedido.

—Ha hecho el truco de desaparecer, pero puedes verla si te concentras. Busca el punto donde el aire hace ondas como en un lago.

Dan le dio las gracias a Bryn y salió en busca de Úrsula. Por suerte, Prys estaba en el puesto de vigilancia de la puerta principal de la fortaleza y le dejó pasar. Sabía que no tardaría en avisar a Macsen y a Kai pero no tenía tiempo para preocuparse de algo así, tenía que proteger a Úrsula.

Dan sabía que Úrsula tenía los sentidos muy desarrollados, por eso guardó una distancia considerable e intentó moverse con el mayor sigilo posible para no levantar ningún tipo de sospechas. Esperaba que Úrsula estuviera concentrada en lo que tenía que hacer y que no esperara que nadie la siguiera. Bryn estaba en lo cierto, si se escrutaba con la mirada, el aire cabrilleaba en algunos puntos. Dan dio por hecho que Úrsula se encontraba cerca de donde el aire ondeaba.

Había un lugar en lo alto de la colina del valle que había atrapado los sueños de Úrsula, un lugar cercano a un árbol en el que parecía estar tallado el rostro de una bruja. No fue muy difícil encontrar el árbol. Las colinas del valle no eran tan abruptas como las rocas sobre las que se levantaba Craigwen pero, para cuando alcanzó la cima, a Úrsula le faltaba la respiración y el dolor de cabeza volvía a atormentarla.

Úrsula bebió un poco de agua y se arrodilló cerca del árbol hechicero. Mamá le había llevado a la iglesia alguna vez y tenía que rezar al único Dios que conocía. No conocía a la Diosa de Rhonwen pero si se ella misma las había apañado para ser hombre o mujer, no esperaba menos de su Dios.

Llegado este punto, Úrsula repasó la lista del bardo mentalmente: ayuno, oración, sacrificio de sangre y ritual. Dan le había hablado del Príncipe druida Lovernios. Su muerte debería servir como sacrificio. Además, demasiada sangre se derramaría en los próximos días como para pensar en derramar ahora más, sería una aberración. El ritual era un problema en sí; no sabía nada del ritual salvo el juramento que había presenciado y en el que había participado. Úrsula desenfundó la espada con la austera gracia del guerrero en que se había convertido y la clavó en el suelo.

—Soy Úrsula Alavna ab Helen y juro por mi nombre que vengaré Alavna. Permíteme que ésta sea mi venganza—. El tono de su voz parecía débil e inseguro y se sentía estúpida haciendo aquello. «*¿Seguro que ése no podía ser el tipo de ritual del que el bardo había hablado?*». Pensó entonces que el baño, el ungüento de aceites y la elección de la ropa, todos los preparativos que había acometido para ese momento, ya conllevaban un significado litúrgico, o al menos eso esperaba. Era incapaz de pensar en qué otra cosa más podía hacer.

A pesar de estar en ayunas, Úrsula no sabía si con ello había liberado su espíritu. Lo único que sabía era que había perdido la sensación de hambre y de desmayo. Había llegado el momento de la oración.

Tampoco sabía qué decir. Le habían enseñado que matar no era ético, pero aquí no existía nada que no estuviera relacionado con el acto de matar. ¿Podía pedir al poder que mantiene a todo el universo en su sitio que unos hombres atravesaran el Velo con el único fin de matar y morir? Aquí la frontera entre los dos mundos era muy fina: podía ver a través de su mente una novena legión que estaba esperándola, podía oler el sudor de aquellos hombres, escuchar el tintineo de sus cotas de mallas y las pisadas de sus pies marchando sobre el barro. Se arrodilló entonces y adoptó la postura religiosa para rezar.

—Desconozco si tengo derecho a hacer este ruego, ni siquiera sé con qué nombre he de referirme a ti. Lo único que sé es que la novena legión me espera, que está ahí. Los Combrogi la necesitan. Quizás yo no soy quién para decidir nada. Será sólo tu voluntad la que permita que el Velo tome su forma—. Con la cabeza agachada, Úrsula esperó una respuesta de la Diosa.

Fue entonces cuando Dan pudo verla sin ninguna dificultad. Estaba sólo a unos veinte metros de distancia cuando un resplandor amarillento surgió frente a ella. Úrsula, que presionaba con fuerza los párpados de sus ojos cerrados, ignoraba que Dan estuviera allí.

La niebla amarilla que giraba y cambiaba constantemente de posición, se parecía más a una vorágine que a una neblina y se aproximaba cada vez más a Úrsula dando vueltas como si fuera a tragársela.

—Úrs… —Dan hizo el intento de llamarla, pero alguien le tapó la boca con una poderosa mano varonil.

—Pensabas huir, ¿no? ¡Tú, cobarde traidor! Sabía que no debíamos confiar en ti, desconocido. ¿Te cambias al bando de los Cuervos, desertor? Ya puedes suplicarles clemencia porque yo no tendré piedad alguna—. Era Gwyn, pero no había tiempo para explicaciones. Dan intentó liberarse del abrazo del guerrero Combrogi, tenía que llegar hasta Úrsula—. Tendrás que luchar contra mí. Tú solo, sin tu pequeña amiga hechicera.

Dan dudó por un momento a qué se refería Gwyn, hasta que recordó el entrenamiento en el que le pusieron a prueba y donde Úrsula y Dan habían herido su orgullo, un enfrentamiento que parecía que hubiera ocurrido hacía años. Dan gruñó para sus adentros, no era eso lo que necesitaba en ese momento.

Gwyn redujo la fuerza con la que lo tenía agarrado, pero sólo para poder desenfundar la espada. Brillante Asesina parecía querer salir por voluntad propia para ubicarse en la mano de Dan. Gwyn atacó lleno de rabia, con una brutalidad que Dan no era capaz de igualar. Estaba tan preocupado por Úrsula que no podía entregarse a su locura ni osaba adentrarse en su rincón de tranquilidad y seguridad. No se atrevía a rendirse a su voluntad, y en vez de hacerlo, se aferró a la lentitud de movimientos de su cordura e hizo todo lo que estuvo en sus manos. Gwyn endureció la ventaja que tenía sobre Dan, quien seguía esquivando sus ataques. Sin embargo, Gwyn era el mejor de los hombres de Macsen y Dan sabía que no podría vencerle si

mantenía la cordura. Gwyn alzó el brazo para asestar un golpe que Dan sabía que sería mortal, pero entonces, Úrsula gritó. Gwyn dudó por un momento y Dan pudo recuperar el equilibrio. Describió una curva con Brillante Asesina con todas sus fuerzas y acabó estrellándola contra la espada de Gwyn, que voló de sus manos pudiéndose escuchar la temblorosa vibración.

—¡Úrsula! —gritó Dan, que fue corriendo a salvarla.

Úrsula estaba de pie, dándole la espalda. ¿Por qué había gritado? La niebla amarilla, de unos diez metros de altura y que continuaba creciendo, se arremolinaba frente a ella como las fauces del dragón de Rhonwen. Úrsula alzó los brazos como si fuera a hacer una alabanza. De repente, una figura alta corrió hacia ella chillando algo que Dan no pudo entender. Era Rhonwen. Empujó a Úrsula hacia un lado, alzó los brazos y la niebla avanzó. Dan no supo diferenciar si el grito que escuchó cuando la niebla envolvió a Rhonwen fue de angustia o de placer. La niebla giraba a su alrededor como una serpiente enroscada hecha de una nube amarillenta hasta que, de repente, Rhonwen desapareció.

—¡Úrsula, no!

Parecía como si Úrsula fuera a seguirla, pero inexplicablemente, la niebla se estabilizó: lo que parecía ser un ser vivo pasó a asemejarse más a un fenómeno meteorológico. Algo había cambiado considerablemente, ya que Úrsula se tambaleó hacia atrás como si de repente se hubiera liberado de una poderosa fuerza física que la estuviera sujetando. El alivio de Dan al ver que Úrsula estaba aparentemente a salvo no duró mucho tiempo. Un gladius que hendió la niebla y la figura corpulenta de un soldado aparecieron de entre una penumbra entintada de amarillo. Dan supuso que el soldado se había dejado llevar por sus instintos porque, al no poder ver con claridad, empuñaba la pequeña espada dispuesto a atacar. Inexorable, avanzaba hacia una Úrsula aturdida, desarmada y que parecía no ser consciente del peligro que corría estando a tan sólo unos centímetros de la espada de aquel soldado. Dan corrió hacia ella pero Gwyn llegó primero. Dan era incapaz de imaginar lo que Gwyn debió haber pensado; quizás que Úrsula y él se habían aliado a los Cuervos. El soldado vestía prendas romanas, y por tanto, debía ser un enemigo. En consecuencia, Gwyn se preparó para atacar. Con el grito de guerra más aterrador que Dan nunca antes hubiera escuchado, Gwyn se

abalanzó hacia el enemigo, directo al corazón, pero para cuando alcanzó al adversario: diez soldados más habían flanqueado el blanco del Combrogi. Gwyn hizo caso omiso a las clases de Hane y, aun sabiendo que sería imposible ganar el combate cuerpo a cuerpo contra un enemigo que utiliza una formación en grupo, se lanzó contra él. Dan fue testigo de la muerte de Gwyn Alavna ab Mog, una muerte, sin embargo, digna de un guerrero.

Dan se interpuso delante de Úrsula, que temblaba fuera de control.

—Tranquila, Úrsula. ¡Yo te protegeré!

—¡¿Contra una legión entera?!

Al ver que una multitud de hombres atravesaban el Velo, Dan comprendió que Úrsula tenía razón. Había alzado el Velo y la novena legión lo estaba atravesando. Entonces, Dan agarró con fuerza a Brillante Asesina. ¿Y ahora qué hacían?

XXVI

Fuerza y Debilidad

Úrsula parecía haberse calmado y, por la extrañeza de sus ojos, Dan pensó que quizás había sufrido un choque emocional.

—¿Fuerza o debilidad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Dan.

—¿Qué respetarán, la fuerza o la debilidad?

Dan miró el cadáver ensangrentado del mejor hombre de Macsen.

—Acaban de matar a la fuerza.

Úrsula asintió sin apartar la mirada del rostro del hombre al que había identificado como líder de la legión.

—Dan, cuando me adelante, quiero que huyas y busques a Macsen, a Kai y al bardo. Date prisa, no puedo mantener el Velo estable por mucho más tiempo —dijo Úrsula entre dientes. Dan la miró, estaba pálida y, a pesar de que aún era pronto para que el sol hubiera calentado la fría cima de la colina, en su frente brillaban gotas de sudor. Dan quería discutir con ella esa decisión, no podía dejar que ella sola se enfrentara a un ejército entero aunque si la situación empeoraba, también sabía que él sólo no podría acabar con toda una legión. De mala gana asintió, no tenía grandes esperanzas de que aquellos hombres le dejaran huir tan fácilmente.

La primera línea de la fila no había avanzado, de modo que Dan sólo llegaba a ver unos treinta soldados más algún que otro brazo o pierna de otros que aún continuaban envueltos en la niebla. No le

cabía ninguna duda de que el resto de la legión avanzaría si el Legado lo ordenaba.

Úrsula se adelantó y se postró a los pies del Legado a sabiendas de lo que hacía. Fiel a su palabra, Dan echó a correr. Úrsula debió de haber hecho el truco de «lo que no se ve», porque nadie pareció darse cuenta de que se había marchado. ¿Cómo podría convencer a Macsen de que la llegada de una segunda legión romana a las puertas de la fortaleza sería algo positivo? Desde la altura donde se encontraba Dan, podía divisar en la lejanía una nube de polvo que indicaba el avance de la vanguardia de la segunda legión. Se le encogió el estómago por el miedo y corrió hasta la fortaleza. No había mucho tiempo.

Úrsula agachó la cabeza un instante como si fuera a orar. Los romanos la miraron con frialdad pero no hicieron ningún movimiento que revelara alguna intención de matarla.

—Gracias a Dios que habéis venido. Sois la respuesta a mis oraciones. ¡Bienvenido seas Legado de la novena legión! No ha habido ninguna otra aparición mejor recibida que ésta.

Su instinto le decía que aquel hombre tenía que ser el Legado. Lo había invocado primero en su mente para que atravesara el Velo. A pesar de que le temblaba todo el cuerpo debido a los incontrolables nervios y la presión de tener que mantener el Velo, lo miró sin poder esconder la razón de su invocación, sus ojos lo decían todo. «¡Dios, haz que salga bien!»

Sin duda, aquel hombre era un veterano soldado, bajo pero ancho de hombros y con una mirada poderosa. Tenía los ojos de una azul penetrante y el pelo negro matizado con canas. No parecía ser romano, sino más bien una versión envejecida de Caradoc. ¿Sería posible que también perteneciera a la tribu de los Silures? Úrsula intentó recordar todo lo que sabía de la milicia romana. No le costó mucho trabajo, acordándose entonces de que las naciones conquistadas servían en el ejército romano pero, ¿podía alguien que no fuera romano llegar a tan alto cargo? ¿Acaso importaba eso ahora? Úrsula recapacitó. Seguro que aquel hombre la mataría, ¿qué importancia tenía saber si su ejecutor tenía orígenes celtas o no? Le costaba respirar. Aquel hombre que la miraba cauteloso e inquisitivo alargó el silencio hasta que los tensos nervios de Úrsula explotaron. Se quedó inmóvil y evitó mirar el cadáver descuartizado de Gwyn.

Cuando el Legado finalmente habló, pareció estar realmente sereno para ser alguien que acababa de atravesar el Velo y que acababa de matar a una persona.

—Mujer, esta bienvenida me resulta de lo más incomprensible. Primero nos atacan y ahora tú nos deleitas con oraciones de agradecimiento. ¿Qué lugar es éste?

—Se llama Craigwen, señor. Nos encontramos justo del otro lado de las puertas de la fortaleza, una fortaleza condenada a ser asediada por una legión llena de rufianes. El guerrero contra el que combatisteis pensó que erais el enemigo. Es mi más sincero ruego que no lo seáis.

Reinó el silencio.

—Desconozco la existencia de una legión repleta de rufianes y nunca antes he oído hablar de Craigwen. ¿Qué está pasando aquí? Dime la verdad, mujer, la paciencia no es mi mayor virtud.

Úrsula no sabía por dónde empezar.

—La niebla amarilla que rodea a tus hombres —comenzó a explicar vacilante— es una vía rápida para llegar a otro lugar y os ha traído a un territorio muy lejos del que abandonasteis. Rezo para que os haya traído para ayudarnos—. Úrsula respiró profundamente, aún seguía con vida, y sintiéndose más segura, prosiguió con la explicación —. Pertenezco a las tribus indígenas y los romanos, a los que llamamos Cuervos, están masacrando a nuestra gente, incluso han torturado a nuestras mujeres y niños en nombre de un oscuro emperador —nunca había escuchado hablar de un emperador oscuro o algo así. Macsen no tenía tiempo para explicar las políticas del Imperio, pero los Cuervos luchaban bajo las órdenes de alguien y quienquiera que vanagloriara la muerte no podía ser buena persona. Úrsula, frenética, improvisaba la explicación. Se había preocupado tanto por alzar el Velo y traer a la novena legión que no había pensado en lo que les diría cuando llegaran—. Tengo cierto poder sobre la niebla amarilla y sobre esta vía rápida. Alcé el Velo para traeros porque aparecía en mis sueños con tu legión. Advertí que no erais un hombre que matara a inocentes y oré para que un hombre noble y honesto dirigiera este ejército de nuestro lado contra los

Cuervos que quieren aniquilar las pocas tribus británicas que quedan.

—¿Eres un druida?

—No exactamente.

—Es la primera vez que oigo hablar de esta niebla. ¿Y quién es ese emperador oscuro? —preguntó el Legado manteniendo la dureza en el tono de su voz ante la falta de credibilidad de lo que estaba escuchando.

—Señor, no conozco su nombre pero sus hombres marchan bajo su estandarte, el símbolo de los Cuervos, y un hombre que responde al nombre de Suetonio cumple sus órdenes.

—El único Suetonio que conozco —dijo con el ceño fruncido— está muerto. Fue un buen soldado aunque ejerció con dureza la represión sobre las tribus—. La desconfianza no desaparecía de su mirada y Úrsula sintió que se le caía el alma a los pies. No podía tirar la toalla ahora que había llegado tan lejos. Deseaba tener a Dan cerca, él tenía el don de inspirarle confianza.

—Lo único que puedo decir es que he visto con mis propios ojos lo que nos han hecho unos hombres vestidos con las prendas que representan a Roma. Sois la respuesta a mis oraciones, por eso estáis aquí, ¡tenéis que ayudarnos!

La desesperación empezaba a apoderarse de Úrsula y sentía que el control sobre el Velo se le escapaba de las manos, aunque no perdía la esperanza.

—¿Por qué sudas? ¿Tienes miedo? ¿Nos has tendido una trampa?

Úrsula negó con la cabeza y respondió:

—Es muy complicado sostener la vía que creé a través de la niebla amarilla. Temo que algunos de tus hombres pierdan la vida y os separéis si decae.

—¿Me estás amenazando?

—Mira hacia atrás —respondió volviendo a negar con la cabeza— aún puedes ver que algunos están atrapados en la niebla.

Una ojeada confirmó que Úrsula decía la verdad.

—¡Avancen 10 pasos! —ordenó el Legado.

Úrsula retrocedió apartándose de su camino y vio como los demás soldados de la fila atravesaban la niebla y parpadeaban confusos por la condensada luz del día que les deslumbraba. Como era de esperar, los que habían estado envueltos en la niebla parecían asustados. Sin embargo, sabía que detrás de ellos quedaban muchos más.

—¿De qué va todo esto?

El gladius del Legado estaba tan sólo a unos centímetros de la garganta de Úrsula, que hizo grandes esfuerzos para mantener la firmeza del tono de su voz.

—Desconozco el espesor de la niebla, no puedo cambiar su naturaleza. Si no la atraviesan todos, algunos de tus hombres quedarán atrapados en ella —explicó Úrsula luchando contra el pánico que sentía. ¿Qué más podía decir? Podía sentir la frustración en las lágrimas que le escocían en los ojos, nada estaba saliendo bien. Debía haber un modo de convencerles para que les ayudaran. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho: había invocado a una legión romana y pretendía que luchara del lado enemigo, contra los de su propia sangre. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Y si la legión no luchaba del lado de los Combrogi? ¿Y si Macsen pensaba que había traído a través de la niebla a todo un ejército de posibles enemigos? Los Combrogi ya tenían demasiados enemigos—. No creo que debáis atravesar todos la niebla hasta que hayáis hablado con el Rey Macsen —añadió rápidamente con voz temblorosa, recriminándose inmediatamente haber mostrado debilidad en el tono de la voz. En su lucha por sostener el Velo, su cuerpo estaba empapado de sudor.

—¿Y quién es el Rey Macsen? Espero que él se explique mejor de lo que te explicas tú, mujer. Estoy empezando a perder la paciencia —

replicó el Legado, que enfundó el gladius. No por ello Úrsula se sintió más aliviada.

Se produjo de nuevo un gran silencio, también prolongado. Allí estaba Úrsula, sola, encarada a unos sesenta legionarios romanos armados y sin saber qué hacer a continuación. Se arrodilló y cerró los ojos, en parte para no tener que mirar las filas de impecables armaduras, cascos con plumas y frías miradas, y para poder concentrarse en sostener el Velo. En cierto modo, también oraba. Rezaba la sobrecogedora repetición de «*Dios mío, ¿qué he hecho?*».

Pasado un tiempo, que se hizo interminable, Dan apareció acompañado de Macsen, Kai y Caradoc. Parecían estar enfadados, aunque cautelosos. Dan, sin embargo, estaba pálido y tenía un corte debajo del ojo, como si alguien le hubiera dado un puñetazo. No parecía sufrir su locura, lo que la desconcertaba: no sabía si era una buena o mala señal. Observó también que Kai y Caradoc estaban magníficos ataviados con toda la vestimenta necesaria para la batalla. Hubo una especie de reorganización intencionada entre los legionarios, como si ellos también percibieran poder al verlos aparecer y les infundieran respeto. ¿Habría sido mejor el encuentro si se hubiera presentado ante ellos como Cabeza de Jabalí?

El rostro de Macsen se iba contrayendo por la ira a medida que avanzaba y veía las tropas y el cuerpo yaciente de su mejor hombre, Gwyn. Sin embargo, reprimió sus emociones. Saludó con la cabeza al Legado y le mostró las manos para indicarle que iba desarmado.

—Veo que mi hechicera se ha superado a sí misma. Desearía poder ofreceros una cálida bienvenida pero mientras hablamos, una de vuestras legiones se acerca a las puertas de mi fortaleza. Tampoco puedo negaros que me desagrada ver otra más aquí.

Úrsula contuvo las ganas que la impulsaban a adentrarse en el Velo y que la niebla se la tragara, pero sólo el imaginarse allí con el resto de la legión le echaba para atrás. Aunque pareciera extraño, el Legado parecía sentirse más cómodo con las agresivas palabras de Macsen que con la bienvenida con la que ella le había recibido. Lanzó una mirada de auxilio a Dan, pero la expresión de su rostro era bastante fría. Incluso él pensaba que se había equivocado, pero aun así, no lloraría, se enfrentaría a todo como el guerrero que había demostrado ser y no se disculparía. Incluso si cabía la posibilidad de

que pudiera haber cometido un error, los Combrogi no habían perdido nada. Era imposible que ganaran y ella sólo les había dado la oportunidad para hacerlo. Si el intento había fracasado, sólo les quedaba morir y, de todas formas, lo harían una sola vez.

Úrsula estaba tan inmersa en sus propios pensamientos que ni siquiera se percató, en un primer momento, de que sesenta miradas estaban puestas en ella, y cuando lo hizo, se dirigió a Dan y le preguntó en inglés:

—¿Qué?

—Úrsula, te has transformado en Cabeza de Jabalí.

Dan tenía razón y no era raro de esperar que los romanos la miraran sorprendidos. Las prendas que llevaba amenazaban con cortarle la circulación pero Úrsula desgarró la túnica y las calzas para mostrar la increíble físico de su alter ego.

—Es cierto que es una hechicera —dijo el Legado, cuya compostura vaciló por primera vez.

—Cabeza de Jabalí puede transformar su apariencia —bufó Macsen— y mucho más, pero no fui yo quien ordenó que os invocara para que lucharais por nosotros. Vengáis de donde vengáis, sois romanos y eso os hace nuestro enemigo.

—Ella…em —vaciló el Legado, que parecía estar sopesando lo ocurrido— nos dijo que los romanos aquí han intentado acabar con las tribus. ¿Es eso cierto?

Cuando Macsen asintió lacónico, las filas comenzaron a murmurar pero una mirada del Legado fue suficiente para acallarlos.

—¿Quién es el emperador aquí? —preguntó el Legado.

—El Señor y Dios, César Domiciano Augusto — la respuesta de Macsen acalló ahora al Legado.

—El hombre del que habláis está muerto, lo sé de buena fe—. Por el exagerado rubor del Legado, Úrsula tuvo la impresión de que la muerte de aquel emperador le afectaba directamente—. No serviré a ningún hombre que habiendo tomado un nombre maldito proclame ser ahora el emperador de estas tierras. El emperador al que yo sirvo es Nerva Trajano Germánico. ¿Por qué nunca antes he oído hablar de este falso emperador?

Dan aprovechó ese momento para intervenir en la conversación:

—Tengo entendido, señor, que está destinado en York. Es fácil no conocer cierta información cuando el campamento base está a tantos kilómetros de distancia. Mientras estabais allí, desconocíais lo que estaba ocurriendo aquí: que la segunda legión había logrado seguir sembrando la política de terror sobre nuestras tribus.

—¿Cuántos pueblos han sobrevivido?

—Seremos unos tres mil hombres —respondió Macsen con firmeza. Estaba demasiado desesperado como para andarse con rodeos.

—¿Y cuántos viven en las tribus de los alrededores?

—Ninguno capaz de luchar.

El rostro del Legado se endureció y, con una mirada escrutadora, se fijó en Caradoc. Los complicados tatuajes que decoraban los antebrazos de Caradoc delataban sin lugar a dudas su pertenencia al pueblo de los Silures.

—¿Cuántos Silures quedan con vida? —le preguntó el Legado en la lengua de la tribu, al haber reconocido los tatuajes.

—Soy el único guerrero de mi tribu en Craigwen. No sé cuántos más seguirán con vida, lo desconozco.

La mandíbula del Legado se tensó.

—Mi abuela pertenecía a una familia noble de la tribu de los Silures —explicó el Legado—. Muchos de mis hombres, en especial las tropas auxiliares, proceden de tribus británicas. No es habitual contar entre nuestras tropas con tantos soldados de las tribus conquistadas que luchen del lado de sus conquistadores en su propio país. Para ellos, es una situación bastante complicada—. El Legado miró pensativo a Úrsula, que aún continuaba teniendo la apariencia de Cabeza de Jabalí—. No me gusta la actitud de ese emperador. Viví poco tiempo en la Roma del verdadero César Domiciano Augusto, en el último período de su política de terror. No puedo decir que mi familia prosperara durante ese reinado de crueldad; por eso, quienquiera que haya elegido revivir su nombre merece su mismo destino.

—¿Y cuál fue? —preguntó Macsen ecuánime.

—Lo asesinaron, aunque muchos de sus asesinos murieron más tarde a manos del ejército. Fue lo suficientemente inteligente como para asegurarse un ejército leal y bien remunerado —explicaba el Legado con tono amargo—. Este falso emperador no ha elegido el nombre oportuno, aunque podría despertar gran interés entre algunos soldados. Cuesta creer lo que decís, ¿qué podéis ofrecerme como prueba?

Macsen cogió una bolsa de monedas de oro romanas de su cinturón y se la extendió. Todas las monedas tenían estampadas la cabeza de César Domiciano Augusto, y en el reverso aparecía la figura de un cuervo. El Legado examinó con sumo cuidado cada una de las monedas.

—No conozco ninguna legión que luche bajo el estandarte de un pájaro carroñero —replicó devolviéndole la bolsa.

Macsen habló entonces, midiendo todas y cada una de sus palabras:

—Sé que ningún honorable romano aceptaría combatir a cambio de oro, pero si pudierais ayudarnos a liberar nuestras tierras de la opresión de los seguidores de este estafador, todas nuestras riquezas serían insuficientes para expresar nuestro agradecimiento.

—Si la legión de la que habláis —dijo el Legado entrecerrando los ojos— realmente lucha en nombre de un estafador, cualquier romano que se precie no podría hacer otra cosa que unirse a vuestro ejército para acabar con ellos. Ningún romano leal haría la vista gorda ante una rebelión. Cabe la posibilidad de que no seamos vuestro enemigo, pero necesito alguna otra prueba—. El Legado hizo una pausa —me preocupa el estado en el que se encuentran mis hombres. ¿Permitiríais que vuestra hechicera los trajera a través de…? —dijo señalando en dirección a la niebla amarillenta.

Macsen miró a Kai, que intervino a continuación:

—Sólo podemos morir una vez —dijo con una sonrisa entre dientes.

Úrsula se sobresaltó al escuchar sus reflexiones de boca de Kai.

—¿Con cuántos hombres contáis? —preguntó Macsen lentamente.

—Seis mil.

En el brillo de los ojos de Macsen se atisbaba cierta esperanza.

—Úrsula, Cabeza de Jabalí, ¿puedes sostener el Velo para que lo atraviesen tantos hombres?

Dan le había ofrecido a Úrsula, que continuaba siendo Cabeza de Jabalí, su manto para cubrir la necesaria aunque quizás ostentosa desnudez de su cuerpo. Todos los ojos estaban puestos de nuevo en ella. Úrsula asintió y preguntó:

—¿Tenéis carros de víveres?

—Sí.

Úrsula pudo sentir el alivio de Macsen. Si el Legado resultaba ser un aliado, no tenían ni por asomo suficientes provisiones para alimentar a su ejército.

—Intentaré que también atraviesen el Velo.

Tan difícil empresa llevó su tiempo y para cuando el último hombre atravesó el Velo, el sol coronaba el cielo. Mientras, Macsen y el Legado no había cesado de hablar durante casi todo ese tiempo.

El Legado no había mentido: muchos hombres hablaban entre ellos utilizando las lenguas de las tribus. Había más de un brazo tatuado en azul revestido en la cota de malla de la novena. A la orden del Legado, el ejército se organizó rápida y ordenadamente. Cuando el primer *contubernium* formado por ocho hombres emergió de la niebla, alzaron un campamento en el bosque y cada nuevo contubernium que la atravesaba se unía a ellos hasta que la centuria estuvo completa. Las seis centurias, que conformaban cada cohorte, organizaron los campamentos en grupos contiguos. Era un milagro de la organización militar. Toda la cima de la colina no tardó en estar invadida por miles de hombres, hombres aprovisionados y al calor de las hogueras. Un frondoso bosque poblaba la colina que coronaba el valle, de modo que había madera suficiente para avivar las hogueras y mucha vegetación en la que guarecerse. Sería difícil reparar en la presencia de la legión, incluso desde Craigwen, y pasaría inadvertida desde el valle. ¿Podía ser posible que el plan a medio confeccionar de Úrsula pudiera funcionar? ¿Era posible que los romanos lucharan entre ellos? De repente, Úrsula se sintió agotada y sintió mucho frío. Por alguna razón, le volvía a doler la cabeza, como si Rhonwen estuviera cerca. Entonces, un espeluznante pensamiento le vino a la mente: se había olvidado de informar a Macsen de la desaparición de Rhonwen en el Velo. Úrsula se tambaleó, pero Macsen apareció a su lado para sujetarla. Una horrible visión fue lo último que se le pasó por la mente antes de perder el conocimiento. Mientras hacía grandes esfuerzos por sostener el Velo, la reconfortante mole de Cabeza de Jabalí se había transformado de nuevo en la verdadera figura de Úrsula, y ahora que volvía a ser ella, volvía a ser vulnerable.

XXVII

No por completo

Úrsula se despertó en la oscuridad que ofrecía la cámara de Macsen. Bryn y Braveheart dormían juntos en el suelo sobre un montón de objetos desordenados. Aún continuaba desnuda, salvo por el manto que la cubría, y seguía siendo Úrsula. Había un montón de prendas sobre la cama, ropas para la batalla. Se concentró en obtener la corpulencia de Cabeza de Jabalí sin obtener ningún resultado. La magia que antes corría por sus venas había desaparecido. Se sentía completamente apesadumbrada sin su magia. A pesar de ello, se vistió con las prendas de Cabeza de Jabalí, limitándose a apretar el cinturón varios agujeros más y pasó de puntillas por encima de Braveheart, que abrió un ojo, pero enseguida volvió a dormirse.

Úrsula creyó escuchar que alguien pronunciaba su nombre. Al salir, observó que el patio estaba abarrotado de gente, la mayoría eran forasteros. No reconoció a ninguno de los que estaban allí. La extraña sensación aún persistía en su mente. Aquellos hombres en el patio pateaban el suelo con los pies para combatir el frío mientras bebían largos tragos de la cerveza de sus cuernos, jugaban a los dados o afilaban las espadas. Fuera lo que fuera lo que parecieran estar haciendo, sabía que simplemente aguardaban el gran momento. El miedo y la esperanza, como si fueran especias, aromatizaban el aire. El día del juicio de los Combrogi estaba cerca.

Úrsula escuchó la comidilla del patio. Los Cuervos habían llegado ya y habían levantado el campamento. Ocupaban todo el valle. Macsen no les iba a conceder mucho tiempo para acomodarse. Los Cuervos pensaban asediar Craigwen, pero Macsen iba a plantarles cara con una batalla. Al alba, los Cuervos saborearían la muerte a la manera celta. Sin embargo, nadie mencionaba a los aliados, ¿acaso no lo sabían o es que había soñado el encuentro con la novena legión? Decidió, entonces, ir en busca de Dan o de Kai. Nadie parecía darse cuenta de su presencia. De repente, tuvo la extraña sensación de que realmente no estaba allí por completo.

No lo había soñado, el Legado estaba sentado en el Gran Salón. Llevaba un largo manto provisto de una capucha que escondía sus prendas de legionario romano y se había quitado el distintivo casco de plumas. Macsen y él estudiaban minuciosamente el mapa de arcilla. Quizás el hecho de ver que los Cuervos acampados luchaban bajo extraños estandartes había sido la prueba definitiva que el Legado necesitaba. En cierto modo, Macsen había dicho la verdad: los Cuervos defendían a un emperador que no era el mismo que el del Legado. Ya fuera porque el Legado procedía de otro tiempo o de otro mundo, o porque la segunda legión realmente era un grupo insurrecto que servía a un emperador que era un impostor, Úrsula no sabría decir a qué se debía. Su mente se negaba a analizar todas las posibilidades; sus conocimientos de historia no eran muy buenos. Quizás Dan sabría algo. Lo que realmente le importaba era que el Legado parecía dispuesto a luchar del bando de los Combrogi.

Los dos líderes estaban a solas, salvo por la presencia de los guardias que los flanqueaban, el mismo número de Combrogi que de centuriones. No había ninguna duda de que habían estado muy ocupados mientras ella dormía. Parecía como si la novena legión se hubiera ocultado entre la vegetación en las colinas a ambos lados del valle, de acuerdo con el plan que Macsen ya había ideado. Lo único que debatían eran los detalles relacionados con la formación de ataque: la ubicación de la caballería, de las tropas auxiliares y el cuerpo principal de la legión. Úrsula no sabía el tiempo que había estado durmiendo pero debía de haber sido mucho porque parecía que Cadal había vuelto de Irlanda y estaba amarrado en alta mar en caso de que una batalla naval fuera necesaria. Se preguntó entonces si alguien había informado a Macsen de la desaparición de Rhonwen. ¡Rhonwen! Ahora que lo pensaba, estaba segura de que la voz que había creído oír era la de Rhonwen. ¿Había regresado del lugar donde el Velo la había llevado? Le habría gustado contarle a Macsen lo que le había sucedido a su hermana, pero parecía como si no supiera que estaba allí. Ni Macsen ni el Legado sabían que estaba allí, ni siquiera los guardias le cortaron el paso. ¿Dónde estaba Dan?

Finalmente lo encontró en las viejas almenas hablando con Kai.

—Te agradezco el casco, Kai, pero no puedo utilizar ni el peto ni el escudo en el campo de batalla. En realidad, nunca antes he participado en una batalla. No pienses que no te estoy agradecido, lo

que pasa es que dificultarían mis movimientos. Agradezco tus consejos, pero de todas formas, soy incapaz de defenderme cuando la locura se apodera de mí.

Úrsula, de pie, se había situado al lado de Dan, pero Dan parecía ignorarla. Pensó entonces que se había quedado atrapada en su truco de «lo que no se ve» sin ayuda de la magia.

—¡Dan! —gritó Úrsula con una voz que retumbaba estridente y desesperada en sus oídos y que los de Dan ni siquiera advirtieron.

—¿Cómo está Úrsula? —preguntó Kai para cambiar de tema— ¿Algún cambio?

—No, respira pero nada más. Lleva así ya tres días. ¿Cuánto tiempo puede aguantar alguien sin comer? —La confusión enturbió la expresión del rostro de Dan. Kai le agarró el brazo para consolarlo y Dan recobró la compostura—. ¿Macsen sigue a la espera de que se recupere?

—Rufinus, el Legado, le está presionando para que ataque al amanecer —respondió Kai encogiéndose de hombros— es lo que todos piensan. No creo que puedan mantener en secreto la existencia de la novena legión por mucho más tiempo—. Kai echó un vistazo a su alrededor y bajó tanto la voz que incluso Úrsula tuvo que agudizar el oído para escucharle—. Corre el rumor de que Macsen los traicionará y que él y Lud de los Brigantes combatirían para saber quién se supone que es el títere más poderoso de los Cuervos. No todos piensan así, pero muchos están preocupados. No creo que Macsen pueda esperar mucho más tiempo y aún cuenta con el apoyo de los guerreros.

—No entiendo por qué Macsen está esperando a que Úrsula despierte. Lo que quiero decir es que por qué se interesa por ella ahora si jamás había mostrado ningún tipo de interés antes.

—¡Lo que quieres decir es que no ha sido el mismo desde que la vio desnuda! —respondió Kai entre carcajadas—. Ay, se preocupa lo suficiente por Úrsula, es una mujer preciosa y encantadora, pero no se trata de eso. Macsen necesita presentar a nuestros hombres a una auténtica hechicera o a un verdadero hechicero para que pueda dar fe

de que la novena legión procede de otro mundo. Existe el riesgo de que nuestros guerreros combatan contra la novena legión y no contra los Cuervos si Macsen no se lo explica y de que no se sumen a la batalla si Macsen lo hace.

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron en silencio. Úrsula, mientras tanto, notaba su rubor.

—La estrategia que Úrsula eligió fue muy arriesgada —apuntó Kai.

—Sin embargo, nos ha concedido una oportunidad cuando no teníamos nada —respondió Dan acalorado.

—«Ok», Piel de Oso. No hace falta que defiendas a tu Úrsula de mí. Vayámonos y busquemos al hombre en cuestión. Seguro que en este momento incluso él estará cansado de hablar de tácticas y estrategias bélicas; Macsen se complica demasiado, como Hane. Según como yo lo veo, tú atacas, matas al enemigo y nos vamos a casa. ¿Dónde está la complicación? —Dan empezó a reír y los dos juntos se encaminaron hacia el Gran Salón.

Úrsula se desplomó en el suelo. Macsen la necesitaba y, sin embargo, llevaba tres días inconsciente. Kai pensaba que era encantadora y Dan que Úrsula había hecho lo correcto, pero nadie podía verla. Había perdido la magia y llevaba tres días sin comer. Se sentía demasiado débil como para agrupar tantos y tan inconexos pensamientos en un mismo esquema mental. Y lo que era peor, creía escuchar que Rhonwen la llamaba en su mente, el eco distante de una llamada, como si Rhonwen estuviera realmente lejos, pero una llamada al fin y al cabo. Preferiría no tener que escucharla. Quizás debería comer algo.

Se había preparado una fiesta y la comida se servía en el Gran Salón. El aroma a cochino asado le hizo caer en la cuenta de lo realmente hambrienta que estaba. Cogió un muslo, pero parecía que nadie lo había notado. Las gotas del suculento jugo de la carne que le recorrían la barbilla y la garganta le devolvían la fuerza y la magia. La magia parecía gotear por su cuerpo como el hilo de un río poco caudaloso en vez de recorrerla entera de arriba abajo, pero al menos no la había abandonado. Encontró un apacible rincón en tan

abarrotado salón y, de manera gradual, fue recuperando la energía necesaria tras tres días de ayuno.

Pocos hombres parecían comer con el mismo entusiasmo de siempre y la mayoría había sustituido el atiborrarse de cuernos de cerveza por beber copas de agua. Mientras comía, pudo sentir tanto el nerviosismo de la batalla de más de uno y la necesidad de tener las ideas claras, como el nerviosismo de la batalla de otros muchos y la absoluta necesidad de emborracharse. Parecían distinguirse dos escuelas de pensamiento entre los congregados. Vio que, aunque faltaba alguien entre los hombres de Alavna, estaban comiendo juntos. Entonces, un inesperado pinchazo de dolor le recordó que el ausente era Gwyn. Todos estaban comiendo, aunque con moderación y compartiendo la camaradería de un silencio meditabundo. A medida que recuperaba la magia, Úrsula podía sentir una extraña aura multicolor de miedo y entusiasmo que enturbiaba la sala, parecida a una neblina, y respirarla resultaba estimulador. Sintió, entonces, el nerviosismo de las primeras mariposas en el estómago.

A pesar de la amplitud de la sala, era imposible que acogiera a tres mil hombres. Las puertas estaban abiertas para recibir a los que estaban sentados fuera comiendo en el patio. El Legado, Rufinus, y los demás líderes de las tribus compartían el diván de Macsen o estaban arrodillados a su lado.

Macsen realizó con la mano el gesto guerrero utilizado para pedir silencio. Por una vez, se hizo el silencio casi de inmediato y todos dirigieron las miradas al rey. Úrsula se abrió paso con cuidado entre los guerreros que estaban sentados y se situó al lado del diván sin que nadie pudiera verla.

—Estamos aquí todos reunidos, los más nobles que de toda Britania hemos sobrevivido. Todos sabemos por qué estamos aquí, porque hoy comienza la liberación de Britania, porque todos hemos unido nuestras fuerzas y porque no sentimos predilección por la servidumbre. Nos hemos reunido aquí para derrotar a los Cuervos, quienes saquean, asesinan y violan a nuestra gente, y quienes recurren al falso nombre de «imperio» para hacerlo, y llaman «paz» a la desolación que han sembrado —el clamor y el ruido de los golpes de lanzas y escudos inundó la sala hasta que Macsen volvió a alzar la mano pidiendo silencio—. Aquí, en las últimas tierras britanas exentas de la esclavitud, podemos conseguir la victoria. Podemos derrotar al

ejército carroñero que despliega la negra sombra de sus alas sobre nuestras tierras. Han violado a nuestras mujeres, asesinado a nuestros hijos y destruido nuestros santuarios, pero nosotros aún contamos con el poder del que ellos carecen. Recordad al Príncipe druida Lovernios que murió en Lindow. La magia de la tierra que su muerte desencadenó está ahora con nosotros y distribuirá la victoria por nuestros esperanzados brazos—. Un gran furor y un pataleo constante resonó entre los guerreros, aunque sólo unos pocos sabían a lo que Macsen se refería. El rey continuó con su discurso—. Úrsula Alavna ab Helen, conocida como Cabeza de Jabalí y que ha demostrado ser un gran guerrero entre nuestra gente, ha invocado a un ejército a través del Velo del Guerrero para que luche por nuestra causa, para librarnos de la crueldad de los Cuervos; un ejército de otro mundo que está con nosotros y con el que, juntos, podremos liberar nuestras tierras.

A la señal de Macsen, Rufinus se puso de pie. Llevaba la armadura romana aunque alrededor de las muñecas tenía el tatuaje guerrero de los Combrogi recientemente pintado. La sacudida de lanzas cesó de inmediato y todos los hombres permanecieron en silencio. Era ahora o nunca. Úrsula volvió a sentir cómo su columna vertebral funcionaba como conductor del pulso eléctrico de la magia. De repente, apareció en la sala, delante de todos los congregados, como una aparición. Un grito ahogado de asombro generalizado resonó en la sala y, a continuación, mientras todas las miradas estaban puestas en ella, se transformó adoptando la constitución más robusta imaginable de Cabeza de Jabalí, culminada con el bigote y los tatuajes.

Ya les había fallado una vez, no podía permitirse fallarles una vez más. Macsen casi los había perdido con tanta retórica y el ambiente, e incluso se había enfriando rozando casi la hostilidad: Rufinus era demasiado cuervo como para que los guerreros de los Combrogi pudieran aceptarlo. Quizás esta vez Úrsula pudiera cambiar las cosas.

—Soy Úrsula Alavna ab Helen, nombre que recibí por el juramento que hice a Alavna, donde vi lo que los Cuervos habían hecho. Juré entonces que vengaría el mal causado. Muchos de vosotros me conocéis como el guerrero Cabeza de Jabalí. Me entrené aquí y demostré ser un guerrero de los Combrogi, haciendo un juramento a mi Rey. Soy una hechicera y con mi magia alcé el Velo del Guerrero para mantener mi promesa de Alavna y para mantener el juramento que le hice a mi Rey.

»Los hombres que traje a través del Velo no son Cuervos, sino Águilas. Vienen de otro mundo pero saben luchar como los Cuervos y matar como ellos, y eso será lo que harán por nosotros. Debido a que el lugar del que proceden hay pueblos como los nuestros, los Águilas hablan las mismas lenguas que nosotros y coinciden con nosotros en que los Cuervos no hacen lo correcto. Dependerá de vosotros mismos el que luchéis junto al Rey Macsen o que rechacéis la opción que se os ofrece. Ésta es la última oportunidad que tenéis para liberar Britania. Sin embargo, sea cual sea vuestra elección, yo, Úrsula Alavna ab Helen, la hechicera, y Cabeza de Jabalí, guerrero de los Combrogi, apoyaré a Macsen y a los Águilas en la lucha por la libertad.

Aquél fue el discurso más largo y elocuente que Úrsula hubiera dado en su vida, pero fue recibido con un asombroso silencio. Entonces, los guerreros de Alavna comenzaron a vitorear y a ellos se sumaron los hombres de Hane y así progresivamente hasta que toda la sala bramó en furor. Rufinus volvió a sentarse; no quería dar un paso en falso y poner en peligro lo que acababa de lograrse. Macsen volvió a alzar la mano rogando silencio.

—Aquí está nuestro poder, en nuestra magia, en nuestros fuertes corazones, en nuestros aliados y en nuestras espadas. No nos arrodillaremos ante los Cuervos. ¡Vayamos pues a combatir recordando la dignidad de nuestros antepasados y la libertad de nuestros descendientes!—. El clamor y los golpes de escudo dieron paso a los frenéticos gritos de guerra de los Combrogi. A la señal de Hane, los hombres que había entrenado se agruparon para organizar la formación de batalla. El plan que Macsen había ideado para ellos consistía en reforzar el ataque inicial de los Combrogi y acabar lo que ellos empezaran. En los planes de los Cuervos no cabría la posibilidad de que un ataque proviniera de la fortaleza asediada. Con suerte, muchos estarían durmiendo. Quizás los guerreros Combrogi, enloquecidos por un arrebato de sed de sangre, podrían sorprender a los Cuervos y confundirlos por un momento en sus métodos de ataque, y para cuando recuperaran la disciplina romana, se convertirían en presas de los Águilas. Úrsula ocupó su posición junto a Dan, con el corazón aún palpitante por el discurso. A su paso, todos la felicitaron con orgullo y afecto; la mayoría le daba pequeñas palmaditas en el hombro y la agarraban del brazo, felicitaciones que Úrsula recibió cálidamente. Entonces, Macsen se le acercó.

—Te estoy muy agradecido, apareciste justo en el momento adecuado. Pensé que nunca despertarías.

—El cansancio se apoderó de mí después de alzar el Velo.

—Lo sé, a ella le pasó lo mismo, aunque …

—¿Sabes lo que le ocurrió? —preguntó Úrsula obteniendo una negación como respuesta—. Estoy segura de que no está muerta. Creo haber escuchado que me llamaba. Rhonwen atravesó el Velo; podría regresar. Las palabras de Úrsula se agolpaban unas contra otras en su intento por tranquilizar a Macsen.

—No puedo hablar de eso ahora. Te necesito en las almenas como sacerdotisa. Es lo que los hombres esperan y tu presencia facilitará nuestra causa. Sería una buena idea si pudieras ponerte los vestidos de Rhonwen y…

La frialdad de Macsen mantenía la calma en su voz y en la inexpresividad de su rostro, aunque Úrsula podía sentir su pena y su furia. En aquel momento no parecía dar la imagen ni de un rey ni de un líder de batalla. Por alguna razón que se le escapaba a la comprensión, Úrsula acabó por aceptar.

—Mi Rey, no desearía que Úrsula estuviera indefensa, yo… —intervino Dan.

—Piel de Oso, yo mismo permaneceré a su lado en las almenas para estimular a los hombres, pero sólo cuando haya dirigido a mis hombres en el ataque inicial. Si no regreso tras ese primer ataque, será entonces Kai el que, a su derecha, ocupe mi lugar. No temas por tu Cabeza de Jabalí, mi querido amigo, la tenemos en gran estima. A ti te necesito en el campo de batalla: un piel de oso como tú complacerá a los dioses.

No era la respuesta que Dan deseaba escuchar pero Úrsula confirmó las palabras de Macsen.

—Está bien, Dan. Es el día indicado para cumplir nuestras promesas. Cuando logremos la libertad de los Combrogi, obtendremos también la nuestra—. Úrsula se transformó de manera vertiginosa en

su verdadero yo. Abrazó a Dan, lo besó en la mejilla y le susurró —mantente a salvo, Dan. Si sobrevivimos a esto, sé que puedo llevarnos de vuelta a casa.

Con la humedad del beso que Úrsula le había dado impregnando aún su mejilla, Dan ocupó su lugar entre Kai y Prys y se preparó para la batalla.

XXVIII

La Batalla de Craigwen

Úrsula podía ver más de lo que le hubiera gustado. La posición estratégica que ofrecían las murallas de la fortaleza, le brindaban una completa panorámica del ejército cuervo al descubierto. Sin embargo, Úrsula se encontraba igualmente a la vista del ejército romano. No había almenas tras las que guarecerse, tan sólo un pequeño muro que no alcanzaba la altura de la cadera y que no ofrecía ninguna protección. Además de incómoda, se sentía completamente expuesta. Nunca le habían gustado las alturas.

Desde allí también podía divisar el despliegue de la segunda legión. Todas las centurias estaban acampadas en un mismo lugar, un campamento formado por tiendas compuestas por diez hombres perfectamente alineadas. Las hogueras flameaban resplandecientes en la oscura claridad del alba. Asimismo, podía ver las máquinas de asedio a medio construir que permitirían a los Cuervos demoler los muros de piedra de Craigwen. Las balistas estaban ya preparadas a los pies de la ladera del valle. Los Combrogi también estaban ya preparados tras las puertas de la fortaleza. Macsen les había dado la orden de guardar silencio en aquel momento para no desvelar la menor de sus intenciones a los Cuervos. Tan sólo se percibía el mal augurio que precede a una tormenta. Taliesin, el bardo del Rey Cadal, estaba al lado de Úrsula, desarmado, en las vertiginosas alturas de la fortaleza. Estaba preparado para inmortalizar la batalla en una canción, el único reportero bélico de los Combrogi. Úrsula notó entonces que estaba temblando bajo el delicado manto que le habían prestado. El grueso torque de oro de Rhonwen presionaba con fuerza el robusto cuello de Úrsula y la cabeza le picaba profusamente a causa de la corona de muérdago y acebo que Macsen le había dado. Había dejado de escuchar la lejana llamada de Rhonwen en su mente aunque su influjo estaba completamente presente en el aroma de su vestido y en la pena que desprendían los ojos de Macsen.

—¿Por qué no salen los Combrogi? —Úrsula tenía los nervios a

flor de piel y la magia recorría su interior con tanta violencia que le sorprendió que su silueta no brillara como un neón en la aún reinante oscuridad del cielo.

—Macsen les estará dando los últimos ánimos antes de abrir las puertas. ¡Qué lástima que no tengamos cuadrigas! Podrías haber recreado algo grandioso con ellas.

Úrsula miró al bardo para comprobar si estaba bromeando y, de repente, se escuchó un estruendo tan fuerte como un trueno. Las gigantescas puertas de la fortaleza se abrieron y Macsen dirigió a los celtas, entre salvajes gritos, en un ataque ladera abajo hasta el valle.

Los primeros soldados cuervos que los Combrogi encararon murieron antes de que pudieran coger las armas. Los Combrogi rajaron las tiendas con sus magníficas y descuartizadoras cuchillas de carnicero y aniquilaron a sus ocupantes. Los salvajes gritos de los Combrogi se transformaron en triunfales interjecciones en medio de una masacre que se asimilaba a una carnicería más que a una batalla, aunque no duró por mucho tiempo. En cuestión de unos minutos, los legionarios romanos ya habían mascullado algún tipo de formación dando comienzo la batalla en sí. Los legionarios se organizaron en filas ordenadas mientras las tropas auxiliares, también indígenas, se engarzaban con los Combrogi en un combate cuerpo a cuerpo. Para este tipo de lucha, tan próxima entre oponentes, las cortas espadas romanas resultaban más apropiadas y su superioridad numérica obstaculizaba el ataque de los Combrogi, quienes necesitaban más espacio para mover sus largas espadas. Ahora, los hombres empezaban a desplomarse.

Muchos Combrogi llevaban hondas, y aquellos que esquivaron el ataque de las tropas auxiliares lograron utilizarlas obteniendo grandes resultados a larga distancia. Asimismo, arrojaron las lanzas hacia las filas legionarias pero, aunque casi todos los proyectiles alcanzaron un objetivo, ello se debió a que los objetivos eran numerosos. Se escuchaba el grito constante de órdenes y de chillidos, pero los Combrogi no gozaban ya de la ventaja inicial en el campo de batalla. Había demasiados enemigos. Úrsula buscó a Macsen entre la confusión. Todos los hombres estaban embadurnados de sangre por igual y su distintivo manto escarlata no se distinguía entre la multitud. Tampoco había visto a Dan en ningún momento.

—Sería un buen momento para algo de magia —intervino el bardo.

—¿Qué hago?

—¿Puedes hacer dragones? Alguna que otra ave rapaz vendría muy bien, como también algunos relámpagos. Algo que levante el ánimo de nuestros hombres y que aterrorice a los Cuervos. ¡Grita! ¡Invoca alguna maldición! ¡Usa tu imaginación!

Parecía como si el bardo se refugiara en una actitud displicente. Su cuerpo estaba empapado en sudor. Úrsula sentía su sensibilidad y cómo luchaba por sobrellevar la carnicería de ahí abajo. Comprendió entonces sus intenciones, el bardo tenía razón: los hombres necesitaban motivación. ¿Qué habría hecho Rhonwen? Úrsula no era una persona histriónica por naturaleza, pero sentía que la descarga eléctrica de la magia corría en su interior y deseaba salir a través de la yema de sus dedos. No conocía ninguna maldición, pero había representado *Macbeth* en el colegio el curso pasado.

—*¿Cuándo habremos de vernos, con el trueno, otra vez, con el rayo o la lluvia, reunidas las tres?* —gritó Úrsula en inglés. La magia amplificó tanto su voz que retumbó en las almenas. De las yemas de sus dedos chisporroteó un zigzagueante relámpago que iluminó el cielo. Un rayo desorientado alcanzó por sorpresa las máquinas de asedio de madera, que crepitaron como almenaras en la oscuridad. En ningún momento había sido ésa su intención, pero animó a los Combrogi, cuyos vítores casi ahogaron el eco del trueno. ¿Cómo podrían perder los Combrogi si tenían a los dioses y a Úrsula de su lado? Una lluvia de flechas y piedras de hondas voló en su dirección, pero la fortaleza se alzaba en una pendiente tan empinada que la mayoría se quedaron cortas.

Los hombres de Hane se abalanzaron para ayudar a los guerreros en el campo de batalla. Dan era uno de ellos. A la luz del crepitante fuego de las máquinas de asedio en llamas, Úrsula divisó en el rostro de Dan la frialdad de su otro yo. Volvía a ser un *berserker* de nuevo y llevaba una pequeña daga en la mano izquierda y a Brillante Asesina en la derecha. Con la mano izquierda iba abriéndose camino, el suficiente como para blandir a Brillante Asesina con la derecha. A medida que avanzaba, allanaba el camino a su alrededor. Braveheart gruñía a su lado. Sus compañeros de batalla le rehuían y los soldados enemigos de a pie más veteranos lo conocían por lo que era. Sólo los

más jóvenes o los más desafortunados intentaban batirse con él en un combate cuerpo a cuerpo. Huw fue uno de esos desafortunados: No había ninguna duda de que era el que una vez fuera su camarada: estaba con unos cuantos hombres de Lud, que habían estado pasando revista a las tropas cuando los Combrogi atacaron. Según Úrsula, Dan no debió haberle reconocido, pero Huw si lo reconoció a él. Para los desarrollados sentidos de Úrsula, parecía que casi podía oler su miedo desde las almenas. Entonces, miró hacia atrás para no presenciar su muerte.

Por aquel entonces, el general cuervo ya había adivinado lo que estaba sucediendo. Organizó a sus hombres en anchas filas para ocupar el vasto valle por completo. Ciento cincuenta hombres marcharon hacia delante a la vez, todos ellos con el escudo preparado para defender al soldado que estaba a su lado. A medida que avanzaban, iban asestando puñaladas con sus cortas espadas. El avance se caracterizaba por la mecánica precisión de una máquina e imposibilitaba la huida de los Combrogi, quienes retrocedieron, arrinconados, hacia las puertas de la fortaleza. El valle estaba lleno de cadáveres desparramados y, muchos de ellos, eran combrogi. ¿Qué estaba haciendo Macsen? ¿Rufinus le había dejado en la estacada?

De repente, Macsen apareció a su lado, sudoroso y empapado en sangre.

—Necesitamos alguna señal. Pensé que Rufinus atacaría ahora. ¿Qué detendrá su ataque? —el sol coronaba ya el cielo y se podía advertir que, bajo las manchas de sangre, su rostro estaba ceniciento y su mandíbula forzada—. ¿Úrsula?

¿Qué era lo que esperaba de ella? ¿Seguro que Rufinus y él habían acordado hacer alguna señal?

—Iba a quemar las máquinas de asedio cuando los necesitáramos, pero habrá visto que el relámpago se me adelantó —explicó Macsen.

—Tendrá que ver lo que estaba sucediendo, ¿no? —preguntó Úrsula luchando porque su voz no desvelara su nerviosismo. ¿Sería posible que pudieran perder la batalla después de todo lo que habían hecho sólo por permanecer a la espera de una señal?

—No tiene por qué, están muy alejados para evitar que los descubran. Deberá estar esperando alguna otra señal.

—¿Qué quieres que haga? —inquirió Úrsula con voz temblorosa, sintiéndose de repente muy asustada.

Macsen la miró angustiado.

A sus pies, Úrsula podía ver que incluso Dan retrocedía ante tan disciplinado avance. Necesitaban a las Águilas. Todo ocurrió entonces con tan extraordinaria facilidad que ni siquiera Úrsula fue capaz de describir después cómo sucedió. Se lanzó al vacío desde su posición estratégica en las almenas mientras se quitaba el manto de Rhonwen, el torque de oro y el vestido de lana. Macsen y Taliesin la miraron boquiabiertos, temían que el peligro al que Dan se estaba exponiendo la hubiera trastornado. Entonces, de repente, el aire de la mañana se onduló y Úrsula se desvaneció. En su lugar, apareció un Águila Dorada de unos dos metros y medio de longitud, coronada con muérdago. Sin garbo alguno, se posó dando saltitos en las almenas, desplegó las inmensas alas y alzó el vuelo. Sobrevoló las escarpadas y boscosas laderas del valle emitiendo su reclamo. Uno a uno, los soldados cuervos miraron al cielo para ver el gigantesco pájaro y, de repente, se desató el infierno. El águila fue la señal que Rufinus necesitaba.

Las cuadrigas combrogi y la caballería de los Águilas atacaron descendiendo las laderas del valle hacia las agolpadas filas de la infantería de los Cuervos. Ahora eran los Cuervos los que no tenían escapatoria, atrapados por su propia formación, y la caballería estaba demasiado retrasada como para poder socorrerlos. La segunda legión estaba condenada al fracaso.

Las cuadrigas combrogi de Macsen fueron adquiriendo velocidad a medida que se precipitaban cuesta abajo. Atacaron por ambas pendientes del valle a la vez. El impacto, cuando finalmente alcanzaron las filas de los Cuervos, fue decisivo. La segunda legión estaba muy bien instruida: los centuriones habían ordenado a sus hombres alzar los escudos conformando una especie de muro de doble escudo, pero ninguno pudo resistir la fuerza de los caballos en la embestida y su valor se vino abajo. Con el avance de la caballería pesada de los Águilas se abrieron claros entre las filas, que temieron que la infantería pudiera aprovecharse de la situación. Los soldados de a pie seguían de cerca a la caballería y, aunque no atacaron como los

celtas, descendían las pendientes ordenados según la disciplina militar. Si los corazones de los Cuervos albergaban alguna esperanza, la debieron perder en aquel mismo momento. Los Águilas marcharon con paso firme a un ritmo inexorable. Los Combrogi que habían retrocedido hasta la fortaleza aprovecharon el desconcierto ocasionado por las cuadrigas y, entre maldiciones, arrojaron proyectiles y lanzas a las filas de la legión. Los Cuervos tropezaron unos detrás de otros en un intento por escapar de las poderosas pezuñas de los caballos de batalla y por huir de las espadas y las lanzas de los jinetes. La argéntea marea de la infantería de los Águilas avanzó hacia las filas de los combativos Cuervos y mataron al estilo romano: una estocada rápida y profunda con el gladius. Las filas de las Águilas se abrieron paso entre el caos cortando las filas de los Cuervos como los hilos del entramado de un telar. Algunos grupos de soldados cuervos consiguieron adoptar la postura defensiva, agachándose y protegiéndose bajo los escudos. Los Cuervos nunca se habrían imaginado que fueran a combatir contra un enemigo tan bien preparado como ellos y sólo la visión de las relucientes filas de las Águilas romanas les minó la moral. La batalla era una auténtica carnicería. Algunas centurias intentaron batirse en una retirada organizada, pero las cuadrigas y la caballería pesada, que habían destrozado la formación de las filas, se contentaron con cortársela y matar a los supervivientes como si fueran la caza que se serviría en la mesa.

La escena era desgarradora, con los agonizantes gritos de los heridos y de los que fallecían. Dan se aferró a su locura, el estar en su sano juicio era demasiado doloroso. La segunda legión se había evaporado.

Úrsula sobrevoló el campo de batalla para escapar de la fetidez de la muerte. Se había convertido en un pájaro de verdad, una criatura poco inteligente. Voló por encima de aquella carnicería, una victoria y una tragedia porque así lo habían querido las alas doradas; y cuando la noche cayó, le sobrevino un vago recuerdo, quizás un nido o un huevo, que frenó su vuelo. Algo la estaba llamando. Descendió en picado cortando el gélido aire hasta aterrizar en las almenas. Aquel lugar le evocaba algo, algo en las almenas la reclamaba. Escuchó un nombre, «Úrsula». ¿Qué quería decir? Aquel nombre resonaba en la mente del gigantesco pájaro como si, en la lejanía, alguien la estuviera llamando.

Dan había visto cómo el enorme pájaro se posaba en las elevadas

almenas de piedra de la fortaleza. La locura ya lo había abandonado pero le dolían los brazos a causa de las muertes que había ocasionado. Algunos hombres continuaban saqueando o liquidando a los Cuervos fallecidos que yacían sobre la llanura encharcada en sangre. Dan se alegraba por los Combrogi. Había cumplido los juramentos que había hecho y había sobrevivido, pero no serviría de nada si Úrsula ya no estaba. Aterrorizado, volvió a mirar a la gigantesca, aunque hermosa, águila. Ningún atisbo de inteligencia brillaba en sus esplendorosos ojos. La voz de Dan estaba rota por la desesperación.

—¡Taliesin, toca! Ya la recuperaste la última vez. Tiene que funcionar de nuevo.

Macsen, Kai y Rufinus se reunieron con él en las almenas.

—Hemos visto que se posaba aquí —dijo Kai con el rostro contraído mientras ponía la mano izquierda en el hombro de Dan, ya que le habían herido gravemente la derecha—. Quizás no funcione, Dan. Es lo que algunas veces les suele ocurrir a los que se transforman…

—¡Toca, Taliesin! —Dan no podía soportar la amabilidad de Kai.

Taliesin comenzó a tocar. Dan avanzó con cuidado, el tamaño de las garras del gigantesco pájaro se correspondía con todo su cuerpo y, sin poder evitar que las palabras salieran de su boca entre sollozos, preguntó:

—¿Úrsula?

«Úrsula». La gigantesca ave osciló de un lado para otro como si Úrsula hubiera perdido el equilibrio. De repente, hubo un resplandor y Úrsula apareció allí. Dan, al ver que se desmayaba, se abalanzó para sujetarla.

—¡Llevadla a los baños! Hemos de intentar que entre en calor.

Dan pasó toda la noche en vela. Macsen, Kai y Rufinus hicieron turnos para abandonar la celebración de la victoria y acompañarle.

Las obligaciones del bardo le impedían ausentarse pero Kai le explicó a Dan que la canción de Úrsula, el Águila Dorada que dirigió a los Águilas en la batalla, era lo más destacado en la saga. Le llevaron corma y la porción del campeón: los trozos más suculentos de cerdo y ternera que la fortaleza podía ofrecerle. Con halagadoras palabras, alabaron su nombre como uno de los héroes de Craigwen: El Piel de Oso que con su brillante espada asesina había cosechado una siega de cabezas de Cuervos inigualable para ningún otro mortal.

Dan intentó sonreír pero se sentía desmoralizado. Le resultaba imposible sumarse al júbilo de lo que había sido una auténtica matanza. Caradoc se había unido a Gwyn e las filas de los fallecidos; Prys estaba gravemente herido y Kai, casi seguramente, perdería su brazo aunque estaba demasiado ebrio como para sentir el dolor. Habían muerto alrededor de unos ochocientos Combrogi, aunque no había quedado ningún Cuervo con vida. Había sido una victoria en toda regla, pero al desaparecer su locura, el éxtasis que le aportaba matar se había desvanecido con ella.

Habían cubierto a Úrsula con varias capas de tejidos. Rufinus le había traído una enagua de seda procedente de un remoto país, que cubría también el torso, y luego la habían envuelto en diversas lanas y pieles. Aunque respiraba y, al tacto, su piel parecía estar más caliente, aún no había hablado, y Dan temía en su interior que Úrsula hubiera perdido el juicio.

Al alba del segundo día después de la batalla, Úrsula finalmente abrió los ojos. Su color esmeralda era ahora tan intenso que casi parecían negros, como el color de las aguas profundas.

—¿Dan? ¿Estás bien? ¿Qué pasó en la batalla?

—¡Úrsula! Sí, ganamos. Has estado durmiendo todo este tiempo. ¿Cómo te sientes?

—Rara. Tengo los hombros entumecidos y me duelen los brazos como si hubiera cargado con miles de bolsas de la compra durante días—. La sonrisa de Dan era tan amplia que parecía como si se le fuera a desencajar la mandíbula—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿No recuerdas nada?

—Emm…, no. ¿Hice algo embarazoso?

—Sólo si el convertirte en un Águila Dorada y el convertir la batalla en una victoria aplastante lo es para ti.

—Pensé que sólo había sido un sueño.

—No, señorita, lo hiciste; de ahí que tengas los brazos doloridos.

—¡Con qué gusto me tomaría una taza de té! —refunfuñó Úrsula.

De repente, la seriedad vistió el rostro de Dan.

—Dijiste que sabías que podías llevarnos de vuelta a casa. ¿Quieres ir a casa y tomártela allí?

—¿Puedes buscar algo que ponerme? —le preguntó Úrsula que se había sentado en la cama—. Pero que no sea una de esas horribles enaguas. Una túnica y unos pantalones. Si ahora que hemos ganado, Macsen nos deja marchar, habremos cumplido nuestros juramentos.

XXIX

Despedidas

Eran los Águilas los que ahora acampaban en el ensangrentado valle frente a la fortaleza. Rufinus había prometido pedir a Úrsula que volviera a alzar el Velo para aquellos que, estando bajo su mando, quisieran volver allá de donde provenían. Él, sin embargo, se quedaría. Tal y como Úrsula había sospechado, había estado implicado en la muerte de César Domiciano Augusto en la época de la que venía. El haberse topado con otro emperador en el mundo de Macsen con el mismo nombre había hecho firme su decisión de quedarse para plantar cara también a ese enemigo. A su parecer, alguien que se llamara César Domiciano Augusto no podía ser más que un enemigo. Además, como buen portador de sangre celta, Rufinus quería ayudar al Rey Macsen en la reconstrucción de los reinos combrogi. Dan dudaba si el Legado pensaría que estaba viviendo en otro tiempo, en otro mundo, o si simplemente estaba en otro territorio de Britania distinto al lugar del que él procedía, aunque tampoco parecía que le preocupara demasiado. Rufinus estaba completamente enfrascado en planificar estrategias militares con Macsen. Mientras Lud intentaba, por todos los medios, aliarse de nuevo a los Combrogi. La posibilidad de la expulsión definitiva de los Cuervos de Britania comenzaba a ser factible.

Tras una incesante conversación con Úrsula, Dan estaba completamente seguro de que Rufinus había abandonado su mundo unos treinta años en el futuro del mundo de Macsen, pero sólo a él parecía preocuparle.

Rufinus y todos aquellos hombres de la legión que decidieron quedarse en ese mundo acordaron beber la Copa de la Pertenencia, si Kai aún era capaz de realizar el ritual. Había muchas tierras que distribuir en el territorio abandonado de las tribus. Se vislumbraba un futuro en aquellas tierras para todos aquellos que lo desearan, un futuro combrogi. Dan acalló la voz de su conciencia pensando que aquellos que deseaban quedarse se sentían satisfechos con su suerte.

Al final, unos cien soldados de la novena legión, no más, quisieron volver a su lugar de origen, y esos fueron los que siguieron a Dan y a Úrsula hasta el árbol con el rostro de una bruja.

El encuentro fue bastante extraño: los soldados romanos, que hablaban entre silenciosos susurros, se sintieron intimidados por Úrsula, la hechicera que podía volar como un pájaro. Se respiraba miedo en el ambiente. Úrsula también tenía miedo; la presencia de Rhonwen aún seguía rondándola: el eco de un eco de su llamada persistía en su mente. ¿Se había quedado atrapada en la niebla? ¿Resurgiría del Velo cuando lo alzara? Cumpliendo con su voluntad, Úrsula, decidida, se esforzó en dejar a un lado sus miedos y relajó su mente. Ya había realizado todos los preparativos: estaba en ayunas y se había bañado como lo había hecho la vez anterior, así que respiró profundamente, clavó la espada en el suelo y oró por el regreso del Velo y por una travesía segura para los anhelantes legionarios.

La niebla amarilla se consolidó en un origen desconocido, como también ocurrió la vez anterior. Con un miedo evidente, los hombres marcharon a través de la niebla, organizados en una formación cerrada. Los Combrogi les brindaron una especie de guardia de honor a sus aliados en el último gran momento combrogi. Bryn y Braveheart estaban junto a los veteranos de Alavna, los hombres de Hane, Taliesin, Rufinus y el Rey. A medida que lo que quedaba de la novena legión se adentraba en la niebla, todos los Combrogi alzaron sus espadas a modo de silencioso homenaje hasta que la niebla se tragó al último romano. Nadie dijo nada y Úrsula desvaneció el Velo.

Macsen, con una angustiada mirada, se quedó observando el lugar cuando los soldados lo dejaron atrás. Si Úrsula había temido que Rhonwen pudiera aparecer, Macsen en cambio había esperado que así fuera. Llevaba la decepción grabada en su rostro, estaba preocupado por ella. No como Cadal, a quien parecía no importarle tanto. Aunque le entristeció haber perdido una novia sacerdotisa, se conformó con una preciosa y joven prima en su lugar; un matrimonio que estaba asegurado sin Rhonwen. Los niños y mujeres refugiados en Irlanda regresarían en la próxima marea. Se había forjado la gran esperanza de que una nueva era estaba a punto de comenzar: el Renacimiento Combrogi, aunque Macsen lo había pagado caro.

Tampoco le importó lo que tuviera que pagar para recompensar a

Dan y a Úrsula, quienes tan valerosamente habían servido su causa. Quiso cargarlos con miles de regalos; les ofreció oro, plata y delicados tejidos. Úrsula se sintió obligada a aceptar un broche con forma de águila, que estaba fabricada a propósito con oro romano y que llevaba una espada con muérdago entrelazado a su alrededor. Dan se había concienciado de que cedería a Brillante Asesina y quiso entregársela a Bryn, quien no tuvo más remedio que rechazarla porque sólo se amoldaba a la mano de su dueño. Dan tenía sentimientos encontrados respecto a la espada, en particular porque era un poderoso símbolo de su locura. Sin embargo, el cariño que le había cogido era un signo inequívoco de que no encajaría en la civilización de la que provenía. Úrsula conocía sus miedos, que no distaban mucho de los suyos. Dan aceptó la espada de todos modos y una parte de su ser se sentía feliz por poseerla. Aceptó también una vaina celta de piel realmente bonita que estaba labrada en oro.

Dan observó a los Combrogi que estaban al lado del árbol con el rostro de una bruja. Resultaba muy difícil decir adiós y saber que nunca volverían a ver a aquellos hombres de nuevo: Kai, que había sido como un padre para ellos; Taliesin y los hombres de Alavna. A Dan le habría gustado llevarse a Braveheart con él. Quería mucho al perro y sabía que los sentimientos del perro hacia él eran recíprocos. Por eso, como lo quería tanto, sabía que no podía condenarlo a la vida restringida que tendría en su pequeña casa de las afueras. Se lo dio a Bryn, ya que en cierto modo el perro era suyo, y Braveheart pareció haberlo entendido. Tampoco podía soportar alejarse de Bryn. El sentimiento de culpa que sentía al abandonarle no era tan grande como el que había sentido al abandonar a Lizzie, pero era igualmente doloroso. Bryn, por su parte, quiso atravesar el Velo con él hasta que Dan lo aterrorizó con historias que le contó del colegio. A Dan le pareció divertido el que a Bryn pudiera darle tanto miedo el sentarse en una sala y aprender a leer y a escribir después de todos los horrores que habían visto sus ojos. Como para el resto de los Combrogi, le resultaba odiosa la escritura, porque era una maldición de los Cuervos. De todos modos, le iría muy bien allí. Kai había prometido que cuidaría de él y que lo instruiría como un guerrero. Dan sabía que Kai le daría más cariño que el afecto que su padre había logrado darle a él en el otro mundo.

Úrsula se sorprendió al notar que las lágrimas recorrían su rostro al besar a Kai y a los demás en la despedida. Ahora ella también formaba parte de aquella tribu, ahora era uno de ellos y el hecho de saber que pertenecía a un lugar era una experiencia liberadora. Dejar

todo aquello era demasiado difícil, como también lo era despedirse de Macsen, aunque de un modo diferente: era un hombre complejo. No podía dejar de pensar en lo que Kai había comentado acerca de que Macsen se sentía atraído por ella. Macsen le besó en la mano y la miró fijamente a los ojos.

—Úrsula, no tienes por qué irte. Aquí podría convertirte en la Reina de todos los Combrogi si lo desearas.

—Gracias, Rey Macsen. Me halaga que me tengas en tan alta estima pero en mi país aún soy muy joven para contraer matrimonio. Quizás sería diferente si el destino más tarde nos une de nuevo…

Macsen sonrió aparentando ser, de repente, un hombre más joven y despreocupado. Ahora que su pueblo había salido victorioso de la contienda, sus problemas eran de otro tipo.

—Dime por qué, Úrsula, creo que estás aprendiendo a ser diplomática. ¿Qué ha sido del Cabeza de Jabalí de pocas palabras, y exabruptos en su mayoría?

Úrsula le devolvió la sonrisa.

—Adiós, Macsen. Me gustaría poder hablarte de Rhonwen. Sé que aún está viva, he oído cómo me llamaba. Me salvó cuando me convertí en águila. Fue su voz que me llamaba la que me trajo de vuelta a la fortaleza—. Según lo decía, sabía perfectamente que era verdad y que se lo había estado negando a sí misma todo este tiempo—. Rhonwen está viva en algún lugar y sigue vinculada a este mundo. Estoy segura de que hallará el camino de vuelta.

Macsen asintió, con el rostro ensombrecido de nuevo.

—Gracias por tus palabras, Úrsula. Yo también creo haberla sentido durante la batalla. Esperemos que encuentre el camino de vuelta hasta nosotros—. Entonces, Macsen le dio un único beso, fugaz, en los labios—. Tú también volverás hasta nosotros, Úrsula, no te he liberado de tus promesas.

—Buena suerte, Macsen —susurró Úrsula intentando ocultar su ruborizado rostro de la vista de Dan, que abrazó a Kai, a Macsen, a Bryn y al bardo al estilo guerrero. Le dio unas palmaditas a Braveheart y se situó al lado de Úrsula.

—¿Estás segura de que esto no nos llevará a la Britania romana del siglo II?

—No que yo sepa —respondió Úrsula asintiendo con la cabeza.

Nada podía darse por sentado, era lo que Craigwen le había enseñado. Primero, parecía que no podían ganar a los Cuervos; después, aunque estuvieron cerca de la derrota, que podían perder la batalla incluso a pesar de la ayuda de Rufinus. Nada, salvo la muerte, estaba asegurado en Craigwen. Aquel pensamiento, aunque pesimista, le aportó valor y coraje. Si la muerte era lo único seguro, había todo un mundo por el que merecía la pena luchar en la vida. Nunca más tendría la intención de quedarse parada y ver la vida pasar. Se apartó ligeramente de sus amigos para concentrar toda su fuerza en su último truco de magia. Era realmente difícil dejar atrás tanto poder, tanta energía, tanta euforia. Se arrodilló en la húmeda tierra y sintió la magia, ya familiar, fluir en su interior. Había llegado la hora de irse: clavó la espada en la tierra, agachó la cabeza en oración y alzó el Velo por última vez.

Dan se unió a Úrsula, quien podía sentir por la expresión de su mirada que él también sentía un repentino nerviosismo que les era tan familiar y que se llamaba miedo. El Velo no les daba miedo, ni tampoco el llegar al lugar equivocado. Dan confiaba en Úrsula y Úrsula confiaba en ella misma. Entre los dos quedaba tácito su mayor miedo. ¿Se habrían vuelto tan insensibles durante sus vidas como guerreros que quizás ahora no encajaran en la vida de su propio mundo? Las muertes de las que habían sido partícipes pesaban en sus mentes. Sin embargo, otro avergonzado sentimiento les corroía. Habían sido realmente tan importantes el uno para el otro que les resultaba difícil imaginarse de vuelta al colegio como si fueran simplemente dos chavales de la misma clase. Dan fue el primero en romper aquel silencio.

—Bueno, esta vez no te perderé entre la niebla.

Con un último adiós se despidió de Bryn y agarró la mano de Úrsula, una mano fría, fuerte y reconfortante. Úrsula, agradecida por el gesto, sonrió. Así, cogidos de la mano, Cabeza de Jabalí y El Piel de Oso se adentraron en la niebla del Velo del Guerrero, dejando atrás el ensangrentado territorio de Craigwen.

EPÍLOGO

Los acontecimientos narrados en el libro suceden en un mundo paralelo, un mundo que, sin embargo, guarda mucha relación con la Britania del siglo I. En 1.984 se encontró en una ciénaga el cuerpo de «Lovernios», un hombre de ese período. Las investigaciones en torno a su cuerpo sugieren que quizás pudo haber sido sacrificado de acuerdo a las exigencias de un ritual. He tomado las teorías de Ann Ross y Don Robins que aparecen en *The Life and Death of a Druid Prince* (Rider Books, 1.989) como punto de partida para caracterizar el personaje de ficción Lovernios de mi historia. Sin embargo, no pretendo representar las creencias de los druidas británicos de aquella época, sino que la versión que recreo de los dogmas druidas sólo es verídica en ese mundo paralelo. No creo que nadie sepa realmente lo que fueron los druidas. La Britania del siglo I fue una época de serios enfrentamientos entre los indígenas de las Islas Británicas y los invasores romanos. En el 98 d.C., Tácito escribió la biografía de su suegro Julio Agrícola, quien finalizó la conquista de Britania. El documento es, en sí, una fuente de información clave de aquel período. Me basé en el pasaje del discurso de Calgaco en la batalla del monte Graupio, *Battle of the Mountain Graupian*, traducido al inglés por Anthony R. Birley (Oxford University Press, 1.999), a la hora de redactar el discurso que Macsen da a su ejército en la Batalla de Craigwen. En ese relato, tanto el mundo como la batalla y el resultado de la misma son muy distintos, pero imagino que los sentimientos de unos hombres a punto de enfrentarse a su enemigo podrían haber sido los mismos. A pesar de que los acontecimientos de esta obra ocurrieron en otro mundo, el nuestro comparte muchas características con el de Alavna a lo largo de la historia que se describe y continúa compartiéndolas con una temible precisión.

[1] Ciudad histórica de la costa sur del Reino Unido coronada por un emblemático castillo que se levanta en la cima de los acantalidados

y famosa por la batalla en la que los Normandos vencieron al ejército del Rey Harold en el año 1.066 (*Nota de la Traductora*)

[2] La referencia en el texto original es «*The Bear Sark*», del inglés «camisa de oso», la descomposición etimológica de «*berserker*», feroces e invulnerables guerreros de las sagas nórdicas que imitaban la apariencia y furia salvaje del animal en el campo de batalla. (N. de la T.)

[3] Cerveza de trigo mezclada con miel. (N. de la T.)

[4] En el antiguo calendario celta lunisolar, el comienzo de cada estación daba origen a las cuatro festividades principales del mundo celta: «Samhain», que se celebraba la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre y que marcaba el fin del verano y el inicio del año celta; «Imbolc», que marcaba el final del invierno y se festejaba el 1 de febrero por la noche para honrar a la diosa Brigantia y el nacimiento de los corderos; «Beltaine», fiesta del fuego que se celebraba el 1 de mayo y momento de la historia celta en el parecen ocurrir los sucesos más importantes (invasiones, batallas, conquistas…);y «Lughnasadh», que marcaba el fin de la cosecha y se celebraba el 1 de agosto en honor a Lugh, dios de la luz y la guerra y máximo representante de la mitología celta. (N. de la T.)

[5] Los celtas era muy propensos a decorar sus cuerpos con objetos decorativos como collares y brazaletes. Los hombres utilizaban un collar llamado «torque», que era símbolo de divinidad y estatus elevado. De acuerdo a su posición social era de bronce, plata u oro. (N. de la T.)

[6] Arma preferida por la infantería pesada romana, un tipo de espada corta y puntiaguda de entre cuarenta y sesenta centímetros de longitud. (N. de la T.)